

NIKY MOLIVIATIS

Siempre Tú

Segunda parte
de la serie
Hamilton



Nova Casa Editorial



SEGUNDA PARTE
DE LA SERIE HAMILTON

Siempre Tú



Nova Casa Editorial

AGRADECIMIENTOS

No puedo dejar de agradecer desde el fondo de mi corazón el apoyo y el cariño de todos. A Nova Casa Editorial, a Joan, a Jess, a todo el equipo y, sobre todo, a Daniel, por trabajar en conjunto conmigo y lograr que esto fuera posible. A mis compañeras de batalla, aquellas autoras que comparten plataforma digital y editorial, por enseñarme que la escritura me puede unir a personas tan distintas a mí, pero con la misma pasión por escribir.

No recuerdo a detalle cómo me sentía hace dos años cuando escribí este libro, pero sí recuerdo cómo me siento ahora que lo terminé de editar. No fueron meses fáciles y muchas veces quise simplemente dejar todo y no seguir. Me enojé muchísimo con mis personajes, me enojé con mi corazón y con todo lo que estaba pasando a mi alrededor. Pero uno es fuerte y tiene a la familia y a los amigos que siempre te ayudan a retomar las riendas de tu camino.

Gracias a mis dushys por la paciencia de tenerme en pausa durante un tiempo. Gracias a mis papás por presionarme a seguir trabajando, a mis hermanos, abuela, tías y primos. Hoy los incentivo a seguir luchando a pesar de que el mundo se les esté cayendo encima. Tomen fuerza, un respiro y decidan avanzar.

Por siempre y para siempre

M.M. W.W.

Índice

En resumen	Ni una más
Marcas	Esto no es vida
¿Tiempos mejores?	Sí, leyeron bien... Rees
El vestido negro	Un proceso
Despertando a la realidad	Enojo
La primera pasión	¿Cuál calma?
Larga espera	Leila
Feliz cumpleaños	Otra vez... Leyeron bien
El beso	Tu ausencia
La calma	Catástasis
La pequeña realidad	Con i de idiota
Resaca	Caída libre
La realidad	¿Sueño americano?
Mykonos	Harvard
Películas de amor	Sueños
Sorpresas inesperadas	¡Qué show!
Secretos	Distancia
Pizza	La gala
Puñal en el corazón	Acepto
Vacío emocional	Epílogo
Cambios	Carta de Lui Montgomery
Recuerda que es mi hermana	Solo tú
Quizá algún día	

A todas aquellas personas que no tuvieron el miedo
de seguir luchando cuando todo estaba perdido.

En resumen

Holly

Era una mañana calurosa de finales de junio, milagrosamente no estaba lloviendo y disfrutábamos de cielos libres de nubes. Delicioso clima para salir a la piscina y aprovechar un bronceado natural ahora que se puede. Vivíamos en una modesta mansión en El Gran Londres, en el área de Redbridge, al norte del centro. No era tan común ver grandes mansiones por aquí, pero mis padres creían que era un lugar hermoso y lejano de la locura, pero no tan lejos para tomar tren para llegar al centro.

Como si alguna vez fuéramos a usar tren, para eso teníamos a nuestro personal, autos y en el caso de Rees, su moto. Normalmente, pasábamos mucho tiempo en casa, pero cuando queríamos estar cerca de la locura, nos quedábamos en la casa de los abuelos Hamilton, en Westminster. Donde muchos de los lores vivían.

En una semana será mi cumpleaños. Cumpliré 21 junto a mi hermano gemelo, Rees Hamilton. A ambos nos encantaba la idea de ser llamados mayores de edad en todo el mundo, poder ir a Estados Unidos y viajar a Las Vegas y hacer todo tipo de locuras como en las películas locas americanas. Me gustaba ver ese tipo de películas con una caja de palomitas de maíz y Coca-Cola. Mi hermano y yo vivíamos en dietas y ejercicios, pero las palomitas de maíz y el pastel de chocolate, nunca faltaban en nuestra dieta.

Lo importante de cumplir la mayoría de edad en la élite inglesa, es el poder encontrar a tu Agapi de forma oficial. Uno comienza a escoger a su pareja a esta edad, a la pareja con la que compartirás el resto de tu vida. Nosotros le llamamos Agapi, que significa amor en griego. Dice la tradición, que antes —mucho tiempo atrás— tus padres eran los encargados de negociar tu compromiso con la familia que más les convenga casarte, ya sea

por posición política, algún negocio, o algo por el estilo. Mis padres fueron una de las causas del cambio de ley, lucharon y pelearon tanto por su amor, que ahora uno tiene la posibilidad de elegir (siempre dentro de la élite) con quién quieres casarte.

De igual forma, no es como que nos relacionemos con gente externa a la élite. Estudiamos en colegios de muy alta sociedad donde muy pocos pueden costear la educación, ahí estudian, incluso, los miembros de la familia real, que, por cierto, la princesa Charlotte de Cambridge, estudió con nosotros en la misma clase. Era todo un caos porque las miradas siempre estaban sobre ella y se veía su constante esfuerzo por ser perfecta todo el tiempo. La verdad es que sentía una gran lástima por la familia Real.

Pero, como les decía, nosotros oficialmente tendremos nuestra presentación en la sociedad como adultos y los adultos pueden tener citas y casarse. La edad límite de matrimonio en la élite es de 26 a los 30. Hace tres años que salgo con Adam Lexington. Es un chico increíble de ojos miel y cabello castaño oscuro. Desde que estamos en The Royal (El instituto donde estudiamos) nos caemos bien, nos conocimos en clases y cuando crecimos comenzamos a salir de forma no oficial. Él cumplió 21 hace tres meses y, claro, que como dicta la ley, mandé mi solicitud para que me acepte como su Agapi. Lo prometimos desde hace un año, que nos quedaríamos juntos a pesar de las cartas que llegarán con peticiones de estar con nosotros.

Para Rees era otra historia completamente distinta. Mi hermano se hacía llamar «Libre de corazón». No le gustaba la idea de tener que enamorarse o elegir con alguien con quien salir. Yo creo que fue porque cuando tenía 16 años le rompieron el corazón por primera vez y no la llevó muy bien que digamos.

—¡Pero qué mierda! —gritó mi hermano acostándose en la cama.

—¿Ya te prepararon una cita? —pregunté levantando una ceja.

—No, pero papá me mostró las cartas de las interesadas. ¿Sabes cuántas chicas entre los 19 y 22 quieren reclamarme? Esto es absurdo, Sisi. No quiero tener que salir con más de noventa solo para ver cuál es la ideal.

—¿¿Más de noventa?! —Esto era estúpido. Eran treinta más que las de Lou, mi primo.

—Ciento cuarenta para ser exactos, incluso, creo que niñas de 16 están mandando solicitud, no creo que tengamos tantas chicas dentro de la élite con esas edades. Esto no puede ser, me entiendes. Quizá era mejor que tus padres eligieran por ti. Te evitaban ser tan mierda con muchas chicas. Sabes que odio estar obligado a elegir a una, y odio mucho más la posibilidad de lastimarlas.

Mi hermano siempre se queja y queja acerca de eso, pero con lo rebelde que es, seguro sí le imponen con quién casarse, pega el grito al cielo y arma una guerra mundial; de seguro busca alianzas con Rusia o con Corea del Norte, qué sé yo. Él es así, un alma muy linda y tranquila, pero cuando estalla, es mejor estar lejos. Mamá siempre lo definió parecido a papá, pero papá era una personalidad muy diferente, no sé por qué mi madre dice que son iguales en muchos sentidos.

—¿Niños?

Mi madre entró en ese momento a la habitación con dos tasas de chocolate caliente.

—Ve a quién le dices *niños*, mamá —
dijo Rees, quitándole a mamá la taza de la bandeja que llevaba junto a un pastel de chocolate. Le dio un beso en la mejilla y se sentó una vez más en la cama—. Tu niño tiene que salir con ciento cuarenta mujeres.

—Empieza a rezar para que no termine con sífilis o sida —
dije y fruncí el ceño.

La señora Hamilton abrió mucho los ojos.

—No se tiene que acostar con ninguna, solo conocerlas.

—¿Y cómo quieres que me case con alguien si no sé si es buena en la cama? Vamos, mamá. Tú sabes muy bien que eso es lo importante.

Mamá soltó una carcajada dejando mi taza frente a mí. Mis padres eran lo suficientemente liberales como para hablar de cualquier tema frente a ellos. Claro que Rees estaba siendo sarcástico.

—¡Oh, Dios! —Mamá negaba con la cabeza, desesperada—. Esa plática tenla con tu padre, no conmigo.

—¿No fuiste tú su primera y última? —pregunté al ver que mamá había sugerido ese tema con mi hermano.

—Sí, así es y más le vale que sea la última. No me gusta compartir. Pero sus amigos pasaron por un par antes de llegar a la correcta. Los hombres hablan de más, sobre todo de sexo, por lo que le puede enseñar a tu hermano...

—¡Basta! Mucha información. —Rees se puso de pie—. Recibí educación sexual hace unos años, además me criaste bien. Sé que tengo que usar condón y no meter a Big-Rees en todos lados.

—¿Big-Rees? —dije, repitiendo lo que acababa de decir—. No me jodas, Rees. Le pusiste nombre a tu pene. ¿En serio?

Mi hermano no respondió, la había cagado en decírmelo y yo no era de las que me quedaría callada. Esta era la mejor forma de molestarlo. Viendo su parte íntima descaradamente, solté una carcajada. No iba a admitir que mi hermano tenía un bulto bastante grande, mucho menos me interesaba saber su tamaño o algo por el estilo, su reputación ya hablaba por sí sola y no es tema de mi interés.

—Mini-Rees. —Asentí con la cabeza—. Te va más.

—Okey, esta no es plática para su madre —dijo mamá, poniéndose de pie. Sin decir más, salió de la habitación.

Los dos nos acostamos en la cama partiéndonos de la risa. Las cosas nunca cambiaban. Rees y yo éramos muy unidos. Todo lo

hacíamos juntos, bueno, excepto ir al baño. Eso sí sería extraño. Tomamos nuestro chocolate caliente, como era normal en las mañanas. Algo que distinguía a esta familia era el pastel de Nutella, el chocolate caliente y todo lo que tenga que ver con esa cosa café.

—Vamos a ir hoy a la fiesta de los Collingwood —anunció Rees—. Lou pasará por nosotros a eso de las siete. No seas una niña y te tardes tres horas. ¿Está bien?

Enojada por su comentario decidí discretamente tomar un pedazo de pastel con una mano. Con mi mano libre, lo distraje. Siempre caía en la trampa. Le señalé la cara, comentándole que se había manchado. Tomando la única servilleta que estaba en la bandeja que mamá dejó, Rees empezó a limpiarse la supuesta mancha.

—¿Ya? —preguntó, tirando el papelito blanco.

—Nop, aquí te faltó —acerqué mi mano lo más rápido que pude, le llené la cara de chocolate. No me importó que las migajas mancharan mi cama. Ya cambiarían el cubrecama.

—¡Maldición, Hol! ¿Pero qué te pasa?

—Y ni creas que voy a chuparte la cara. Que quede claro.

—Asqueroso.

Rees me dio un beso en la frente antes de salir corriendo al baño a limpiarse la cara. Era lo bueno de Rees, nunca reaccionaba mal cuando le hacía algo. Siempre fue calmado, el más calmado de los tres. ¿Ya les hablé de Louis? Bueno, pues Louis es hijo del mejor amigo de papá, Lui Montgomery, él murió de cáncer hace muchísimo tiempo y papá literalmente es el padre que Louis nunca tuvo.

Me encogí de hombros viendo a mi hermano partir de mi habitación aún reclamando el chocolate en su rostro. No le molestaba en sí, mi hermano aceptaba la mitad de mis bromas, con tal de que no pasaran de ser pesadas nivel abusivo, todo estaba bien.

Lou apareció en casa, con su convertible y la música a todo volumen. Se bajó de una manera demasiado atractiva, con su cabello rubio, una chaqueta formal color azul marino, camisa celeste y vaqueros oscuros con zapatos formales. Un *look* increíble para ir casual, le daba nueve de diez por ese estilo.

Estaba lista para subirme en el sillón delantero, amaba ese auto. Rees estaba retrasado —como siempre— y Lou le gritaba como loco que se diera prisa. Papá salió a darle indicaciones a Lou de nada de estar manejando bajo efectos del alcohol como buen padre que era.

—Si te emborrachas, me llamas. Llevas a mi princesa ahí dentro —Papá señaló el auto.

—Sin problema, Tío Will. Lo prometo, ella es mi princesa también y lo sabes.

Siempre me llamaban la princesa. Era un apodo demasiado estúpido, pero ya qué. Me encanta.

El camino a la mansión fue tranquilo, con rock a todo volumen. Nada del otro mundo. A Rees y a Lou les encantaba escuchar algo más pesado, pero eran considerados cuando iba en el auto poniendo algo más tranquilo. Me recosté en la ventana viendo pasar los árboles que adornaban todo Hyde Park. Esta noche sería inolvidable como todas las demás.

Al llegar a la mansión, Louis y Rees se perdieron entre la multitud dejándome con Adam a solas en la entrada. No iban a quedarse cerca de nosotros, no soportaban a mi novio por alguna razón. Su relación siempre fue difícil. Una parte de mí quería creer que era por celos de hermanos, quizá simplemente no lo soportaban, pero me gustaba creerlo. Entramos a la pérgola de madera clara. El viento cálido de verano se arremolinaba en todo el lugar y por primera vez en tres semanas, podía lucir un vestido sin mangas. Solo esperaba que esta sensación de libertad durara bastante. No quería lidiar con los arrebatos de Adam. No ahora.

Nos acercamos a nuestro grupo de amigos, Daphne, Anabeth y Johanna, que estaban discutiendo de los planes para julio. Normalmente, viajábamos a alguna isla a las afueras del país. Reino Unido no era un lugar para veranear, por lo que los viajes fuera eran cruciales para el bronceado natural.

—Ya les dije, las islas griegas o italianas son mis favoritas —dijo Anabeth.

—Paso, de Grecia he tenido suficiente —apuntó Adam—. La familia de mi chica solo va al puto mismo lugar.

—Cariño —dije frunciendo el ceño—, solo has viajado una vez con nosotros.

—Sí, pero fue suficiente para una vida entera.

Suspiré con melancolía. No me gustaba cuando se ponía a reclamar ese viaje. Había sido épico y la pasamos de lo mejor. Incluso, papá había hecho lo posible porque Adam no se sintiera incómodo por culpa de Rees y Lou. Aun así, Adam odió pasar tiempo con ellos. Adam y mi familia nunca habían encajado. Esperaba que eso cambiara pronto. Si iba a comprometerme con él, esperaba que su mierda se arreglara lo antes posible.

Finalmente, la posibilidad de pasar mi verano en España fue la mejor opción. Todo el grupo votó a favor. Ahora solo debía hablar con mis padres para plantearles el viaje, aún tenía tres semanas antes de ese día.

La noche continuó, las bebidas se fueron acumulando y cuanto más tiempo pasaba en mi mundo, más pensaba en lo agradable que era tener un grupo tan loco de amigos como este. Tres tequilas después, ya estábamos afuera de la mansión discutiendo con Adam. Siempre era la misma historia, ahí estaba coqueteando con Andria como si yo no estuviera a la par suya, malditos hombres que creen que pueden jugar con nosotras sin que nos demos cuenta. Serán idiotas. Le grité frente a todo mundo exigiendo que saliéramos para hablar. Ahora estaba arrepentida de

haberlo hecho. Los papeles con Adam cambian muy rápido, ahora él grita y yo pido perdón, rebajándome a la humillación de suplicar.

—¡Eres una mierda, Holly! —dijo, rascándose la cabeza con desesperación—. Ojalá pensaras un poco más. ¿Eres estúpida o qué?

—Lo siento, bebé, no fue mi intención —dije e intenté abrazarlo para calmarlo. Sus brazos rodearon los míos con tanta fuerza que sacó un chillido desde el fondo de mi garganta.

—¿Cómo diablos se te ocurre armarme un *show* de celos? Te lo juro, Hol, que solo porque debemos entrar de regreso no te dejo tirada en el piso pidiendo perdón.

—No lo dije con mala intención, amor, sabes que eres todo para mí. Es mi culpa, disculpa... —las palabras no llegaron a salir. Su palma se había estrellado en mi cara dejando mi mejilla ardiente.

—La próxima vez que abras la boca, recuerda quién manda en esta puta relación —concluyó, empujándome con fuerza. Caí al suelo. Mi cara quemaba por el impacto de su palma. Mis brazos ardían y estaba segura me quedarían marcas. Otra vez tendría que regresar a las mangas largas.

—¿Holly? —Los ojos de Adam se abrieron demasiado cuando la voz de Louis Montgomery llenó el aparcamiento—. ¡Mierda, Hol! ¿Te has caído? —preguntó, apartando a Adam que estaba pasmado, viéndome con cara de arrepentimiento. Siempre era lo mismo. Después de pegarme se arrepentía de lo que acababa de pasar.

—Di un mal paso. Lo siento. —Cuando Louis tomó mis brazos para ayudarme a levantarme, el dolor de los dedos marcados de Adam me hicieron gritar. ¡Joder! Esta vez sí se había pasado con el apretón.

—¿Qué hice? —Louis sonaba totalmente preocupado.

—Me lastimé al caer. Estoy bien.

Un momento incómodo en el que Louis giró para ver a Adam de pies a cabeza y luego examinarme detenidamente. Esperaba que la falta de luz ayudara a no ver mis ojos llorosos y los dedos marcados. Tomándome de la mano, mi novio me condujo de regreso a la fiesta. Ya no quería estar ahí, quería irme a casa. Pero Adam no me dejó acercarme a mis hermanos. Su chaqueta reposaba en mis brazos a pesar del calor que había. Las marcas estaban en mi piel una vez más y él lo sabía.

Estaba cansándome de este arrebato que siempre teníamos. Cada golpe me dolía en el alma, cada palabra ofensiva me penetraba en el alma como nunca lo había hecho. Nadie me había ofendido antes, no hasta hace casi un año, cuando Adam empezó a perder el control. Sabía que esto estaba mal, lo sabía, pero también tenía la falsa esperanza de que las cosas volvieran a ser como antes.

Él me amaba, lo sé. Muy en el fondo sé que me ama. Solo no sabe expresarlo de una buena manera. Él dice que es mi culpa y yo decidí creerle. Esta era mi vida y si seguía marcando mi cuerpo de esa manera, nunca más en la vida volvería a modelar ropa de verano. Sin mencionar que ya había perdido la semana de la moda hace quince días por los golpes de una pelea vieja.

Crear que las cosas podían cambiar era la idea más falsa que tenía, pero la esperanza de una persona siempre es difícil de perder cuando uno le pone demasiada fe a la situación.

Marcas

Holly

Era normal despertar de la manera en la que yo desperté al día siguiente. Me dolían los brazos y la rodilla izquierda. Pero después de eso todo estaba bien, mi mejilla estaba bien al menos, solo la sentía un poco roja, pero nada de qué preocuparme. Ahora mi mayor bajón era moral, mi corazón ya no resistía más los golpes. No entendía qué diablos le pasaba últimamente, pero esto me desgastaba. Y Louis... ¡Dios mío! Casi se da cuenta de todo.

Quería contarle a alguien esta situación, quizá a mi amiga Carolina podía decirle, pero tenía mucho miedo de decirle y cómo reaccionarían todos. La única vez que estuve a segundos de abrir la boca, fue una vez que Adam me pegó tan duro, no le bastó con dejarme en el suelo, me dio una patada que expulsé todo el aire de mis pulmones en segundos. Estuve tirada en el suelo al menos quince minutos. Lloré y maldije mentalmente a Adam. Luego él se puso de rodillas y lloró a mi lado.

Me sentía vacía. Algo hacía falta y el dolor psicológico que se gestaba en mi pecho era demasiado fuerte. Me tiré en la cama haciéndome un rollito, llevándome mis rodillas al pecho. Me costaba respirar, el vacío era una punzada insistente dentro de mí. Intenté no hacer ningún movimiento brusco por el dolor, debía ser fuerte. Aun así, me permití llorar en silencio.

Mi teléfono vibró, sacándome de mis pensamientos. Era la quinta vez que Adam intentaba hablarme. Me gustaría decir que podía contestarle de lo más tranquila, como si nada había pasado, pero no era así. Mis fuerzas se estaban acabando. Sabía que no debía dejar que nadie me faltara el respeto como él lo hacía, pero era imposible. Mi corazón le pertenecía, siempre fue de ese modo. Desde los 14 años, el día que empezamos a hablar en clase, me

gustó y amaba que Rees lo odiara. Aumentaba mis ganas de estar con él. Era desafiar a mi hermano y a Louis.

Unos golpes en mi puerta llamaron mi atención. Intenté secar las lágrimas que aún corrían por mis mejillas, pero sin esperar a que yo abriera la puerta, la persona que tocaba entró sin preguntar. Esperaba ver a Rees o a mi madre, quizá a mi padre, pero jamás a Adam con su cara pálida llena de preocupación. La luz que entró a la habitación fue suficiente para que Adam me localizara, no tenía que buscar demasiado, siempre estaba en mi cama. Cerró la puerta caminando con todo su porte de macho alfa. Odiaba que me viera de esta manera, como si estuviera enojado una vez más conmigo. Me puse tensa inmediatamente. ¡Está enojado! No quiero que me pegue otra vez, no en la comodidad de mi casa, no cerca de mis papás. Jamás se lo perdonarían, jamás lo entenderían. Las lágrimas corrieron aún más por mis mejillas mandando ondas de calor a todo mi cuerpo. Estaba a segundos de suplicarle que no me tocara, que solo lo necesitaba a mi lado. Estaba a punto de prometerle comportarme y no decir ninguna estupidez que lo enojara. Pero no hizo lo que pensé que haría.

—Nena —dijo Adam y se acostó a mi lado. Sus brazos me envolvieron enviándome una punzada de dolor en todo el abdomen—. Lo siento tanto, amor, no quería pegarte. Pero fue tu culpa, tú me provocaste y lo sabes muy bien.

En cierto punto tenía razón, yo lo provoqué, le grité molesta por su coqueteo con Andria. Quizá era verdad, fue mi culpa. Pero nada justifica que él me levantara la mano. Me gustaría decir que mi inconsciente era más inteligente, pero no lo era. Nada era como yo lo creía. En mi cabeza dominaba la parte débil, la que me decía que no era nadie.

—Me duele mucho —dije entre lágrimas.

—No volverá a pasar. Ahora, déjame que te abrace hasta que te quedes dormida. No querrás que tus papás se enteren. ¿O sí?

No podía decirles a mis padres esto. Les daría un ataque al corazón. Mi padre siempre nos inculcó el valor de respetar siempre a los demás y esto era una falta grave a su forma de pensar. No quería ni imaginar cómo reaccionaría Rees, por más calmado que pareciera, tenía escondida a la bestia dentro de su ser.

Dejé que mi cuerpo se relajara, escuchando la respiración de Adam. Él me amaba, no era su intención pegarme. Solo fue una mala reacción. Seguramente no vuelve a pasar. Tengo que ser fuerte para él, sé que es una etapa.

Me repetí esa mentira durante un buen tiempo hasta que finalmente me dormí, en un sueño profundo donde solo había felicidad y flores, muchas, muchas flores.



Dos días pasaron desde la fiesta, dos días de manga larga. No había podido ir al gimnasio o a mi clase de box por lo mismo, las marcas y el dolor de que alguien me tocara en los puntos de los hematomas.

Pero hoy estaba mejor, me sentía una vez más poderosa, por lo que coloqué los pantalones de gimnasia y una camisa térmica pegada. Me encaminé al gimnasio, sabiendo que hoy tendría un entrenamiento bastante fuerte. Mi entrenador se haría cargo de eso, estábamos muy cerca del desfile de Kenton y no quería perdérmelo por nada.

Observé a mi hermano quitarse la camisa, todo un *show* el que hacía cada vez que entraba a este lugar. Tenía un cuerpo de revista por todo el entrenamiento, el motocrós y los trucos esos que hace en la bicicleta cuando salta en rampas y a mamá le da un ataque.

Siempre vi a mi hermano como modelo, pero él siempre se negó a torcer su brazo en eso. Le parecía ridículo. Yo por mi parte

me hubiera gustado que los dos hiciéramos lo mismo y me presentara a sus amigos. Los del motocrós eran tan... No mi estilo que no me gustaba para nada.

Papá siempre nos inculcó este buen vicio, el de ejercitarse. Mamá era más sedentaria, eso de ir al gimnasio no era lo suyo, pero sí lo mío. Amaba la adrenalina que se apoderaba de mí ser, la manera en la que sacaba todo lo que guardaba por dentro. Esta era la mejor forma de desahogarse.

Mi rutina normal consistía en cuarenta minutos de cardio y una hora de pesas en circuito. Si quería empezar a marcar mi abdomen tenía que dedicarle mucho más tiempo del que le dedicaba. Tenía que hablar seriamente con Adam acerca de estos malditos arrebatos. No podría participar en el desfile de Kenton si seguía marcada. Me esforcé durante todo el año para finalmente no estar.

El desfile de Kenton era una vez al año en verano, toda la élite estaba invitada y era de los únicos desfiles que exhibían ropa de baño, vestidos de playa y todo tipo de nuevos modelitos que se adecuaban para la alta sociedad.

Le subí todo el volumen a mi iPod y comencé a correr. No quería pensar en nada más que en la adrenalina que crecía dentro de mí. Cada paso, uno tras otro. Mis pulmones se hinchaban en cada bocanada de aire. No podía parar, no podía respirar. El poder sobre mis piernas empezó a aumentar, el sudor corría por todo mi cuerpo. Me sentía increíble y apenas sentí los cuarenta minutos.

Me bajé de la máquina y corrí a la rutina en circuito. Escuchaba a Sammy, mi entrenador personal, gritarme que continuara con los abdominales. Estas rutinas cortas donde se trabaja todo el cuerpo en general son mis favoritas. Odiaba las específicas.

Hora y media más tarde, estaba tirada en la colchoneta de yoga sin poder moverme. ¡Maldito Sammy! Me sacó la mierda que tenía por dentro. Estaba destrozada y muerta del calor por esta maldita playera de manga larga. Prefería los tops que mostraban mi abdomen. Me alentaban más cuando hacía mi rutina y me observaba en el espejo. Rees se acercó con dos botellas de agua. Él era tan atento todo el tiempo, siempre cuidándome y dándome lo mejor.

—¡Mierda, Sisi! Apesta. —Rees se tapó la nariz. Le sonreí de oreja a oreja. Realmente amaba a mi hermano. Era especial en todos los sentidos. Cuando encontrara a su Agapi, sería un increíble esposo o novio, era muy parecido a papá. Solo necesitaba encontrar a la indicada.

—Es una lástima que tengamos el mismo olor. —Rees se abalanzó sobre mí para hacerme cosquillas. No me di cuenta en qué momento me hice un rollito y empecé a temblar de miedo. No puede ser, había reaccionado mal delante de Rees. Tenía miedo, como si realmente me fuera a tocar. Mi hermano jamás lo haría, era su mundo y él respetaba a las mujeres.

—¿Qué diablos te pasa, Hol? —dijo Rees mientras alzaba las manos para demostrar que no estaba haciendo nada. Estaba sorprendida por esa reacción que no sabía qué diablos decirle.

—Me asustaste, idiota. —Intenté quitarme la bolita de esa manera, esperaba que funcionara

—Pero ¿por qué? —Un silencio incómodo se hizo entre mi hermano y yo. Luego suspiró antes de agregar—. Déjalo, no importa. Solo me pareció rara tu reacción. Normalmente, te enfrentabas a las peleas, no te ponías como niña fresa. Quizá los tiempos cambian

Le saqué el dedo de la forma menos femenina que supe hacer. Le sonreí y lo vi alejarse al área de pesas. Levantó una de 75 libras en cada lado, haciendo caras y escupiendo un poco al respirar. Era lo normal.

Tenía que hablar seriamente con Adam, esto no podía seguir así. Casi no hablamos estos dos días, era su manera de pelear con sus demonios después de pegarme. Se alejaba y era extremadamente dulce cuando hablábamos.

Era extraño que no pudiera parar, ya era casi un año de estos arrebatos y cada vez iba peor.

¿Tiempos mejores?

Me gustaría decir que el tiempo con Adam —cuando estaba de buen humor— era siempre bueno. Amaba que mi novio supiera de su belleza, del cuerpo que poseía y de sus increíbles ojos. Me gustaría decir que todo era perfecto. Pero no lo era. En esta maldita cena me está muriendo del aburrimiento.

Adam no dejaba de hablar de él, de su increíble aporte hoy en clase, de cómo Andria y todas las chicas no lo dejaban de ver. Odiaba esa actitud. Esa presumida actitud donde me restregaba a todas las mujeres en la cara. Después no quería que fuera celosa. ¿Cómo no iba a serlo? El muy idiota me las estaba jugando mal otra vez. Todo empezó porque el muy cabrón estaba acariciándole el cabello a Andria en una fiesta, después se mandaban mensajes comprometedores y el día que los descubrí, estallé. Esa fue la primera vez que me agredió.

Una hora pasó para que dejara ese tema atrás. Ya estábamos en el postre y yo estaba deseando regresar a casa con Rees y Louis. De seguro, ellos estarían fascinados con algún videojuego de realidad virtual y me uniría a ellos para distraerme.

—Hermosa —dijo Adam, captando mi atención de todo pensamiento disparatado. Esos ojos miel me llamaron como siempre lo hacían, eran mi hogar—, sabes que lo lamento muchísimo. No quise... No quise hacer lo que hice, bebé, te amo. No sé qué sería mi vida si no estuvieras en ella. Somos ideales para estar juntos. Tenemos la mejor sangre de toda esta raza de idiotas.

—Lo sé, amor —dije, tomando mi copa de vino rosa.

—Porque te amo, te digo esto. Necesitas trabajar más en tu rutina de gimnasio, siento que te has subido unas libritas. —Señaló mi crepa de Nutella extra grande que había pedido. ¡Dios mío! ¿Mi novio me acaba de llamar gorda? Me quedé con los ojos muy

abiertos viendo cómo Adam observaba mi plato. ¡Se cagó en mi postre!

Dejando el tenedor en la mesa tomé la copa de agua para quitarme la necesidad de ir a vomitar. Odiaba que me dijera gorda. Últimamente me decía lo mal que me veía y lo poco marcada que estaba a la par de las otras modelos. Era solo la maldita presión de mi abuela, de mi entrenador y de Adam. Mamá y papá eran más tranquilos, jamás me presionaban. Me gustaría decir que solo los escuchaba a ellos, pero estaría mintiendo. Las palabras que quedaban en mi mente eran de todos aquellos que me decían lo mal que me veía. Realmente desde que Adam me trata como mierda, mi autoestima está por los suelos. Muchas veces había pasado semanas sin comer con tal de estar a su maldita altura, para ser lo que él esperaba.

—Eso está mejor, hermosa. Lo hago por tu bien. Vas a parar como tu hermano. —Hizo un gesto indicando gordura excesiva. No podía creerlo. Rees estaba marcado, no gordo. No puedo soportar más esta actitud. Me puse de pie y me dirigí a la maldita puerta de salida. Esto era demasiado para soportar. Estaba a segundos de tomar mi teléfono y rogarle a Rees o Louis que vinieran por mí, pero quizá era una mala idea. Él y yo se supone que estamos bien. No podía enseñarle al mundo la etapa que estamos pasando, no puedo. Tengo que ser fuerte.

Minutos después, Adam salió con la cara llena de furia. Ya sabía que sería de ese modo. Odiaba que lo dejara con las palabras en la boca. Lo bueno, había prometido no pegarme esta noche. No quería que lo hiciera. Tomándome de la mano, me llevó a la camioneta negra de lujo. Me ayudó a subir al tiempo que maldecía en voz baja. Quería pedirle que me llevara a casa, no lo hice porque sabía muy bien que él había planeado esta noche para los dos.

Llegamos al hotel de siempre en las afueras de Londres. Lejos de mi casa, lejos de su apartamento, lejos del mundo. No me daba miedo estar sola con él. Había aprendido a controlarlo, cada día que

pasaba estaba mejor. No podía abandonarlo cuando más me necesitaba. La recepcionista le entregó la llave sin preguntar, claro que lo tenía todo planeado. Todo estaba listo para nuestra noche de pasión.

Al entrar en la habitación, me fijé en los pétalos de rosas en el suelo, las velas, el *champagne*. Sonreí, esto era tan romántico. Observé cada detalle, las rosas de tallo alto sobre la cama. Rosas, siempre rosas rojas. Me encantaban. Dándome la vuelta para quedar frente a mi hombre imposible, me abalancé en sus brazos al tiempo que él me capturaba. Levantándome del suelo me llevó a la cama. Con una mano mandó a la mierda las lindas rosas. Estas cayeron al suelo dándonos el espacio que necesitábamos.

En la cama, la ropa fue lo primero que desapareció. Besando sus labios me perdí en el deseo, en las cosas que me hacía sentir. Adam me tomó del cabello jalándome con fuerza para acceder a mis pechos. Los besaba con lujuria. Los apretaba como si fueran de esponja. Su agresividad se había pasado a la cama y eso me excitaba, me excitaba mucho a pesar de que a veces dolía la manera tan brusca de penetrarme. Me amaba, podía sentirlo.

Tomando su erección entre mis manos, la guie hasta mi humedad. Quería sentirlo ahí, justo donde lo necesitaba. Con una fuerte arremetida, me dejó con lo que quería. Le di mi virginidad dos años atrás, mi parte irracional, le encantaba que él fuera el primero. El primero y el último. Gritando con todas mis fuerzas, me dejé llevar por el orgasmo. Adam no era delicado. No era suave para hacer las cosas y eso me excitaba y me volvía loca.

—Dios, Hol —dijo, recostándose en el colchón. El sudor corría por nuestros cuerpos dejándonos sin aliento. Estábamos en el minuto muerto. Ese que tenías después de un orgasmo. Era como morir por unos segundos. Juntándome a su cuerpo, me recosté en su pecho. Adam era dos años mayor que yo. Tenía mucha más experiencia que yo en todo lo que hacía.

—Gracias —dije, besando sus labios.

—Te amo, bebé, de verdad que lo hago.

Observé la habitación, las velas estaban llegando a su extinción, las rosas aún estaban en el suelo, poco a poco muriendo por dentro. La gente nunca entendería lo que Adam causaba en mi interior. Adam era todo, tenía miedo de decir algo y perderlo para siempre. Sabía que necesitaba ayuda, pero no sería yo la que sacara ese tema a colación.

—El mejor sexo de mi vida —dijo y acarició mi espalda desnuda—. ¿Alguna idea de lo que provocas en mí?

—Lujuria —dije, y tapé mi boca al reír. Maldita mala manía que había adquirido de mi madre.

—Una maldita lujuria, deseo y pasión. Hol, eres una loca en la cama. Creo que te he vuelto un demonio. —Tomó mi barbilla para que lo viera a esos dos increíbles ojos, me besó con amor. Adiós, lujuria, esto era amor.

Al momento de entrar casa a la mañana siguiente, mamá y papá ya se habían ido a su reunión matutina. Papá iba a la cámara de lores y mamá iría a la casa de la abuela. La rutina de siempre. Esperaba que Rees estuviera dormido. No quería que me viera entrar en estas circunstancias. Era como el camino de la vergüenza. El vestido de anoche era muy elegante para llevarlo en la mañana y no quería ni pensar en cómo se veía mi cabello.

Apresurándome a mi habitación, me topé con Louis. Sus brazos me sostuvieron justo a tiempo antes de caer de culo. Me sostuve de sus brazos un segundo antes de... ¡Dios! Estos no son brazos normales. Observé mejor a Louis, sin camisa. Sus pectorales, su abdomen, cada músculo que desconocía se marcaba en ese dios inglés. Los pantalones cortos azules le colgaban de la cadera de una manera impresionante. Realmente era demasiado caliente, no quiero ni pensar cómo sería estar con este hombre en la cama.

¿En qué momento se puso tan increíblemente bueno?

—Ponte una camisa, Lou —dije, sobando sus brazos.

—No, me gusta la manera en la que tus ojos se clavan en mi abdomen.

—Eh..., hablando de abdomen —me toqué mi estómago plano—. Estoy mejorando.

Lou me tocó de una manera demasiado ardiente. Mierda, las hormonas de lo que acababa de hacer aún me tenían prendida. Eso debe ser. Acercándose a mi cuerpo, sus ojos se clavaron en los míos.

—Porque no vas a cambiarte y sales a correr conmigo —no lo dijo como una pregunta. Fue más una orden, eso le sumaba puntos. Me gustaban las órdenes.

—Dame cinco minutos —dije y corrí a mi habitación. Tomé mis pantalones cortos, un top azul, mis zapatillas deportivas y mi reloj electrónico.

Salí a toda prisa para ver a Louis haciendo su calentamiento, estirándose de una manera que me hacía pensar que tenía músculos que jamás había visto antes. En el modelaje, los hombres son más delgados a pesar de que los músculos se marcan siempre. Rees y Louis no eran tampoco como esos jugadores de fútbol americano, eran simplemente más voluptuosos.

Acercándome a él, tomé su botellita de agua. Le di un trago largo antes de prepararme mentalmente para una hora de ejercicio en las afueras de Londres. De seguro correríamos un par de kilómetros antes de ir a meternos en la piscina. El día estaba hermoso.

—¿Dónde está Rees? —Era raro que mi hermano no estuviera listo para correr.

—Durmiendo. Cuando regresemos revisamos si está vivo. Casi muere de tanto alcohol anoche. Fue una locura en la casa de las chicas. Megan preparó una fiesta de verano. Ya

sabes... Mujeres semidesnudas en todos lados, pocos hombres y mucha bebida alcohólica.

—Nada del otro mundo. —Reí ante la idea de mi hermano preparando su terreno. Ya faltaba poco para nuestro cumpleaños.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó y tomó mi brazo. ¡Ay, no, mierda! Me quedé viendo el suelo unos segundos esperando a que las respuestas llegaran como si nada a mi sistema. Estaba jodida.

—No tengo ni idea. Un día desperté con esos pequeños hematomas. ¿Crees que me pude haber lastimado haciendo ejercicio? —¿Qué pregunta más estúpida!

—Parecen dedos. —Examinó mi brazo detenidamente. Intenté arrebatárselo de su vista, pero fue imposible—. Dile a ese imbécil que si quiere pasarse a mi hermanita, tiene que tratarte más suave.

—¿Qué? —dije sorprendida. ¿Cómo diablos lo sabe?

—Sé reconocer unos putos dedos cuando los veo, Hol. —La cara de Louis había cambiado. Ya no estaba el chico simpático—. Quizá él no quiso hacerlo, pero puedo ver que anoche te fue muy bien, Sisi, pero, te advierto, no quiero ver más marcas en los brazos. ¿De acuerdo?

Le sonreí captando que Louis creía que eran marcas de sexo, lo cual era verdad. Estas eran unas nuevas que me dejó de ayer en la noche. Asegurándole que no tenía nada de qué preocuparse, empezamos a correr. Olvidamos la plática acerca del sexo duro y las marcas en mi brazo.

El vestido negro

Holly

No tenía idea de qué le diría a mamá. Los dedos aún estaban marcados en mi brazo derecho. No podía usar ese vestido, se darían cuenta. Aunque puedo engañarlos. Quizá pueda decirles que me lastimé en una de las barras de entrenamiento. Sí, eso tenía que decirles. Me coloqué el vestido pegado negro sin mangas, me puse los tacones altos y la chaqueta pegada. Si no moría del calor, quizá me la dejaría puesta. Le daba un toque al atuendo.

La cena de hoy sería con una parte importante de la élite. Me encantaba este tipo de eventos, eran todo un *show* y eso a mí me fascinaba. Era llamar la atención de todo mundo. Eso era lo bueno de ser una Hamilton, todos tenían un ojo encima de ti todo el tiempo. A Rees no le gustaba la atención, la odiaba. La única atención que le gustaba era la de sus mujeres. Esas que siempre estaban detrás de él. Louis les llamaba el séquito de Rees.

—¿Hol? —escuché mi nombre desde la multitud. Adam me veía de pies a cabeza con esa sonrisa que siempre solía darme antes de abrazarme.

Me abalancé a sus brazos dejando que mi mundo se apoderara de ese hombre que tanto quería. Dándome un beso en los labios, Adam me jaló a la mesa donde estaba el resto del grupo. Anabeth ya estaba en las suyas hablando de ella como era costumbre. Deberían enseñarle a esa mujer que el mundo no gira a su alrededor y el egocentrismo aburre a todos los demás.

Una hora después, ya tenía tres margaritas en mi sistema, la música se había intensificado y la división entre adultos y jóvenes era mucho más evidente. Adam me tomaba la mano y susurraba cosas dulces. Esta noche era una vez más el chico del que me enamoré tres años atrás. Era mi chico perfecto. Con su sonrisa que mataba.

—Ese vestido te talla divino —dijo Adam besándome la clavícula.

—Se vería mucho mejor si no tuviera estas marcas —dije, señalando los moretes medio pintados con base para rostro. Esa fue la última brillante idea que tuve antes de salir de casa.

—Lo sé, hermosa. Pero sabes lo que provocas en mí en la cama. Es una locura. Eres tan increíble que podría morir mil millones de veces, y en todas las vidas te buscaría para tenerte.

Le sonreí dándole un casto beso en los labios. Amaba a este hombre con desesperación. Me encantaba la manera en la que me hablaba. Tomándome de la cintura, empezamos a bailar, transportándonos a ese mundo en el que solo él y yo nos entendíamos. Nos perdimos en la música instrumental electrónica. ¡Qué mezcla! Adam me hacía girar como un trompo, riendo y disfrutando de la noche.

Muerta del cansancio. Caminé a la barra por un vaso de agua. Estaba sudando y con mucho calor. Con la intención de salir a tomar aire, me alejé de toda la música, de toda la gente. Aire, necesitaba aire.

Había bebido bastante *champagne* y ya me sentía algo inestable, necesitaba un poco de aire en mi sistema para seguir bailando y tomando. No acabaría bien la noche si seguía de ese modo. Quizá era buena idea tomar más agua. Salí a los jardines viendo la noche completamente estrellada. Caminé a la fuente para sentarme ahí unos minutos antes de regresar.

Quitándome los tacones empecé a rozar mis pies por el césped. Decidí ser intrépida y meter los pies en la fuente. Nada pasaba por meterlos un poco. Me subí a la piedra hundiendo el pie derecho y luego el izquierdo. El agua fría mandó una señal a todo mi cuerpo. Inmediatamente la piel se me puso como gallina. Cerré los ojos concentrándome en esta sensación tan increíble.

En un principio pensé que los gemidos que se escuchaban eran de algún animal. No entendía bien de dónde venían. Intenté

poner un poco de atención cuando un «dámelo» llamó mi atención. ¡Dios mío! Alguien estaba teniendo sexo en algún lado del jardín. Sin poder controlar mi curiosidad empecé a seguir los gemidos de la chica. En medio del gran jardín había un *deck*[1] bastante grande. Con la luz baja. Aun así las dos figuras moviéndose con intensidad eran evidentes. Me acerqué un poco más. Necesitaba ver esto. Ese morbo que se formaba dentro de mí era inevitable. Tenía que ver más, era como pornografía en vivo.

Él la tomaba de las caderas contra una de las columnas. Su vestido estaba arremangado hasta la cintura. El chico tenía enterrada la cara en el cuello de la mujer que cada vez estaba más segura que era Tammy. Había visto bien su vestido rojo. No se perdía tan fácil. Me acerqué un poco más para ver al hombre mover su cadera con intensidad. Tammy estaba en el segundo orgasmo cuando gritó el nombre de Louis al tiempo que los dos se quedaban estáticos después de la llegada del clímax. No podía moverme. Estaba demasiado excitada viendo a Louis alejarse de ella enseñando su gran erección. ¡Dios! Desde esta distancia podía verla bastante bien. Lo vi quitarse el preservativo y tirarlo sin ningún descaro entre las plantas que rodeaban el *deck*.

Tammy se puso de pie acomodando su vestido al tiempo que Louis subía su bragueta. Estaba a segundos de irme lo más callada posible cuando alguien dijo mi nombre. Me di la vuelta con rapidez para ver a Adam caminando hacia mí. No se veía muy contento que digamos. Era lógico. Lo había dejado hace casi veinte minutos, por supuesto que iba a estar molesto. Giré la cabeza para ver a Louis verme con el ceño fruncido desde el *deck*. Me habían descubierto espionando. ¡Genial!

—¿Qué mierdas, Hol? —me gritó Adam. Sí, definitivamente estaba molesto. Tomándome del brazo, me jaló de una manera que mis pies perdieron el control. Tropecé, pero no me dio tiempo ni siquiera de caer. Adam estaba jalándome de regreso a la mansión.

Mis pies sufrían de varios tropiezos lo cual provocaba que no pudiera caminar bien y eso lo enojaba más.

—Puedo caminar sola —dije, alejándolo, frenándolo un poco. Estábamos suficientemente lejos del *deck* cuando Adam me dejó caer al suelo. La caída había sido inevitable, pero no tan fuerte como pensé que habría sido.

—A la mierda. Dime, por favor, que no los estabas viendo tener sexo —estaba muy molesto. Eso podía verlo.

—No, solo estaba caminando y me los topé. No era mi intención ver —no sabía qué más decir. Estaba tirada en el piso mirándolo fijamente, esperando a que me ayudara a levantarme.

—Bueno, pues no me gusta que veas a otros hombres teniendo sexo. Que alguien más te encienda me enoja demasiado, Holly. Lo odio.

Adam me tendió las manos para ayudarme a subir. Le tomé la mano y al dar media vuelta me fijé en el lápiz labial en su cuello. Me le quedé viendo unos segundos intentando recordar en qué momento lo marqué de esa manera. No me tomó mucho tiempo darme cuenta de que Andria estaba entrando a la mansión arreglándose el cabello. Quizá eso hubiera sido normal, pero recordé que hoy no tenía un lápiz labial cereza y ella sí. El estómago se me encogió por esa maldita sensación. ¡Mierda! ¿Por qué lo había dejado solo durante cinco minutos? Bueno, veinte minutos. Como sea. No era la primera vez que se escondían de mí. Los había descubierto un par de veces en el pasado y lo guardé como todo en esta relación.

Me sentía traicionada, me sentía dolida. Me dolía demasiado ver que mi novio, el hombre que se supone me ama, me traicione de esa manera. Se supone que debería existir respeto entre parejas y por ahora era lo que menos él demostraba.

—Tienes lápiz labial en el cuello —dije, señalando su camisa blanca.

—Bebé, te he dicho un millón de veces que no me gusta que me dejes esa cosa en la piel —dijo, pasándose la mano con desesperación.

—Es por eso que hace más de dos meses que dejé de usar lápiz labial —me fijé cómo sus músculos se tensaban. Él había prometido que nunca más pasaría nada con Andria. Lo que más me dolía era haber sido tan estúpida de creerle.

—Sabes qué, idiota... —dije, apartando su mano—. Ya estoy cansada de que me pegues, me manipules, me digas gorda y me ofendas de todas las maneras posibles. Tienes dos opciones: o compones tu maldita cabeza o te vas a la mierda. Tú decides.

Me di la vuelta dispuesta a regresar a la mansión. No me sentía segura en un parqueo solo con él. Las manos de Adam me detuvieron antes de empezar a caminar. Sus manos apretaban mi clavícula como nunca antes. Sentí que iba a quebrarme el hueso. Grité, intentando zafarme de ese agarre. Empujé mi cuerpo lo más que pude de él. Logré soltarme y en menos de lo que lograba procesar en mi cabeza, mi mano estaba golpeando su cara. El sonido de piel contra piel me recordó cuando Adam me pegaba, nunca nada fuerte para dejar marca, pero si lo había hecho. La palma me hormigueaba. Mi novio parecía no procesar lo que estaba pasando, su vista estaba perdida en el suelo. ¡Dios! ¿Qué hice?

—Lo... ¡Oh, no, Adam! —dije al ver sus puños apretarse. No pude reaccionar hasta que ya estaba tendida en el suelo. Sentía algo caliente y metálico en la boca. Estaba desubicada, perdida. Algo no estaba bien. Algo no funcionaba en mi cerebro cómo debía.

Unos gritos se formaron a mi alrededor, pero no pude distinguir de dónde venían. Una chica pedía que pararan. Pero los golpes y gemidos masculinos eran mucho más fuertes. Levanté la vista para ver a Louis encima de Adam, dándole de golpes. Me puse de pie sin pensarlo, abalanzándome a la espalda de Louis. Si seguía de ese modo iba a matarlo.

—Basta, él no hizo nada —le grité lo más alto que pude. Louis se alejó de Adam dejándolo casi inconsciente en el suelo. Él sangraba, yo sangraba, incluso los puños de Mr. Hulk sangraban.

—¡Que no hizo nada! Vi cómo te pegaba, Holly Marie. Maldita sea, vi el puto puño y te vi a ti caer al suelo. No soy idiota.

Tenía razón. No era idiota. Así había sido. Me quedé estática unos momentos antes de agarrar el valor que necesitaba para mentir de la mejor manera que sabía. No podían saberlo. No ellos dos, menos Tammy. Era una chismosa y en menos de lo pensado todo mundo lo sabría.

—No me pegó. Yo estaba borracha y me caí. Mi novio solo intentaba ayudarme, pero ¿qué te pasa? Louis, tienes problemas.

—¿Estás loca, Holly? No me puedes mentir en esta —se giró para ver a Tammy—. Ve de regreso a la mansión y ni una puta palabra de qué está pasando aquí afuera. ¿Entendido?

Tammy asintió y regresó a paso lento a la mansión. Yo quería agregar que pasara al baño a componer su cabello y a secarse ahí abajo, de seguro la tanga le queda empapada de no ser así.

Louis observó unos instantes cómo varias de las personas de seguridad se acercaban a la escena, era parte de su responsabilidad detener peleas y eso es lo que estaban dispuestos a hacer, supongo.

—¿Algún problema? —dijo uno de la guardia real.

—No, señor, mi prima y yo ya nos retiramos. Él, por el contrario, necesita un médico.

Dándole mala cara a Adam, Louis me tomó de la mano para sacarme de ahí. Caminamos a su vehículo al tiempo que marcaba algo en su teléfono. El altavoz se activó al momento de prender el automóvil y preguntar por qué nos íbamos.

—Hol se pasó de tragos, la vine a encontrar metida en la fuente, está toda mojada del vestido.

—¡Mierda! ¿Qué? ¿No puede controlarse? Yo me iré con mamá y papá, les explico que Holly tenía sueño. Dudo que me crean.

Estaba a segundos de alegar, pero Louis me hizo señas que me quedara callada, quizá por el momento era lo mejor que podía hacer. No quería que Louis le fuera y le contara todo a mi hermano, eso sí sería un gran problema.

—Tenemos que hablar seriamente, Hol.

El aire caliente que salía del auto me hacía sentir mejor. No me percaté cuánto frío tenía hasta ese momento. Me tapé la cara intentando contener las lágrimas, eran como un grito de ayuda, pero al mismo tiempo lloraba por la verdad.

Cuando guardas un secreto por tanto tiempo, en el momento que sale a la luz, te quitas un peso de encima porque guardarlo estaba siendo demasiado difícil.

Toqué mi labio con cuidado viendo que aún sabía a metálico, tenía sangre y eso era un gran problema. ¿Qué le iba a decir a Louis? ¿Cómo podía explicarle este desastre? Tenía que explicarle de alguna manera que entendiera que la situación no era tan grave, y no tenía ni una idea de cómo hacerlo.

Despertando a la realidad

Holly

Me senté en la cama de Louis cómo él me había indicado. Lo vi desaparecer por unos segundos antes de regresar con una toallita blanca húmeda. Se sentó a mi lado maldiciendo en voz baja mientras limpiaba mi labio inferior. Lo sentía hinchado, aun así, no dolía. Me quedé viendo a Louis apretar los labios al tiempo que me limpiaba el cuello. De seguro la sangre se había corrido un poco, bien dicen que la sangre es escandalosa. La toallita se detuvo cerca de mi pecho y lo vi aguantar la respiración. Su vista no se apartaba de mí, o, bueno, de mis pechos. Con un suspiro levantó sus sorprendentes ojos grises. Eran hermosos. Papá siempre decía que eran la copia de los de su padre. Le lancé una mirada antes de decirle.

—Gracias. —No podía articular nada sin ponerme a llorar.

—¿Vas a contarme desde cuándo viene esto? —Su voz sonaba fuerte, llena de enojo. Estaba molesto y eso era bastante obvio. Quería mentirle, decirle que lo que vio no era verdad. Pero también quería contarle a alguien, quería pedir ayuda.

—No sé de qué estás hablando. —Dios, esta si no se la iba a tomar bien.

—Sabes perfectamente de lo que estoy hablando, Sisi. ¿Desde cuándo ese hijo de puta te pega?

—No me...

—¡No soy estúpido, Hol! —Louis tiró la toallita al suelo causando que todo mi mundo colisionara en ese momento. Nunca lo había visto comportarse de ese modo. Él era el más tranquilo.

—Un año... —dije sin verlo a los ojos. No podía creer que lo había dicho. Mi voz sonó casi como un susurro. Tan bajo que pensé no lo había escuchado.

Louis maldijo en voz alta enseñándome lo molesto que estaba, se giró a toda velocidad pateando la silla de su escritorio. Esta salió volando cayendo al otro extremo de la habitación. No me di cuenta en qué momento salí corriendo a la esquina de la habitación, me hice una bolita y empecé a suplicar.

—¡Oh, Dios! Por favor, no me pegues. Prometo que seré buena, lo prometo. Lamento haberte hecho enojar, lo siento. — Estaba llorando. Muerta del pánico. No quería que me pegara. Dios, no hoy.

—¿Qué? —Louis parecía sorprendido—. Yo no... Dios, Hol, no.

Corrió a mi lado agachándose para ver qué me pasaba. Estiré mis manos para detenerlo. No quería que me hiciera daño, no podría aguantar a dos personas pegándose. En lugar de ver furia como la veía en Adam, veía esos ojos grises llenos de preocupación. Sus ojos se llenaron de lágrimas al verme temblar, llorar y rogarle que se alejara. No lo hizo. Se acercó más hasta tenerme en sus brazos. Me apretó con fuerza y dejó que llorara todo lo que quería. Estaba frustrada por todo. Quizá tenía más problemas de los que me imaginaba.

Louis jamás me haría daño, él me amaba. Al mismo tiempo, nunca pensé que Adam fuera capaz y aun así me agredió y me hizo daño. Realmente estaba mal todo esto y no quería aceptarlo.

—Ven aquí, princesa. —Me tomó en brazos llevándose hasta su cama. Con una mano logró quitar el cubrecama, ponerme encima y secarme las lágrimas. Estaba demasiado asustada para reaccionar de alguna manera.

Lo vi caminar hasta su clóset, lo perdí de vista unos segundos antes de que regresara solo con un pantalón de dormir. Su pecho descubierto me dejó sin habla. Era tan perfecto. Me obligué a ver a otro lugar, si seguía viéndolo de ese modo nada bueno traería. Sentados a mi lado, me ayudó con mis zapatos y mi vestido. Me

indicó que levantara las manos, pero me lo pensé unos segundos antes de obedecer. No quería que me viera desnuda.

El cariño con el que me veía, la ternura de sus manos recorriendo mi piel era demasiado increíble para negarme. Levanté los brazos para dejar que me quitara el vestido. No recordaba que el vestido era tan pegado que el sostén no era necesario. Me di cuenta de ese detalle cuando un gruñido salió desde lo más profundo de su garganta.

—Oh... —solté, dándome cuenta de lo estúpida que había sido—. Lo lamento, no recordaba...

—Está bien, Sisi. No pasa nada. Levanta las manos y deja que te ponga mi camisa.

Antes de levantar las manos, Lou recorrió su mano por mi dorso, pasando las manos en los chupones que había en mis pechos. Adam era demasiado violento y mis pechos daban fe de eso. No pensé en la pena que Louis sentía por mí, su tacto era tan embriagador que lo único que hice fue gemir. Los ojos de mi primo se clavaron en los míos. Estaban llenos de hambre, deseo... Lo estaba viendo todo mal. Él no podía desearme. No de esa manera. Levantando los brazos para dejar que me colocara su camisa, ignoré lo que pasaba y sentía. La camisa se deslizó por todo mi cuerpo mandando una corriente erótica por todo mi ser. Algo muy dentro de mí se estaba formando. Las imágenes de cómo tomaba a Tammy en esa pérgola se repetían una y otra y otra vez. Era excitante.

Louis se alejó por la puerta dejándome completamente sola, un pánico puro invadió mis venas pensando qué le contaría a mis padres. Estaba a segundos de ponerme de pie y rogarle por mi vida que no dijera nada, pero a los segundos regresó con un vaso de agua y una pastilla.

—Tómate esta pastilla. Esa mierda te va a doler bastante mañana.

Haciéndole caso, me tomé la pastilla y el vaso completo de agua. Ya estaba empezando a sentir el dolor, pero me negaba a pensar en él. Esta vez Adam si se había pasado. Louis se acomodó a mi lado llevando el cubrecama con él. Me acomodé en su pecho, sintiendo en mi mejilla las palpitaciones de su corazón.

Todo miedo, inseguridad, tristeza y lo que sea que estuviera sintiendo se fue esfumando poco a poco. Realmente estaba metida en un gran problema del que no sabía salir.

—Te vuelve a tocar y lo mato, Sisi —dijo, sobando mi espalda.

—Prométeme que no le dirás a nadie —dije y retuve mis lágrimas.

—No, lo lamento. Esto es una enfermedad. No puedes dejar... —no lo dejé terminar. Me senté para poder verlo bien.

—Es una etapa. Lo prometo. No volverá a pasar. No puedes hacernos esto, si dices algo esto se arruinará y... Y lo amo, Lou, juro que siento muchísimo por él.

—Eso no justifica que te pegue. Merece estar en la cárcel por eso y lo sabes muy bien.

—Una oportunidad. Te prometo que si vuelve a tocarme tú le pondrás un alto.

—¿Y cómo diablos lo voy a saber? Pasé un año sin saber lo que estaba pasando, Hol. ¿A qué punto tiene que llegar para que pare y abras los ojos? Esto está mal. —Louis se sentó para verme mejor.

—Te prometo que te lo diré a ti. —Tomé su mano—. Lo prometo.

Louis no parecía convencido. Algo en todo esto no le gustaba y podía verlo en sus ojos. Haciéndome señas para que regresara a sus brazos, me dejé caer en la comodidad de su cariño. No era la primera vez que dormíamos juntos. Pero sí la primera en la que Rees no estaba en medio de los dos.

Nunca lo vi como algo erótico hasta que lo vi tomando a Tammy esta noche. Nunca había pensado en Louis como estaba pensando ahora. ¡Dios! Esto si era demasiado jodido para mi sistema. No podía darme el lujo de pensar así de él, literalmente crecimos juntos.

—Me viste hoy... ¿No es así? —preguntó Louis muy serio. ¿Qué podía decirle? No quería hablar de eso.

—Amm, si te dijera que sí. ¿Te enojarías?

—Depende de si te gusto lo que viste o no. —Lo vi sonreír de una manera pícaro.

Él sabía que sí me había gustado. Maldito presumido. Me encogí de hombros como si no quisiera darle importancia. Regresé a su pecho recostándome una vez más. No quería apartar mi cara de ahí. Quizá sería la primera y última vez que estuviéramos de ese modo.

No quería dormir, pero al parecer la pastilla tenía algún efecto en mí. Empecé a cerrar los ojos soltando un bostezo profundo. No podía contenerme. Los brazos de Louis se apretaron a mí alrededor al tiempo que besaba mi frente.

—Dulces sueños, princesa. —Con esas últimas palabras, me quedé dormida en el último cielo de Louis. Así de estúpida la idea.



Calor. Demasiado calor. Me removí un poco sintiendo cómo todo encajaba de regreso. Mierda, estoy en el pecho de Louis. Abrí los ojos cayendo en cuenta de que así era. Me levanté sin apartar la vista de Louis, haciéndome poco a poco para atrás. De pronto, escuché a alguien aclararse la garganta a mis espaldas, eso me hizo dar un salto de campeonato que hizo que un grito agudo se escapara de mi garganta. Vi a Louis despertarse como si una bomba hubiera estallado a su lado.

Me di la vuelta y mi hermano estaba ahí, sentado en la silla cerca de la ventana que estaba cerrada con unas cortinas azul marino. Este me dio una muy mala mirada.

—Mierda, Rees, me asustaste.

—Sí, bueno... De eso ya me di cuenta. ¿Qué diablos hacen abrazados de ese modo?

Louis soltó una carcajada al tiempo que salía de la cama para ir al baño. Se excusó unos segundos antes de regresar secándose la cara. Mi hermano seguía viendo a Louis como si tratara de unir algunos cabos sueltos. Al parecer le costaba pensar al igual que a mí, no quitaba la cara de idiota.

—¿Vas a empezar a hablar? —preguntó mi hermano a Louis—. Necesito saber ¿por qué le diste una paliza a Adam? Y, además, Hol... ¿Qué te pasó en el labio? Si me dicen que ese idiota le hizo algo a mi hermanita juro por mi vida que tendrá más que una nariz rota.

No, oh, no. Me giré para ver a Louis lanzarme una mirada antes de regresar a mi hermano que estaba de brazos cruzados con la vista perdida en Louis. Rees me conocía muy bien. Sabía que algo estaba mal. Tenía el labio partido, eso era seguro, pero no sabía cómo tenía el resto de la cara. ¿Tenía marcas? Esto es grave.

—Hol se tropezó y ese idiota lo permitió.

—¿Qué? —Rees giró para verme. Frunció el ceño regresando a Lou—. ¿Por eso tiene el labio hinchado? ¿En serio?

—Sí —respondí antes que Louis. No quería que mintiera por mí—. Mucha margarita.

—¿Qué tiene que ver el idiota en todo esto?

¡Genial! Rees no se estaba tragando absolutamente nada de nada de lo que estábamos diciendo. Era de esperarse, por más que quisiera que mi hermano fuera un poco más idiota de vez en cuando, no lo era. Ese tipo era una bestia para todo. El gimnasio, las chicas, los estudios y para la mierda lógica. Definitivamente no

parecía mi maldito hermano gemelo. ¿Cómo puede ser mucho más inteligente que yo?

—Ella se cayó al suelo. El idiota la observó antes de pararla. No pude resistirme y le pegué por idiota. Si la hubiera sostenido bien, nada hubiera pasado. Se lo merecía.

Mi hermano se lo examinó unos minutos antes de asentir con la cabeza. Louis le había mentado a su mejor amigo por mí. Pero qué basura de persona me estaba sintiendo. No me gustaba que entre ellos hubiera secretos, nunca los había habido. Observé a Rees unos minutos indicándome que tía Mary estaba abajo con mamá. Desayunaríamos todos juntos.

Pensé que mi hermano se quedaría a esperarnos, pero al momento que salí del baño con la cara lavada y los pantalones de Louis puesto, no encontré a mi hermano, solo a Louis sentado en la cama con una camisa blanca pegada. Su cabello corto era todo un desastre. Al momento que nuestras miradas se cruzaron pensé en sonreírle, pero algo en su mirada me frenó de hacerlo.

—Lo digo en serio, Hol —dijo acercándose—. Tú y yo vamos a trabajar en esta mierda. No estoy dispuesto a que ese idiota te vuelva a poner una mano encima. Eres como mi hermanita y voy a protegerte hasta el último maldito día de mi vida. ¿Está claro?

Asentí con la cabeza incapaz de decir absolutamente nada. Una parte de mí que no conocía se rompió en ese momento. Le importaba a alguien, no estaba sola y Adam no iba a volver a levantarme la mano ahora que Lou lo sabía, tampoco sabía si volvería a tener novio después de esto y por ahora no me importa no tenerlo. Otra parte de mí se rompió al escuchar a Louis decirme hermanita, en estos momentos no quería ser su hermanita.

—Tengo miedo —admití. Si me hubieran dicho que esto era mucho más fácil de lo que sonaba, lo hubiera dicho hace mucho tiempo atrás—. Estoy asustada, muy asustada.

—No tienes de qué estar asustada, por eso estoy aquí, Sisi. Para apoyarte a salir de esto. No estás sola. Recuerda eso. Siempre. Yo estoy aquí.

Y por primera vez en toda mi vida quise besarlo. Quise enredar mis manos en su cabeza cómo lo hacía Tammy ayer, quise enrollar mis piernas en su cadera y rogar para que intensificara la acción. Lo quería dentro y eso estaba mal. Se suponía que era mi hermano, no de sangre, aunque sí nos habíamos criado juntos. Que mente más depravada la que estaba teniendo.

La primera pasión

Louis

Sí me preguntara que es lo que más disfruto de esta vida, diría que es el gimnasio. Pero al momento de estar dentro de esta mujer mi mundo se volvía de piedra. El sexo definitivamente era de los mayores placeres que tenía.

Te hace olvidar el mundo de afuera si te dejas llevar, te hace sentir cosas increíbles y te liberas de toda atadura que sientas en este mundo. También es de las cosas más íntimas que una persona debe tener, está completamente expuesto a la otra persona, no solo físicamente. Una persona puede decir cualquier cosa en medio de la acción sexual.

Tammy se removió unos segundos antes de convulsionar de placer. Me encantaba ver lo húmeda que se ponía con mis atenciones. Con tres arremetidas más, colapsé encima de ella. Nuestros cuerpos sudorosos y agitados eran toda una literatura erótica. Una del siglo pasado.

Apartándome de su cuerpo la vi sonreír, esa sonrisa que normalmente me daba de satisfacción, la de recién follada. Cada vez que podía veía mi vida con ella. No estaba enamorado, eso lo sabía perfectamente. Mamá decía que con el tiempo aprendería a amar a quien eligiera. Tío Will por su parte siempre me decía que mandara a todos a la mierda y buscara lo que mi corazón deseaba más que nada en el mundo. Eso había estado haciendo y por eso era uno de los únicos solteros a la edad de 25. Tammy era bonita. Con su cabello café oscuro y su piel morena era toda una diosa africana. Me gustaba que tuviera una descendencia de otro lugar, eliminaba muy bien a todas las inglesas de pura sangre.

Mamá me había mostrado un mejor mundo, sin la sangre real. Yo era mestizo, una mezcla de realeza y mortal, o al menos así llamaban a esa porquería. En lo personal me daba igual todo ese

tema. Vivía mi vida como si fuera a acabarse el mundo mañana, eso de pensar en un futuro era una vil mierda. Tampoco es que sea solo un vividor, voy a la universidad a estudiar Medicina y me dedico a proyectos a largo plazo, pero la vida es tan corta que uno no sabe cuándo puede terminar.

Si no, pregúntenselo a mi padre. Otra de las cosas que tengo que agradecerle a tío Will. Él se había dedicado en contarme todo. Lo admiraba y respetaba a pesar de que nunca tuve el honor de conocerlo. Sé que habría llegado lejos de haber estado vivo y lamentaba nunca haber podido estar con él en la misma habitación.

—Excelente sexo, señor Montgomery —dijo Tammy besando mis labios.

—Lo mismo digo, querida.

Era fácil estar con ella. A pesar de lo mucho que ella anhelaba estar formalmente conmigo, era paciente y no presionaba absolutamente nada. Pensaba en hacerlo oficial en un par de semanas. Ya era hora de tomar las riendas de mi vida amorosa, no es que me emocione. En el pasado, cuando cumplí los 21 años, las cartas de solicitud empezaron a llegar con insistencia. En ese entonces quería solo salir con todas, solo por el morbo de ver cómo se comportaban. Unas fueron unas bestias en la cama, otras eran tan tímidas que me daban pereza, otras eran súper extrovertidas, pero con una cantidad de mierda por dentro que en poco me paraban aburriendo.

Tammy fue la única que mantuvo mi interés. Sorprendentemente una de las últimas que escogí para salir. En cierto punto era bueno, me dio tiempo de madurar antes de estar con ella.

—¿Qué pasó con Holly? —preguntó Tammy apartando cualquier pensamiento.

¡Holly! Por un momento había olvidado todo eso. No podía creer que ese imbécil le hubiera puesto un dedo encima a mi pequeña Hol, más enojado me tenía que ella se hubiera dejado.

Ella sabía muy bien que no tenía que dejar que nadie la tratara así. Entonces, ¿por qué lo hace?

El maldito debería estar en la cárcel, encerrado por hijo de puta.

—Fue un error, aun así, el idiota se lo merecía.

—Puede demandarte, Lou. ¿Qué no pensaste en eso? — Tammy estaba asustada y mandona al mismo tiempo. Ella podía pensar lo que quisiera, solo yo sabía la verdad de la depravada mente de ese idiota. Iba a pagarlo caro.

Por eso sabía que no podía demandarme.

—Hoy iré a su casa a pedirle disculpas. —Sonreí al tiempo que me apartaba de su cuerpo. La observé una vez más, sus pechos eran dos bolas enormes. Bien operada.

Dejándola en su cama. Tomé una toalla para bañarme. Por más que quisiera regresar a la cama y volver a penetrar a esa mujer hasta que rogara que parase, tenía que ir a hablar con ese bastardo. El muy mierda pensó que se saldría con la suya, pero iba a dejarle muy claro que se tenía que alejar de Holly, de no ser así no terminaría en un hospital, si no en un cementerio.

Tammy entró detrás de mí. Necesitaba apurarme para llegar antes que cayera la noche a la casa de ese idiota. Intenté no poner tanta atención a las manos de Tammy al tiempo que me colocaba jabón en el cuerpo. No podía distraerme, no ahora.

Cuando llegué a la casa de ese maldito, su padre me abrió la puerta. No tenía mucho que decirle. No sabía nada de lo que le había pasado o de cómo le habían pegado a su hijo. Mi padre había sido conocido en su generación al igual que tío Will por lo que no tuve la necesidad de presentarme. Al momento de entrar en la habitación del idiota, lo encontré en la cama con una cosa blanca en la nariz. Satisfecho de ver que se la había quebrado me senté en la silla cerca de la ventana.

—No tienes nada que estar haciendo aquí. Vete —dijo, señalándome con el dedo.

—Tengo mucho que hacer aquí. Mira, Lexington, no quiero tener que acudir a la maldita policía. Mi prima me dijo que era una estúpida etapa tuya que no creo llegue a pasar. Los dos sabemos que eres un hijo de puta y eso no va a cambiar nunca. Ella tiene la idea de que te ama y que no quiere dejarte. Eso es lo que más me enoja. Deberías estar en el Infierno, quemándote por maldito. ¿Me entiendes lo que digo?

—¿Tu padre nunca te enseñó a hablar? ¡Qué boca, por dios! Ni un mortal te gana.

Sabía que estaba siendo cruel como la mierda por mencionar a mi padre y decirme mortal en una forma indirecta. Amaba a mi madre siendo quien era, sin sangre real ni nada de esta basura, yo me sentía una parte como ella y esto era lo de menos.

A él podía hablarle cómo se me diera la puta gana, mi respeto no se lo merecía ni un poco.

—Al parecer nuestros padres son muy malos para criar a sus hijos. ¿Cuánto tiempo lleva tu padre pegándole a tu madre? ¿Usa los puños, patadas...?

—No te atrevas a hablar así de mi padre. —Sus palabras sonaban duras. Claro que sus padres no eran como él, pero me agradaba saber que lo estaba enojando.

Me senté una vez más en la silla negra de escritorio. Su habitación parecía sacada del siglo XVIII. Incluso, el papel tapiz de flores era una cosa tan retro que no me la creía. No iba a hacer un gran escándalo, se lo había prometido a Holly. Aun así tenía que advertirle. Un pelo que le tocara a esa mujer y lo mataba.

No podía quitarme la imagen de Holly rogándome porque no le pegara. La mirada de pánico en sus ojos, suplicando por compasión, perdón... Era insoportable. Sentía la necesidad de reaccionar peor contra él. Ver las marcas en el pecho de Holly, los

chupones, pellizcos era demasiado. La ira se iba acumulando en mi interior.

Poniéndome de pie, muy molesto lo tomé de la maldita camisa blanca que tenía puesta. Adam se puso pálido, a segundos de comenzar a gritar como niña. Tapándole la boca lo desafié a que gritara. Quería que se sintiera impotente, se sintiera miserable. De la misma manera que había hecho con Holly. Quería que sintiera como su mundo se iba a la mierda.

—Grita una vez más y verás cómo tu nariz se vuelve a partir. Del mismo modo, te advierto, le pones una mano encima a Holly otra vez y te juro por mi vida que te mato. No bromeo, prefiero pasar el resto de mi vida en la cárcel que ver morir a Holly en manos de un imbécil como tú. ¿Está claro?

—Es mi novia. ¿Cómo no quieres que la...? —Adam ponía todo su empeño por explicarme mientras luchaba con mi mano que mantenía cerca de su boca.

—Cuando me demuestres que puedes tratarla como una princesa, ese día te dejo volver a tocarla. Cuando la trates cómo se merece, ese día puedes volver con ella. ¿Está claro? De lo contrario, ella ya no es tu novia, no es tu amiga, ni tu amante. Mucho menos aplicas para ser su Agapi. ¿Entendido, idiota?

Lo vi asentir con la cabeza. Dándole tres palmadas en la cara, caminé a la puerta de su habitación. No tenía nada más que hacer allí. Lo dicho, dicho está. Dándole una última advertencia al gran idiota salí hacia mi automóvil. Me pasé despidiendo de los padres del imbécil mayor con un sarcástico «Espero se mejore pronto Adam», un gesto que no sentía.

Quién diría que esta amenaza significaría más de lo que pensaba.

Larga espera

Holly

Tres largos días pasaron sin noticias de Adam, diría que era lo mejor pero... Me sentía tan vacía, tan triste. No dejaba de llorar y no sabía si era la ausencia de Adam, o que ya alguien sabía por lo que pasaba.

No hay nada peor que no saber nada de la persona de la que sabías todo el tiempo. Me estaba volviendo loca, pero también me negaba a ir a buscarlo, era su decisión dejarme, no la mía y no entendía qué estaba pasando.

Esto tiene que ser lo mejor, pero simplemente no logro entenderlo.

Me sentía tan vulnerable, tan triste, tan... Deprimida. No sé si sea depresión como tal, pero a como me siento ahora solo puede definirse como tristeza real, no hasta el punto de suicidarme como esas series basadas en libros norteamericanos que tratan de suicidio y violaciones. Ese definitivamente no es mi caso.

Alguien tocó la puerta de mi habitación, no me sentía con el ánimo de demostrarles que estaba bien. No había nada que ocultar, había perdido a mi novio. Sentándome en mi cama, vi a mi hermano entrar con dos cafés fríos. Sabía que estaba de bajón y quería subirme mi ánimo. Recibí el café de The Coffee Place colocándolo en mi mesita. Sabía que vendría una larga plática de verle el lado positivo a la vida. Mi hermano no solo era mi hermano, era mi mejor amigo, mi confidente. Odiaba tener que mentirle acerca de lo que pasaba con Adam, la verdadera historia, no la que habíamos inventado con Louis.

Esa historia que nos estaba torturando por ser la mayor mentira jamás dicha a mi hermano, por dos personas que él amaba.

—Sisi, tienes que subir ese ánimo. Ese idiota no vale la pena. Tienes que pensar en cosas positivas.

—¿Qué tiene de positivo? Nadie me quiere Rees, Adam estaba destinado a ser mi Agapi. ¿Qué voy a hacer?

Nadie más me interesaba, nadie me llamaba la atención, no de ese modo. Tomé un sorbo del café frío sintiendo el chocolate con cafeína bajar por mi garganta. Estaba delicioso. Mi hermano se sobó el cabello cómo solía hacerlo cuando buscaba las palabras correctas. Su camisa blanca se marcaba perfectamente en su cuerpo. Cada vez tenía más músculos.

—Eres mi gemela, somos idénticos y tengo muchas mujeres y hombres detrás de mí. Tú ahora no lo ves, pero siempre has tenido pretendientes esperando a que ese idiota la cagara para tener una oportunidad. De seguro algo aparece en poco tiempo.

Pero no quería a otra persona. No quería a nadie más que a Adam. Mi vida pendía de un hilo y no quería cortarlo. Quería que Adam me quisiera y todo fuera como hace tres años, cuando éramos la pareja perfecta, la pareja que todos envidiaban. Quería regresar al pasado donde él me quería.

Estaba cansada de acostarme a dormir llorando por su pérdida, de ver fotografías viejas, mensajes en los que aún me decía «te amo». Estaba cansada de extrañarlo.

—¿Ya has salido con alguien? —pregunté para desviar el tema. —Cinco —dijo, tomando un sorbo de café—. No me acosté con ninguna si esa es tu pregunta.

—¡Cinco! —grité—. ¿Cómo es posible que con cinco? Nuestro cumpleaños no es hasta dentro de dos días y ya saliste con cinco. Mierda, Rees, tienes prisa.

—No, Sisi. No tengo prisa, pero son ciento cincuenta mujeres.

Negué con la cabeza sabiendo que mi hermano era un caso en todo esto. ¡Dios Mío! No pensaba en verdad salir con las ciento cincuenta, ¿o sí? Esperaba que no. Eso solo le subiría su ego y a «Big Rees».

La tarde empezaba a caer en todo Londres. Era un milagro que el clima estuviera estable y cálido. Amaba el verano, permitía que pudiera usar ropa más pegada. Era esa época del año en la que podía enseñar lo mucho que me esforzaba en ese maldito gimnasio.

—Tengo una idea —dijo Rees sacando su teléfono. Levanté una ceja en un gesto interrogativo. ¿Qué idea tenía ahora? Normalmente, sus ideas eran muy malas.

—Lou, cine en casa. Te toca traer las palomitas y pasa por unas alitas de pollo picante en Chicken Jackie. De las extra picantes y... —mi hermano me vio un momento antes de agregar—, una porción de las que no pican tanto. Sisi es una niñita para el picante.

Colgó el teléfono y se encogió de hombros explicándome que veríamos una película con su nueva televisión de realidad virtual. Conociéndolo, sería esa nueva película que tanto le gustaba ver de viajeros en el tiempo. Mi hermano era extraño en sus gustos.

Me quedé pensando unos segundos en Louis. No quería verlo, no después de todos esos pensamientos que había tenido de él. Incluso, había soñado con él, desnudo, haciéndome el amor de una manera tan romántica que costaba creerlo. Era cariñoso, besaba todo mi cuerpo mandándome al quinto cielo de Louis. Era una idiota por pensarlo. Era como si me acostara con mi hermano. ¡Asqueroso!

En el momento que Louis llegó, yo ya estaba sentada en el sillón del salón virtual. Tenía puesto un pequeño *short* de pijama y una blusa blanca sin mangas. Me recogí el cabello encima de la cabeza y decidí no verlo a los ojos. Esto era una locura. ¿Por qué no podía verlo? Obligándome a saludarlo como siempre lo había hecho, levanté la cabeza para toparme con sus ojos. Nuestras miradas se quedaron fijas unos momentos antes de que él la bajara, ignorándome por completo.

Como era de esperarse, Rees y Lou colocaron las palomitas, las alitas y todas las cosas en la mesa. Agarré la botellita plateada de reciclaje que usaba para ir al gimnasio, di pequeños sorbos viendo cómo los hombres acomodaban todo. Rees salió a traer un par de gaseosas dejándome sola con Louis. Fijé la vista en la ventana para no tener que verlo. Esta sensación de tenerlo cerca se estaba volviendo incómoda.

Me giré al tiempo que sentía el sillón hundirse del lado derecho. Louis estaba a un centímetro, observando mi brazo. Lo tomó, viendo hacia donde unos días atrás había marcas de dedos. Ya no estaban. No queda absolutamente nada ahí o en mis labios. Subiendo la mirada y lo inspeccionó. No tenía nada que alegar. No había marcas, al menos visibles.

—¿Cómo están los chupones de tus pechos? —mi cara completa empezó a hervir. Qué vergüenza.

—Bien —dije, bajando la mirada para que no me viera ponerme roja como un tomate.

—Sisi, ¿estás avergonzada? —ya vamos otra vez con lo de Sisi. Antes me encantaba que me llamaran de ese modo con Rees, me recordaba que me protegían ambos. Ahora ya no quería ser su hermanita.

—Estás hablando de mis pechos, Lou, claro que me da pena.

—No sé en qué momento te crecieron tanto, pero debo de admitir que son de los mejores que he visto y eso que no llegué a tocarlos o morderlos. —Me quedé con la boca completamente abierta. ¡¿Qué?!

—¿Morder qué? —Rees se sentó junto a Louis distraído por nuestra plática. Lou abrió los ojos quedándose como piedra. Mi querido hermano lo había sorprendido. ¡Trágate eso, Lou!

—Morder pelotas —dijo, intentando buscar una excusa. Por lo visto la peor que encontró.

—¿Morder pelotas? —Rees negó con la cabeza pensando en qué diablos estaba mordiendo.

—Le decía a Hol acerca de que te gusta morder pelotas. — Louis se metió a una historia de cómo de pequeños, Rees mordía las pelotitas de goma que le daban a los bebés para cuando le salían los dientes. Era una historia estúpida, pero el ego de mi hermano lo tenía fascinado de que hablaran de él mordiendo unas estúpidas pelotitas. ¡Patético!

Después de que Louis se quitara el problema de las manos, nos concentramos en la película. Amaba cómo toda la habitación cobraba vida. Esta tecnología era toda una odisea de último momento. Eso me encantaba. Metiéndome en la película, grité, salté, me cubrí los ojos y suspiré desde lo más profundo de mi alma cuando André Lei, el actor de moda, apareció sin camisa en la playa. ¡Pero qué pasada! Ese hombre estaba en todo.

Hace unos días, decidimos con Anabeth ver todas sus películas de un tirón. Llegamos a la quinta y de ahí no pasamos. Eran increíbles. Él era un Adonis de la antigua Grecia. Cada mujer en este mundo tiene uno de esos, un actor, cantante, modelo... Que las hace suspirar. El hombre en esa televisión era el mío.

—¿Hol? —Louis se acercó mucho a mi oído para que mi hermano que ahora dormía como un oso en el sillón no se despertara. Acercándome a él escuché a lo que sea que tenía que decirme—. Dime que no vas a regresar con ese idiota.

—¿Qué? —pregunté sorprendida. ¿Qué tenía que ver eso?

—No quiero volver a verte con Adam. Es una mierda, princesa. Si te quisiera, te valoraría, cuidaría y guardaría en una pecera de cristal como yo planeo hacer contigo.

Me di media vuelta para verlo reclinado en el sillón, con ese cabello rubio y ojos grises profundos. Yo podía cuidarme sola, no necesitaba que me metiera en una pecera como si fuera un pez indefenso de exhibición.

En sus ojos vi reflejado ternura y pena, eso me recordó los golpes de Adam y me di cuenta a lo que él se refería. Quería

cuidarme de gente como Adam. Bajé la mirada no queriendo admitir nada.

—Adam no me ha... —quería terminar la frase, pero el nudo en la garganta no me dejaba. No podía ponerme a llorar. ¡Qué idiota!

—¿No te ha pegado, no te ha...?

—Hablado —dije molesta—. ¿Por qué siempre tienes que pensar lo peor?

—¡Geez! Vamos, Hol, el idiota te pegaba. ¿Cómo diablos no voy a pensar lo peor? Discúlpame si lo hago, pero una buena imagen de ese imbécil no tengo.

Louis había subido la voz a un nivel bastante alto. No podía permitir que todos escucharan esta plática, menos mi hermano que seguía durmiendo al lado del gritón. Me levanté haciéndole señas para que me siguiera. Teníamos que hablar, pero no cerca de mi familia. Si ellos se llegaban a enterar de esto sería el fin.

Subimos las escaleras de caracol. Dejé que mi primo me siguiera a mi habitación. La casa era enorme, de dos pisos con grandes pasillos llenos de retratos y pinturas antiguas. Mamá amaba tener todo de última tecnología, papá era todo lo contrario, por lo que la casa era una gran mezcla de ambos mundos. Al entrar a mi habitación, las luces se prendieron, era un excelente sistema que solo reaccionaba conmigo.

—Ahora, sí, hablemos —dije, sentándome en mi cama de color rosa con amarillo.

Louis se paseó un poco por la habitación antes de decidir sentarse frente a mí. Un nerviosismo se formó en mi estómago recordando mi sueño. Como si mil malditas mariposas aleteasen en mi interior.

Sus ojos grises estaban fijos en los míos. Una sensación extraña se formó entre mis piernas ¡¿Pero qué diablos era tan erótico en él?! Desviando la mirada, decidí que era lo mejor. Si no lo veía, no me daría algo en el corazón, o bajo las piernas.

—Quiero que sepas una cosa. Solo una, princesa.

—¿Qué? —respondí, incapaz de verlo a la cara.

—Primero mírame cuando te hablo. —¡Carajo! Lo que no quería era verlo. Con toda la fuerza que ameritaba, levanté la vista.

—Vales demasiado para dejar que alguien te trate mal. Eres extrovertida, graciosa, hermosa, eres enojona y tienes un carácter demasiado difícil que me encanta. Todas esas cosas y muchas más son las que te hacen especial, no necesitas que nadie te diga lo contrario y, peor aún, creértelo.

Sentí una necesidad horrible de llorar en ese momento pensando que Louis estaba diciendo lo que necesitaba escuchar en ese momento. Aun así no era suficiente, quería que el dolor desapareciera y eso no lo iba a lograr con nada más que tiempo.

Intenté sonreír a la vez que una lágrima se resbalaba desde mi ojo. Parpadeé un segundo y contuve las ganas de llorar. Yo era fuerte. Era fuerte. Era fuerte. Si me lo seguía repitiendo una y otra vez me lo creería.

—Si tan solo supieras lo linda que eres, lo increíble que eres... Todo sería diferente. Prométeme que sabrás cuidarte. Apóyate en mí cuando creas que todo está mal.

—¿Apoyarme en ti? —pregunté.

—Sé que es difícil salir de una relación. Sé que te sentirás sola, sé que pensarás que es el fin del mundo. Para eso estoy yo, para recordarte que nada es como tú crees. Me tienes a mí. Nunca estarás sola, nunca.

—¡Él va a regresar! —dije, sin estar del todo convencida.

—Apuesto a que así será. Él no es tan estúpido como para perder algo que vale demasiado, pero tú eres demasiado inteligente para no volver a abrirle la puerta, Sisi. No puedes dejarlo regresar.

—Yo lo amo. —Estaba con la voz cortada y a segundos de tirarme en la cama a llorar.

—No, Sisi, yo te amo y tú me amas a mí, a tu hermano, a tu familia. Lo que sientes por Adam es una maldita obsesión. Lo que

él te hace a ti no te hace amarlo, te hace temerle y no le temes a la persona que amas. Debes soltarlo y dejarlo ir. Yo estaré para ti, todo el tiempo. Solo debes alejarte tú de él.

Debe ser la manera tan vulnerable en la que estoy, porque estaba empezando a ver a Louis de una manera que no debía verlo, estaba empezando a sentir cosas que no debería sentir por la persona que me trataba como una hermana.

Me abalancé a sus brazos, perdiéndome en su aroma y en su manera de ser, olvidando a Adam por unos segundos, a Tammy, a mi hermano, a mi tía y a mis padres. Nada importaba más que el abrazo en el que estábamos.

Feliz cumpleaños

Holly

Abrí los ojos con la sensación de vacío más grande que jamás sentí. Hoy era el día en el que Adam vendría a hablar con papá para pedirme que fuera su Agapi. Lo planeamos hace menos de un año. Estaba emocionada porque llegara ese día y ahora... Ahora era solo un recuerdo.

Me puse una bata rosada de seda con mis iniciales grabadas en la parte derecha del pecho. Mamá nos dio batas parecidas a Rees y a mí el año pasado y, para ser sincera, la usábamos todos los días para desayunar.

Como era de esperarse, la familia estaba ahí para celebrarnos como era costumbre. La tía Ash con Connor, su hija pequeña, los abuelos, mamá y papá. Todos se pusieron de pie abrazando a Rees y luego a mí, dándonos regalos que seguro eran una pasada. Mi abuelo como era costumbre me tomaba las mejillas con fuerza y a lo lejos veía a mamá saludar a Mary, la mamá de Louis.

Estaba a segundos de buscar a Louis por la habitación cuando alguien tapó mis ojos. El aroma a jabón y loción masculina se hizo presente. No tenía que preguntar quién era, yo ya lo sabía

—Adivina quién soy, princesa. —Me tapé la boca como siempre lo hacía al reír.

—¿Adam? —respondí entre risas.

Louis me soltó de inmediato dándome media vuelta para que quedar frente a frente. Tenía el ceño fruncido y estaba notablemente molesto por mi comentario. Quise soltar una carcajada, pero verlo con la camisa blanca de botones, sus vaqueros y esa cara de recién levantado me tenían atónita. Tengo que dejar de pensar en él. Esto no me va a llevar a nada.

—¡Caíste! —le grité, dándole un empujón.

—No es gracioso, Sisi. Sabes que lo odio —dijo con un puchero. Llevándome a sus brazos, me resguardó en su cálido abrazo. Me sentía segura en ellos, me sentía en casa—. Feliz cumpleaños.

—Gracias —susurré de regreso.

Regresando a mi familia, abracé a tía Mary. En la mesa había un gran pastel de chocolate, como era costumbre. Los nombres de Rees y el mío se leían a la perfección en caramelo.

Ash alababa a sus hijas, Rees jugaba con la pequeña dándole vueltas y todos los demás intentábamos ignorar a la hermana de mi madre. Era la rutina de siempre. Louis se sentó junto a mí contándome de su última competencia en natación. Tenía años de no ir a verlo entrenar, quizá ya iba siendo tiempo de que fuera a verlo. No era por verlo sin camisa, era solo por el amor al deporte. Lo juro.

No dejaba de admirar a Louis, sus ojos grises eran el poema más antiguo y romántico. Así de estúpida me sentía. Quizá William Shakespeare estaba escribiendo los diálogos de mi mente, porque en estos momentos me daba pena. ¿Desde cuándo soy tan romántica? Esas cosas nunca me pasaron por la mente con Adam. Debe ser algún tipo de problema psicológico que me está empezando a surgir, quizá la tía Ash tenga razón y necesite ir al médico para que me examine la cabeza.

Después de un desayuno nada saludable, me levanté de la mesa despidiendo a todos. Necesitaba mi masaje y mi terapia de belleza. De esa rutina ya se encargaría la abuela y mi madre. Papá siempre decía que no necesitábamos nada, pero hasta Rees se tomaba la idea del *spa* como compromiso propio. A veces creía que a mi hermano le quedó la parte femenina que a mí me faltaba. Se cuidaba muchísimo y eso era bueno hasta cierto punto. Las mujeres caían a sus pies siempre.

El día pasó rápido. Soñé durante mucho tiempo el día que cumpliera 21 años y lograra más independencia. Finalmente, podía escoger qué quería en la vida, manejar mis finanzas y sobre todo... Tener un Agapi. Aunque eso no era nada ahora. No cuando Adam me ignoraba.

Todos los años era el primero en llamar o estar en casa al amanecer para llevarme rosas o algún súper detalle. Esos años de jurar amor eterno se habían acabado. Unos días después de mi cumpleaños veinte fue el primer ataque de histeria de Adam. Estábamos muy asustados, tanto él como yo. No podíamos creer que me hubiera pegado una bofetada. Recuerdo el dolor que se esparcía en mi pecho y en mi corazón. Ese día Adam lloró por horas pidiendo disculpas. No dudé ni un minuto para perdonarlo. No tenía la culpa de lo que le pasaba. El problema vino meses después cuando se volvió una rutina.

—Las uñas, el cabello, un facial y haga algo con sus pies — mi abuela hablaba con la chica del salón distrayéndome por momentos de estos pensamientos. Realmente Adam tenía un problema que no sabía cómo solucionar.

Seguí a la señorita por los pasillos de bambú hasta llegar a las sillas de pedicura. Dejé que la mujer me tratara los pies con la misma delicadeza con la que trabajaba mis manos. Sumiéndome en un sueño profundo, decidí olvidar el maltrato que tuve durante un año. Quizá ahora sí podía vivir mi vida más tranquila. Ahora no lo entendía, pero quizá era o mejor.

El jardín entero estaba transformado, la carpa blanca tapando las mesas, el *DJ* haciendo su magia, las luces, la decoración al estilo Hollywood. Siempre teníamos fiestas temáticas con Rees, era parte de la tradición. Guardamos Hollywood para hoy aun cuando peleamos por horas si debía ser Las Vegas o Hollywood. Ajustándome el corsé, me observé al espejo una vez más. El tutú que usaba de falda era fucsia y negro. Resaltaba perfectamente con el corsé. La mitad del cuerpo estaba bañado en *body painting* de

símbolos tribales en dorados, empezando desde mi ojo derecho hasta el tobillo. Estaba feliz con mi traje. Sabía que Rees estaría vestido de manera similar, claro, sin el detalle del brillo. Solo el color, lo hacía por complacerme, eso era lógico.

Descendí las escaleras de caracol viendo a mi hermano en la parte baja, esperándome con el traje negro con detalles fucsias. Su cabello estaba desordenado como siempre, el corbatín negro ajustado a la perfección y la faja ajustando su perfecto abdomen. Me extendió la mano para que la tomara. Besando mis dos mejillas me dio una sonrisa que decía más que mil palabras, nosotros nos entendíamos perfectamente. Sin importar qué paso diéramos, siempre juntos.

Los aplausos se escucharon por todo el lugar. Mis amigos gritaban y los amigos de Rees gritaban groserías como acostumbraban. Hicimos una reverencia y dejamos que todos nos abrazaran y festejaran con nosotros. Sumida en los trajes de mis amigas, tomamos un par de Martini para empezar la fiesta. Unos brazos me rodearon el abdomen dejándome sin habla. Sin pensarlo, recosté mi cabeza en su hombro pensando por un minuto que podría ser Louis. El instante de felicidad no se extendió mucho más. Fue interrumpido abruptamente cuando escuché la voz de Adam susurrar en mi oreja.

—Feliz cumpleaños, amor.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, poniéndome tensa.

Su nariz estaba aún morada con una pequeña cosita blanca que indicaba que la tenía lastimada. Ni idea si Louis se la había quebrado o no, tampoco quería preguntarlo. Una parte de mí quería salir corriendo y gritar que lo alejaran de mí, pero la parte estúpida de mi mente me gritaba que me quedara cerca de él.

—Lo siento — dijo con la voz entrecortada. No podíamos hacer un *show* de esto, menos en mi fiesta. Tomándolo de la mano, lo saqué de la carpa para poder hablar mejor.

Caminamos un poco por el jardín. Cuando estaba segura de que estábamos lejos de todos, lo enfrenté, esperando alguna explicación. De seguro me venía con una estupidez de que todo era mi culpa y que era una mierda. Eso era seguro. Siempre me lo decía. La música apenas si se distinguía hasta donde estábamos. Quizá fue una mala idea caminar tan lejos. No quería que me pegara, mucho menos enfrente de todo el mundo el día de mi cumpleaños.

Verlo tan indefenso bajó un poco mi guardia. Estaba con la vista baja y arrepentido.

—Holly, lo siento. De verdad que lamento mucho todo esto. Te amo, bebé, y sí, tienes razón. Necesito ayuda. No puedo... — Las palabras se le quebraron al tiempo que caía de rodillas abrazando mi cintura—. No te merezco, pero no sé vivir sin ti. No me dejes.

Me quedé estática. ¿Qué diablos es esto? Adam comenzó a llorar como si hubiera perdido lo mejor del mundo. No sabía cómo actuar o qué decir. Esto era muy confuso. Bajando a su nivel, hice lo único de lo cual pronto me arrepentiría. Lo abracé. Un abrazo cálido lleno de deseo. Era mi niño, mi amor. Mi compañero de vida. Eso de dejarlo sufrir y pagar por lo que había hecho no era parte de mi aventura.

—Todo va a estar bien. —Él me necesitaba y yo iba a ayudarlo.

—Bésame —me exigió entre lágrimas. Sin pensarlo me acerqué y lo besé. Sus labios parecían algo extraño que no funcionaba. Algo no sabía bien en este beso, algo en mi interior había cambiado. Estaba a segundos de separarme y explicarle que algo no estaba bien cuando dijo—. Sin ti, amor, estaría muerto.

Odio cuando juega con mi parte sensible y eso era exactamente lo que estaba haciendo. No era la primera vez que decía ese tipo de cosas. Muchas otras veces amenazó con

suicidarse. Mi corazón era débil muy débil con este tipo de cosas. Volviéndolo a besar le aseguré que siempre estaría para él.

Cuando regresamos a la carpa, iba de la mano de Adam. La sonrisa en su rostro era inmensa, llena de poder. Irradiaba una felicidad que yo no sentía. Algo seguía sin sentirse bien. El tiempo pasó bastante rápido. Seguimos celebrando y disfrutando. Por ratos, observaba a Rees hacer un brindis y yo lo acompañaba con el resto de mis amigos. La cabeza estaba empezando a pesarme. Era mala para tomar y el alcohol me pegaba bastante rápido. Por momentos volteaba a ver a Louis, siempre estaba de la mano de Tammy, susurrándole mierdas al oído y haciéndome enojar. Estaba celosa, así de loca.

—¿Interrumpo? —la voz de Louis me advirtió que esto estaba mal, él sabía que me pegaba, él sabía la verdad. Antes era fácil ocultar, pero ahora que alguien más lo sabía, esto no era fácil.

—No —respondió rápidamente Adam—. Estoy haciendo lo que me pediste. Voy a demostrar... —Louis levantó la mano poniendo fin a su pequeña conversación.

—Voy a bailar con Holly si no te importa. —El viejo Adam de seguro que hubiera sacado las garras, pero este nuevo Adam las mantenía guardadas.

Asintiendo con la cabeza, dejó que Louis me jalara entre la gente hasta la pista de baile. Dejé que me guiara por toda la gente moviéndonos al ritmo de la música. Me tomaba de la cintura escondiendo su cara en mi cuello. Lo sentía inhalar mi aroma de una forma que mandaba señales a todo mi cuerpo. Era demasiado para mi sistema.

El aroma a licor saliendo de la boca de Louis me alertó que no estaba en sus cinco sentidos. Los había visto tomarse los *shots* de vodka con Rees. De seguro estaba borracho y por eso era su reacción tan posesiva.

—No lo hagas —susurró. Su voz sonaba tranquila, decidida, suplicante.

—¿Bailar? —Pregunta bastante estúpida. Era lógico que no me estaba pidiendo eso. Todo tenía que ver con Adam.

—No regreses con él. —Nos detuvimos para que nuestras miradas quedaran fijas el uno en el otro. Sus ojos grises me gritaban que ignorara a Adam. Podía verlo, podía sentirlo.

—No puedo no regresar, Lou —dije sin apartar la vista—. Él me ama y nadie más va a hacerlo.

¿Quién va a estar interesado en mí? Él me reclamó suya hace mucho tiempo, por la época en la que todos se olvidaron de que podía llegar a ser una Agapi potencial para ellos.

—Estoy seguro de que alguien más se va a interesarse en ti. Pero si no les das la oportunidad nunca lo vas a saber. No has dejado que el tiempo pase. Tienes que sanar primero para dejar que alguien más...

—¡Tú no lo entiendes! —grité sin darme cuenta. Comencé a correr fuera de la carpa sin detenerme. Entré a casa buscando mi habitación desesperadamente. Estaba a unos segundos de ponerme a llorar. Él no entendía, nadie me entendía.

Amaba a Adam como loca, nunca me había interesado nadie más que él. Todos eran entes ajenos a mi realidad. Levantando la cabeza me fijé en cómo todo se transformaba. La única persona que lograba hacerme sentir cosas era la única persona a la que no podía ver como un prospecto, era al único que no podía ver como mi futuro Agapi. ¡Mierda! Estaba empezando a sentir cosas que no debería sentir.

—¡Hol, espera! —la voz de Louis me detuvo justo frente a mi habitación. Su corazón estaba acelerado igual que el mío. No sentía mis pies. Era una muy mala idea correr con tacones.

—Vete, Lou, en serio, no quiero...

—Vas a hacerlo. Tienes que escucharme. Tomas esa actitud todo el tiempo. Tienes que ver la maldita realidad, él no te quiere, si te quisiera no te golpeará. Apégate a esa mierda, Hol.

—¡Déjame tranquila! —grité abriendo mi puerta.

Estaba a segundos de tirarle la puerta en la cara cuando sus brazos me rodearon dejándome sin habla. Su cara quedó a centímetros de la mía, lograba sentir su aliento y, a pesar de que el vodka dominaba, amaba el aroma de Louis. Acercándome más, le coloqué mis manos en su cuello atrayéndolo más a mí. No estaba pensando, no estaba consciente de lo que hacía.

—¿Vas a besarme? —pregunté con la voz entrecortada.

—No es correcto, Sisi. Se supone eres mi...

No dejé que terminara. No podía dejar que lo dijera, no cuando mis labios reclamaban su amor. Uní mis labios a los suyos, hice lo que no debería estar haciendo. Esto estaba mal, pero me jodía la vida de no hacerlo. Sus hombros se tensaron, como todo su cuerpo a la reacción de mis labios. En un principio no respondió al beso. Cuando estaba por separarme, tomándome de la cintura llevándome directo a la cama. Su cuerpo cubría el mío y sus labios me reclamaban.

Sus manos empezaron a tocar lugares que alentaban con mis movimientos desenfrenados de deseo. Su boca recorrió mi cuello viajando hasta mis pechos. Sus labios exigían algo que estaba debajo de un corsé duro. Ni eso impidió que gritara por más.

Estaba a segundos de pedirle que me besara una vez más, cuando Louis se despegó de mi cuerpo viéndome fijamente. Negando con la cabeza se pasó los dedos en el cabello. Sin una palabra más, salió de mi habitación dejándome con mil cosas en la cabeza.

¿Qué diablos había sido eso?

El beso

Louis

La observé unos segundos en la cama, viéndola tan excitada como yo estaba. Quería volver a besarla y eso no era nada bueno, no cuando a la persona que deseo besar es como mi hermana menor. Esto es demasiado enfermo.

Me di la vuelta y salí de regreso a la fiesta, sintiéndome muy mal por lo que acababa de pasar. No podía siquiera ver a Rees a los ojos sin sentir culpa. Eso estaba mal, muy, muy mal. Las manos me temblaban con desesperación. No sabía cómo explicaría esto. Esperaba que nadie se enterara jamás. Tenía que quedar enterrado en alguna parte de mi subconsciente para no sentirme mal la próxima vez que la viera.

Regresé a la fiesta e intenté comportarme como el idiota que era. Todos me veían como un gran idiota y me gustaba ser de ese modo, me lo había ganado a las malas. Cuando era pequeño me costaba que me vieran como un igual por el tema de mi madre. Tío Will me enseñó cómo mandar a todos a la mierda y volverme fuerte. No fue un camino fácil, pero me hizo ser el hombre que era hasta ahora.

Tomé a Tammy por la cintura, dándole un beso en la mejilla. Rees me observaba detenidamente como si pudiera leerme.

—¿Qué? —Negué con la cabeza—. ¿Por qué me miras de ese modo tan estúpido?

—¿A dónde fue Holly? —señaló, la casa.

—Baño, pensé que se había peleado con ese imbécil de nuevo y estaba a punto de romperle la nariz una vez más. —Tammy se puso tensa a mi lado. Logré ocultar que el idiota le pegaba a Holly, pero ella sabía muy dentro de sí que eso no era verdad. Los dos fuimos testigos de lo que ocurrió.

—Holly últimamente anda rara. —Tomó su celular y envió un mensaje, me imaginé que sería a su amigo de motocrós, sé que si algo lamenta Rees es no poder invitarlo.

—Sí. Eso creo.

Me quedé viendo en dirección a la casa, pensando en ese beso del cual me arrepentía, pero no cambiaría no haberlo hecho. Si pasó, fue por algo.



Me dolía la puta cabeza a tal punto que me quería arrancar el pelo. Recordaba poco de lo que había pasado en la noche. Después de besar a Hol, me dediqué a tomar como estúpido para olvidar ese beso tan increíble. Recordar sus labios gimiendo de deseo, la desesperación de sus gritos pidiendo más. ¡Mierda! Pero qué estúpido.

La incomodidad de la falta de colchón me hizo caer en la cuenta de que estaba tirado en el suelo frente a la habitación de Holly. Rees estaba a la par mía aún en su quinto sueño. Me debatí el tocar la puerta para ver si todo estaba bien, pero en ese instante la puerta se abrió.

Holly se quedó parada con los ojos muy abiertos. Los pantalones cortos de pijama no dejaban nada a la imaginación y la camisa blanca sin mangas marcaba sus pezones parados. La chica no tenía sostén. ¡Genial! Si no quería pensar en ella como algo atractivo, aquí se cagaba todo.

—¿Hol? —musité, viéndola de pies a cabeza. Algo cambió en la forma en cómo la veía y eso no era para nada bueno. Tenía que alejarme.

—Ammm... ¿Dormiste en el pasillo? —dijo sorprendida.

—No recuerdo nada...

—¡¿Qué?! —Se cruzó de brazos—. Olvídalo.

Dio media vuelta y cerró la puerta dejándome sentado en el suelo frente a la puta puerta. Estaba a segundos de exigir una explicación, pero Rees se empezó a remover en el suelo. Estiró una pierna, luego la otra. Retorciéndose como siempre lo hacía.

—¡Mierda, Lou! —dijo, sentándose a mi lado—. La próxima vez que quieras hablar con mi hermana y ella te ignore, no te voy a acompañar. ¡Qué calor más mierda!

—¿Ignorar? ¿De qué diablos estás hablando? —Me puse de pie al tiempo que le daba las manos para que él también lo hiciera. Era hora de ir a su habitación y tirarnos a dormir por horas con el aire acondicionado al máximo. Había mucho calor, aunque estaba seguro de que era por la resaca que cargábamos.

—Te paraste aquí a lloriquearle a Holly, exigiendo que abriera la puerta. Incluso, me amenazaste con que no podía entrar contigo. Que tenían que estar solos. ¿Qué diablos, Lou?

Me paré a medio pasillo para ver a mi amigo a los ojos. Esto tenía que ser una broma. La última vez que le pedí que se quedara fuera, había sido en casa de Tammy. Tuvimos sexo rápido y desenfrenado. Rees había esperado pacientemente por mí, aunque durante horas se rio de los gritos de Tammy. Negué con la cabeza esperando a que él no malinterpretará mis intenciones.

—No piensas acostarte con mi hermanita. ¿O sí?

—¿¿Qué?! ¡Mierda, Rees! No pienso acostarme con Holly. ¿Qué mierdas tienes en la cabeza?

Rees soltó una carcajada caminando a su habitación. No quedaba muy lejos. Cada gemelo tenía su habitación en el mismo pasillo, eran inseparables. Sobando mi cabeza con desesperación, lo seguí adentro. Todo estaba en orden como siempre. Nunca vi esta habitación desordenada. Si algo tenía Rees, era que todo debía estar en su lugar. Muy al contrario de mi habitación que era un desastre.

El gris con negro en la decoración la hacía ver mucho más seria. Los cuadros que adornaban las paredes eran fotografías

tomadas por Rees en blanco y negro de varias vistas de Londres, toda una pasada. Rees era bueno para la fotografía, un arte que mantenía solo para su familia. Era un secreto de Estado compartir que él era uno de los fotógrafos más seguidos en Instagram, esa vieja red social que venía desde el tiempo de mis padres. Ha evolucionado una barbaridad, pero es impresionante como esa porquería aún no ha muerto junto al Twitter y Facebook. Claro que no eran ni la sombra de lo que alguna vez fueron, aun así, existen.

Me tiré a la cama dejando que todo regresara a mi mente. ¿Qué hacía enfrente de la habitación de Holly? Sintiendo el aire acondicionado golpear mi piel, me sentí inmediatamente bien. Definitivamente estaba sufriendo de una resaca de campeonato. Podía sentir toda mi piel sensible, mi estómago era una mierda en estos momentos. Tomando un poco de agua intenté calmar mi mente que iba al mil por hora, necesitaba dormir y relajarme para no volverme loco. Quizá todo regresara a mi mente cuando despertara. No pasó. Nada regresó.

Al mediodía, mi estómago pedía desesperadamente comida. Sabía que Rees estaba en las mismas, lo escuchaba desde mi lado de la cama. Dándole pequeñas patadas en la espalda, esperé a que se levantara. Mi amigo me dio esa mirada de enojo que solía darme cada vez que lo despertaba, el hombre no era una persona madrugadora, odiaba tener que levantarse.

—¿Desayunamos? —pregunté.

—Son las dos de la tarde, idiota. —Se puso de pie y se dirigió hasta su guardarropa para sacar un pantalón de pijama—. Vamos.

Caminamos por todo el pasillo, sintiéndome completamente extraño en esta casa. Por primera vez en toda mi vida sentía como si algo estuviera mal, como si algo no encajara. Jamás debí besarla... Momento..., ¡ella fue la que me besó! Como sea, yo la seguí. La llevé hasta la cama y reclame sus labios. ¡Qué desastre!

Entramos a la cocina donde tía Abbi estaba tomando café. Su cara no pintaba mejor que la nuestra. Ellos no eran de los padres que se iban a dormir y no decían nada, ellos siempre hacían fiesta junto a nosotros.

—¡Qué bien! —dijo Rees, dándole un beso en la mejilla—. Prepárame algo de comer, mujer. Morimos de hambre.

—¿Qué? —La tía Abbi dejó su taza en la encimera—. Si quieres algo, te lo preparas tú mismo. Ni siquiera a tu padre le preparé algo hoy. Cada quien sufre su resaca, querido.

—¡Cien puntos para la tía Abbi! —dije, aplaudiendo para ella.

—Y tú... —dijo señalándome—, la próxima vez que decidan pelear con Holly, está prohibido gritar dentro de la casa. No dejaban dormir.

¿Qué? Negué con la cabeza. Al parecer no había quedado en un beso. Intenté ignorar a Abbi como era costumbre. No quería siquiera preguntarle acerca de cuáles gritos. De seguro tenía algo que ver con levantarme enfrente de su puerta. Quizá si no lo comento, no lo recuerdan.

—Yo también me pregunto eso. ¿Qué diablos pasó ayer? —William entró a la cocina directo a donde Abbi estaba sentada. Dándole un beso en los labios, me voltearon a ver los tres. ¿Qué diablos iba a decirles?

—En realidad..., no tengo ni idea de qué están hablando. No recuerdo absolutamente nada.

Era la verdad. Si recordara qué diablos le estaba gritando a Holly todo sería mucho más fácil. Lo bueno es que no tenía que mentir. Esperaba que no hubiera dicho nada acerca del beso o de algo peor. No quería que nadie se enterara de ese mal desliz.

Tomé la cafetera, me serví un poco de café. Mi sistema pedía esta mierda desesperadamente. Rees sacó unos panecillos con jalea, Nutella y mantequilla. Sabía que la mantequilla y la

jalea eran para mí, esta familia tenía serios problemas con el chocolate. Según dice mamá, ese vicio viene de parte de William.

—¿Tienen tocino? Creo que tengo antojo —dije y me acerqué a la nevera.

Sabía que de seguro tendrían unos tres paquetes, era de las comidas favoritas de Holly. Destapando la bolsa, cerré la nevera cambiando de dirección a buscar un sartén. Bien podíamos pedirles a las empleadas que hicieran todo, para eso estaban ellas rondando por la casa todo el tiempo. Pero algo que unía a los Hamilton eran estos desayunos que ellos mismos preparaban después de una fiesta. Calentando la hornilla escuché a mis tíos pasarse el reporte de los incidentes de la noche. Por suerte nadie más comentó el mío.

—¿Dónde está Hol? —Rees preguntó. Ignoré la sensación que se abría en mi estómago por la anticipación de saber dónde estaba. De seguro en su habitación, encerrada esperando a que me largue de su casa.

—En el jardín —dijo Abbi viendo hacia la ventana—. Adam vino a verla. Trajo la carta.

—¿Qué carta? —dije y di media vuelta.

—Quiere comprometerse con ella —respondió Will.

—¿No puedes permitirlo, tío Will!

—¿Por qué no? —William parecía un poco confundido.

—Vamos a tener que verle la cara toda la vida y ni Rees, ni yo lo tragamos.

Todos comenzaron a reír y yo alivié un poco la confusa situación en la que los estaba metiendo. Simplemente tenía que calmarme antes de reaccionar para no crear más especulaciones de las que ya había provocado ayer.

Fruncí el ceño. ¿Cómo diablos se le ocurre traer la puta carta cuando hace menos de una semana aún le estaba pegando? Eso no podía ser, no podía pasar. Ella merecía mucho más que ese imbécil. Tirando el trapo que estaba sosteniendo, decidí ir a dar una maldita vuelta al jardín. Escuchando la risa de Rees, caminé por el pasillo

hasta la puerta principal. Tomando la perilla, aún indeciso, decidí que nada importaba. Él tenía que cuidarla o le partiría la cara en dos, y no mentía con hacerlo.

El aire se derramó directo en mi cara, un aire cálido que me enseñaba que era verano. Esa época del año que me encantaba. Era el momento en el que abandonaba Londres y viajaba a alguna isla a ver mujeres semidesnudas. En una semana nos iríamos con Rees a la isla del sexo. Teníamos años esperando el día que Rees tuviera 21 para poder ir.

Cuando localicé a Holly sentada en las piernas de Adam, perdí un poco el control. Acercándome lo más rápido que pude, tomé a Holly de la mano, levantándola del regazo de ese imbécil. Señalándolo con el dedo acusador, Adam se tapó la cara como si temiera a que fuera a pegarle. Me sentí bien por un minuto. Él lograba que Hol se sintiera así por lo que no sentía lástima.

—Si piensas casarte con ella, imbécil. Al menos ten la decencia de demostrarle que no vas a venir a pegarle después. ¿Crees que olvido? Quizá le prometiera a Hol no decir nada acerca de tu problema de la cabeza, pero un mal movimiento imbécil y te juro que...

—Mira, Louis, no sé qué putas te pasa —dijo Adam poniéndose de pie—, pero esta mierda de hermano celoso está colmando mi paciencia. Voy a casarme con ella y tú no puedes hacer nada al respecto. Ella ya aceptó ser mi Agapi, así que trágate eso, idiota.

—¿Qué? —dije, viéndola fijamente a esos ojos azules que tanto se parecían a su padre. Hol se encogió de hombros bajando la mirada. Estaba apenada—. Dime que no has aceptado ya.

—Lo siento, Lou, sabías que pasaría. Tenemos juntos desde...

—Hol, no puedes hacerlo. No hasta darte cuenta si así es cómo quieres pasar tu vida. Dale una oportunidad, ya llegaron más cartas. No aceptes a lo loco, él te hace daño.

Holly puso los ojos en blanco ignorándome por completo. Quería tomarla de los hombros y sacudirla hasta que entrara en razón, pero hacer eso era el equivalente a ser igual que Adam. Ella no me creía, en serio su autoestima estaba en los suelos y yo no podía aceptar eso. No cuando sabía lo que ella valía.

—Adam —dijo Holly besando su mejilla—. ¿Pasas por mí a las ocho?

—Sí, está bien —dijo, dando media vuelta bastante molesto, alejándose de este problema.

Lo vimos alejarse hasta llegar a la casa. Di media vuelta para ver a Hol con su vestido amarillo cuatro dedos arriba de la rodilla. Ese color lucía increíble en ella. Resaltaba su cabello. Acercándome a ella, dejé que sus ojos me penetraran.

—Louis, puedes responderme solo una pregunta.

—Las que quieras —dije sin pensar. Era verdad, ella podía preguntarme lo que quisiera, pues le respondería siempre con la verdad.

—¿Estás celoso de Adam?

¿Celoso? Pero que... ¿Cómo diablos iba a estar celoso de un idiota? Definitivamente Holly estaba perdiendo la cabeza. Tanto ella como yo lo estábamos haciendo. La observé unos minutos, su cabello recogido, su cara completamente limpia, me encantaba cuando no usaba maquillaje. Algo en ella había cambiado, definitivamente no era la niña que veía hace unos días, era mucho más que eso.

—¿Por qué diablos iba a estar celoso de ese idiota? —pregunté de regreso.

—Entonces, deja de comportarte como si de verdad te importara.

—¿Qué? ¿Acaso no me importas? Vamos, Hol, eres más inteligente que eso. Tú sabes que me importas.

Intenté acercarme a ella un poco más, pero dio un paso atrás para mantener su distancia. Dejé caer los brazos a los lados

viéndola fijamente. Holly se encogió de hombros negando con la cabeza. Podía ver que estaba confundida.

—¿Te importo como una chica o te importo como tu hermana?

—Me importas como persona, como chica, como mi hermana, como mi prima. Es inaceptable que un idiota te pegue o le pegue a cualquiera. Holly, esto no es normal, una falta de respeto completa y tú no te das cuenta de la magnitud de las cosas. Eso es todo.

Sus ojos cambiaron a una expresión de decepción. Todo lo molesto que expresaban hace un rato había desaparecido. Mordiéndose el labio, intento no decir todas aquellas palabras que quería gritar. Lo podía ver en su expresión. Ella se estaba guardando una vez más lo que sentía.

—Esa es la diferencia, Lou. Cuando le pregunté esto mismo a Adam, su respuesta fue «tú». «Me importas tú». No le importaba como una chica cualquiera, una más en el mundo. A él le importaba quién era yo, quién soy yo.

Dando media vuelta, me dejó sin palabras, de pie, viéndola desaparecer a toda velocidad por el jardín. Iba corriendo sin ni siquiera voltear a verme. Mierda, ese idiota me llevaba una ventaja enorme. Nunca vi a Holly como una chica a la que quisiera conquistar, pero en estos momentos, solo pensaba en ella. En estar con ella, besarla y abrazarla sin importarme qué significaba para mí. Ella se estaba metiendo en mi vida de una manera que jamás supe que podía pasar.

La calma

Holly

Anabeth estaba sentada en una de las sillas de playa frente a la piscina. Hoy había un poco de sol por lo que estábamos aprovechando para tomarlo al máximo. Yo tenía uno de los bikinis nuevos que no había podido estrenar por culpa de Adam.

Todo parecía perfecto, el sonido de la pequeña cascada que adornaba la piscina era demasiado relajante. Me gustaban la tranquilidad y la calma que me daba este momento. Aceptar ser Agapi de Adam había sido una decisión complicada, aún no era oficial ni sería oficial hasta dentro de unos meses como era la ley.

—Ya era hora que dejaras de hacerte esos moretones en el gimnasio, Hol —dijo, señalando mi brazo—. Ese bikini increíble en ti.

—Lo sé, lo tenía guardado por ahí. Ayer también fui de compras con mamá, me compré unos vestidos que para qué te digo, espero pronto poder usarlos. Salir de compras es tan increíble —dije, soltando una risita—. Aun así, Rees se tardó tres veces más que yo.

—¡Cómo siempre! —exclamó mi amiga, echándose a reír.

Recibimos a Norbert, el sirviente de la mansión. El hombre colocó los *smoothies* de frutas en la mesita de playa antes de retirarse. Tomé la novela que estaba leyendo, dándole un sorbo a mi copa, me perdí en la lectura y en el sol. Estaba totalmente relajada. Nada podía quitarme esta paz interior que estaba sintiendo, nada podía estar mal.

Adam había regresado a mi vida siendo el hombre del que me enamoré. Cuatro días teníamos en esta etapa de regreso y la vida pintaba perfecta. Por otro lado, Louis me estaba evitando a toda costa. En tres días, él y Rees se irían a Mykonos, una isla griega que era llamada la isla del sexo. No voy a mentir, toda la idea de

ellos en una isla donde se montaban carpas y podías tener sexo con quien se te cruzara enfrente, no era lo que quería para ninguno de los dos. Mucho menos a Louis. Aún soñaba con ese beso, ese beso que nunca debí darle.

—Hol, tu hermano se está poniendo seriamente increíble —dijo Anabeth sentándose para verme a los ojos—. Si algún día me ve cómo quiero que me vea, ¿me dejas acostarme con él?

Me levanté para observarla, mi amiga tenía su cabello rubio recogido en una cola alta. Sus ojos café oscuro reflejaban deseo puro. Una parte de mí era extremadamente celosa con Rees. Odiaba a todas las perras que se le acercaban. Ni idea de por qué lo celos de hermana sobreprotectora, pero Beth no estaba tan mal para él. Lamentablemente nunca la vería de esa manera. Lo dejó muy claro cuando pasó su carta de largo recalcando que era mi amiga y no se metía con ninguna de mi grupo.

—Claro, no hay problema —dije, mintiéndole.

Pasamos al menos treinta minutos bajo el sol hasta que decidimos movernos al quiosco donde estaba la barra. Este lugar estaba diseñado para cualquier fiesta peligrosa. La piscina era de una forma abstracta con palmeras cerca de la catarata falsa. Al otro lado de esta, estaban los banquitos y mesita dentro del agua. Eran más útiles de lo que se veían, siempre que estábamos dentro tomando, ahí era donde nos pasábamos para asentar las bebidas. Cerca de estas banquitas estaba el quiosco. Ese bar que papá había mandado a construir para las fiestas de la élite. Tomó la idea de esas casas costosas de Miami. El lugar no tenía ni un poco del estilo inglés. Por fuera, la mansión, era una copia norteamericana. Por dentro, la tradición inglesa se mantenía, pero por fuera era todo lo contrario. Supongo que tía Mary tuvo que ver con esto.

Los chicos empezaron a llegar minutos después. Adam había pasado comprando las cervezas. Era nuestra primera fiesta de

verano. Finalmente, el clima había mejorado, las clases acabadas y oficialmente éramos libres para festejar.

—Hola, nena —dijo Adam y besó mis labios—. Te traje algo. Cierra los ojos.

Levantando su mano, tapó mis ojos dejándome completamente emocionada. Amaba estas sorpresas. Insistí en que me la mostrara, lo sentí moverse un poco antes de sacar unos dulcitos de Nutella, mis favoritos. Aplaudí de emoción, me abalancé sobre él, abrazándolo como loca. Definitivamente los mejores detalles incluían chocolate.

—¡Oh, Dios! —escuché a las chicas suspirar. Di media vuelta para escuchar mejor de qué diablos hablaban. Del otro lado de la piscina, Rees y sus amigos estaban armando su propia fiesta. Ya sabía que lo harían, para eso instalaron la pequeña carpa privada. Rees pertenecía a este grupo, tiempo atrás, pasaba todo el tiempo con nosotros hasta que se hizo más grande y nos ignoró por estar con Lou y sus amigos.

Los cinco chicos sin camisa y trajes de baño eran un sueño, excepto Rees, claro está. Para mis amigas, los cinco estaban deliciosos. Discretamente observé a Lou abrazar a Tammy, besando su cuello y reclamando su cuerpo. Un golpe de celos invadió mi ser. Estaba molesta. Esto no era para nada bueno. Desviando mi mirada, me concentré en mi bebida. Si le metía alcohol a mi cuerpo quizá se me pasaría esta sensación.

Adam estaba con los chicos la mitad del tiempo, en un pasado quizá me sentiría ignorada y molesta, en estos momentos, no me sentía de ese modo. No entendía qué era lo que estaba pasando. Como un beso, un insignificante beso estaba cambiando mi forma de pensar.

—¡Diablos! —dijo Beth y se aproximó—. Te lo digo en serio, podría comérmelos completos.

—Incluimos a tu hermano, querida celosa —dijo Heather, acomodándose a mi lado—. Y a tu primo también... ¿En qué

momento se volvieron tan... —hizo un gesto con las manos indicando fuerza—, tan fuertes?

Las tres soltamos una risa algo estúpida. No sentía celos de que hablaran de mi hermano, no en esos momentos. Mi concentración estaba puesta en Louis.

—Necesitamos *shots* —grité.

Vaya si no los necesitaba. Me dirigí hasta la barra, le pedí al encargado que me diera un par de *shots* para mis amigas y para mí. Necesitaba el alcohol para no pensar en las manos de Louis en el culo de Tammy. ¡Maldita morena! Nunca me cayó mal, pero en estos momentos la odio.

Esa mujer era dulce y buena persona, eso me impide odiarla con todo mi ser. Recuerdo cuando era más pequeña, ella me llevaba dulces al Royal. Teníamos clases de baile juntas, claro que ella en un nivel superior al mío. La danza era liberadora y Tammy era excelente en eso.

—Prueba este otro —dijo Beth pidiéndole algo al *bartender* al oído—. Te va a encantar.

Cuando el chico de la barra colocó frente a mí un *shot* de café con crema batida, fue raro. Parecía un helado de chocolate. Tomando el vasito para metérmelo en la boca. Sentí unas manos que me frenaron. Heather me explicó que la forma de beberlo, era sin manos.

—Es un *Blow Job*, querida, no usas las manos. Abres la boca, lo agarras entre tus dientes, miras al cielo y te lo tragas. Así de rico como si fuera uno real.

—¿*Blow Job*? Suena asqueroso —dije, conteniendo la risa.

—Exacto, es como chupar una gran erección con crema batida. No es asqueroso, Hol. —Heather explicaba siempre lo que Beth nunca podría decir.

Antes de poner mis manos atrás e introducir el vasito en mi boca, varios de mis amigos gritaron *Blow Job*, llamando la atención de todos. No me di ni cuenta en el momento en el que dos vasitos

más aparecieron frente a mí. Adam no tardó en estar a la par mía alentándome a tomarlos y, por supuesto, Rees estaba con los ojos pegados a lo que estábamos haciendo desde su lado de la piscina. No quise buscar a Louis, no sería bueno verlo besar a Tammy antes de hacer esto.

Grité, levantando las manos para que todos mis amigos siguieran con las porras de bébetelo todo. Tenía que hacer esto. Necesitaba olvidar y esta era la mejor manera. Posé el borde del recipiente de la bebida en mi boca, levanté la cabeza cómo me habían indicado. El líquido mezclado con la crema batida se combinó en mi boca. Tragarme el líquido con el vaso aún en unido a mi boca fue lo complicado, por lo que lo retiré antes de enseñarle a todos que el *Blow Job* se había acabado. Sin dejar pasar mucho tiempo, me tomé el siguiente vasito que estaba frente a mí. Esto estaba más que increíble.

—Esa es mi nena divina —dijo Adam besándome los labios—. Espero más tarde algo parecido. Yo llevaré lo necesario para que lo hagas.

Sabía que no hablaba de bebidas, ni de vasitos. Hablaba de su parte masculina y la falta de ropa en nuestros cuerpos. Una vez más, diría que eso me entusiasmaba, me encantaba tener sexo con Adam, pero al parecer nada era igual y no me emocionaba en absoluto tener intimidad con él.

Louis Montgomery había jodido mi vida.

Bailé, tomé, grité, canté y nadé. Me sentía libre. No voy a mentir, todo lo hacía para llamar su atención. Incluso estaba por todos lados en bikini. Mandé al diablo el vestido después de cuatro *Blow Jobs*. Beth estaba tirada en una de las sillas de playa, no aguanto tanto después del tercero.

—Suéltame —le dije a Adam que me tenía de la mano—, tengo que ir al baño.

—¿Te acompaño? —preguntó sin intenciones de realmente hacerlo.

—Nop, está aquí cerca. Ya regreso.

La casita con los vestidores estaba a unos veinte pasos de donde estaba. No debía pasarme nada, menos en la comodidad de mi casa. No contaba con mi poca estabilidad al caminar en tacones. Me tropecé un par de veces antes de lograr abrir la puerta para el vestidor de chicas. Entré corriendo al baño, sentándome, liberé todo el líquido que mi cuerpo había retenido por más de una hora. Se sentía tan bien ir al baño, era de esos placeres de la vida.

Si no estuviera tan ebria, pensaría que esto es una pérdida de tiempo. Lavándome las manos, escuché unas risas viniendo de las duchas. Mi curiosidad era grande, como siempre. Acercándome al lugar de los hechos me arrepentí eternamente de haberlo hecho. Louis estaba besando a Tammy, no estaban tocándose, ni haciendo nada adultos XXX. Solo se estaban besando con mucha pasión.

Louis se hincó delante de ella revisando su pie. Levantó la vista para verla a los ojos y sonrió al tiempo que le ponía la sandalia. Realizó el mismo ejercicio con el otro pie dejándome con la boca abierta. Quizá habían tenido sexo, la estaba ayudando a vestirse. Eso debía ser. Conteniendo la respiración, me odié mucho por esto. No debía espiarlos, no era correcto.

—Ya está. Tus pies están limpios. La próxima vez, intenta no meterte en el lodo, ¿de acuerdo?

—Lo siento, bebé. Gracias por venir a ayudarme a quitarme lo sucio de los pies.

No. Pueden. Estar. Hablando. En. Serio. ¿Pies? La mujer metió el pie en lodo y eso fue todo. Tiene que ser una broma. No sé si hubiera sido mejor encontrarlos teniendo sexo, de esa manera no sentiría que Louis estaba avanzando en su relación con Tammy. De seguro no tardan en hacer oficial su compromiso. Podía verlo en los ojos de los dos. Estaban más que enganchados.

Cuando Louis vio en hacia mi dirección se quedó petrificado, del mismo modo que estaba yo. Quizá era el alcohol, o el hecho que Adam jamás sería así de delicado y cariñoso conmigo, quizá

nada de eso era cómo lo esperaba. Yo nunca tendría esto. Eso era más que seguro. Dándole una sonrisa melancólica, di media vuelta para regresar a la fiesta. Necesitaba dejar de ver eso.

El alcohol no ayudaba a olvidar, al contrario, te hacía recordar todo. No había escapatoria en los deseos del corazón. No estaba enamorada, eso era seguro, pero algo muy fuerte me estaba pasando con Louis y caer en la realidad que este amor era imposible era demasiado. No llegué ni a la salida de los vestidores. Me senté en la puerta, incapaz de seguir caminando. Prometí que serían cinco segundos para nivelar mi cabeza. Necesitaba recuperarme un poco. Cerré los ojos un instante y al siguiente que los abrí estaba en mi habitación, una vez más, recostada en un pecho desnudo completamente marcado.

La pequeña realidad

Louis

Salí del vestidor buscando a Holly. No me gustaba para nada su mirada, estaba llena de melancolía y dolor. Algún día tendríamos que enfrentarnos a esta realidad, algo nos estaba pasando y hasta no aclarar las cosas, no podríamos seguir como si nada estuviera pasando.

Al momento de llegar a la puerta, encontré a Tammy agachada, inspeccionando a una muy dormida Holly. Estaba completamente borracha. Odiaba verla de ese modo, no era bueno en una mujer. Tammy corrió de regreso a los vestidores, no lo explicó, pero sabía que iría a traer alguna toallita húmeda. Me acerqué, viéndola con el cuello torcido, los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta. Su piel era aterciopelada, con un pequeño granito que intentaba ocultar con una capa gruesa de maquillaje. El delineador que colocó en sus ojos estaba corrido y su cabello despeinado, aun así, se veía hermosa. Llevando mi mano a su cara acaricié ese rostro que estaba quemando mis hormonas masculinas. Quería besarla de nuevo, eso no era sano. Debía estar viéndola con ojos de preocupación por encontrarla en este estado, pero lo único que veía era la hermosa mujer en la que se estaba convirtiendo. Quizá esta sea la única manera de apreciar su belleza, mientras nadie me mire verla de la manera en la que ahora la ven mis ojos.

—¡Dios mío! —dijo Tammy limpiándole la cara a Holly con la toallita—. Son tan irresponsables, no debieron darle de tomar de ese modo.

—Deja, la llevaré a su habitación —dije, tomándola en brazos—. Regreso enseguida.

Alejándome de Tammy que no argumentó absolutamente nada, me encaminé a la entrada de la mansión. Las luces estaban apagadas, solo los pequeños faroles de la puerta principal aún

iluminaban un poco todo. La noche acababa de caer, por lo que los Hamilton aún deben estar en mi casa. Tendrían una fiesta privada. A veces me pregunto... ¿Por qué celebramos tanto? Es un poco estúpido. La reina va al baño... Fiesta real. La élite la cagó en algún asunto político... Otra fiesta para celebrar. Realmente tendrían que estar enfocados en los temas que realmente valen la pena. Al menos eso me había enseñado William. A ser correcto con las cosas que se hacen dentro del Gobierno.

No tenía ni idea si seguiría los pasos de todos estos políticos, muchas veces creía que ese no era mi lugar en el mundo. Por esa razón estaba estudiando medicina. Algo que no era común en nadie dentro de la élite, era normal heredar el puesto familiar o algo por el estilo.

En mi caso, al no tener un padre, heredaría el de mi abuelo. Incluso debía ser en poco, el viejo necesitaba un descanso y alguien tenía que tomar su puesto. Sería el primer congresista de élite con apenas 25. Mi abuelo era de lo mejor al luchar por darme todo, en intentar enseñarme sus comisiones y llevarme a los pocos viajes que emprendía. En este aspecto, se diferenciaba de Will, que a menudo salía a negociar con países de la Unión Europea, a pesar de que ya no pertenecíamos a ella, seguíamos teniendo una relación importante con. Los Montgomery éramos locales y trabajábamos dentro del país.

Abriendo la puerta de la habitación de Holly, observé una habitación demasiado desordenada. Absolutamente nada que ver con la de su hermano gemelo. Había sostenes, bragas, vestidos, maquillaje, libros y un montón de productos capilares sobre la cama. Recostándola en la silla de la ventana, me dediqué a recoger todo lo que estaba de más para poder meterla dentro de las sábanas.

Cuando logré desocupar todo y acostarla en el colchón, Holly abrió uno de sus ojos azules para fulminarme con esa mirada ebria. Tenía los ojos descolocados. Me recordaron a una vieja época

cuando Hol se puso su primera borrachera. Teníamos 14 años, yo estaba enseñándole a Rees a tomar, quería que aprendiera conmigo en la comodidad de casa. De ese modo no habría errores la primera vez que lo sacara con las chicas. Holly estaba con nosotros, siempre curiosa de lo que hacíamos. Entre tragos y canciones en el karaoke, la perdimos de vista. Me encantaría decir que Holly había doblado de primero, pero no fue así, Rees tenía muchísimo menos aguante que su gemela. Algo que con el tiempo lo trabajamos muy bien con Rees, ahora era una bestia difícil de derribar.

—No me mires de ese modo bomboonasaso.

—¿Qué? —era complicado entenderle. —Ven —le dio unos golpecitos a la cama—. Tú y yo tenemos que hablar.

Le sonreí metiéndome junto a ella. Hol me observó unos instantes antes de pasar su mano en mi abdomen descubierto. Tenía el traje de baño aún húmedo por la piscina, sin embargo, aquí estaba, dejando que me tocara el pecho de arriba para abajo. Repasaba las líneas del tatuaje con el nombre de mi padre como si lo escribiera todo al revés. La sonrisa pícaro me advirtió que tenía intenciones no tan prudentes, esta mujer estaba a unos segundos de comerme vivió, aun así seguía estático, dejándola.

—¿Por qué no me quieres, Lou?

—Sabes que te quiero, Sisi.

—No me llames Sisi —dijo, alejándose de mí—. Ese apodo me recuerda que soy la maldita hermanita. No quiero ser la hermanita. Quiero que me beses, que me desees. ¿Es mucho pedir?

Me quedé observándola durante varios segundos. No podía creer que se estaba desahogando de esa manera. El alcohol definitivamente nos hacía decir muchísimas cosas que no debíamos, era una locura. Suspirando, me decidí sentar de regreso, sabía que mañana quizá no recordaría qué le iba a decir, quizá algo en su subconsciente quedara, necesitaba que lo entendiera.

—Hol, no seas tonta. No me desees de esa manera. Tú eres como yo...

No pude concluir la frase. Los ojos de Holly estaban llorosos esperando a la palabra *hermana*, pero no podía decirla, ya no se sentía correcta. Me acerqué a ella limpiando la lágrima que resbalaba por su mejilla y la besé. Sus brazos buscaron mi cuello inmediatamente acercándome a ella. El sabor a crema batida con alcohol se mezclaba con su saliva sumamente deliciosa. La besé con más profundidad, metiendo mi lengua en su boca como si intentara recorrer cada centímetro. Una risita se desprendió de su garganta. Retirándose de mis labios, su pequeño bikini pedía que se lo quitara del cuerpo y la tomara, pero estaba ebria, no iba a aprovecharme de eso.

—Sabía que me deseabas —dijo Hol—. Me deseas igual que yo, lo miro en tus ojos. No mientas, Loui... Louiis... Luuu...

—Sí, Hol. Maldición, y espero mañana no te recuerdes, pero, sí, te deseo. Pero no podemos estar juntos. No podemos.

—¿Por qué no? —preguntó, acercándose a mí.

—Porque me crie como tu hermano, Hol. ¿Qué diría la élite?

Holly negó con la cabeza antes de quitarse la parte de arriba del bikini. Sus pechos eran redondos y firmes. Quería agarrarlos, apretarlos, ¡mierda! Incluso, quería morderlos. Con mucha habilidad, Holly se bajó las braguitas rosadas exponiendo su cuerpo completo. Tal y como mis tíos la trajeron al mundo. Me encantaba que las mujeres se rasuraran ahí abajo, más si se hacían la cera brasileña y eso era justamente lo que ella hacía. Lo sabía por la fuente más confiable que tenía, Rees.

Ella se acercó decidida, quería algo y no se lo podía negar cuando yo estaba de la misma manera. Intenté pensar en cosas asquerosas para no ponerme duro, era casi imposible cuando enseñaba todo. Todos mis instintos fallaron y perdí la batalla. Al momento que se sentó a ahorcadas en mis piernas, ya estaba perdiendo todo el poco sentido común que me quedaba. La besé como si mi mundo dependiera de eso, quizá era de ese modo, estaba empezando a depender demasiado de la persona que no

debía gustarme. Sabía que tarde o temprano terminaría acostándome con Holly, a este punto era casi imposible evitarlo. Recostándola en la cama, guie su mano dentro del traje de baño. Sus manos rodearon mi erección, la escuché gruñir y casi pierdo una vez más el control.

—¿Sientes eso, Hol? —dije, sobándome contra su mano. Holly no respondió, solo gruñía ante mis movimientos encima de ella. Apartando su mano en mi erección, la dejé encima de la cama, retorciéndose de la anticipación de lo que sabíamos que vendría. Me acerqué a su pila de ropa sacando una pantaloneta de dormir y una camiseta sin mangas como acostumbraba a llevar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó sin creérselo.

—Eso que sentiste, esto —agarré el bulto que se formaba debajo del traje de baño—. Esto dice lo mucho que te deseo. Pero, Hol, no voy a tomarte ebria. Sé que tarde o temprano va a pasar, no hoy. Lo siento.

Coloqué el traje de dormir. Le cepillé un poco el cabello, ella seguía con la vista perdida en el edredón. Estaba a punto de exigirle que se acostara a dormir cuando estalló en gritos. Estaba enojada, frustrada.

—¡Vete a la mierda! No puedes dejarme con estas ganas, es tan frustrante. Quiero que me tomes entera. Que me penetres hasta lo más profundo. Que me hagas sentir tuya. No puedes, Lou. Por favor. No me dejes con estas ganas, es tan feo que hasta duele.

Estaba rogándome y como siguiera hablando de esa manera, iba a lograr lo que quería. Era tan caliente escucharla decir esas cosas. Nunca pensé verla de este modo, era realmente excitante. Me acerqué para besarla una vez más. Quizá esta fuera la última vez que lo haría, quizá no.

—¿Qué pasa aquí? —me di la vuelta para ver a Rees parado en la puerta, pero ¿qué diablos estaba pensando cuando la tomé en la cama? No habíamos cerrado la puerta con llave. Agradecí en

silencio al gran creador por no haber hecho que este idiota viniera antes de tiempo.

—Está borracha e intento acostarla a dormir —dije y señalé a su hermana.

—Estás loca, Sisi. Estás súper borracha. —Rees se echó a reír exageradamente.

Holly se giró para verme. Estaba alejándome de ella, pero me detuve pensando en que podía caerse. Sin voltear a ver siquiera a su hermano. Tenía la respiración agitada, como si acabara de correr un maratón de veinte kilómetros. Con su dedo índice me señaló el pecho, seguía molesta.

—No puedes hacerme eso. Me besas y después me dejas con ganas de más. Eso no es correcto.

—¿Besas? —preguntó Rees, frunciendo el ceño.

—Como te dije, está borracha y hablando incoherencias.

—¡No estoy hablando incoherencias! Los odio a todos. — Tirándose a su cama, se hizo una bolita comenzando a llorar.

Si algo en este mundo era la principal debilidad de Rees, era Holly. Más cuando se ponía a llorar. El chico salió corriendo a la cama con ella, la tomó de los brazos atrayéndola a su pecho desnudo. En pequeños susurros, Rees comenzó a arrullarla como si fuera una niña pequeña. En el fondo lo era, siempre la cuidó como su tesoro más preciado. Esa era una de las razones por las que no podía meterme con Holly. No era solo el hecho que la criaron como mi hermana, Rees siempre fue celoso con ella. No podía probar algo con Holly. ¿Qué pasa si fallaba? ¿Qué pasa si no funcionábamos? No podía darme el gusto de perder a Holly y en el camino también a Rees. No podía hacerlo.

Sentándome en el sillón frente a la ventana de Hol, vi a los gemelos dormir.

Resaca

Holly

Me senté en la cama viendo a mi hermano removerse. Estirando un brazo, luego el otro como era su costumbre. Esperé a que abriera los ojos y me diera una explicación de por qué estábamos en la cama juntos como cuando éramos pequeños. Hace años que no dormíamos juntos, a menos que veamos una película en su habitación y me quede dormida.

Un gruñido me alertó que había alguien más en mi habitación. Me di la vuelta para ver a Louis medio dormido en el sillón cerca de la ventana. Se estaba tapando con una pequeña mantita que tenía rosada. Me sentí mal de verlo ahí, muriendo por la incomodidad y el frío. Mi hermano me inspeccionó unos segundos antes de preguntar.

—¿Estás más tranquila?

—Supongo que era la borrachera, lo lamento —dije algo apenada.

—Bien, Lou. Vamos a dormir —dijo y se puso de pie.

Me giré para ver a Louis, no quería que se fuera. Quería que habláramos de qué diablos pasó ayer. Me gustaría decir que no lo recordaba. Pero tocar su erección, sus besos, sus caricias... Era imposible de olvidar. ¡Dios mío! Solo de pensar en la manera en que me quité la ropa. Eso sí estaba mal. ¿Qué iba a pensar de mí? De seguro que soy una de esas zorras regaladas. Tomando la mantita con más fuerzas, Lou se puso de pie detrás de mi hermano.

—Voy a ir a casa, Rees. Te llamo más tarde. Tenemos que ver los boletos a Mykonos.

Mi hermano asintió con la cabeza antes de caminar fuera. Su viaje a Mykonos. Ese maldito viaje que estaba a punto de odiar. Louis caminó hasta mi cama sentándose en el borde. Aún con la

manta tapando su pecho desnudo. La gana de pasar la mano en su abdomen era más una necesidad. Necesitaba sentirlo.

Me observaba a través de sus grandes pestañas. Su respiración era tranquila y bastante lenta. Aún tenía cara de sueño, un punto más a mi excitación que sentía por él. Me quité las sábanas revelando mi traje de dormir, sabía que él me había cambiado, por lo que ya nada importaba. Me arrastré hasta quedar a unos centímetros de él. Quitando la mantita de sus brazos, observé su abdomen completamente marcado. Bajé hasta donde estaba su corazón y le planté un beso, justo donde sentía la pulsación acelerarse.

—Dime que no recuerdas nada de anoche. Te lo suplico —rogó, tomándome, sobándome el pelo mientras seguía plantando besos en todo su torso.

—Cierra la puerta, Lou. No quiero que nadie interrumpa esta vez —no tenía que confesarle que lo recordaba. Esto era más que suficiente.

Lou se levantó para cerrar la puerta, en eso recordé que acababa de levantarme y tenía ese sabor de resaca en la boca. Salí corriendo al baño para lavarme los dientes, tener un aliento fresco y no el asqueroso matutino. Iba a besarlo, quisiera o no. Cuando estaba enjuagándome los dientes, vi a Louis observarme desde la puerta. Los brazos cruzados encima de su abdomen. Tenía una sonrisa que enamoraba más de la cuenta.

Limpiándome el resto de agua de la boca sonreí satisfecha de estar limpia. Louis tomó mi cepillo aplicando un poco de dentífrico. Lo observé con la boca totalmente abierta cuando empezó a lavarse los dientes también. No quité mi vista de él. De arriba para abajo. Sus músculos se marcaban en cada movimiento.

Al momento en que terminó, me tomó como si fuera costal en su hombro izquierdo. Dejándome encima de la cama riendo como loca. Se colocó encima de mí. Ninguno había dicho nada. Tanto su respiración como la mía, perdieron el control. Descendió hasta mis

labios reclamándolos por completo. Hasta el momento, seguíamos sin decir absolutamente nada. No necesitábamos las palabras cuando nuestros cuerpos se comunicaban de esa manera tan perfecta.

Sus manos bajaron hasta mi pantaloneta, quitándolas de un tirón, me dejó completamente expuesta. Ayer no me había colocado ni sujetador, ni bragas, lo cual facilitaba todo. Abriéndome las piernas, busco mi punto más sensible con dos de sus dedos. Mandando olas de calor por todo mi cuerpo. Profundizando en el beso, dejé escapar un gruñido desde lo más profundo de mi garganta. Sus dedos recorrían de arriba abajo, mandándome al cielo en un abrir y cerrar de ojos. Su mano libre buscó uno de mis pezones, pellizcándolos para endurecerlos. No tenía mucha necesidad, ya estaban listos para él.

—¡Dios, Hol! Estás completamente húmeda.

—¡Por favor, Lou! —grité, retorciéndome por la ansiedad de sus manos contra mi parte íntima. Louis me dio una mirada antes de comenzar a bajar. La anticipación por lo que iba a hacer era demasiado buena para pensar en cualquier cosa coherente.

—¿Puedo? —preguntó, antes de hacer algo que no me fuera a gustar. Pero esto era todo lo que quería.

Sin contestar llevé mis manos a su cabello empujándole la cara a donde él quería llegar. Su lengua comenzó a hacer su trabajo, mandándome completamente a Venus. Nunca me había sentido de este modo. Estaba más que excitada, no podía parar de gritar, de removerme en su cara. Cuando el clímax tocó a la puerta de mi mente, estallé gritando su nombre.

—Necesito más —rogué.

—También lo necesito, princesa. Pero no traje condón.

Me sorprendió muchísimo que no cargara uno en su pantalón. Pero por otro lado, cargaba un traje de baño, era lógico que no cargara uno. De haber sido Adam, le hubiera exigido que se

colocara uno para ser más cuidadosos. Con Louis no me importo. La píldora tenía que ser suficiente.

—Tomo la píldora y estoy limpia. No tengo ninguna enfermedad...

—Sé que no la tienes —Lou me interrumpió—. Bueno, ya que yo también estoy limpio y tomas la píldora, no creo que tengamos ningún problema.

Quitándose la pantaloneta, reveló su gran erección. ¡Dios mío! Hacía que Adam pareciera un niño a la par de esa gran... Abrí la boca sin pensarlo. Estaba impresionada por ese tamaño. Levanté mi vista para verlo reírse. Negaba con la cabeza.

—Al parecer te gusta lo que estás viendo —dijo antes de acostarse encima de mí—. ¿Estás bien con esto? ¿Quieres hacerlo?

—Sí, mucho. Lo necesito, por favor, Lou.

—¿Qué estás haciendo conmigo, Hol? Esto no está bien, no debería estar bien. Pero te deseo desesperadamente que mi cuerpo te mira como una parte indispensable para que mi corazón siga palpitando.

Sonreí ante ese pequeño comentario. Al parecer mi corazón también lo necesitaba de ese modo. Acerqué mi boca a la suya, abriendo mis piernas alrededor de su cadera. Lou tomó su erección subiéndolo y bajándolo un par de veces antes de penetrarme. Sin apartar la vista de mis ojos, con suavidad. Mi sistema se desconectó en ese momento. Cerré los ojos unos segundos, mi cuerpo se estaba acoplando al de Louis. Él permanecía estático. Esperando a que le diera alguna señal. Abriendo mis ojos, me perdí en su mirada. Poco a poco, Lou comenzó a moverse. No estaba acostumbrada a este tipo de sexo. Adam era muy agresivo al momento de hacerlo. Lou era todo lo contrario. Sus movimientos eran tiernos, llenos de amor. No buscaba su satisfacción, buscaba la mía también. Sus dedos me tocaban al mismo tiempo que me penetraba una y otra vez. Esto era lo que quería, esto era lo que tanto me gustaba.

Mi cuerpo empezó a convulsionar del orgasmo que se aproximaba. Louis cerraba los ojos apretando su mandíbula. Sus movimientos se volvieron más rápidos y fuertes. Los dos estábamos en el borde de la locura.

—¡Louis! —grité cuando mi cuerpo no pudo más. Un gruñido salió de su garganta antes de quedarse estático. Controlando su respiración y maldiciendo varias veces y dando pequeños brincos, reflejó lo que acababa de pasar.

—Lo lamento —dijo cuando logró recuperarse—. Intenté salir a tiempo. Solo no pude. Eres una adicción, Hol.

—Está bien. Tomo la píldora. Todo está bajo control.

—No puedo creer lo que acabamos de hacer. Esto es muy irresponsable. —Lou salió de mí con mucho cuidado. Se sentía la humedad de nuestro sudor en el ambiente—. Te deseo, Hol, con mucha desesperación. Pero tú aceptaste estar con Adam y yo mandé mi carta ayer para estar con Tammy. Sin mencionar que esto entre tú y yo es una locura.

—¿Mandaste tu carta? —pregunté sin verlo a los ojos.

—Sí. Ayer en la mañana. Tío Will estaba insistiendo en que ya era hora. Tenía que elegir y ella...

—Está bien. Felicidades —dije, viéndolo con una sonrisa muy falsa en los labios.

De todo lo que había dicho, lo único que estaba en mi mente era la carta de Tammy. Louis tenía Agapi. ¡Dios! Él tenía una Agapi. Las ganas de tirarme a llorar eran demasiadas. Pero no iba a hacerlo. No cuando yo también tenía uno. Él tenía razón, esto era una locura.

Porque saqué este tema en estos momentos... ¿Que no pudo decir algo más? Algo que no involucre a otras personas.

—Necesitábamos hacerlo —fue lo único que dije—. También espero que se repita.

—Intenta mantenerte lejos de mí —dijo, soltando una risa escandalosa antes de besar mis labios—. Si en algún momento te

encuentro desprevenida y nadie está observando. Voy a besarte, buscarte y exigir tiempo a solas contigo.

—Será nuestro secreto —dije contra sus labios.

—Sí, princesa. Este será nuestro secreto.

Para la hora de la cena no podía concentrarme en la conversación que teníamos con mis padres. Rees no dejaba de contar de la carrera de autos a la que había ido ayer en la mañana. También contaba alguna estupidez de su última cita y lo mal que le había ido. Por mi parte, no dejaba de jugar con la comida. Pasaba una brúcela de un lado del plato al otro. ¡Cómo odiaba estas cosas redondas verdes!

Mi celular sonó, tenía un mensaje. Siendo discreta, revisé el mensaje debajo de la mesa. A mamá no le gustaba que revisáramos mensajes a la hora de la comida. La sonrisa que se formó en mis labios al ver que era Louis no era nada discreta. Como pude le di leer.

Lou: Pensando en ti, princesa.

¡Dios! ¿Cómo íbamos a hacer que esto funcionara? No me gustaba la idea de ser solo un secreto. Pero al mismo tiempo esto era muy excitante. Me ayudaría a distraerme de mi confusión con Adam. Cada día que pasaba, más pensaba en cómo me trataba y cómo era nuestra relación. Quizá Lou tenía razón. Merecía más que esto.

—Holly —mamá me llamó delante de todos. Me quedé estática esperando a que no fuera por el teléfono—. Conoces las reglas. Es tiempo de familia. Guarda eso.

Sonreí porque era verdad. Eran sus reglas, tenía que respetarlas. Antes de apagar el teléfono le di a enviar mensaje. Tenía muchas ganas de verlo de nuevo. En dos días se iría a Mykonos y en tres yo me iría a la playa de Los Atunes en Cádiz.

Quería un poco más de él antes de que nos dijéramos adiós por una semana.

La realidad

Holly

—No contestaste el teléfono anoche. —Adam estaba sentado en una de las sillas frente a la piscina. Su cabello era un escándalo matutino y definitivamente estaba molesto.

Como es normal, una persona odia que no le contesten el teléfono, más cuando llamas a tu pareja. Ayer estaba totalmente ocupada en la sala de masajes de mamá y tía Mary. Cerca de la piscina, tenían dos cuartos enormes. Uno que usábamos de vestidor y el otro que usaba mamá como sala de masajes.

Salirme de casa y esconderme en el área de masajes con Louis fue la mejor idea que tuve, nadie se daría cuenta de que estábamos ahí ya que mamá y tía Mary solo lo usaban los domingos o sábados. Pasamos horas besándonos, tocándonos, hablando de cosas tan sencillas que nunca dijimos. Intentábamos no pensar en cómo solía ser nuestra vida antes de que esta relación empezara.

Nunca antes alguien me había hecho sentir lo que Louis me hacía sentir en ese momento. La manera en la que sus dedos me tomaban con delicadeza. Muchas veces durante el sexo, me pidió que no fuera tan agresiva. Supongo que las malas costumbres de cómo me trata Adam tampoco con normales en el sexo. Cuando terminamos, no tenía marcas ni en el pecho, ni en los brazos. Otra gran novedad.

—Lo siento, cariño, me quedé dormida —dije, viéndolo a los ojos. Era tan fácil mentirle.

—¿Te quedas hoy en mi apartamento? —preguntó, jalándome a su regazo.

¡Ni de loca! Quise gritar.

Dándole una sonrisa, le expliqué que mamá quería hacer una cena con todos nosotros para despedirse de mi hermano y de mí que nos íbamos de vacaciones. La verdad es que no quería tener ya

nada que ver con Adam, no me parecía correcto estar con él sintiendo lo que sentía por Louis. Aun así, seguíamos en esta mentira ambos.

Vi a Tammy entrar en la casa de Louis y sentí algo horrible en el estómago. Ya Tammy no me caía tan bien como pensaba. También me sentía mal por ella. Nadie se merece que la engañen de este modo y yo estaba ayudando a que pasara. ¿En qué tipo de persona me estaba convirtiendo?

Tomé el celular con toda tranquilidad y le mandé un mensaje a Louis esperando a que él pensara en mí. Seguía estando mal lo que estaba haciendo, pero no podía evitarlo, de verdad no podía.

Ayer decidimos cambiar nuestros nombres en nuestros teléfonos por si Rees o alguien más veía los mensajes, no supiera quién los mandaba. Esperábamos igual que nadie se diera cuenta. El nombre de él fue mucho más difícil que el mío. Todo era acerca de comida y dulces, cual golosos empedernidos.

Yo: Espero que cada vez que la leas pienses en mí.

Primera palabra clave *leer* era igual a *besar*. Amaba esto de jugar a lo secreto. Se volvía mucho más excitante. Ayer cuando escogíamos una palabra, la probábamos mientras nos besábamos. Si sonaba bien, quedaba, si no, nos besábamos otro montón antes de escoger otra. *Leer* fue su palabra, se negó a cambiarla.

Butter: Lo que más extraño es cada vez que me lees no se siente igual. Necesito su lengua escarbando hasta la última letra de cada página. Eso solo lo sabes hacer tú. Nadie lee como tú.

Yo: tentación nivel. ¡QUIERO LEERTE!

Butter: hasta la última página, princesa.

Guardé el teléfono sonriendo como estúpida. Ya de seguro este idiota va a pensar que por él sonrío de este modo. Algo me ataba a Adam, no solo el hecho que fuera mi Agapi, quería hacerlo pagar por todas las traiciones que me había hecho a lo largo de estos tres años. Sabía lo que había hecho con Andria, y con otras más.

Incluso, una vez descubrí un mensaje de texto, quizá ahí fue donde todo empezó y lo dejé pasar. Quizá al final si fue mi culpa por perdonarlo siempre. También tenía miedo de su reacción, que volviera a lastimarme y quedar en vergüenza nacional que jamás nadie quisiera estar conmigo. La soledad es el miedo más grande que tiene el ser humano, al menos ese era el mío.

Cuando Adam finalmente se había ido de casa. Corrí a bañarme. Tenía que estar lista para hoy en la noche. Nos juntaríamos a cenar en nuestro nuevo escondite. Realmente la sala de masajes era toda una odisea. Las camas de mamá y tía Mary eran muy cómodas. Sin mencionar el aroma tan natural que desprendía el sauna o el yacusi. Arreglando mi cabello, colocando un poco de maquillaje, un vestido pegado, tacones blancos y la bolsa a juego. Me gustaba el aspecto arreglada pero no exagerada.

Diciéndole a mamá que dormiría en la casa de Beth, corrí hasta nuestro lugar secreto. Ahí estaba Louis, con las luces apagadas. Todo el lugar iluminado con velas. Cerca de la mesita de entrada, había montado un pequeño banquete de comida China. Nadie podría decir que había alguien dentro a menos que se acercaran demasiado.

Louis estaba sentado, sin camisa —como era la nueva costumbre— en el suelo con todos los cojines. Tenía una cerveza en la mano con su brazo descansando en la rodilla. Tenía esa mirada en sus ojos que decían mil palabras sin decir absolutamente nada. Quería besarlo desesperadamente. Sentándome junto a él, me acerqué para atraerlo a mí. Este se alejó dándome una botellita de

enjuague bucal. En un principio, ese leve movimiento me dejó perdida, hasta que comprendí lo que me estaba dando.

—No quiero gérmenes de Adam —dijo sin apartar la sonrisa de su rostro.

—Yo tampoco quiero los de Tammy —dije a la defensiva.

Louis se acercó tirándome el aliento. Un aliento fresco con aroma a menta. Cerré los ojos disfrutando de todo su aroma. No solo era la menta, claro está, era él. Quitándole el enjuague de la mano, me encaminé al baño. Destapando la botellita, me empiné el líquido azul mezclándolo en mi boca. Después de unos segundos, ese momento cuando la lengua te empieza a picar por el alcohol, escupí el resto en el lavamanos. Limpiándome la boca con la toallita, salí de regreso a donde estaba Lou, aún con la botella en la mano. No le había dado ni un trago, lo cual era extraño.

—¿No vas a tomarte tu cerveza? —pregunté señalando la botella.

—No, sería asqueroso con el sabor a enjuague bucal. Ven aquí —le dio unos golpecitos a la alfombra—. Tampoco vamos a comer ahora que tenemos menta en la boca. Entonces se me ocurre que puedo besarte y hacerte el amor hasta que esta sensación se nos pase, luego podemos cenar... ¿Te parece?

No tenía que decirlo dos veces. En un segundo ya estaba en su regazo, besándolo como si mi vida dependiera de esto. Lo tomaba del pelo guiando su boca a mis pechos. La camisa y el sostén fueron lo primero en desaparecer. Me removí, impaciente, por su tacto. Era extraño como mi mente se desconectaba del mundo exterior concentrándose en solo Louis. Mi mundo se volvía vacío y al mismo tiempo lleno por esa sensación de necesidad que tenía por él. Sus manos subían y bajaban en mi espalda mientras sus labios reclamaban todo mi ser.

Un golpe en la puerta me sacó de mi éxtasis que estaba sintiendo. Lou fue mucho más rápido en reaccionar indicándome que me metiera bajo la mesa. Hice lo que me decía quedándome

completamente estática. La mesa era baja y con los cojines que había puesto no se veía nada. Lou se acomodó esperando a que la persona afuera lograra abrir la puerta, en menos de lo que esperaba. Lou estaba ayudando al ser extraño del otro lado.

—¡Mierda! —escuché la voz de Rees. —Lo lamento. Ya está ocupado.

—Tienes que estar jodiéndome... ¿Velas y comida china? No sabía que a Tammy le gustaba toda esa mierda.

—Charlotte —saludó Louis. Era obvio que estaba intentando desviar la conversación. Un minuto... ¿Charlotte? ¿Quién diablos es ella? Mierda, tengo que tener una seria plática con mi hermano. Ya se está pasando a toda la lista, eso no me gusta para nada. Era igual a mi hermano, celosa con las mujeres que salía. Que pasada, debíamos aprender a aceptar las relaciones del otro.

—Hola, Lou. Lamentamos interrumpir. Quizá sea mejor...

—Dale, está la casa del árbol —la interrumpió Rees—. A Holly le encanta estar ahí metida, pero está en la casa de ese idiota de Adam, no me creo que esté con Beth. La vi hace una hora en BarQ. Nos vemos mañana.

—Mándale saludos a Tammy, hacen una pareja demasiado linda. Son tan tiernos juntos. ¡Dios mío! La manera en la que la miras es tan romántica. Dale un beso de mi parte.

Cuando Louis cerró la puerta salí muy molesta por tres cosas. Uno, mi casa del árbol tendría fluidos vaginales de una tal Charlotte y sudor de mi hermano. ¡Asqueroso! Segundo, odiaba la idea de tener que ocultarme debajo de una mesa y, tercero, y más importante: ¡¿linda pareja?! Sinceramente antes no odiaba tanto a Tammy, pero estos celos que poco a poco se gestaban en mi interior eran en extremo desagradables.

—¿Estás bien? —preguntó Lou y me ayudó a salir.

¿Cómo diablos iba a responderle? No, Lou, odio a Tammy. Odio lo que estoy sintiendo por ella y, más aún, odio tener que ocultarme. Esto estaba siendo difícil, eso que solo teníamos dos

días con esta mentira. Sonriendo, decidí ignorar el dolor que se acumulaba en mi corazón. Me puse de pie para quedar a centímetros de su cara. Jalándolo del cuello, hice que nuestros labios se encontraran. Lo besé de una manera bastante erótica. Necesitaba sentirlo y olvidarme de todo el resto del mundo. Esto se estaba volviendo insostenible para mi sistema. Tenía que olvidarme de esta sensación.

Louis

Caminé al baño. Holly estaba acostada cerca de la mesa, aún con la respiración acelerada. Le tiré una toallita para que se limpiara ya que la muy haragana no quiso levantarse. No iba a culparla, estaba demasiado prendida que perdimos la noción del tiempo. Dos horas después, definitivamente necesitábamos comer algo. Estaba orgulloso de haber pedido la comida que no se calienta, los taquitos chinos, el sushi, el salmón, todo era para comer con los dedos, ninguna porquería que se pudiera arruinar si no estaba caliente o la necesidad de usar un microondas.

Caminamos de regreso a la salita principal, me senté junto a Holly. Ella parecía sentirse muy cómoda conmigo, se acercó a darme un beso cariñoso en la mejilla, luego se acomodó de nuevo y me regaló una sonrisa que nunca había visto. Holly Hamilton se estaba convirtiendo en mi adicción y eso era un poco aterrador.

—¿Comida? —sugerí para quitarme los pensamientos de más sexo. Teníamos que parar un poco.

—Sí, muero del hambre —sentándose delante de mí, tomó una de las cajitas de rollitos. La falta de ropa definitivamente sería un pequeño problema.

Intenté concentrarme en los palitos chinos tomando un rollo de sushi antes de metérselo en la boca. Holly obedeció a mis órdenes saboreando el trozo de arroz con salmón. Tomé uno

observando cómo ella lo disfrutaba. Esto parecía tan normal. Si no fuera por la falta de ropa, las velas y el sexo que acabábamos de tener, esto parecería como en los tiempos que éramos niños ayudándola a comer, bañarse, cambiarse o estudiar para un examen de matemática. Nuestras vidas lucían tan normales juntos, que era difícil imaginarse algo distinto.

—Me encanta la comida china —dijo con la boca llena—. Es tan increíble.

—Sé que es de tus favoritas, Hol. —Sus labios me dieron esa sonrisa de medio lado que tanto me gusta antes de concentrarse en el taquito que tenía en las manos. Dejando caer su cabeza en mi pecho, soltó un suspiro que me hizo temer a lo que podía decir. Chupando la grasa que le quedó en los dedos, se quedó perdida en el espacio.

No había dicho absolutamente nada, pero conocía muy bien a Holly. Estaba molesta por el comentario de Charlotte. No quería admitirlo, quizá jamás lo admitiría, pero sabía que era de ese modo. Yo me sentía de la misma manera con Adam. Vaya si no odiaba a ese idiota. Quería matarlo cada vez que la besaba. Incluso, me pasé horas viéndolos caminar por el jardín. La manera en que la hacía reír, en que la tomaba de la mano. Lo odiaba con todo mi ser.

Besando su cabello, decidí adentrarme a la sensación de tenerla cerca. Mañana me marcharía a Mykonos y tendría que dejarla. Algo muy dentro de mí se estaba formando y eso no era nada bueno. Quería a Holly, es más, amaba a Holly desde pequeños. Crecimos juntos, era como mi hermana pequeña. La defendí muchísimas veces, la molesté otras tantas, en fin, era difícil de explicar. Verla ahora, después de los pequeños momentos que nos estaban uniendo de una manera tan distinta, hacía que nuestra realidad fuera definitivamente diferente.

Holly había destapado cosas en mi forma de verla que jamás me imaginé en ver. El día que la vi vulnerable, el día que me besó, el día que me hizo desearla, por todas esas pequeñas cosas que aún

no entendía que estaban pasando, las amaba y odiaba al mismo tiempo. ¿Cuántas veces no maldije ese primer beso? ¿Cuántas veces me arrepentí de lo bien que se sentía? No era la sensación que concebía con el resto de mujeres de este mundo. No era ni de cerca nada de eso. Era diferente, inexplicable.

Dándole un beso en la frente a Holly, dejé los palillos en la mesa antes de darle la vuelta para verla. Inmediatamente se acomodó en mi regazo envolviendo sus piernas alrededor de mi cadera. Definitivamente todo parecía tan normal. Era como si hubiéramos estado destinados a estar juntos. Todo en nosotros casaba perfectamente. ¡Qué mierda! Éramos perfectos juntos y no podíamos disfrutarlo libremente.

—No entiendo que estás haciendo conmigo, Hol —dije, viéndola fijamente a esos ojos azules.

—Lo mismo me pregunto yo, señor Montgomery... ¿Qué estás haciendo conmigo?

—Estamos muy jodidos, señorita, muy jodidos.

Mykonos

Holly

Definitivamente odio las despedidas. Ayer Louis y Rees salieron para Mykonos. Lo que más odié de ese momento, fue ver a Tammy en el aeropuerto despidiéndose de él. Había acompañado a mi madre a dejar a Rees con la excusa de ver a Louis. Ahora estaba arrepentida. En lugar de recibir un adiós cariñoso con esa mirada de «te deseo» en los ojos, se despidió con un «Nos vemos, Sisi. Pórtate bien en España».

¡Maldición! Lo había odiado. Sin mencionar que tuve que verlo besar a Tammy de despedida. Ella le tomaba el brazo sobándolo de arriba abajo. Viéndolo a los ojos de la manera en la que me gustaría que me viera. Incluso, podía ver que él no estaba tan entusiasmado con todo esto. Una parte de él quería tenerme solo a mí, al menos eso quería creer yo.

Desde esa despedida tan poco significativa, no había hablado para nada con él. Estaba segura de que tenía señal en su teléfono, pero por otra parte, no quería prenderlo. Su última conexión fue ayer cuando aún estábamos en el aeropuerto. Rees, por su lado, sí se comunicó para contar que todo estaba bien. Eso solo me dejaba segura que Louis no quería hablarme. Esperaba que fuera algo general y no algo solo conmigo.

Tomando la mano de Adam, decidí no pensar en eso. Me concentraría en todo lo bueno que tenía la vida, al menos ahora. No quería pensar en este sentimiento que se formaba en mi pecho por Louis y mucho menos en lo mal que todo esto saldría. Necesitaba arreglar mi relación con Adam.

Durante el vuelo, me sentía muy mal por cómo lo engañaba. Pensé en Tammy también, una parte de mí no podía seguir con esto, de seguro Lou pensaba lo mismo. Lo vi en sus ojos al momento de despedirnos. Una mirada de Tammy a mí. Una que

reflejaba el arrepentimiento que sentía por ella. Lou no era malo, debe ser eso. Se estaba arrepintiendo de engañarla al igual que me estaba pasando a mí. Engañar a una persona es lo peor que se puede hacer.

—Playa —dijo Adam—. Primero vamos a la playa. Necesitamos un poco de sol.

—Sol, arena y mar —le aseguré con una sonrisa en los labios.

—Luego te voy a hacer mía durante horas. Vas a pedir perdón por todo este tiempo que no he pasado dentro de ti —me aseguró.

¡Joder! No quería estar con él de esa manera. No podía. Estaba en estado de negación de tener relaciones con alguien más. Le pertenecía a Louis... Olvídenlo, le pertenecía a Adam, ese era mi destino. Ahí debería estar. No pensando en otro hombre, eso era completamente enfermo.

Entramos a la habitación. Adam pidió una suite lujosa y grande. Una que incluía un yacusi en la terraza, vista al mar y una gran cama con edredón blanco. La decoración era muy simple, con un par de cuadros de playas y atardeceres. La salita que estaba cerca de la terraza era color tierra, moderna. Al salir al pequeño balcón, el yacusi a la derecha estaba aún tapado con una nota que avisaba cómo se debía usar. Del lado izquierdo, una mesa de madera clara con cuatro sillas a juego.

Definitivamente la habitación era sublime, sin mencionar la vista que tenía el hotel Villa del mar. Desempacamos con música en los altavoces. Adam tenía excelente gusto, una de las pocas cosas en las que coincidíamos. Precisamente era algo que con Louis no era tan compatible: sus gustos eran un dolor de cabeza.

Tomé mi ropa de playa, caminando al gran baño, todo en blanco, con una tina, una bañera, un retrete y dos lavamanos inmensos. Cualquiera diría que esta habitación era una exageración, pero era totalmente mi gusto. Adam me conocía a la perfección, lo grande y elegante era mi gusto. Quitarme la ropa frente a mi Agapi nunca fue un problema, siempre tuvimos

mucha libertad con enseñar nuestros cuerpos, eso era antes que me empezara a pegar, después de eso, no dejaba que me viera sin ella. Menos ahora que sabía lo que había hecho con Louis. Una parte de mí sentía que podía leerme la piel.

—¿No te vas a poner nada encima del traje de baño? —dijo Adam colocándose su pantalonera.

—Sí, el vestido amarillo —señalé la cama.

—Ese está bien. No te lo vayas a quitar. No quiero que nadie te esté viendo, me molesta. —Tomó una toalla blanca del armario, caminó por mi bolsa donde estaban nuestras cosas. El bloqueador solar, mi toalla, dos botellas de agua pura y nuestros lentes de sol.

Tomándome de la mano salimos como si fuéramos una pareja normal. En la planta baja ya estaban nuestros amigos. Beth compartía habitación con Kristin y Amber, Dawson con Raquel y Bill, Andrew y Jonathan la última. Definitivamente serían buenas vacaciones. Todos estábamos aquí, primer viaje sin padres, primer viaje con Agapis.

El día pasó rápido. Las chicas estuvimos tomando el sol, observando a los chicos jugar voleibol de playa, tomamos como locos y la pasamos de lo mejor. Fue un excelente día. Considero que el alcohol no hace efecto en el sol, es como si hubiéramos tomado refresco todo el día.

Me acosté en la cama, viendo el techo blanco con las luces led. Estaba cansada, agotada quizá. Necesitaba dormir. Adam se estaba dando un baño, lo cual era bastante bueno tener un minuto para mí. Tomé el teléfono revisándolo una vez más. No tenía noticias de Louis desde hace dos días que nos despedimos. Tirando el teléfono de regreso a la cama me acosté cerrando los ojos. Necesitaba descansar un poco.

Louis

No dejaba de ver cómo se quemaban las brasas de la fogata que montamos frente a la playa. La luna se reflejaba en el gran océano mediterráneo. Escuchaba los gritos de sexo por todos lados, definitivamente esta playa era una locura. Esta mierda solo duraba una semana y con toda sinceridad, ya estaba desesperado por regresar. Lo único bueno de todo esto, era que Rees accedió a no quedarnos a acampar. Nos iríamos a un hotel de lujo. El resto de los chicos decidieron quedarse en la playa. Lógico, las mujeres no eran para nada difíciles. No eran todas griegas, la mitad de las chicas en esta isla eran entre rusas, alemanas y del norte de Italia.

Montamos una fogata en la playa, varias personas habían montado sus carpas por toda la playa. Yo no era de la idea de estar durmiendo en el piso y en una carpa. Mi sentido aventurero era casi nulo para ser sincero.

Las mujeres en el campamento eran generalmente rusas, alemanas y del norte de Italia. Para mí no eran gran cosa, tampoco me atraían del todo. Algo que no mencionaron cuando veníamos a Mykonos era la cantidad de variaciones sexuales que había en este lugar. Era una fiesta total y definitivamente había perdido el toque griego esta isla.

El pueblo era igual de fantástico, con sus casitas blancas con azul, colores tierra, todo en este lugar me recordaba a las vacaciones en Santorini. No sé qué tanto les gustaba a mis tíos ir ahí, pero una parte de ellos estaba en esa isla. Llevándome las rodillas al pecho pensé en cuánto la estaba cagando. Esto no terminaría absolutamente nada bien. Me encantaba estar con Holly, disfrutaba de su compañía, de su risa y de sus besos. Pero esto no podía ir a más. Tenía que ponerle freno a todo esto. Yo era el mayor, debía hacerlo. Esa es una de las razones del porqué dejé

el teléfono guardado en la maleta. Tiempo, necesitaba tiempo para tranquilizar mi corazón.

—Te ves deprimido —dijo Rees a mis espaldas. No iba a voltear para sacarle el dedo de en medio, solo necesitaba estirar la mano para que lo viera. Era un idiota, pero eso no evitaba que fuera verdad. Estaba pensativo, no deprimido.

—No me jodas, Rees. ¿Ya terminaste con la chica?

Lo escuché soltar una carcajada antes de sentarse a mi lado. Los dos nos quedamos contemplando el mar. Me sentía mal por no contarle la verdad a mi mejor amigo. Me gustaría que lo supiera, que pudiera aconsejarme, decirme lo que opinaba. No podía. Si se tratase de cualquier otra mujer lo haría, pero esto era acerca de su hermana.

—Te pasa algo, te conozco, Lou —dijo como un maldito radar.

—¿Qué opinas de Charlotte? —dije para desviar el tema.

—Interesante. La mujer es bastante interesante, sin mencionar que tiene un culo excelente. ¿Qué pasa con Tammy?

—Me gusta su cabello —dije sin pensar. Oh, no. En serio acabo de decir que me gusta su cabello. Por favor, necesitaba sonar más convincente. El cabello siempre fue un factor importante en una mujer, pero no el factor más importante para follarte a alguien. Acabo de sonar como el idiota más grande del mundo.

—Su cabello, sí, claro. Lou, ¿te gusta alguien más que no es Tammy?

¡Un aplauso para este idiota! Vaya si no la cagó como siempre. Rees era bueno leyendo a las personas. Siempre la misma historia. Con una sonrisa en los labios decidí portarme como el imbécil que era. Si quería mantener a Holly como mi mayor secreto, debía mentirle a la única persona que me conocía mejor que a mí mismo. Rees era mi otro reto personal.

—Tammy se está convirtiendo en mi vida. Aún no lo es, por eso no me importará pasarme a una de las chicas de hoy en la mañana. La del bikini amarillo. Estaba demasiado buena.

—Le faltan tetas. Pero estoy de acuerdo contigo. Charlotte me gusta —dijo sin más. Me di media vuelta para verlo morderse el labio, esa mala manía que tenían los gemelos cuando estaban nerviosos. No pude evitar pensar en Holly, eran malditamente idénticos.

—¿Cuál es el problema entonces? No puedes seguir saliendo con ella como si solo te interesara por sexo, tienes que demostrarle que te interesa y que la quieres —escucharme decir esas cosas me parecieron tan malditamente irónicas. Yo no era capaz de hacerlas.

—Quizá, pero no aún. No cuando no estoy listo para dar el siguiente paso.

—Te entiendo, me pasa —claro que no confesaría que la única manera por la que no daba el último paso con Tammy era por su hermana. Ya era mi Agapi, solo faltaba la fiesta de compromiso y estaría oficialmente comprometido. También faltaba la de Holly, por más que odiara la idea, ella va a comprometerse con Adam.

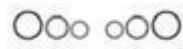
—Solo no entiendo, eso del amor es demasiado complicado. Siento que no estoy hecho para esto o listo o lo que sea. Solo quiero montar mi moto y olvidarme de todo.

—Ya llegará. Dale tiempo, las cosas buenas tardan un poco más en cosecharse. Nada es de la noche a la mañana.

Vaya si no era verdad. Nada surgía de un día para otro. Eso era lo que más me asustaba, lo que estaba formándose en mi interior por Holly venía de tiempo atrás y ni siquiera fui capaz de verlo. Definitivamente me declaro idiota. ¿Quién se siente atraído por alguien sin darse cuenta?

Yo era ese idiota. Tomé la botella de cerveza que tenía al lado, me la empiné y digerí el líquido de un solo trago. A la mierda, quería pasármela bien, no podía torturarme con todo esto.

Conocería a alguien y olvidar a Holly. Ese era el mejor maldito plan, lo necesitábamos.



Me levanté con dolor de cabeza como era lógico. Todo me pesaba, sentía como si no hubiera dormido nada en absoluto. La garganta seca, el sabor metálico en la boca, me indicaban que estaba con una gran resaca. Qué fiesta la de ayer, solo recuerdo la música, las botellas acumulándose, las chicas con distintos acentos y los chicos nuevos que conocimos en la playa. No tenía de qué quejarme, me la estaba pasando muy bien. Me obligué a ponerme de pie, viendo todo a mi alrededor.

¡Malditas vacaciones! Dos días enteros ahogándome en cerveza. A este paso me saldrá una panza de borracho. Al llegar a Londres empiezo la dieta. No puedo continuar con este ritmo de vida. Sin mencionar que ya en poco empezarán las competencias de nado. Tenía que prepararme para el OI

—Olímpico Inglés—, lo más pronto posible.

Me senté a contemplar cómo estaba la sala de la habitación. Rees se encontraba en una silla completamente dormido. Sin mencionar a Charlie y a Maurice, que yacían en los sillones. Ayer decidieron que había sido suficiente noche de chicas, pasaron el día en la habitación del hotel, jugando póker, fumando, bebiendo y hablando de la vida. Esto sí que había sido mucho más divertido que las mujeres medio desnudas ofreciéndose como banquete.

Caminé al baño para lavarme los dientes, tomarme un vaso enorme de agua con hielo y tirarme en la cama a sufrir del dolor de cabeza. De paso me tomé unas pastillas para aminorar el sufrimiento. Hace cuatro días que no tenía noticias de Holly, tampoco me animaba a prender mi teléfono. Quizá debería darle un

vistazo, solo en caso de que haya escrito. No deseo que piense que no quiero saber de ella.

Acostándome en mi cama, tomé el celular y presioné la pantalla para que el teléfono pudiera reconocer mi huella digital desactivando el teléfono, lo dejé presionado hasta que las letras blancas en fondo azul se pudieron observar. Recibí una cantidad absurda de mensajes de Tammy, de mi madre, de mi tío y de varios amigos. Me sentí decepcionado y vacío al ver que no había nada de Holly, esperaba ver alguno de ella, un «te extraño» o «pensando en ti», pero no, nada. Puede que el teléfono se le perdiera, o lo dejara tirado en el mar español, o quizá negué con la cabeza. Eran excusas absurdas. Simplemente no quería hablarme.

Tiré el teléfono al otro extremo del colchón. Quizá se había reconciliado con Adam, de seguro están bien, felices. Si era de ese modo, me alegraba por ella. Era una mujer increíble, de las mejores que conozco. Se merece que la traten como un cristal. Como le toque un pelo a mi princesa, juro que lo mato. Hay algo que no me cierra en la cabeza, no puede ser que de un día para otro, Adam sea el hombre perfecto. Siempre fue un chico muy problemático, les gritaba a las niñas en los recreos y le encantaba dar órdenes. ¡Maldito engreído! No me caía bien. Su madre, Lessa, era toda una diva, quizá ese era el problema.

—¿A qué hora llega? —Escuché a Rees hablar por teléfono—. Pero en qué diablos estaba pensando. ¿Cómo diablos se sube a una de esas cosas si no tiene la puta idea de cómo manejar una? Estaba gritando, Rees casi nunca gritaba y eso era lo que más me asustaba. Llegué corriendo a la sala y encontré a mi amigo caminando de lado a lado. Con una mano se acariciaba el cabello con desesperación. Los otros dos chicos, estaban empezando a despertarse. Los gritos de Rees debieron ser más fuertes que su resaca. Escuchaba atentamente la otra línea telefónica. Estaba asustado, enojado. Algo andaba mal. Lo observé hasta que tiró el teléfono contra uno de los sillones.

—¿Qué está mal? —pregunté.

—Holly está mal. Se subió a una de esas motos de cuatro ruedas. Se fue directo de culo y va de regreso a Londres.

Me quedé de pie con los ojos muy abiertos ¡¿Qué?! Pánico. Fue lo primero que sentí. ¿Qué pasaba si estaba en estado vegetal? ¿O si se había roto un brazo? Acercándome a Rees esperé un poco más de información antes de explotar molesto por toda esta mierda.

—Dame más maldita información, Rees, no soporto esta mierda.

—Un par de raspones, nada grave. Quiso regresar a casa. Lo cual es raro, nunca había dejado algo por un pequeño golpe.

Todo, hasta ese momento, parecía normal. Solo tuvo que mencionarme *quiso regresar a casa* para que todo en mi cabeza c obrara sentido. Si ese imbécil le había puesto una mano encima, iba a conocer la bestia que habitaba en mí. Caminé muy molesto de regreso a la habitación listo para empacar. No quería quedarme a esperar a que me mintiera por teléfono. Rees llegó detrás, observándome guardar todo. Tomé mi maleta metiendo los trajes de baño, las camisetas... Todo lo que estaba a mi alcance sin antes doblarlo.

—¿Qué haces?

—Voy de regreso, no voy a quedarme aquí. —¡Diablos! De seguro cree que estoy loco. Lo peor es que no puedo contarle nada acerca de por qué quería regresar. Odiaba mentirle a mi mejor amigo.

—Es un rasguño en la rodilla y uno que otro moretón en el resto del cuerpo. Nada de qué preocuparse. Holly es una descuidada, siempre anda marcada con más de alguno.

El enojo fue mucho más grande que yo. Si tan solo supiera, no tendría esa actitud de «siempre está marcada» esto es una gran mierda. Siempre estaba marcada porque ese imbécil le pegaba. Mordiéndome el labio, tomé el teléfono, y busqué el número de ese

idiota. Pensé que nunca tendría que llamarlo. Encerrándome en el baño, esperé a que contestara. El teléfono sonó y sonó y volvió a sonar. Cuando finalmente contestó, la música a todo volumen, las risas, la plática al otro lado del teléfono, me indicaron que a este le importó poco. No fue con ella de regreso, se quedó tirando la casa por la ventana en Cádiz. ¿Qué tipo de hombre es este? Momento, este no se puede ni siquiera llamar hombre.

—¿Qué le hiciste a Hol? —pregunté después de que el idiota contestara.

—¿Louis, verdad? Solo tú llamarías echándome la culpa. Esta vez no tuve nada que ver. Todavía le advertí que no se subiera a esa moto, ella lo hizo, se lastimó y salió corriendo con mami. Si no te molesta, estoy ocupado. Hablaremos algún día, cuando de verdad tengamos algo que decirnos.

Sin más, colgó el teléfono sin esperar a que yo dijera algo más. ¡Pero qué imbécil! Estaba más cabreado que antes. De seguro si tiene algo que ver, sino porque esa actitud tan mierda. Terminando de empacar mis cosas, esperé a que Holly aterrizara en Londres para llamarla. Hablamos un poco con Rees e intenté portarme súper calmado para no dar color que estaba desesperado por regresar con ella. Además, este viaje se estaba volviendo muy cansado. Eso de estar de fiesta en fiesta ya no era para mi edad. Hay dos opciones, o me estoy volviendo viejo o mis prioridades están cambiando.

Para distraerme un poco, entré a bañarme, no sería hasta dentro de dos horas que Holly llegaría a casa. Dejé que el agua fría me quitara toda esta preocupación que se estaba formando en mi interior. Antes de entrar a bañarme la llamé cinco veces. No tenía respuesta, le mandé otros diez mensajes los cuales tampoco recibió. Aún salían como no recibidos. Colocándome una toalla alrededor de la cintura, escuché mi teléfono sonar. Corrí, pero fue demasiado tarde. Rees me tendió el teléfono.

—No contesté, no sé quién es Nutella. Aunque suena delicioso no tengo ni idea de quién es.

¡Carajo! Por fin había llamado. Dándole una sonrisa a Rees le mentí de la mejor manera que sabía. Definitivamente estaba odiándome por todo esto. No solo le mentía a mi mejor amigo, a nuestros padres, a Tammy y en cierto punto engañando a todo mundo.

—La chica de hace dos días. No sabía su nombre y el primero que vino a mi mente era Nutella.

—Pero a ti no te gusta la Nutella —dijo a punto de echarse a reír.

—Eso era hace un tiempo. Ahora me gusta. Quizá más de lo que me gustaría admitir.

Golpeé su espalda, me di la vuelta a mi habitación. Para lograr que saliera, dije que me vestiría. Revisé el teléfono una vez más. La fotografía tridimensional que salía de la pantalla me daba una sensación horrible en el estómago. Mencioné uno para que el teléfono regresara la llamada. No tardó ni dos toques para que contestara.

—Dime que ese idiota no tiene nada que ver con todo tu problema. Estoy muy cansado de quebrarme la cabeza. Si te puso la mano encima, juro por la vida de los Dioses que lo mato.

—Lou, ya te dije, fue un accidente. No quería quedarme porque estoy toda raspada y enojada por hacer el ridículo.

—No me lo creo —dije en un estado de negación.

—¡Deja de ser ridículo! —gritó—. De igual modo, Lou, si te importara, hubieras llamado, o dado alguna señal de vida. No pudiste siquiera mandar un mensaje. ¡Patética, por esperarlo!

—¿Qué me dices tú? —respondí molesto—. Tampoco diste señales de vida, Hol. Le escribías a Rees, pero nunca un mensaje para mí, también debería sentirme como un idiota por esperar a que me escribieras.

¡Joder! Nunca había peleado con nadie de este modo, reclamando cosas. A la única persona a la que alguna vez le exigí una explicación fue a mi madre. Yo tenía diez años y mi madre intentaba explicarme porque no tenía un padre y yo reclamaba por qué él me dejó solo. Después de ese día, no exigía nada a nadie, solo vivía mi vida. En este caso era muy diferente, no podía dejar de reclamarle un mensaje de texto. Qué idiota me sentía.

—¡Pero tú tampoco escribiste!

—Porque apagué el teléfono, tenía que aclarar mi mente, Hol. Estoy... Estoy... ¡Ah! Olvídalo.

—¿Estás qué? —preguntó al borde de la locura. Quise contener mis palabras. Pero era imposible hacerlo. No podía dejar de decir lo primero que se me venía a la mente.

—Estoy sintiendo cosas que jamás he sentido antes. Esto está muy trabado de la puta cabeza, Hol, eres como mi hermano y te veo como la única cosa que quiero tener en mis brazos.

Un silencio eterno se hizo en la línea telefónica. ¡Qué metida! No tuve que haber dicho ese tipo de cosas. Lo mejor era quedarme callado, no decir absolutamente nada. Dejé salir un suspiro esperando algún tipo de respuesta.

—Olvídalo, Hol —era mejor decir algo a no decir nada—. Te veo cuando regrese.

—Me gustaría que estuvieras aquí —dijo en un susurro. Su voz sonaba tan melancólica que quise correr a abrazarla.

—A mí también, princesa.

Tenía muchas ganas de verla, besarla, sentirla. Colgando el teléfono, decidí que tenía que hacer algo respecto a este sentimiento. Viendo mis maletas casi listas, pensé en qué debía hacer. Regresar a Londres o quedarme la semana aquí, junto a Rees.

—Tomaste alguna decisión —preguntó Rees aún con la ropa de ayer puesta. La mirada en sus ojos me decía que él sabía que

algo de lo que estaba pasando. No se lo había contado, pero me conoce mejor que nadie.

—Sí, tomé una decisión.

Asintiendo con la cabeza, me di cuenta de que ya estaba decidido que tenía que continuar con todo. Tenía que aclarar muchas cosas para lo que tenía pensado. Rees se acercó para darme tres golpes en la espalda antes de darme el portátil que estaba sobre la cama.

—Cuando termines, te espero en la playa. Un par de cervezas no caerían mal. Quizá con algo de comer. Muero del hambre.

—Dame cinco minutos. Ahora bajo.

No había nada más que decir. Decisión tomada.

Películas de amor

Holly

Me recosté en la cama tomando el control remoto de la SmartTV. Papá la compró hace poco y aún no había tenido la oportunidad de sentarme y verla. Hoy solo tenía ganas de comer palomitas de maíz y tirarme a ver televisión sin que nadie me dijera absolutamente nada.

No quería pensar en los gritos de Adam, tampoco quería pensar en la moto de cuatro ruedas. Adam quería intimidad y yo simplemente quería mantenerme alejada lo más posible de él. Ya no se sentía correcto deseando a Louis como lo hacía. Estaba segura de que Adam me preguntaría que estaba mal, sé que iba a enojarse, sé que iba a gritarme y obligarme a estar con él. Lo sabía y tenía miedo. Cuando estábamos a punto de hacerlo mi cuerpo, mi mente y mi alma, salieron corriendo.

Ese fue el momento en el que tomé la moto de cuatro ruedas para tener un poco de espacio. De seguro Adam se daría cuenta de que algo estaba mal, me preguntaría y no sabría mentirle. No era la primera vez que me subía a una moto, Rees era experto en estas cosas por lo que sabía que debía hacer. Cuando terminé de arrancar, Adam agarró la parte trasera provocando que cuando acelerara la moto derrapara llenándolo todo de arena y polvo. Cuando giré la cabeza para verlo rascarse la cara por todo lo que le había tirado me sentí mal, al dar la vuelta para ayudarlo, perdí el control en una montañita que no había visto. Agarrándome bien, di vueltas, quemándome con el motor en la pierna. Adam y unas cuantas personas más, se acercaron para ayudarme. La pierna me ardía, tenía una bombita donde el motor me golpeó.

Esa noche antes de irme a casa, le confesé a Adam que algo estaba cambiando. Me amenazó con no poder dejarlo si no quería que algo malo me pasara. Sabía que Adam no podía hacerme nada,

no ahora. Aun así, empaqué mis cosas y regresé a casa. Necesitaba tiempo lejos de él. No había sido su culpa el accidente, pero sí fue su culpa que regresara.

Vi cómo alguien entraba en la puerta de la sala. Mamá llevaba pastel y mi botella de vidrio llena de agua. Tenía una sonrisa extremadamente dulce, como siempre así era mamá. Al rato, entró Carmina, otra de las chicas que trabajaba en casa. Dejó dos té en la mesita y un ungüento que no quería que mamá me pusiera en la pierna. La piel se sentía demasiado.

Elegimos una película vieja en la que reímos y discutimos los diálogos. Mamá se sabía todos los diálogos y sabía cada detalle de la película. Era una romántica empedernida. Ella aún creía en el destino y en cómo debían ser las cosas, pero me gustaba estar así con ella. Aún no preguntaba absolutamente nada acerca de Adam y pretendía que esto durara bastante.

—Adam decidió no regresar contigo —dijo mamá finalmente. Sabía que no había venido a consentirme, tenía preguntas que tenía que contestar.

—No, no vino. Las vacaciones aún no terminan, no había razón para que regresara.

—Cariño, tú eras razón para regresar. Si tu decisión era volver a casa, él debió venir contigo. No sé si tienen algún tipo de problema, espero que no sea de ese modo, se lo mucho que duelen y sé lo poco comunicativa que eres, en cierto punto eres igual a mí.

—Gracias, mamá, pero no, no tenemos problemas.

—Pareciera que sí. No veo la misma chispa mágica que veía antes —mi madre me observaba con sus ojos de inspección. No quería que me viera con esos ojos.

—¡Mamá, los tiempos han cambiado! No son como solían ser. No tengo problemas y él puede quedarse en el maldito Cádiz si quiere. Solo... No quiero hablar de eso.

Mi respiración estaba agitada. Nunca le había hablado de ese modo a mi madre, últimamente mi humor, mi fuerza para

mantenerme callada se estaba volviendo mínima. Estaba a la defensiva todo el tiempo. No quería saber de nada ni de nadie.

—Lo siento —dije, al ver que mamá no decía nada, sorprendida de mi arrebato.

—Está bien, te entiendo. Solo necesito que sepas que estoy para lo que necesites. Tampoco sé que está pasando contigo, pero necesito que arregles esa cabeza tan loca que tienes.

—No es eso, solo... Bueno, sí tengo muchas cosas en la cabeza.

—Como sea —dijo, poniéndose de pie al tiempo que revisaba su teléfono—. Alguien te busca. También me parece rara esa visita. No voy a preguntar más, cuando sea conveniente tú me contarás.

—¿Quién está abajo? —pregunté sabiendo que no había nadie en Londres. Nadie de mi grupo al menos.

—Baja y descúbrelo. Solo una cosa más —me tiró un sostén—. No quiero que tus pequeñas estén revotando por toda la planta baja.

Con una sonrisa, estaba a segundos de quitarme la blusa cuando recordé que tenía los chupones que Adam solía darme para no ponerme escote. Tomando una blusa más tapada y el sostén, fui directo al baño antes de decirle a mamá que mis «pequeñas» no eran tan pequeñas.

Al salir de la habitación, bajé lo más rápido posible. Tenía demasiada curiosidad de qué iba a encontrar. No sabía a quién esperar. Ayer había hablado con Louis y también con Rees. Mi hermano me contó sus planes para hoy, irían a hacer *kitesurfing* y a bucear. Cosas que si estuviera en un estado mejor de ánimo, les pediría miles de fotografías. Quería vivir esa experiencia con ellos.

—¿Dejaste a mi hijo solo en esa isla? —la voz de mi padre me dejó estática al otro lado.

—No quiso regresar. Además, ya está grande, se quedó con Charlie y Maurice. Solo son tres días, prometo que está en buenas

manos. —¡Louis! Su voz me tensó cada poro de mi piel. ¡Mierda! ¿Qué diablos hace aquí?

—Bueno, es bueno que te enfermaras, a Holly le caerá bien tener a alguien aquí. ¿Algún plan?

Escuché la risa de Lou antes que le contestara a mi padre. Abrí un poco la puerta para verlos sentados en los sillones cafés. Papá tenía un vaso de whisky en las manos, Lou en cambio un vaso de agua. Su camisa blanca de botones se marcaba perfectamente en su cuerpo. Maldito perfecto cuerpo que tanto me gustaba.

—Estoy enfermo del estómago, por lo que no puedo estar muy lejos del baño. Pensaba invitarla a ver una película aquí en casa. El teatro que montaste en la sala de juegos es demasiado genial, Will.

—Tienes que ver la nueva película de *Blood True Circuit*, está muy buena, más con los efectos amplificadas y el maldito sonido que emiten esos altavoces.

Negué con la cabeza. Tema débil de papá... Su sala de juegos. Él y Rees trabajaban mucho en mantenerla siempre moderna y activa. Era el lugar donde hacían interacción padre e hijo. Cuando ya estaba cansada de espiarlos, entré sin avisar que lo haría. Lou fue el primero en pararse para verme con esos ojos enormes que tenía.

—Hola —dije, sorprendida.

—¡Ey, Sisi! ¿Cómo vas?

—Bien... papá, ¿cómo vas con tu discurso? —Tenía que aliviar un poco la tensión—. Lo leí por ti, es muy bueno. Le agregué unas cuantas frases populistas, ya sé que no te gustan, pero...

—Sé que quedarán perfectas. Siempre le agregas el toque a mis discursos.

—No sabía que te ayudaba con los discursos, Will —dijo Lou con una sonrisa.

—Mi chiquita siempre me ayuda en todo lo que necesito, a este viejo se le olvida a veces cómo explicarle a la gente lo que quiero para que el mundo sea mejor.

Vi la cara de Louis extenderse exageradamente. Con una doble toma, primero a papá, luego a mí. Asintiendo con la cabeza, se metieron una vez más en el tema del discurso, Louis estudiaba Medicina para no seguir los pasos políticos, no era su habilidad, o no le gustaba. Tampoco me lo imaginaba como mi padre, negociando con gente muy importante acerca de los problemas para combatir la pobreza, la desnutrición y la negociación entre países en guerra.

—Bueno, jóvenes, los dejé para que puedan platicar. Yo iré a convencer a tu madre que vayamos a la iglesia de San Paul a ver el atardecer mientras tomamos un helado o café frío. Amo pasar tiempo con esa mujer.

Poniéndose de pie, lo acompañamos como el protocolo manda. Dándole un beso en la mejilla, papá salió de la habitación dejándome a solas con Louis. Mi cuerpo ya estaba hiperventilando todo lo que podía, estaba tensa por tenerlo aquí en casa.

—¿Vemos una película? —preguntó, acercándose a mí.

—¿Por qué estás aquí? —no podía contestarle eso si no me daba una explicación antes.

—Porque tú me lo pediste, en cierto sentido. Te gustaría tenerme aquí, y estoy aquí. Así de sencillo. Necesitaba verte, Hol.

—¿Regresaste por mí? No entiendo por qué harías eso —dijo, acercándose más, Lou tomó mi cara con las dos manos atrayéndome hacia él.

—¿Puedo besarte?

Asentí, sin mover mis manos, dejé que me acercara a sus labios. La sensación húmeda que tanto extrañaba. El beso fue rápido, suave e increíble. Dejándome con ganas de más. Me intenté acercar una vez más para recibirlo, pero un golpe en la puerta nos separó de inmediato.

—Lo siento —dijo mamá interrumpiendo—, no quería interrumpir. Quería preguntarles si querían pedir algo de comer para la película, no he ido de compras por lo que estamos escasos de comida.

—Sin problema, Abbi, yo iré a comprar algo de comer para la película. Será divertido ir a traer lo que más nos gusta.

No tenía ni una puta idea de cómo estaba mi cara, de seguro roja como un tomate. ¿Por qué entró justo en ese momento? De seguro nos vio, no hubiera pedido perdón de ser de otro modo. ¡Dios mío! Qué problema.

—Bueno, sigan en lo suyo. Nosotros nos iremos a dar una vuelta con tu padre, cenaremos fuera. Pórtense bien y... Si no van a portarse bien al menos usen protección.

—¡Mamá! —grité sin pensar.

—Tía Abby, ¿cómo se te ocurre decir algo parecido?

—Además, estoy comprometida y Louis... —lo vi por unos segundos antes de pronunciar estas palabras que tanto dolían — también lo está.

—Eh, tranquilos. Solo decía. —Se encogió de hombros con una gran sonrisa. Dio media vuelta y desapareció por la puerta. Esto había sido demasiado vergonzoso.

Me acerqué a la ventana para corroborar que el auto de papá saliera fuera de la mansión. No podíamos ser tan descuidados. Cuando di media vuelta para ver a Louis otra vez, este se estaba cubriendo la cara, riendo en voz baja. Era contagiosa, por lo que no pude evitar soltar una carcajada de regreso. Sentándome junto a él, dejé que levantara mi pierna para colocarme a horcajadas sobre él. Nuestros ojos se encontraron unos segundos antes de que me volviera a besar. Esta vez, su lengua invadió mi boca llevándome hasta la locura más grande. Me retorcí en sus brazos asegurándome que no me soltara. Sus manos bajaban y subían por mi espalda. Reclamando mi cuerpo y mi ser. Cuando nos separamos unos centímetros en busca de aire, acomodé mi pierna de manera de que

no me doliera la quemadura junto a la rodilla derecha. El gesto que hice no le gustó mucho a Louis, por lo que me sentó junto a él.

Sus manos invadieron mi cuerpo, metiendo su mano debajo de mi pijama. Sentirlo en su totalidad era todo lo que necesitaba. Inspeccionó unos segundos la quemadura que ahora estaba cubierta con una gaza. La descubrió unos segundos corroborando que fuera una quemadura de motor real. Comencé a narrar la historia de lo que había pasado. No esquivé ningún detalle, tenía que ser muy sincera con Louis si quería que esto funcionara.

—¡Dios, no quiero saber! —gritó cuando dije que quería tener sexo. Aun así terminé la historia, aunque no quisiera saber. Necesitaba que entendiera que esta vez no me había pegado.

—Eso es todo, Lou, no pasó nada.

—¿No te acostaste con él?

—No, no pude —dije avergonzada.

—Eso es tremendamente bueno, ven —dijo, poniéndose de pie—. Vamos a comprar comida y luego a ver la película.

—Pensé que tendríamos sexo. Mis padres no están, sería de aprovechar que...

—Lo sé, pero por ahora solo quiero ir a comprar comida. También pasar por la farmacia, necesito condones.

Me tapé la boca para contener la risa. No tenía sentido, Lou sabía que tomaba la píldora, podíamos hacer absolutamente todo sin el riesgo de quedar embarazada. Encogiéndome de hombros le di esa mirada de «tiene que ser una broma» cuando no sonrió de regreso caí en la cuenta. Los condones no eran para usarlos conmigo.

—Oh, mierda. Pensé que... Bueno, no sabía que verías a Tammy más tarde —decirlo en voz alta era mucho más doloroso que solo pensarlo.

—¿Qué? No, Hol. ¿Qué diablos estás diciendo? Tía Abby dijo que usara protección, eso es exactamente lo que iba a hacer.

—Pero tomo la píldora —dije, observándolo muy seria.

—Sí, bueno, tu madre fue la que lo dijo, no yo —dándome un beso en los labios ayudó a que me pusiera de pie—. Necesito darte de comer, ver una película y abrazarte mucho en este tiempo.

—¿Por qué? —pregunté sin poder creérmelo. Esto no era como nuestros encuentros de siempre. Este tenía algo muy íntimo dentro.

—Decidí que esto es más que sexo, Hol. Estoy sintiendo alguna mierda por ti que no sé cómo arreglar. En cuanto sepa qué hacer, voy a consentirte en escondidas del mundo. No puedo mandar a mi Agapi a la mierda de un día para otro, como tú tampoco puedes hacerlo. Vamos a lograrlo, pero, por ahora, solo queda ir a comer.

—¿Estás diciendo que me quieres? —dije sin dejar de mirarlo.

—Estoy diciendo que te quiero, te necesito y que voy a luchar por ti. Antes de ser impulsivos y salir gritándole al mundo que nos queremos, vamos a tener que hacerlo poco a poco.

—Yo sigo con Adam y tú con Tammy hasta que sepamos cómo decirle al mundo, ¿así es?

—Exactamente. Ahora... ¿Comida Tailandesa?

—No —dije firme, cruzándome de brazos—. Comida mexicana. Quiero enchiladas, tacos y nachos con queso.

Tomándome de la cara, Louis volvió a besar mis labios antes de sacarme de la casa con mi ropa de dormir. Tomados de las manos, caminamos al deportivo que se abría al mencionar la palabra «Lou», maldición con la tecnología de ahora. Esperaba que cuando me regalaran mi primer auto, fuera una nave de esas. Me encantaban.

Sorpresas inesperadas

Holly

Quitándole el control a Louis de las manos, intenté cambiar la pelea que estábamos viendo. Odiaba ver esa cosa. Dos hombres pegándose por ninguna razón, deformándose la cara completamente. Uno de los oponentes ya tenía la nariz torcida bañada en ese líquido carmesí, el otro tenía una gran abertura en la ceja izquierda. La sangre me daba náuseas, eso no era para mí. Me preguntó si de tanto golpe los boxeadores no quedarán como imbéciles. Supongo que tiene que ser de esa manera.

Louis me tomó de la cintura haciéndome cosquillas para que le devolviera el control remoto, él sí estaba disfrutando del baño de sangre. Me removí como loca en el sillón de la sala familiar, gritando que me dejara. Louis no paraba de apretar mis puntos más débiles, provocando esos movimientos desesperados. Al momento de arrebatarme el aparato de las manos, colocó una vez más la pelea. Sus manos aún buscaban el lateral de mi cadera, presionando justo en el punto.

—¡Basta ya! —le grité, tomando sus manos.

—¿Ya? ¿Tan pronto? Vamos, Hol, un beso y te dejo que cambies de canal.

Poniendo mi boca en posición para besarlo me quedé esperando a que Louis recibiera mi adorable beso. En lugar de acercarse y aceptarlo, Louis comenzó a reír ignorando mis labios. Alejándose de mí, tomó de nuevo el control, concentrándose en la pelea. Lo bueno y lo malo de la tecnología, era que podía dar el comando de voz y lograr que se cambiara de canal. Louis ignoró mi beso y yo iba a joderle el final. Justo en la última ronda, a unos segundos del final le grité al comando. La pantalla cambió directo al canal infantil.

—¡Mierda, nooooo! ¡Holly Marie, cámbialo! —Louis se puso de pie, observando la televisión. Movía las manos desesperadamente intentando regresar a la pelea. No pude evitar soltar una carcajada tomándome el estómago. Logró regresar a la pelea justo a tiempo para ver el último golpe del hombre con la nariz torcida.

—¡Ganó Fenderich! —levantando el puño como loco, celebró la victoria del tal Fenderich. Cuando se dejó caer a mi lado, reposó su mano en mi hombro, me acercó a él plantándome un beso en la frente.

Nunca en mi vida pensé ver a Louis de esta manera, tan libre y tranquilo con una mujer. No sabía si era de esta manera con todas, pero me hacía sentir especial, única, auténtica. Viéndolo con esa mirada que nunca le di a nadie, me acerqué para darle el beso que hasta hace unos minutos había rechazado. Lou aceptó mis labios atrayendo mi cara para marcar lo mucho que significaba para él.

—Holly, Holly, Holly... ¿Qué diablos estás haciendo conmigo?

—Te estoy conquistando con mis encantos —guiñé un ojo en forma pícaro y coqueta.

Buscando en el repertorio de películas, escogimos una de acción. Una que trataba de un secuestro de una bebé y su padre en la lucha de recuperar a su hija. Para ser sincera, no me interesaba la película, para nada. Cuando todo pareció volverse tedioso, me dispuse a besar el cuello de Louis, necesitaba tentarlo para atraerlo a mis exigentes deseos. No tardó mucho en reaccionar. Tomándome de la cintura, me colocó a horcajadas en su regazo. Comenzamos a besarnos, mezclando nuestras lenguas. Su beso se intensificaba reclamando o, mejor dicho, exigiendo que los míos lo siguieran.

Bajé mi mano hasta encontrar su erección, jugando con ella a través de los vaqueros decidí sacarla para animarla mejor. Bajando su cremallera levanté mi mirada para observar cómo su respiración

se comenzaba a acelerar. Quitándole el primer botón, luego el siguiente, lo necesitaba y él a mí. La pulsación se me aceleró de una manera tan increíble que no podía creerlo. Louis nunca apartó la mirada de la mía, siempre fija, una mezcla entre azul y gris. Tan perfecto. Introduciendo mi mano en su ropa interior blanca. Los ojos de Louis se cerraron una fracción de segundos antes de sacar todo el aire que guardaba en los pulmones por la anticipación. Apretándolo, comencé a bajar y a subir. No hay momento más erótico que ver a esa persona responder de esa manera. Te hace poderoso ver a la otra persona vulnerable.

—No puedo más, Hol, voy a... —su voz era una súplica silenciosa que exigía más. Apretando una vez más, aceleré el movimiento de mis manos—. Holly, voy a venirme en toda tu ropa. ¡Para!

¿Ropa? Me valía madres la ropa. No quería parar. Ya la tiraré a la basura. Era ropa de dormir por todos los Dioses, eso se puede arreglar. Esto era más emocionante que ver la mejor película de acción. Mordiéndome el labio comencé a gemir, sabía que eso lo destrozaría. Y así fue, cuando Louis soltó una convulsión extraña, y rogó porque me detuviera, era hora de hacerlo.

—Pesas una barbaridad —susurré cuando me di cuenta de que me costaba respirar.

—Ahora te esperas a que me recupere. Dios, no puedo ni mover las piernas. Me dejaste acabado y aún tengo que encargarme de ti.

—No ahora, creo que necesitamos recuperarnos los dos, aunque no miento, estoy muy mojada.

Louis abrió mucho los ojos, inspeccionándome con emoción. Él tenía la capacidad de mandarme al cielo y al Infierno solo con una mirada.

—Mojada... ¿De ti o de mí?

—De los dos —respondí antes de darle un beso en los labios. Louis observó mi camisa unos segundos—. Directo a la basura —dije, tapando mi cara para no reír exageradamente.

—Iré a comprarte unas veinte, al paso que vamos te quedas sin ropa. Ahora, bésame, necesito... ¿Qué diablos es eso? —un poco confundida lo observé unos segundos antes de caer en la cuenta de lo que estaba viendo. ¡Mierda! Las marcas.

Tapándome el pecho, bajé la mirada sintiéndome completamente vulnerable. Louis se apartó de mí dejándome desnuda en el sillón. Lo observé en toda su gloria caminar con desesperación por toda la habitación antes de pegar el grito en el cielo.

—¿Pero qué mierdas?! Sinceramente, Hol... ¿Cómo eres tan estúpida para permitir esto? Hay por lo menos nueve de esas mierdas en tu piel.

Quise decirle que no era estúpida, que en realidad era difícil para mí cada vez que él me tocaba. Me lastimaba cada vez que hacía eso, en un principio era como un juego, ahora se había vuelto humillante. Me quitaba la parte sexi. Levantando la vista, observé cómo se transformaba Louis en una mezcla de enojo puro. Sus facciones habían cambiado mientras observaba mi pecho. Pánico, eso es lo único que pude sentir antes de que volviera a gritar de enojo alegando por lo que Adam me hacía.

Me llevé las piernas al pecho, avergonzada por todo y con miedo a que reaccionara mal. Debía pedirle perdón para que no me fuera a tocar con brusquedad, no quería temerle a Louis también, no a él. Me tapé los oídos gritando un «lo siento». Suplicando que dejara de gritar. Esto era horrible. Estaba temblando y asustada recordando cómo era Adam.

—¡Holly! —lo escuchaba decir mi nombre, pero no podía concentrarme. Sus manos me rodearon las muñecas apartándomelas de los oídos. Su cara estaba pálida, asustado al igual que yo. Recostándome en su pecho, dejé que mis lágrimas

salieran libres de mi cuerpo. No lloraba porque le tenía miedo, no lloraba porque estuviera intentando detenerlo. Lloraba porque había caído en la cuenta de lo mal que estaba todo esto. Louis estaba muerto del miedo al igual que yo lo estaba, y eso solo significaba que Adam se cagó en mi vida más de lo que me imaginaba. Después del pequeño episodio con los gritos y el llanto, decidimos vestirnos y ver la película como gente normal. Estábamos empezando a servir la comida, cuando mamá y papá llegaron a casa. Los cuatro nos sentamos en la sala familiar a platicar. Mamá se veía fantástica con su cabello negro recogido en un moño, sus ojos grises y ese traje negro hasta la rodilla era hermoso. Su collar en el cuello me recordaba una historia demasiado romántica, como si la hubieran sacado de un libro. El corazón con tres gemas, algún día me gustaría tener algo que represente un amor eterno. Quizá mi destino no sea con Adam como siempre lo pensé, quizá era con...

Observé a Louis hablar con papá. Los dos parecían grandes amigos. Su risa, sus movimientos marcados, la manera en la que mamá veía a papá. Eso era exactamente lo que quería para mi vida. No quería seguir teniendo miedo, no quería sentirme intimidada, ni mucho menos, sentirme como si no valía nada en este mundo.

—Holly —dijo mamá frunciendo el ceño—. ¿Puedo hablar un segundo contigo en el pasillo?

Los ojos de Louis se abrieron como platos, los dos nos observamos durante unos segundos antes de seguir a mamá fuera de la sala familiar. Estando ahí, me tomó de los brazos jalándome a su pecho. Sus manos me envolvieron completamente dejándome sin respiración. ¿A qué diablos viene esto?

—No tengo ni la más mínima idea de qué pasa entre tú y Lou, Holly, sabes que te amo y lo único que quiero es tu felicidad.

—¿De qué diablos estás hablando? —me hice para atrás unos centímetros de su abrazo.

—Te vi besarlo. Sé que los dos están comprometidos, pero nada en esta vida está escrito. Mira mi historia con tu padre. A pesar de que todo fue un poco loco, nos amamos y luchamos por las cosas difíciles en la vida. Si lo quieres, lucha. A veces es necesario hacer locuras por amor.

Frunciendo el ceño asentí con la cabeza, no pude hacer otra cosa más que eso. Era lo que era. Mi madre volvió a envolverse en sus brazos. Era su forma de demostrarme su apoyo, pero, en cierto sentido, eso era todo.

—Las locuras van mucho más lejos de lo que crees mamá, se supone que es mi hermano, primo, crecimos juntos. Esto no puede ser y lo sabes. Además, no creo que me vea como una chica para pasar el resto de su vida.

Caí en la cuenta de que me estaba sincerando con mi madre... ¡Mi madre! No podía creerlo, de todas las personas que tengo para contarle esto, ella era a la que mi corazón eligió para decirle. Igual nos había visto, ya qué más da.

—Sería un idiota si no te mira como alguien posible para tener tu corazón.

Mamá logró sacarme esa sonrisa que no pensé darle a nadie, esa sonrisa llena de esperanza. Quizá así era el destino, estaba destinada a algo mejor. Crucé los dedos porque fuera Louis, algo en mí estaba enloqueciendo por él. Dándole un abrazo a mamá tomé la decisión más importante que tenía que tomar. Era hora de dejar a Adam para poder ser feliz.

Secretos

Louis

Mantener el secreto de Rees era mucho más difícil de lo que pensaba, más que ahora ya se imaginaban algo sus padres. Tía Abby siempre fue de ese modo, percibía todo. Qué modo el de esta familia. Mi madre era peor, al llegar a casa de mi viaje, ya estaba preguntando porque había vuelto y si tenía que ver con Holly.

Apuesto a que ya se contaron todo, Abby y mi madre eran como uña y mugre, siempre pegadas y juntas. A veces intento pensar cómo sería si mi padre estuviera aquí. De seguro, Will, Blake y él serían inseparables como lo eran ellas dos. Como de jóvenes, según decían por ahí.

Entre la espada y la pared de estos sentimientos que se acumulaban en mi interior, era una mierda total. Sentía demasiado por Holly, cosas que jamás pensé sentir por nadie. Por otro lado, estaba lo que sentía por Tammy, le tenía cariño, era buena y me trataba bien. Con ella podía tener algo que quizá nunca tendría con Holly, una relación formal.

Holly era mi adicción, no podía frenarlo siempre quería más. Por impulsivo tomé ese avión para regresar con ella. Esos tres días que pasamos juntos, viendo películas, comiendo como locos, caminando por las calles de Londres. Todo parecía tan normal, como si realmente funcionáramos. Mis tíos no decían nada, mi madre tampoco, lo cual era bueno. Para este punto ya todos tenían que saber que teníamos algún tipo de relación y moría del maldito miedo de que, incluso, Rees lo supiera.

Me retorcí las manos viendo cómo mi amigo bajaba de su auto. Le había prometido esperarlo en casa para ir a ver el partido de futbol. Manchester contra Liverpool, sería interesante verlo, cada uno apoyaba a un equipo distinto. Rees se quitó su suéter en un plan heroico, revelando su camisa completamente pegada de

Liverpool, con el mismo gesto, abrí mi camisa revelando la playera del Manchester, esto sería muy bueno.

Hasta el momento no tenía signos de estar molesto conmigo, lo cual era bueno.

—¿Qué dice mi hermano del alma? —Su piel venía roja, demasiado tiempo afuera en la playa, eso era seguro. Los lentes de sol se le habían marcado notablemente. No pude evitar soltar una carcajada al verlo.

—¿Te hiciste mejor amigo del sol? —pregunté, ocultando las ganas de tirarme a reír.

—Sí, ese bastardo y yo nos volvimos más unidos que nunca. Más después de conocer a esa mujer que... ¡Jesús! Me hizo pedir perdón por tres días completos.

Pedir perdón, muy buena metodología para referirse a tener sexo con una chica de rodillas, a su merced, complaciendo su apetito sexual. Se notaba completamente que venía Relajado y contento, esta mierda le funcionó de campeonato.

—¿Te relajaste? —levanté una ceja, pensativo.

—Como no tienes idea. Mientras tú jugabas al niñoero con Holly, yo disfrutaba de hacerla de niñoero con un par de tetas y un buen culo.

—¡Oh, Dios mío! —dije apartándolo con mis brazos—. Nunca cambias.

—¿Para qué voy a cambiar? Así me aman todas.

Quitándole la maleta de la mano, lo ayudé a entrar a casa. Dejamos las maletas en su habitación antes de ir directo a mi deportivo. Acercándome al automóvil, este reconoció mi ADN al tocar la ventana, provocando que las puertas se abrieran automáticamente. Realmente era un buen auto. Tecnología de última. Presionando un par de botones más, coloqué la música, aire acondicionado y el motor en marcha. Con una gran pantalla en el tablero mostrando el mapa y cuáles rutas tomar, me guie hasta llegar al estadio.

—¿Cuándo regresas a la pista? —pregunté a Rees. Él era corredor

profesional de *race* y motocrós, era bueno en lo que hacía y últimamente andaba un poco alejado de las prácticas y eso podía costarle un par de patrocinadores.

—La otra semana, ¿vienes conmigo? —siempre lo acompañaba, pero estaba por empezar prácticas en el hospital y debía concentrarme en eso.

—Puede ser, depende del día. Empiezo prácticas. —Me encogí de hombros—. Esto de crecer apesta.

—Ni que lo digas, al menos aún no tengo que dedicarme a la política ni nada de eso —negó en silencio con cara de asco—. Tengo mucho que vivir para volverme un viejo.

Una vez ahí, entregamos con nuestros pases VIP para que nos permitieran el acceso al área exclusiva. Palco era una buena zona, con una excelente vista. El problema era la gente a nuestro alrededor, tan centrados en las discusiones de negocios en lugar de ver el juego. Así eran estos eventos. Pasamos comprando un par de papas fritas, unos *hot dogs* y el favorito de Rees, palomitas de maíz. Sentándonos a ver el juego, gritamos, reímos, insultamos y rompimos todas las reglas de oro que tenía la maldita sala VIP.

Ress no mencionó absolutamente nada acerca de Holly. Lo cual era bueno, a pesar de que ese día me dio la computadora para que reservara un boleto para regresar, Rees no dijo nada, ni preguntó porque había regresado a casa. Tampoco de la discusión con Holly, a pesar de que me encerré en la habitación, de seguro escuchó algo. Lo conocía demasiado bien.

Al llegar a casa, estaba a segundos de decirle que entráramos a comer algo, moría del hambre a pesar de que comimos como cerdos. Mi celular comenzó a sonar, tomándolo, observé el nombre y la fotografía que sobresalía en la pantalla, mi imagen dándole un

beso en la mejilla a Tammy era lo que captaba mi atención. Mordiéndome el labio observé a Rees.

—Es Tammy —dije, contestando la llamada. Tammy gritó emocionada, no la había visto hace semana y media.

—Amor, te he extrañado muchísimo... ¿Vienes por mí? Necesito verte como loca, vamos a cenar y después pasamos tiempo extra juntos.

Tiempo extra, eso quería decir que quería tener sexo. Lo cual no era malo, o algo que le negaría, pero en este caso no quería hacerlo. Tenía en la mente a Holly, muy presente para mi gusto. Pensándomelo unos segundos más no me di cuenta cuando estaba diciendo.

—Paso por ti en media hora, algo de comer no caería mal.

—Tengo ganas de pizza —el apetito de esta mujer era totalmente diferente al de las mujeres que estaba acostumbrado. No le importaba si estaba o no gorda, claro que no tenía ni una libra de más, aun así, era hermoso verla comer.

—Perfecto, te veo en treinta minutos. —Colgué el teléfono frente a Rees que me observaba muy serio. Algo en su expresión reflejaba confusión. Mucha confusión.

—Supongo te veo mañana —dijo antes de entrar a la casa.

Solté un suspiro demasiado largo, tomé el automóvil manejando hasta el apartamento de Tammy. No podía hacerle esto, no dejarle de hablar de la noche a la mañana cuando ella me había dado un hogar cuando no encontraba uno. Si algo sabía de este mundo, es que no puedes simplemente alejarte de la persona que te ha dado tanto amor de un día para otro. No puedes simplemente darle la espalda. Creo que se estaba acercando la hora de hablar con ella. Tammy no merecía esto de mí.

Pizza

Holly

Abalanzándome a los brazos de mi hermano, me resguardé en esa pared humana. Como quería a este idiota, mi buen complemento de vida. Muchas personas nos molestaban diciendo que cuando nos abrazábamos era como abrazar el espejo. Ahora le faltaban tetas y un pelo demasiado largo. A mí me faltarían esos músculos hinchados.

—Te extrañé, pequeña oruga —dijo Rees besando mi frente.

—Yo también, pequeña mariposa —respondí con voz de niña.

—¿Acaso parezco gay? ¡Vamos, Hol! Antes era Superman ahora soy... Mariposa.

—Bueno, antes era princesa, ahora soy oruga. —Cruzándome de brazos, lo desafié en la mirada.

—Tengo una idea enorme. —Rees me tomó del brazo dándome vueltas—. Te invito a cenar como en los viejos tiempos. Tú y yo, salida de hermanos.

—¡Pizza y cerveza! —grité emocionada. Extrañaba salir con mi hermano.

—Pizza y cerveza será. Ahora ve a cambiarte, ponte algo que no sea un traje de dormir y te veo en la motocicleta en unos diez minutos.

Salí corriendo, gritando pizza como loca. Amaba estas salidas con mi hermano, las extrañaba. Iríamos a Picadilly, ahí estaba nuestro restaurante favorito para comer comida rápida.

Me coloqué un vestido ajustado al busto y flojo de abajo, era corto pero no tan corto para enseñar todo, botas altas en un tono café que combinaba con mis botas, una diadema a juego con el chaleco y mi cabello en rizos sueltos. Me gustaba este aspecto de

chica de Texas. Hace mucho que no lo usaba porque a Adam le disgustaba verme de este modo.

Me bajé y encontré a Rees con unos pantalones pegados marcando su trasero, su camisa rosada en V y esos músculos que mataban a la mitad de las mujeres. Realmente mi hermano era un guapo, y no lo decía solo porque era igual a mí. Su sentido de la moda, su aspecto de niño malo y todo en él inspiraba sensualidad.

—Después no me alegues porque pareces gay —dije empujándolo.

—No parezco gay, estas camisas se ven increíbles.

Era verdad, se veía increíble con esa camisa. Tomándolo del brazo caminamos hacia su motocicleta deportiva. Me coloqué mi casco rosa, como ya imaginan tengo casco para salir en moto con mi hermano. El de él tenía grabado su apodo «Race Hamilton» Era nuestra salida de hermanos y me encantaba. Enrollé mis piernas en las caderas de Rees, extendí los brazos y me coloqué en posición de avión, esto era grandioso. Podía sentir la libertad. El miedo estaba desapareciendo. Cerca de mi hermano podía sentirme como si aún fuéramos unos niños de 14 años, cuando no conocía el miedo ni el dolor.

Al momento de entrar a la pizzería, íbamos riendo, cantando. Ya parecíamos dos grandes borrachos y aún no empezábamos con nuestra fiesta privada. Sentándonos en una mesa en la parte alta del restaurante, ordenamos una pizza grande hawaiana. Me encantaba la mezcla de queso con piña. Hermosa combinación.

—Dos cervezas McFarland —ordenó Rees. La cerveza roja era nuestra favorita.

—Mañana deberíamos ir con mamá y papá a ver el atardecer —sugerí en esos momentos de debilidad por algo romántico.

—Demasiada miel para mi sistema —dijo y apagó su celular. Me tendió la mano para que le diera mi dispositivo. Me lo pensé unos segundos antes de dárselo, no vería nada a primera vista que me comprometiera, por lo que se lo di segundos después. Regla

de hermanos. No tecnología, ni mensajes de texto, ni contacto con nadie que no fuéramos nosotros.

La tecnología es un vicio que no queremos tener, ni él, ni yo. La gente perdió el contacto, muchas veces salen y pasan metidos en sus teléfonos en lugar de estarse viendo a la cara. Sí no están grabando videos, están subiendo fotografías o están haciendo videos 3D o algo así.

El mesero colocó las dos cervezas en la mesa junto a una ración de pan con ajo en un pequeño recipiente y salsa de tomate para untar. Se veía delicioso y mi apetito estaba al máximo para ese punto.

—¿Crees que algún día te vas a enamorar? —pregunté cuando no sabía qué más decir.

—Aún no lo sé, espero encontrar a una Tammy —dijo entre risas. Solo el sonido de su nombre provocaba algo en mi interior—. A Louis le va muy bien, poco a poco se ha ido enamorando de ella.

¡Oh, Dios! Para qué pregunté. Debí quedarme sin decir nada, este tipo de cosas eran de las que no quería enterarme. Asintiendo con la cabeza decidí no seguir la plática. Me daría náuseas y quería probar la pizza.

—Tu relación con Adam no me gusta, así que no te voy a poner como ejemplo —dijo con una mueca.

—No sé si Adam y yo vayamos a funcionar, Rees. Él y yo tenemos muchas diferencias últimamente —dije, confiando ciegamente en mi hermano.

—Él es un idiota, mándalo a la mierda y quédate con tu hermanito. Yo te cuidaré hasta él fin —dijo en un gesto de Superman. Levanté una ceja pensativa esperando otra respuesta—. Bueno, excepto con las mierdas del sexo y los besos, eso si no va con nosotros, ahí si te buscas a alguien más porque yo, señorita, paso. No hago eso de que los hermanos se acuestan juntos.

—A veces me asustas. De verdad me das miedo —concluí sería, viéndolo directamente a los ojos.

Soltamos una carcajada que llamó la atención de todos a nuestro alrededor. Sinceramente éramos un caso perdido. Tomando media cerveza decidí relajarme un poco, esto era más que increíble. Estirando mi botella esperé a que Rees chocara la suya con la mía. Empinando la botella en mi boca, sentí el líquido frío caer por mi garganta. Una sensación de frescura amarga llenó mi estómago. Cuando bajé la botella me di cuenta de unos ojos clavados en mí.

—Louis —susurré.

Rees dio media vuelta para ver qué era lo que estaba viendo. Los ojos de Louis estaban pegados a los míos tan sorprendido como yo. Rees le hizo señas con la mano en forma de saludo, fue ahí cuando caí en la cuenta de quién sostenía la mano. Tammy estaba ceñida a él, sonriendo como estúpida. Me gustaría decir que él estaba tranquilo, pero el haberse quedado estático en la entrada dijo que no se lo esperaba. Para ser sincera, yo tampoco lo esperaba.

Tammy se acercó con toda frescura a besar las dos mejillas de Rees y luego las mías, saludando en voz chillona que estaba contenta de que hubieran regresado. Mi lado amable le indicó que se sentaran con nosotros... ¿Qué diablos estaba pensando? Ni idea. Esto era una mala idea.

—No creo que sea buena idea —respondió Louis—. Están en su momento de hermanos, sé lo importante que es eso para ustedes.

—Tú eres hermano. —Rees le dio un golpe pequeño en la espalda.

—Sí, pero quiero estar con mi chica a solas. —¿Su qué? Santos bebés de todos los cielos, eso me dolió demasiado.

—Claro —respondí antes de que se me quebrara la voz—, que la pasen bien.

Sentándome de regreso, tomé la cerveza en mis manos tomándomela de un trago. ¡Eso dolía demasiado! ¿Por qué en el mismo lugar? ¿Por qué? Louis se alejó de nuestra mesa, no tan lejos donde no los pudiera ver, era como tener un radar, cada vez que intentaba ver para otro lado, su mesa pasaba en mi campo de visión. Rees tomó asiento junto a mí ofreciendo otra cerveza. La acepté sin pensar. Esto no iba a acabar bien. Para nada bien.

Quisiera decir que una hora después, el dolor en el pecho había disminuido, pero al contrario de eso se intensificó. Louis tomaba a Tammy de la mano, reían, se besaban y disfrutaban como una pareja normal. No era el Louis que me ocultaba del mundo, no era la persona que me mantenía en secreto. Ese hombre era alguien completamente distinto. Las cervezas se acumulaban, la plática con Rees se volvía más vaga y superficial. Pero mi mirada seguía en ellos.

—Voy a parar borracho por tu culpa —dijo Rees metiéndose el octavo pedazo de pizza a la boca.

—A mí ya me pesa la cabeza. ¿Nos vamos? —necesitaba salir de ahí.

—No, aún no. Estoy disfrutando de esto. No te preocupes. Sabes que conduzco esa moto mejor que nadie. Nada va a pasarte, princesa.

¡Princesa! Levanté la vista para ver a Louis besar la mejilla de Tammy. Nunca odié a esa chica, era buena, pero en estos momentos. ¡La odio con todo mi ser! De los doce pedazos de pizza, logré medio comer uno al principio de la cena, luego todo lo que entraba a mi estómago era demasiado pesado.

—Te pasa algo —señaló Rees repentinamente.

—¿Qué?

—Algo te molesta o te tiene inquieta, puedo verlo, dejaste de hablar y tienes la cara como si estuvieras a punto de llorar. ¿Qué tienes?

No podía admitirle que era lo que tenía, eso sí sería demasiado. Le tenía la confianza de contarle de todo, pero esto era demasiado personal. Levantando la mano para captar la vista del mesero, le hice el gesto universal de dos *shots* por favor. Este asintió con la cabeza antes de desaparecer en la barra. Rees aplaudió un segundo de emoción cuando estos llegaron a su destino.

—Aquí vamos —dije y tomé el líquido que pasó quemando mi sistema.

Veinte minutos después puedo jurar que Rees y yo estábamos hablando cualquier tipo de estupidez. Los dos reíamos, cantábamos y nos atascábamos de los restos de la pizza. Louis pasó a un segundo plano. Incluso había logrado cambiar de lugar con mi hermano para no tener que verlo. De un segundo a otro no sé qué fue lo que pasó. Vi a Rees levantar las manos, estaba contando una historia, una que mi cerebro no procesaba. Pero cuando sus brazos se sacudieron de manera exagerada, todo se volvió negro. Ya no estaba en la pizzería, estaba en la habitación del hotel rogándole a Adam que no me pegara.

—¡Lo siento! —le grité a Adam levantando las manos para evitar que me golpeará—. Oh, Dios, no me pegues, prometo ser buena.

Apreté los ojos desesperada, cubriéndome la cabeza. Esperé a que el golpe llegara, pero nunca llegó. Levanté la mirada para ver a Rees totalmente inmóvil. Oh, no... ¿Qué diablos había pasado? Definitivamente el alcohol ya no era un buen complemento en mi vida.

—¿Qué diablos fue eso? —preguntó mi hermano frunciendo el ceño.

—No sé de qué estás...

—¿No me pegues? Holly, ¿de qué diablos hablas?

—¿Hol? —la voz de Louis detrás de mí me llamó la atención. Mis ojos se llenaron de lágrimas. A unos instantes de ponerme a

llorar. Esto se estaba saliendo de control. Apartando mi silla de la mesa, decidí salir corriendo de ese lugar. Necesitaba alejarme, antes de salir como lo planeado, las manos de Louis me frenaron por completo.

—Le iré a dar un poco de aire. Paga la cuenta, es hora que los dos vayan a casa —dijo bastante molesto.

Rees obedeció como siempre lo hacía. Louis me llevaba de la mano al parqueo donde estaba la moto. Cuando el aire me acarició directo en la cara me sentí mejor. Cerré los ojos una vez más sintiendo cómo todo se acomodaba en mi sistema. Esto era delicioso.

—Y yo que pensaba dejar a Adam por ti —solté una carcajada—. Así de estúpida soy.

—Deberías dejarlo. ¡Mira cómo te tiene! Un grito y ya te espantas de muerte. ¡Vamos, Hol! Estás demasiado mal de la cabeza.

—Al menos él me quiere —dije señalándolo—. No me hace creer que soy perfecta para él y después me restriega a alguien que es mejor que yo.

—Ella es mi Agapi. ¿Qué quieres que haga?

¿Qué quería? ¡Que la dejara! ¿Qué tan difícil puede ser eso? Negando con la cabeza estuve a un segundo más de quebrarme a llorar. Pero estaba cansada de esto, estaba cansada de ser la débil. Esta vez no iba a quebrarme. Cruzándome de brazos hice lo más valiente que tenía. Sonreí de manera indiferente.

Rees corría hacia nosotros, observándome con preocupación. Me tendió una botella de agua esperando a que tomara un poco. Le di tres sorbos antes de devolverle la botella a mi hermano. Él también tenía que tomar un poco.

—¿Qué fue eso, Hol? —Rees hablaba tan bajo que era imposible escucharlo.

—Estoy borracha, eso es todo. ¿Podemos irnos ya?

—Rees deja que la...

—No voy a subirme a un maldito auto contigo y ella — gesticulé la palabra ella con tanto desprecio que, incluso, me sentí mal.

—Holly... —dijo Louis viéndome con el ceño fruncido.

—Rees, vamos —lo estaba ignorando y Rees estaba entendiendo una parte de todo, pero no del todo. Se quedó unos segundos viendo a Louis antes de subirse a la moto.

—Vete despacio, por favor. —Louis ya no me estaba viendo a mí. Observaba a mi hermano con enojo.

Rees encendió el motor y le aseguró a Louis que llamaríamos al llegar a casa. El viaje de regreso no se comparó al sentido de libertad. Esta vez me sentía atrapada en la verdad que estaba intentando evadir. Louis jamás sería para mí.

¿En qué diablos estaba pensando? Él la ama a ella, no a mí. Nunca sentiría por mí lo que sentía por ella. Era hora de dejarlo ir.

Puñal en el corazón

Louis

Negué con la cabeza viendo cómo se alejaba la motocicleta de Rees. Sinceramente tenía que hablar con Rees acerca de tomar y manejar, era una irresponsabilidad. De por sí, ya es peligroso manejar esa cosa y más cuando habían bebido alcohol en exceso. Estaba molesto, pero estaba más molesto conmigo y haberme quedado ahí a pesar de que estaban los gemelos.

No me había gustado mirar a la cara a Holly, sus palabras me penetraron de una manera imposible de ignorar. Le había dolido verme con Tammy y entendía hasta cierto punto. Esto era lo que más temía, que llegáramos a sentir tanto que no pudiéramos controlarlo, que no supiéramos cómo manejarlo. Rees no era estúpido, se daría cuenta en segundos de la reacción de su hermana. Por otro lado, sabía que lo intentaría ignorar, se haría el desentendido.

Me tomé el pecho relajando el bombeo de mi corazón unos segundos. Teníamos que parar esto. No podíamos seguir con esta relación a escondidas, no quería parar Holly era como una droga, así de adictiva era esa mujer en mi sistema.

Cuando regresé a la pizzería, Tammy estaba súper metida en una plática telefónica. Reía como nunca la había visto reír. Tenía mucho de no verla de ese modo, antes, cuando recién empezamos a salir, recuerdo que era el que provocaba todas esas risas, hace mucho que no le saco ninguna. Me senté frente a ella ignorando el hecho que ella apenas si me había notado. Dos minutos después colgó el teléfono brindándome una sonrisa apenada. Siempre hacía lo mismo.

—Lo lamento —dijo bebiendo de su té frío.

—No tienes que disculparte. El que debería hacerlo soy yo, lo lamento, Tam.

—Sé lo que está pasando, bebé —dijo después de un momento incómodo de silencio.

Levanté la mirada de mi plato. Los ojos de Tammy estaban clavados en los míos. Un frío de mierda recorrió mi cuerpo percatándome de que quizá nos había escuchado. Contuve la respiración, unos segundos antes de soltar el aire poco a poco. Esto sí que se estaba saliendo de control. ¿Qué pasaría si se enterara de todo? La lastimaría, de eso no había duda, no quería lastimarla, ya mucho había hecho con Holly. ¡Mierda! Me estaba volviendo una mierda total.

—¿Qué sabes?

—Lo tuyo con Holly.

Si aún quedaba un poco de sangre en mi cara, se acababa de ir mil veces a la mierda. Dios, esto sí estaba mal, muy mal. Tapándome la cara con las manos, no pude evitar susurrar una «maldición» que gran problema. Levanté la mirada unos segundos a punto de empezar a pedir perdón cuando Tammy habló.

—Necesitas dejar de cubrirla. Adam le está pegando a Holly y eso tiene que parar. ¿Le viste la cara al momento que Rees levantó las manos? Lo vi en tus ojos, sabías lo que estaba pasando.

Bueno, eso no era la respuesta que estaba esperando. Definitivamente no era lo que pensé que diría. Asentí con la cabeza sintiéndome mal, Tammy tenía razón, no tenía que cubrirla. Estaba haciéndole un daño, pero se lo prometí que no diría nada, no podía traicionarla. Sería un golpe demasiado duro. Por más que odiara a ese imbécil, debía controlarme. No era mi pelea, tenía que dejar que Holly saliera sola, con mi apoyo, pero sola.

¿Qué apoyo? Lo que menos estaba haciendo era apoyarla, solo la estaba lastimando más. No físicamente, pero sí en el ámbito sentimental. Muchas veces ese dolor era peor que un pequeño golpe. Realmente debía arreglar esto. Me estaba sintiendo completamente impotente en este sentido, no podía manejar mi corazón y las cosas que sentía. Necesitaba distancia. Holly era lo

que quería y no podría tener. Soñaba con tenerla en mi cama, abrazarla, besarla. Pero ¿cómo tener lo que quieres sin lastimar a las otras personas? Levanté la mirada para ver a Tammy, tenía que cubrirla hasta cierto punto, sentía que era parte de nuestro secreto.

—Tammy, es mucho más complicado de lo que te imaginas. Estamos trabajando en eso. ¿Puedo pedirte algo, cariño?

—Sí, amor, lo que quieras.

—No digas nada, no aún. No queremos que la élite se entere, ya que no es lo que parece —Ah, no puedo creer que esté cubriendo a ese hijo de puta. Realmente merecía estar en el Infierno.

Tammy asintió en silencio y tomó su pedazo de pizza cambiando completamente de tema. En mi relación con Tam nunca tuvimos una pelea, o alguna discusión. Realmente éramos tranquilos, bastantes maduros para nuestra edad. En dos años de estar saliendo o, mejor dicho, acostándonos, éramos unidos. No fue hasta hace un año que nos unimos un poco más y me di cuenta de que realmente podía pasar mi vida con ella. No estaba enamorado, pero pronto lo estaría, todo llegaría con tiempo. Al menos eso decía Will.

Veía todas esas relaciones, llenas de problemas. Las discusiones de celos, las inmadureces, los lloriqueos tan insoportables de las mujeres. No conocía nada de eso, Tammy no era como todas las mujeres, era diferente. Ese pequeño *show* que había montado Holly de «yo que pensaba dejar a Adam» no era algo que me gustara. Nunca lo había pasado antes, ni una escena de celos. Ni una sola. Tampoco quería comenzar ahora con eso.

Cuando tomamos el automóvil de regreso a casa, Tammy iba besando mi cuello. Tentándome a que la llevara a la cama. Una parte de mí quería hacerlo. Tomarla de la cintura sintiendo su humedad contra mis piernas, sus gemidos y su manera de retorcerse en la cama. Sus besos estaban surgiendo efecto en mí. La quería en varias posiciones.

—Mi casa —le susurré cambiando de dirección. Mamá no estaba, había salido con Michael, su pareja de hace cuatro años. Irían a cenar con William y Abbi.

Sus manos bajaron hasta el zíper de mis pantalones, me gustaba esta excitación en el auto. Sentirme impotente de no poder tocar al tiempo que ella trabajaba en mí, la concentración en la carretera... Todo eso mezclado, era demasiado para mi coherencia.

Cuando aparqué el automóvil, me acomodé un poco la camisa. Bajándome con la urgencia de tenerla en mis brazos, le abrí la puerta tomándola de la cintura para que envolviera sus piernas en mis caderas. Tammy era delgada, a pesar de ser bastante alta, podía cargarla sin dificultad.

Subiendo las escaleras de la entrada, dejé que Tammy gruñera de deseo cuando mis manos bajaron a su culo, sobándolo de arriba abajo. Besando sus labios, escarbando su lengua con la mía, sabía tan normal. Escuché un gruñido; más de sorpresa que de excitación. Definitivamente no era de Tammy. Levantando la vista de su cuello me topé con esos ojos azul cielo, viéndome fijamente con lágrimas en los ojos. ¡Oh, Dios! ¿En qué me había metido? Bajando a Tammy susurré.

—¿Holly? —Lo... Mmm, lo lamento. No sabía que tenías compañía y quería... Olvídalo.

Ella comenzó a bajar las escaleras de la entrada tomando la dirección de su casa. Con el rostro y hombros decaídos, limpiándose las lágrimas, comenzó a correr. Iba llorando. Esas lágrimas me dolieron como mi vida entera. Sabía que esto no era fácil. Teníamos que dejar esto, no podíamos seguir. Los dos estábamos comprometidos, no había nada que hacer.

—Eso fue... Creo que te necesita —dijo Tammy como siempre tan tierna.

—Más de lo que te imaginas —dije, sintiéndome muy mal por engañarla todo este tiempo. No se lo merecía.

—Creo que deberías ir con ella.

Quizá era lo correcto, yo había ocasionado esas lágrimas, era mi culpa que ella estuviera mal. No sabía de lo que era capaz de hacer. No lo hice, siempre salía detrás de ella y esas reacciones nos llevaron a estos sentimientos que teníamos el uno por el otro. Por estos malditos arrebatos, ella se estaba enamorando de mí. Este amor era imposible, tenía que frenarlo antes de que fuera demasiado tarde. Negando con la cabeza hice lo más difícil del mundo.

—Hoy no, mañana hablo con ella. Hoy solo necesito dedicarte tiempo. Vamos adentro.

Las cosas con Tammy no se sentían iguales, nada era igual. Ningún sentimiento sería tan puro como este que teníamos con Holly. Pero era hora de pararlo. Quizá era solo la gana de tener lo prohibido. Era eso de querer lo que no se podía tener. Probar la fruta del Edén o como sea que diga la Biblia. Llevando a Tammy a mi habitación, quise que esto fuera distinto, quizá que Tammy no fuera la hija de uno de los mejores amigos de mi padre, que Holly no fuera tan prohibida y, quizá, solo quizá, que esta relación fuera correcta.

Podía ir a dejarla a casa, pero sería obvio. No iba a acostarme con ella, eso era seguro. No quería tener nada con ninguna de las dos hasta que mi corazón tuviera un sentido en común. Tenía que definir mis sentimientos antes de dar el siguiente paso.

—¿A qué hora llegarás mañana a la cena? —preguntó Tammy acomodándose en mi pecho antes de que la película empezara.

—Siete —dije sin emoción. No había emoción en ir a su casa a una cena con sus padres, eso aumentaba mi culpa.

—Mi hermano dice que regresaste a Londres antes. ¿Por qué no me dijiste?

Charlie era su hermano mayor, buen amigo de Rees y mío. Estudiamos juntos en el Royal Academy desde pequeños. Los

padres de Tammy y Charlie eran muy buenos amigos de mis tíos y mi madre, y en su tiempo de mi padre. Tammy se parecía mucho a su madre, Cora era una mujer despampanante, llena de tatuajes al igual que su hermano mayor, Harry. El rebelde de la élite. Nunca se casó con una mujer de sangre real. Aun así, era toda una súper estrella con esos viejos amigos de él que tenían una banda de rock. Eran toda una leyenda.

Por otro lado, Charlie era igual a su padre, Blake. Su estilo de macho Alpha, creo que William, Blake y Lui, eran esos malditos en su época, me hubiera encantado conocerlos de jóvenes. He escuchado historias increíbles de ellos. Sin mencionar de cómo se fueron enamorando los tres.

Esta era una de las razones que no podía dejar a Tammy, Blake tenía la ilusión que su hijita estaba con el hijo de uno de sus mejores amigos que ahora —según sus palabras— lo cuidaban desde el cielo.

Nos acomodamos viendo la película más mierda del mundo. Llena de miel y escenas románticas. Esa clase de porquería era la que le gustaba a mi futura esposa... ¡Genial! Yo las odiaba. Prefería la acción, autos, mundos distópicos, robots o algún robo. No besos, sexo y algún problema jodido en los personajes.

Cerrando los ojos dejé que la película pasara sin mi mayor interés. No quería saber nada de amor en estos momentos. Estaba tan confundido que lo único que quería era olvidarme de todo.

Vacío emocional

Holly

¡No puedo creerlo!

Me sentía súper mal y no debería hacerlo. Yo era de las peores personas que conocía, metiéndome en medio de una relación, pensando en que él me iba a tomar en serio. Incluso llegué a pensar que él me quería, que me llegaría a tomar en serio... ¿En qué estaba pensando?

En mi habitación tiré a la mierda las almohadas, grité de frustración. Esto no era justo, para nada justo. Quería romper algo, romperlo en mil pedazos hasta que todo fuera un desastre. Me gustaría hacerlo, pero no podía, no cuando no tenía ganas de limpiarlo después. La haraganería ganó y decidí no romper nada.

Era el maldito secreto de alguien y eso era la peor sensación del mundo. Los hombres no cambiaban. Solo te utilizan para tener sexo, solo para eso te quieren. Tomando el teléfono, molesta, marqué el número que casi borro de mi teléfono y de mi mente. Tenía que escapar de esta sensación que se formaba en mi corazón.

—¿Vienes por mí? Necesito verte.

—Estoy ocupado —respondió molesto, claro que está molesto. Le mandé ese mensaje de «creo que no estamos funcionando», pero qué estúpida.

—¿Por favor?

—Media hora... ¿Te quedarás conmigo? —preguntó Adam.

—Sí —respondí al borde de las lágrimas.

Sabía a lo que me estaba metiendo. Pero una parte de mí necesitaba el castigo que me darían, una parte de mí necesitaba que él me gritara para que entrara en razón. Prefería mil veces la época en la que me dolían los golpes, donde lo único que sentía era miedo. Ahora sentía el corazón destrozado y era diez veces peor.

Cualquiera me gritaría *idiota*, pero no podía pararlo. Louis había roto mi corazón y dolía más que cualquier cosa en el mundo entero. Un corazón roto es perder la ilusión de ser feliz y ver el mundo con un vacío emocional. Él había roto todo lo que había en mí. Nunca debí confiar en sus besos, o sus abrazos. ¿Por qué diablos confié en que podía ser especial para él? Al parecer no valía nada en esta vida. Para él ni para nadie.

—¿A dónde vas? —preguntó Rees en la puerta de su habitación.

—Con Adam —dije, tomando mi bolsa con fuerzas.

—Odio a ese idiota, Sisi. Ya te dije, mándalo a la mierda.

Negué con la cabeza. Él no entendía nada, ni siquiera yo entendía por qué estaba haciendo esto. Definitivamente estaba mal de la cabeza. Las preguntas que hizo Rees al venir a casa habían sido eternas. Era de esperarse que sospechara que algo estaba mal. Él vio mi cara de miedo, escuchó mis gritos y vio la reacción de Louis. Mi hermano no era estúpido.

—Te veo mañana —le tiré un beso, fingiendo una sonrisa.

—Si necesitas que vaya por ti, solo me lo tienes que decir.

Adam no se bajó a abrirme la puerta, o a saludarme como todo un caballero. Espero a que pusiera mi maletín en la parte trasera del automóvil, me subí, dejando salir el aire que estaba reteniendo por la tensión y que le diera un beso corto en los labios. Nada fuera de la rutina. Normalmente, iría cantando, hablando e intentado de todas las maneras posibles de agradar a Adam. Esta vez iba viendo el camino como si me acercara a mi propia muerte. Sabía que mi cabeza estaba alucinando todo esto, pero una parte de mí se sentía de ese modo.

La impotencia de sentir que a la persona que más quieres en este mundo no te quiere. Maldito sentimiento que se junta en mi pecho, que quiere salir gritando, pidiendo ayuda. Estaba metida en un agujero sin salida, uno muy profundo donde hacerme daño era

el único método que conocía. No era fuerte, era débil, más débil de lo que jamás pensé en llegar a ser. Estaba quebrada por dentro.

Mi Agapi me hacía sentir como si no valiera nada, como si fuera la única opción que tenía, como si se tuviera que conformar conmigo. Cuando pensaba que nada podía ser peor, Louis aparece, con esa cara de «Voy a ayudarte» una cosa lleva a la otra y termino acostándome con él. Desearía decir que en nuestra relación solo había sexo, solo sexo y nada más. Pero lo que sentía por él crecía en mi interior como un virus. Estaba jodida en muchos sentidos y para arruinar más mi vida, tenía que aceptar el hecho de que no era nada para él.

Tengo baja autoestima y eso no es un secreto. Tenía ganas de llorar, gritar, buscar a Louis y decirle desde el fondo de mi corazón... Ayúdame, te necesito. Es el único que sabe lo mal que estaba mi relación y aquí estoy, metiéndome más profundo en todo esto. En lugar de alejarme, me junto al veneno, ese veneno que algún día me mataría. Retorciendo mis manos en mi regazo decidí cambiar un poco la conversación, desviar el tema. Tenía que pensar en cualquier otra cosa para no romperme aquí, justo al lado de Adam.

—¿Qué tal el viaje de regreso? —pregunté, sabiendo que hace un par de horas que había aterrizado.

—Normal —dijo con indiferencia. Sí, seguro estaba molesto. Solo tenía que provocarlo un poco, solo un poco para que estallara. Tenía que controlarme para que no pasara eso.

Al llegar al hotel, Adam bajó mi maletín y el de él. De seguro nos quedaríamos todo el día metidos aquí. Esa era la costumbre. Ordenar comida, ver televisión, pasar tiempo juntos, ir a la piscina y tener una cantidad de sexo estúpida.

—Tenemos que hablar —dijo cuando todo estaba colocado en su lugar.

—Imagino que sí —dije, acomodándome en la cama.

—¿Pretendías dejarme por alguien más? Hol, te amo y lo sabes. Esta mierda es solo... Es una... Es solo una etapa —el dolor en su voz era evidente. Le dolía todo esto.

—Adam, sé que es una etapa, pero tienes que liderar con esta mierda. Me haces daño, me pegas, me manipulas, me haces creer que no soy nada. Eso duele y duele mucho —dije, mandando al diablo la cordura.

—Bebé, no...

—Escúchame bien. Te quiero y sé que en lo más profundo de tu alma sientes lo mismo que yo. Pero tienes que controlarte, Adam, si quieres que esto funcione, lucha por mí.

Los ojos de Adam cambiaron de color, su ira estaba ardiendo. Podía sentirlo en mis venas, en mi sistema. Lo veía venir, iba a estallar con toda su demencia de Adam-TheFighter. Lo veía venir. Negando con la cabeza esperé lo peor. Podía hacerlo. Podía enfrentarlo sin temerle.

—Mira, Holly —dijo acercándose—, sé que estoy mal, sé que esta etapa te hace daño... ¿Crees que no lo sé? Pero no puedes alejarte, eres la única que puede ayudarme. Te amo, bebé. No me dejes, no me abandones. No ahora. No cuando más te necesito.

Las palabras *te necesito* surgieron un efecto extraño en mí. Él me necesitaba. ¡Dios mío! Alguien en este mundo me necesitaba. Ese sentimiento de sentirte necesitada, que alguien pide tu ayuda cuando crees que no encajas en ningún lugar. Esa simple palabra te cambia todo el panorama. Me sentía como si volviera a valer algo en esta vida. ¡Valgo algo!

—Lo lamento, bebé —dije y me aproximé a él. No podía provocarlo, no ahora que veía tanto dolor en sus ojos—. No voy a dejarte, pero deberíamos buscar ayuda. Adam me tomó en sus brazos, envolviéndome en ellos como si todo lo que estaba jodido en nuestra vida no importara. Nada importaba. Éramos una unión inseparable. Él me amaba, yo lo amaba. Lograríamos salir de esto juntos.

—Voy a pedir ayuda, Hol, todo para que tú y yo funcionemos.

—¿Lo prometes? —dijo con un hilo de voz lleno de esperanza.

—Lo prometo —dijo antes de besarme.

Cambios

Holly

En esos dos días que pasaron me sentía miserable, me gustaría decir que la vida era fácil y que todo salía a la perfección, Pero no era de ese modo. Adam estaba intentando cambiar, lo que pensé que sería una noche demasiado intensa, resultó ser una como en los viejos tiempos. Adam fue delicado, atento, incluso dulce con todo lo que hacía. Era raro volver a eso, algo que en más de un año no había vivido.

Adam mandó flores, chocolates, muchos dulces durante la semana. Hubiera sido sencillo decir que la relación estaba subiendo, que estábamos mejorando, pero ¿por qué me seguía sintiendo vacía? ¿Qué estaba mal en todo esto? Quizá mi vida tenía que cambiar. No podía seguir con esto por más perfecto que fuera. La desolación iba a matarme.

Tomando la pelota de golf señalé el punto al que tenía que tirar la pelotita rosada. Cada miembro de la familia tenía un color en específico. Rees era azul, mamá violeta y papá gris. Me acomodé de manera que todos rieran un poco, era bueno pasar un tiempo extra en familia. Mary y Michelle estaban jugando con nosotros, normalmente Louis estaría también aquí. Pero desde la última noche en la pizzería estaba evitándome. Yo intenté hacer lo mismo, de algún modo tenía que quitarme este sentimiento que tenía por él.

—Dale, Hol —me gritó Rees—, de ti depende que le ganemos a todos estos viejos.

—Viejo tu abuelo —dijo papá entre carcajadas al tiempo que escuchaba tres palmaditas de espalda.

Respirando lo más profundo que pude, me coloqué en la mejor posición, el *address* era mi debilidad, siempre la utilizaba mal. Levantando el palo, golpeé la pelotita con fuerza mandándola

directo a la zona exacta. No era secreto que los campos *links* eran mi fuerte. Era tan sencillo jugar cerca del agua.

Dando media vuelta hice una referencia viendo cómo mi hermano celebraba. Me puse junto a él para hacer nuestro baile de la victoria. Moviendo alocadamente los brazos y piernas. Amábamos ganar, pocas veces lo lográbamos, pero esta vez se veía la victoria de nuestro lado. Mamá frunció el ceño, papá le dio un beso en la frente aún riendo de nuestra ridícula celebración.

—Niños —se quejó mamá.

—Oh, vamos, mamá —dijo Rees—, sé buena perdedora.

—No me gusta perder —dijo conteniendo la risa.

—Y a nosotros ganar —dije con ironía.

Caminando a los carritos, empezamos a lanzar bromas de cómo jugaban papá y Michelle. Era muy al estilo tradicional, con sus gorritos, pantalones cortos, camisetas polo. Se veían unos grandes profesionales, por su parte Rees omitía los gorritos que según él, lo hacían ver estúpido. Cuando llegamos a casa, tía Mary animó a mis padres a que fuéramos a tomar café y comer pastel de banano. No discutimos, la tarde estaba siendo demasiado agradable para negarme a entrar a esa casa.

Cuando me paré en la entrada, recordé cómo las manos de Louis bajaban y subían por todo el cuerpo de Tammy, de cómo la besaba, cómo buscaba la manera de entrar a la casa con ella en brazos, la mujer era demasiado alta... ¿Cómo diablos lograba cargarla como si no pasara nada? Recuerdo el dolor que se consumía en mi interior. Hace casi una semana que me sentía vacía.

Levanté la cabeza para sonreírle a mi hermano que me tendía la mano para pasar el umbral de la puerta. Nunca lo admitió, pero Rees muy en el fondo sabía que algo estaba pasando. En estos días no me dejó. A pesar de las flores, chocolates y toda cosa que Adam mandaba, mi familia sabía que algo estaba mal. Incluso mamá no comentó nada.

—¿Estás bien, Sisi? ¿Segura que quieres entrar a comer pastel de banano? —como el Infierno si no lo sabía.

—Estoy bien... ¿Por qué? No quieres compartir conmigo pastel, es eso... ¿Verdad? —Intenté una broma para sonar casual.

—¡Mierda! Me descubriste. —Rees lanzó su brazo detrás de mi cabeza jalándome para besar mi frente. Acomodándome a su lado, caminamos a la cocina, donde estaban todos los viejos teniendo una conversación bastante alegre.

Rees no fue a buscar a Louis enseguida, de haber sido otro día, hubiera corrido a su habitación. Su auto estaba en el parqueo de entrada, por lo que era obvio que estaba aquí. No quise preguntar, el miedo se apoderaba de mí. ¿Qué pasa si está arriba con Tammy? ¿Podría mi corazón soportarlo? Me quité la idea de la cabeza escuchando a Mary contar una historia de cuando eran chicos.

—Estábamos tan asustadas, nunca pensamos en estar aterradas a muerte por un embarazo, cuando la prueba le dio positivo a Abbi todo tomó un mejor sentido.

—¿Sentido? Jódete, Mary —dijo papá con los brazos cruzados—, me hicieron venirme de Grecia hasta América muerto del miedo, pensando en que iba a ser papá tan joven. Y el día que llegué me dicen que es apendicitis. ¡Vaya mierda!

Todos soltamos una carcajada ante la cara de papá. ¿Cuántas veces no habíamos escuchado esa historia? Más era el hecho de saber que mis padres también sufrieron un poco su relación. Mi mamá con una personalidad tan cerrada y papá por ser un hombre que no admitía nada. Me preguntó si algún día podré enamorarme así de fuerte o al menos tener una historia así de linda.

Viendo mi historial era imposible, Adam me pegaba, me hacía sentir mal. Louis era una esperanza que surgió en mi cabeza, pero no pasó mucho tiempo. Poco le duró a él darse cuenta de que no era nada para su vida. Triste pero cierto, no era material para que un hombre me quisiera. Quizá, si me era fiel a mí y solo a mí,

encontraría una manera de ser feliz. Tenía que encontrarla antes de volverme loca.

—Oh, ahí está mi niño divino —dijo Mary cuando Louis entraba a la cocina. Tenía una camiseta blanca con letras negras que pintaban «El apocalipsis está en manos de los políticos». Su pantalón corto azul, unos Converse y una gorra tirada hacia atrás. Lo vi sonreír antes de fijar su vista en mis ojos. Nos quedamos viendo una fracción de segundos, ninguno emitió algún sonido o algún gesto que captara el momento incómodo que se estaba formando entre todos en la cocina. Papá se aclaró la garganta llamando la atención de Louis y mía.

—¿Está todo bien? —preguntó papá.

Bajé la mirada dispuesta a ignorar a mi padre, si me hacía la estúpida no sabría que me estaba preguntando a mí. Al menos eso quería creer yo. La voz de Louis fue la que me sacó de todo pensamiento.

—Sí, todo bien. Ya me siento mejor si a eso te referías, Will. Por cierto, ¿cómo les fue en el golf?

—¡Ganamos! —Rees gritó, levantando las manos entusiasmado, contándole la historia a Louis. Le dio detalles moviendo las manos como loco, captando la atención de todos. Los viejos soltaban una risita en cada gesto que hacía Rees. Estaba emocionado y no era ningún secreto.

Louis caminó hasta la nevera escuchando a mi hermano contar cada detalle de nuestro día. Abrió la puerta para sacar una botella de Coca-Cola. Odiaba que esa agua gaseosa fuera de mis favoritas. Saboreándome la bebida en la boca, vi cómo sus dedos laboraban en abrir la tapa. Llevándose la botella de vidrio a la boca, lo vi tragar cada sorbo que dio. Todo en mi vida se había detenido y estaba completamente extasiada viendo el líquido bajar por su garganta. La manera en que la vena de su cuello se hinchaba en cada trago.

Cerré los ojos para calmarme un poco, cuando los abrí, Louis tenía la mano extendida ofreciéndome la bebida.

—Sí, dale un trago a la chica, parecía que te comería entero con la mirada —dijo papá con un tono irónico. Las miradas de varios en la sala fueron directo a mi rostro, que seguramente estaba rojo como un tomate. Encogiéndome de hombros negué con la cabeza. Sabía que esa botella tenía su saliva mezclada con la de Tammy y... Me recordó a esos días cuando estábamos dispuestos a ser un sucio secreto.

—Hol —dijo Louis acercándose—, puedo pedirte que vengas a ver algo a la sala, no serán más de tres minutos. ¿Qué? Me estaba pidiendo que saliera con él. ¿Por qué? Se supone nos estamos evadiendo. ¿A qué diablos viene esto? No quería salir, menos con él. El miedo y las malditas mariposas se apoderaban de mis jugos gástricos.

—¿Puede esperar? —pregunté no dispuesta a salir.

—Primera vez en mi vida que veo que Holly no es curiosa con algo —respondió papá—. ¿Hay luna llena hoy?

¡Diablos! Me la estaba jugando muy mal. Él sabía que no iba a poder negarme enfrente de toda esta gente, se levantarían sospechas, más de las que ya había en todo el ambiente.

Dándole una sonrisa le hice señas para que saliera. Le seguí los pasos hasta llegar a la sala familiar. Estaba oscura, la única luz que entraba por las grandes ventanas, era el hermoso atardecer que se perdía en el gran jardín.

Dándome la vuelta para preguntarle a Louis que era lo que estaba pasando. Sus labios se posaron en los míos. Atrayéndome más hasta perderse en mí aliento. No respondí el beso. Era demasiado complicado para regresarlo. No podía moverme de la sorpresa. El sabor fresco de su boca me tenía hipnotizada. Su lengua logró tener un poco de acceso, no pude evitar absorber el sabor. Antes me encantaba la Coca-Cola, ahora me gustaba tres

veces más. Coloqué mis manos en su pecho alejándolo por completo.

—¿Qué diablos, André?

—¿André? Desde cuando me llamas por mi segundo nombre, nunca lo habías hecho. Era verdad, nunca en mi vida había usado André, pero en estos momentos quería borrar la imagen de Louis, el seductor que me llevó a la cama. Quería ver si lograba recuperar a mi amigo del alma y mi compañero de penas. André era el chico que podía volver a ser mi familia.

—Desde que quiero olvidar a Louis —sin mencionar que tampoco quería que mi boca pronunciara el mismo nombre que Tammy. ¡Maldición! Era tan molesto.

—¿Por qué no respondiste a mi beso? —preguntó, dando un paso atrás.

—No quiero... —¿Cómo decir esto de una buena manera?—. No quiero que me sigas utilizando. Estoy cansada de ser la puta de alguien.

—Tú no eres ninguna puta, Hol. ¿Qué diablos?

Conteniendo las lágrimas y las ganas de salir corriendo, me contuve. Fue suficiente de debilidades. No era débil y estaba dispuesta a pelear por lo que yo creía, por quién creía ser. Estaba aburrida hasta más no poder por lo mal que la gente me trataba. De ahora en adelante, ¡pueden irse al diablo todos!

—Tienes razón, no soy ninguna puta. Pero sí soy tu maldito secreto, André, y no quiero serlo. Estoy cansado de ir de segundo en la vida de alguien. Quiero que la persona con la que comparta mi vida me vea como si no hubiera nadie más en el mundo. Como si fuera única. Y tú no me miras de ese modo, así que déjame en paz.

Pasé rosándolo con el hombro al tiempo que salía de la sala. Louis estaba con la vista en el suelo, perdido por un momento. Estaba a punto de regresar a la cocina, pero estaba tan enojada que salí corriendo de ese lugar. No quería ver a nadie o, incluso, que

preguntaran cosas. Estaba cansada de ser el segundo plato de todo mundo. Tenía que comenzar a cambiar, ser mejor para mí y para nadie más.

Para Louis era su secreto, Adam me engañaba y lo hacía en mi cara, me pegaba y me trataba mal. Nadie iba a valorarme si no empezaba a hacerlo yo. Se acabó el tiempo de debilidad. Quienes se queden en mi vida, pues bienvenidos a formar parte, y los que no, las puertas están abiertas para retirarse.

Recuerda que es mi hermana

Louis

Quería disculparme con Holly en un principio, mi plan no era besarla y hacerla sentir mal. Esto era una estupidez, cada vez que intentaba hacer las cosas bien y no dañarla resultaba haciendo lo contrario. Verla de ese modo, tan excitada cuando estaba tomando un trago de Coca-Cola fue demasiado para mí. De verdad que soy una mierda para todo esto.

Intentaba alejarme de ella de todas las maneras posibles, pero no podía, no por completo, no cuando mi cuerpo la reclamaba y mi cordura se perdía al tenerla enfrente. Era hermosa, con su cabello negro largo y esos ojos azules que tanto me gustaban. ¡Dios! Que alguien me mate. Esto es mucho para aguantar sin ella.

Rees entró a la sala familiar viendo de lado a lado, buscando a su hermana. Cuando no la encontró levantó la mirada negando con la cabeza. Me gustaría darle una sonrisa para tranquilizarlo y hacer como si nada hubiese pasado, pero no podía. Las palabras de Holly se repetían una y otra vez en mi mente.

—¿Qué diablos pasa entre tú y Hol? —preguntó Rees. Todo mi cuerpo reaccionó en ese instante.

—No sé de qué hablas.

—Sí, lo sabes, lo sabes perfectamente. No quiero que me lo expliques, ni que me digas nada, no tienes por qué. Pero te recuerdo que esa mujer es mi hermanita. La cuido y la protejo como mi vida entera. —Su tono desafiante me puso como mil demonios. Acercándome a mi amigo, mi maldito mejor amigo lo desafié, por primera vez en mi vida.

—¿Crees que yo no la protegería con mi vida? Porque te juro por mi vida...

Rees levantó la mano callando mis palabras.

—No estamos peleando, ni voy a pelear por algo que no sé qué está pasando.

—Lo siento —dije posando mi mirada en el suelo.

—Cuando sea tiempo, espero tengas la confianza de decírmelo.

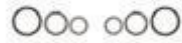
Rees dio media vuelta saliendo de mi vista. Esto me enojaba aún más. Mi mejor amigo me venía con estas mierdas, ¿cómo se le ocurre? Era obvio que las dos familias sospechan que algo está pasando, que se imaginan que hay algo. Pero esas amenazas están de más.

Pero también Rees tenía razón en algo, la estaba dañando con mis malditas acciones. Rees quería una cosa en esta vida, solo una y eso era mantener a Holly fuera y apartada del dolor. No quería ni pensar qué haría si se enteraba de que Adam le había pegado. Caminando de regreso a mi habitación, me dejé caer en la cama con todas las luces apagadas.

Pensé en toda la situación, intenté ponerme en el lugar de Holly, en sus sentimientos, en qué pasaría si dejara a Tammy por Hol. ¿Qué sentiría, Tammy? En estos malditos momentos quería dejar todo y alejarme del mundo. Estaba tan confundido. Así de marica me estaba sintiendo.

No quería decepcionar a nadie, como tampoco quería romperle el corazón a ninguna de las dos. Esto se había complicado. Una parte de mí juraba que Rees lo sabía, pero otra muy importante sabía que las cosas cambiarían entre nosotros.

Cerré los ojos, intenté en no pensar en nada, quitar todo pensamiento bueno y malo de mi cabeza. Fue imposible, la chica linda de ojos azules con traje de golf era en lo único que podía pensar. Pensé en quitarle ese vestido y tirarla a mi cama completamente desnuda, pensé en hacerla mía. En menos de lo que pensé, estaba tocándome al tiempo que pensaba en ella encima de mí jadeando mi nombre.



Una semana después, seguía pensando en que todo era una mierda. Rees no volvió a comentar absolutamente nada de Holly, tampoco pasaba tanto tiempo como antes en casa. Las cosas definitivamente cambiaron. Mis salidas eran con Tammy y algunos que otros del Royal, como lo prometido, no había vuelto a tomar en exceso y me mantenía del peor humor la mitad del tiempo.

Holly se paseaba más seguido en el jardín con Adam. Más de lo que me gustaría verlos, la relación parecía estar en su mejor momento. Los dos eran demasiado románticos para mi sistema nervioso. La manera en que la acostaba cerca de las flores colocándose encima de ella para besarla. En cómo tomaba su mano para dar largos paseos en el jardín, en cómo el imbécil susurraba mierdas a su oído provocando que ella riera.

Su risa era mi perdición, tan hermosa como siempre. Tapándose la boca para amortiguar el hermoso sonido que surgía de lo más profundo de su alma. El imbécil pocas veces bajaba su mano para que ella pudiera reír con libertad, para ser sincera, el imbécil era un arrogante. Cada día lo odiaba más, cada día me sentía más miserable al verlos.

Extrañaba los dramas de niña, la manera en que sus celos salían a relucir, extrañaba la manera que hacía bromas que solo ella entendía, sus bailes locos por el jardín... Extrañaba todo de ella y punto. Me gustaría decir que Tammy lograba quitar el efecto vacío de mi interior, pero ni de cerca. Nada lo lograba, ni siquiera el increíble sexo. Lo peor... Tammy lo sentía.

—No sé qué te pasa —dijo, poniéndose de pie molesta—. Esta vez ni siquiera acabaste.

—Lo siento, cariño. Solo no tengo ganas hoy.

—Ni ayer, ni hace dos días. Es más toda esta semana —dijo colocándose su camisa de flores. Abrochó botón por botón. La

desesperación se estaba apoderando de mí, si seguía así de miserable pararía perdiendo a Tammy y a Holly. Bueno, era demasiado tarde para tener a Holly.

—¿Ya no me deseas? —el dolor salía a relucir en su voz.

—No pienses eso. Sabes que sí, eres una mujer hermosa es solo que... —necesitaba una manera más fácil de decir las cosas.

—Te contestaré yo. Necesito tiempo.

—¿¿Qué?! —dije y me puse de pie—. ¿Estás dejándome?

Tammy subió su pantalón ajustado. Abrochándose el botón, levantó su vista. Sus ojos marrones me fulminaban completamente con la mirada. Algo muy en lo profundo no estaba en desacuerdo con lo que decía, pero otra más cercana, reflejaba la decisión de dejarme.

—Esto no es lo mismo. No estoy dejándote. Necesito tiempo y tú también. No me besas, no me tocas ni me amas de la misma manera en que lo hacías y estoy cansada de eso. Siento que... Siento que hay alguien más y solo por ahora no confío en ti.

—Nuestro compromiso es en dos semanas —dije preocupado de que realmente me dejara. ¿Qué iba a hacer?

—Mandaremos la carta. Vamos a posponer esto hasta que lo arreglemos. Simplemente ya no puedo seguir con esto y tampoco puedo perder mi tiempo contigo. —Se acercó a mí para darme un beso en la mejilla después de calzarse sus zapatos—. Te amo, pero no puedo compartirtte y sé que eso es exactamente lo que estoy haciendo, Lou. Te comparto con el amor de alguien más, no puedo soportar más esto.

—Pero no me... —No puedo creer que le esté rogando cuando en realidad no duele tanto cómo creí que dolería. Ni siquiera esto aplacaba el dolor de no tener a Holly.

—No soy idiota, por eso no te comparto. ¿Crees que algún día ella dejará a Adam por estar contigo?

A la mierda la cordura. Me puse de pie, mirándola a sus ojos muy abiertos. Mi sangre había abandonado mi rostro. Estaba

seguro de que estaba pálido como el papel. Negué con la cabeza y seguí mirándola fijamente... ¿Cómo podía decir algo como eso? Nunca hablé o dije cualquier cosa acerca de Holly... ¿Cómo es posible que lo sepa?

—No me mires de ese modo. He visto la manera en que la miras. En cada cena en que estamos juntos, la sigues con la mirada. Ves cómo Adam la besa y siempre frunces el ceño molesto. Nunca te he visto celoso en mi vida, pero te conozco y sé que lo que sientes al verlos juntos es celos. No puedo más.

—Tiene que ser una broma. ¿En realidad se me nota?

Tammy puso los ojos en blanco antes de dar media vuelta y abandonar mi habitación. ¡Dios, qué caos! Debería estar preocupado porque me acabo de quedar sin Agapi, pero en lo único que pensaba era en cómo ocultaría mis celos esta noche en la fiesta de cumpleaños de Anabeth. Quizá sería mejor no ir, pero le prometí a Rees que iría y tengo que mejorar las cosas con mi amigo.

¡Mierda!

Tapándome la cara con desesperación me di cuenta de que estaba jodido de mil maneras. Estaba enamorado. Malditamente enamorado de una mujer de la cual no podía enamorarme por muchas razones. Las cosas estaban bien entre ella y su Agapi, no había vuelto a darme ni una mirada. En toda mi vida me había sentido de este modo. Nunca en mi vida. Me estaba quebrando, esto de estar enamorado era una mierda. Dejabas de ser independiente y fuerte, a miserable.

Respirando lo más que pude, me metí a la regadera para relajarme un poco debajo de la ducha fría. Esto estaba más jodido que todo lo demás. Estaba jodido en mil millones de maneras.

Quizá algún día

Holly

Cuando llegué a la fiesta de Beth, la mitad de los invitados estaban aglomerados por todos lados. Todos hablaban, reían, bebían, bailaban y disfrutaban del momento. Instintivamente comencé a mover la cabeza al escuchar la canción más reciente de John A. K. Amaba la música de ese hombre, era tan pegajosa. Adam dio media vuelta para darme la mano, la tomé, aún moviendo la cabeza al ritmo de la música. No recibí ni una sonrisa de parte de Adam, ni un signo de aprobación, o algún gesto cariñoso. Ya estaba acostumbrada a no tener nada de parte de él. Era extraño pero cierto. Acercándome a la fuente de margaritas, me serví un vasito. Adam tomó una rodaja de limón colocándola dentro del vaso, le sonreí en agradecimiento.

Caminando a donde estaban mis amigas, abracé a Beth dándole la cajita de regalo que le traje. Eran unos aretes hermosos, perlas. Mamá decía que toda linda chica debía tener un par de perlas. Por esa razón se los compré, estaba segura de que ella no tenía ni un par bonitos. Sus gustos eran extravagantes, nada sencillo.

—Lo mejor fue ver a Beth cuando entró Bryan a la mansión, se le fue todo el estómago a la boca.

—Oh, vamos, ¿a quién no? —dijo Beth riendo al tiempo que hablaba—. Ese hombre me tiene loca, *loca* como lo escuchan. Si no fuera tan mayor, sería mío.

—Está casado —dije y quebré su momento de ilusión.

—Y la tenías que cagar —dijo Beth poniendo los ojos en blanco—. Es fea. Las cuatro nos echamos a reír. La chica era modelo en la misma agencia que yo. Lo que me recordaba que en cuatro días tenía pasarela. Finalmente, el desfile de verano. Estaba en la Triple A, lo que indicaba que sería de las que más saldría. No

hubiera logrado eso si Adam seguía pegándome, una modelo con moretones no era valiosa.

Tenía tiempo de no levantarme la mano, ni pegarme, ni gritarme, lo cual era un alivio enorme. No quería que siguiera con eso, calculaba no poder ver mi vida con él, de por sí ya me costaba verlo como tal cosa. Ahora, cada vez que pensaba en un futuro, no era con él.

—Permiso señoritas —la voz de Rees me llegó por detrás—. Solo vengo a saludar a mi linda hermanita.

Las cuatro chicas se derritieron a sus pies, de no ser porque todas ya tenían Agapi, estarían en la lista de mi hermano, eso era seguro. Beth y Carly eran las que más morían por él.

—Sisi —me dio un beso en medio de las cejas—. Adam... —dijo con desprecio—. ¿Guardas un baile para mi más tarde?

—Espero que vengas por mí en una buena canción, si no puedes irte a jugar con tus muñecas —dije, empujándolo antes de abrazarlo.

—A las órdenes.

Quitándome mi cóctel de las manos, caminé de regreso a la entrada donde estaba Louis de pie, observándome fijamente. Respirando lo más profundo que pude me giré, ignorándolo una vez más. Era raro verlo sin Tammy colgado de su brazo. Decidí que mi noche debía continuar. No podía estar pensando todo el tiempo en él, tenía que avanzar. Yo nunca sería su número uno y esoapestaba.

Horas después, estaba bailando con las chicas, moviéndome de lado a lado al ritmo de la música. No estaba tomando, ya tenía suficiente de eso para el resto de mi vida. Solo disfrutaba de lo lindo que era aparentar estar feliz cuando en realidad estaba rota.

Alguien tomó mis caderas. Por el grosor de sus manos supe que era Rees, dándome media vuelta, tomé los hombros de mi hermano siguiendo el ritmo de la música. Tomándome de la mano me dio vueltas hasta que quedé completamente mareada. Moviendo

sus hombros al ritmo de la música, reímos, disfrutamos y realmente me sentí feliz. Por un minuto olvidé todo. Mi hermano era mi héroe por entenderme y sacarme esa sonrisa que siempre ocultaba.

En ese momento nada importaba. Yo saldría adelante, trabajando en mí y mi autoestima y en quién yo era.

—Es bueno verte sonreír de verdad, Sisi.

—¿A qué te refieres? —dije gritando un poco por el sonido de la música.

—Tú sabes a lo que me refiero.

Vi a Louis acercarse a mi hermano, pensé que le diría que fueran a tomar algo o que se iría con Tammy, pero no había visto a Tammy en todo este tiempo. Cuando le preguntó si podía bailar conmigo me quedé como la piedra. Esto tiene que era una broma. No puedo simplemente bailar con él como si nada hubiera pasado. Milagrosamente, como en un cuento de Hadas, la música bajó su intensidad y una balada pop comenzó a sonar. Sabía que era una canción vieja, del tiempo de mis padres quizá, las palabras «algún día» era lo único que entendía.

Sin pensarlo me colgué del cuello de Louis. Nuestros ojos estaban fijos, no dejaba de ver la manera en que me observaba. La sonrisa en su rostro era todo lo que necesitaba para sentirme segura otra vez. Recostando mi cabeza en su pecho, me moví al ritmo de la música. La mitad de la gente no estaba ya en la pista, era una canción demasiado romántica.

—¿Tú pediste la canción? —pregunté sin apartar la cabeza de su pecho.

—*Mayyyyyybeee Someday...* —

cantó a mi oído. Definitivamente la había pedido él.

—¿Por qué me haces esto? —pregunté una vez más esperando respuesta.

—*Maybe someday...* —volvió a cantar—. No lo sé, quizá tengo esperanzas... ¿Es malo tenerlas?

—Puede que sí —respondí, levantando mi cabeza para verlo—. Tú no dejarás a tu Agapi y por lo visto yo tampoco lo voy...

—¿Interrumpo? —la voz de Adam me llegó de repente. Me separé, empujando un poco a Louis.

Quería captar todo lo que pasaba, pero en un nanosegundo, Adam tomó mi barbilla levantándome la cara. Sus labios tocaron los míos mordiéndolos un poco. Giré la cabeza para ver a Louis, encontré su mirada posada en mis labios y en los de Adam. La mirada decaída que tenía Lou era la peor que había visto en toda mi vida, depresión inmensa, no la mirada llena de esperanza de hace unos minutos.

—¿Apreciando lo que es mío? —dijo tomándome de la cintura—. Qué tengas feliz noche, idiota.

Sacándome de la pista de baile más fuerte de lo que me gustaría admitir, Adam comenzó a maldecir, a ponerse rojo e insultarme en lo bajo. Sus dedos estaban apretados alrededor de mi muñeca, jalando con fuerza y provocando que perdiera el equilibrio. Intenté deshacerme del agarre de sus manos, pero me fue imposible. Quise empujarlo, pero sus pasos rápidos me lo impedían.

—Suéltame, Adam —dije molesta.

—Cierra la puta boca, Hol —respondió él jalando una vez más—. Eres una estúpida por...

Sea lo que sea que Adam estaba a punto de decir fue interrumpido por el puño de Louis. Dio justo en su nariz, derribándolo al suelo le dio tres golpes más.

—Te lo advertí, imbécil —gritó Louis.

La mirada de todos se posó en nosotros. Louis levantó mi mano para observar mi muñeca, estaba roja por el agarre. Dándole un beso a las marcas, sonreí ante ese gesto tan Louis. Él siempre buscaba la manera de cuidar de mí a pesar de que rompía mi corazón no tenerlo.

Sin decir una palabra, Lou se fue del lugar con esa sonrisa que había quedado en su rostro. Adam se retorció en el suelo y mi hermano negaba con la cabeza. Esto había sido extraño, pero las palabras «Quizá alguna día» estaban guardadas en mi mente.

Ni una más

Louis

Sentía satisfacción pura en estos momentos, pegarle a Adam después de querer hacerlo cada vez que lo veía besar a Holly era la necesidad de romperle la cara. Mi enojo regresó al pensar en cómo le tomaba la mano con fuerza a Holly, en cómo la llamó *estúpida* y...

¡Agh!

Le pegué a la pared con fuerza, desesperado, aún por el enojo que me causaba toda esta situación. Me quería obligar a no quererla, pero el miedo me consumía. Si tan solo pudiera amarla con la libertad que quería amarla. Ella era ideal para mí, me sentía cómodo. Era esa pieza que tanto me hacía falta. Sé que puedo vivir sin ella, porque la felicidad de una persona no depende de otra, pero en estos momentos ella era lo único que podía hacerme sentir bien.

—¡Dios, Lou! —me gritó Rees—. ¿Qué diablos fue todo eso?

Genial, no estoy para que venga a preguntarme o a cuestionarme mis acciones. Estoy demasiado desesperado para hablar con él. Por primera vez tener a Holly no se sentía mal. No tenía que rendirle cuentas a nadie, ni Tammy, ni a mis padres, ni a mis tíos. No tenía que sentirme mal por la poca moral que tenía. Lo peor: el idiota interrumpe, la besa en mi cara y la jala de ese modo. Para no reaccionar mal, solo con el hecho de besarla del modo que lo hizo me despertó la hormona de los celos.

Nunca había sido celoso, nunca en mi vida reaccioné de esa manera por una mujer. No era mi tipo de actitud. Yo era mucho más tranquilo que los demás hombres de la élite que siempre se estaban tirando mierda por una mujer. Ahora era uno de esos hombres, pegándole a Adam y ahora a esta puta pared. De seguro mañana tendré la mano hinchada, pero habrá valido la pena.

Odiaba la manera en que la trataba, odiaba cómo ella se dejaba. Vi la mirada en sus ojos. Ella no quería alejarse, sabía que me quería, que me deseaba. ¡Dios! Podía sentirlo. Esto era tan frustrante. Pegándole una vez más a la pared, ignorando que Rees estaba justo al lado, grité con todas mis fuerzas descargando esa presión. Tenía que sacar todo de adentro.

—¡Lou tienes que calmarte! —Rees envolvió sus brazos a mi alrededor sosteniendo mi ira.

—Sí, ese imbécil vuelve a tocarla de ese modo, un solo movimiento brusco y juro que...

—¿Qué?

—La voz de mi primo me trajo a la realidad—. ¿Qué le hizo ese imbécil?

¡Oh, no! Nada bueno podía salir de Rees enterándose de que Adam le pega a Holly, nada bueno puede salir. Necesito decírselo, pero no ahora, que tiene un par de tragos encima. No ahora que el imbécil está a unos metros de nosotros. Tenía que evitar que Rees parara matando a Adam. Lo encerrarían en la cárcel y Holly se sentiría culpable toda su vida. Necesito hablarle de toda esta situación antes de que se entere por otra fuente y sea mucho peor. Lo haría esta semana que viene, quizá miércoles después del gimnasio.

—La alejó de mí, y no me gustó la manera en que lo hizo —dije, intentando ser casual.

—¿Y te pusiste así de enojado solo por eso? —soltó una carcajada—. Pareciera como si estuvieras celoso, juro que si no te conociera mejor diría que tienes sentimientos por... Por un momento...

¡Mierda! Esto era más evidente de lo que pensaba. No había escapatoria, no había nada más que hacer. Rees sabía que estaba celoso, él lo dijo, me conocía muy bien. Respirando profundamente, esperé a que terminara de analizar. Vaya, qué jodida.

—¡No puedo creerlo! —Rees se tomó la cabeza desesperado—. ¡Se supone que es como tu hermana! ¡Maldita sea! Debí darme cuenta antes, la manera en que la veías, el porqué de tu regreso, la manera de actuar de ella. Pensé que todo era porque ella estaba enamorándose de ti, pensé que tú la estabas ayudando con sus problemas de autoestima, pero nunca pensé que tuvieras sentimientos por Hol.

No sabía qué decir. No hace mucho que me di cuenta de lo que sentía por Holly, no hace mucho que lo acepté. No podía decirlo en voz alta, era demasiado personal. Algún día tenía que contarle a Rees, era mi mejor amigo. Ahora simplemente no podía, las palabras no salían.

—¿Qué está pasando, Lou? Necesito saberlo.

—No quería que pasara, juro que intenté que las cosas fueran casuales, sé que es como mi prima, mi hermana, es solo que... No quería que pasara pero...

Antes de que terminara de hablar, el puño de Rees estaba pegado a mi mandíbula. En un principio no supe que estaba pasando hasta que el dolor se agudizó. Me tomé la boca con las dos manos. El imbécil pegaba como una bestia.

—¡Te acostaste con mi hermana! ¡Maldición!

—¡No me dejaste siquiera contestarte! Déjame terminar antes de que saques conclusiones —dije sobando mi cara. Eso había dolido.

—Lo siento. —Rees se acercó a mí—. Pensé te habías acostado con Holly.

—No estoy diciendo que no, es solo que... —el otro puño llegó antes de que pudiera decir otra cosa.

—¡Eres un hijo de puta, Lou!

Señalándolo con el dedo, llegando a mi límite le grité.

—Vuelves a mencionar a mi madre de ese modo y prometo por mi vida que hago que te tragues tus dientes.

Los ojos de Rees se abrieron muchísimo reaccionando de su gran error. Nunca mencionábamos a nuestros padres en los insultos, esa era una de nuestras reglas. Nadie podía decir absolutamente nada, Rees había sobrepasado ese límite. Mi madre era mi madre, su tía y merecía respeto.

—Lo lamento —dijo, bajando la vista, dándose cuenta de su error. Pasaron varios segundos antes de que Rees tomara su móvil de la mesita donde lo había tirado. Sacó las llaves de su motocicleta y jugó con ellas, finalmente, levantó la cabeza para verme.

—Ella me importa, Rees, prometo que ella es más importante de lo que te imaginas —dije intentando calmarlo.

—Eso no cambia el hecho de que te acostaras con mi hermana y sobre todo me mentiste, me lo ocultaste. —Dio media vuelta lo vi alejarse por la puerta aún de esta maldita mansión. Rees era muy bueno analizando las cosas. Debí imaginar que pronto se daría cuenta. Hasta mucho tardó. Dedicó una última mirada a la ventana, logré ver a Holly aún limpiando la puta sangre de ese idiota. No podía soportarlo más. Tenía que alejarla de él.

Esto no es vida

Holly

Quizá todo sería sencillo si Adam dejara de sangrar. Aún seguía lloriqueando en el piso, gritándome que todo esto era mi culpa. En cierto punto tenía razón, entre sus palabras, mencionaba que si no estuviera de fácil coqueteando con mi primo, nadie se hubiera enterado de nada. Sabía a lo que se refería, si Louis no se hubiera dado cuenta de que Adam me pegaba, seguiría haciéndolo y yo dejándolo, perdonándolo una y otra vez. Metida en ese círculo sin poder escapar. Esto no era vida.

Me puse de pie, señalándolo, cansada de tener la culpa de todo, cansada de los gritos y la falta de respeto. Ya no más, este era mi límite.

—Sé un poco más hombrecito, pareces una nenita llorando y gritando. ¡Madura un poco! —Dio media vuelta dejándole a sus amigos que lo ayudaran, caminé de regreso a la mansión.

Necesitaba encontrar a Rees y pedirle que me regresara a casa. Ni loca me subiría al auto con él. De seguro serían más gritos, estaba aburrida de eso, no quería más.

En el parqueo me di cuenta de que no había señal de la moto de Rees. ¡Genial! Se había ido sin avisarme. Tomando el teléfono, dispuesta a llamar al chofer para que viniera a recogerme. Esa era mi única opción por ahora.

—¿Holly? —alguien me llamaba al tiempo que escuchaba los primeros timbres en el teléfono. Me giré para ver a Louis parado entre las sombras, saliendo de la mansión con los hombros tensos y la mandíbula apretada—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Colgué el teléfono levantando la mirada para verlo. Sabía que estaba mal pedirle a él que me llevara, pero necesitábamos hablar y este era un buen momento—. ¿Puedes llevarme a casa?

—Dios, Hol, por supuesto. No tienes que pedirlo.

Tomándome de la muñeca la inspeccionó unos segundos. No tenía absolutamente nada, solo sangre de Adam, era asqueroso. Acercándonos al río artificial que rodeaba la mansión, Louis ayudó a quitarme todo rastro de sangre. Secando mis manos en su chaqueta, caminamos a su deportivo.

Estar con él era sentirme protegida, como si nadie me pudiera tocar, como si nadie pudiera lastimarme. Él era como mi súper héroe, él y mi hermano lo eran. Le di la mano, caminando juntos hasta la puerta que se abrió sola con el tacto de Louis.

—Tu hermano está enojado —dijo cuando la puerta de su deportivo se cerró.

—¿Por qué?

—Vio los celos que sentía al ver que Adam te besaba y te tocaba... Odio a ese imbécil y no pude ocultarlo, simplemente no pude —suspiré—. Lo siento.

Me quedé unos segundos analizando sus palabras. Lou no se disculparía a menos que... Oh... Rees lo sabe. ¡Mierda! Rees lo sabe. No hay otra explicación para las acciones de Louis. ¡Santa mierda!

—Dime que no sabe todo.

—No, no te preocupes no sabe todo. Piensa que me acosté solo una vez contigo, no sabe que nos veíamos en secreto. Tampoco sabe lo de Adam.

—¿¿Qué?! —Esperaba a que fuera una broma de muy mal gusto. ¿Qué no sabe todo? ¡Diablos! Rees va a matarme, va a aniquilarme, cortar todo mi cuerpo y tirarlo al mar.

Me acaricié el rostro con desesperación. Tenía náuseas, muchas náuseas, no sentía el cuerpo y estaba segura de que en poco me volvería loca. Llevando mi pecho a mis piernas, como si intentara encontrar aire ahí abajo, respiré lo más que pude, aunque en realidad apenas si lograba inhalar en esa posición. La mano de Louis se posó en mi espalda baja, me tensé inmediatamente,

sintiendo que todo se concentraba en mi corazón. Su mano subía y bajaba, intentando calmarme.

—Vamos a arreglarlo, princesa, lo prometo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —pregunté, sintiendo las lágrimas asomarse a mis ojos.

—Porque vamos a sobrepasar todo esto si estamos juntos y yo pienso quedarme donde estoy —dijo sin apartar su mano de mi espalda. Mi mundo completo se fue al Infierno.

Esto era demasiado para mi sistema. Tan lindo, tan perfecto. Levanté la mirada para contemplarla, quería besarla, desesperadamente.

—Para el auto —le demandé en voz baja.

—¿Por qué?

—¡Solo para!

Asustado se detuvo en la orilla en medio del atolondrado Londres, cerca de Lombard Street. La gente caminaba en la acera, como si nada los afectara. Todo el mundo seguía girando al tiempo que el mío se detenía.

Me di media vuelta, acerqué a mí el rostro de Louis. Lo besé con desesperación. En un principio la sorpresa fue inmediata, no me devolvió el beso. Segundos después, cuando estaba a punto de separarme, sus manos me acercaron a él. Sus labios respondieron a mi beso. Su lengua se apoderó de mi boca mandando mil sensaciones a todo mi cuerpo. La primera tensión se sintió en mi abdomen, esa sensación de excitación, luego en medio de mis piernas. Las apreté un poco calmando la urgencia de ser tocada. Tanto era que lo extrañaba mi cuerpo que la necesidad de tenerlo iba al mil.

Un gruñido salió directo de lo más profundo de Louis, haciendo que mi cuerpo reaccionara aún más, gimiendo un poco me acerqué lo más que pude, teniendo en cuenta que la palanca se interponía en nuestros cuerpos. Unos golpes nos llamaron a la realidad, separándonos un poco, vimos a un policía parado al lado

de Louis. Este intentaba ver dentro del automóvil, el polarizado se lo impedía, pero escapar no era una opción.

—Ah, mierda —susurró Lou. Bajando la ventana, tomó mi mano para enfrentar al señor de cabello blanco y bigote negro—. Buenas tardes, oficial... ¿Lo puedo ayudar en algo?

—Sí, jovencito, sí puede ayudarme. Resulta que está parqueado en medio de la calle... ¿No sé si le enseñaron algo de educación vial antes de darle este coche tan hermoso?

Contuve la risa, realmente era gracioso. Lou frunció el ceño evidentemente molesto por toda esta reacción. El policía sostenía la boleta de multas, listo para proceder. Esto estaba siendo tan épico.

—Licencia de conducir y papeles del auto, por favor. Lou buscó de mala gana los papeles tendiéndoselos al hombre.

—Mi novia estaba a segundos de vomitar, debía evitarlo.

—Su novia ahora se ve muy bien —respondió él.

Solté una carcajada al tiempo que el policía hacía los apuntes correspondientes. Definitivamente teníamos una multa. Esto era demasiado para no reír. Después de este día tan horrible, entre peleas, sangre, besos, lujuria... No quedaba nada más que reír.

—¿De qué te ríes? —dijo Lou conteniéndose él también.

—Esto es demasiado épico, lo siento.

Dándome un beso en los labios, Lou esperó la multa como era debido. No era de extrañarse que el policía se despidiera con el saludo de la élite, después de ver los papeles sabía perfectamente quién era Louis André Montgomery.

Llegamos a casa, no quería entrar y descubrir que tan cabreado estaba Rees. Su motocicleta estaba parqueada fuera, pero la luz de su habitación estaba apagada. Caminé por toda la entrada, Lou tomó mi mano sabiendo que no corríamos ningún riesgo. Platicamos de lo complicado que sería estar juntos. Era realmente imposible ahora, él acababa de dejar a su Agapi, que, por cierto, en

una semana se anunciaría el compromiso. Ahora tocaba cancelar todo.

—Tenemos que esperar —dijo, dándome un beso en la frente.

—¿Esperar? No quiero esperar. Quiero ser tuya y que tú seas mío.

—Sí, princesa, yo también lo quiero. Lamentablemente tú tienes que mandar a la mierda a ese idiota. No soporto ni un día más que sea llamado tu Agapi. Después de que hagas eso, tiene que pasar un tiempo para que estos rompimientos sean más fáciles de aceptar y cuando finalmente te reclame nadie diga absolutamente nada. Es cuestión de tiempo, bebé. Solo un poco de tiempo.

Recostándome en su pecho, suspiré. No iba a mentir, Lou tenía razón. Si queríamos estar juntos debíamos luchar por esto. Primer paso, romper el compromiso con Adam, luego trabajar con mi autoestima, sinceramente muy en el fondo sabía que Adam me arruinó. Profesaba que algo en mi interior se había muerto, Adam deshizo una parte esencial de mí que tenía que recuperar para estar en una nueva relación. Las cosas no pasan de la noche a la mañana, esta es la realidad, al menos es mi realidad.

—Espérame, entonces —le respondí, acercando su rostro al mío. Louis posó su frente en la mía. Nuestras respiraciones calmadas y precisas. En una sincronía abrumadora. Podía sentir cómo nuestros corazones se conectaban.

—Intenta que alguien me quite de tu lado, es imposible ser separados. Al menos por ahora.

Con esas palabras, Lou se despidió, dándome un beso largo que me hizo tener nuevas esperanzas, nuevos sueños. Esta era la vida que quería tener. Una larga y eterna junto a Louis.

Sí, leyeron bien...

Rees Rees

Aún no puedo imaginarme a mi hermana y Lou revolcándose en una cama. La náusea se hizo presente, esto era asqueroso. Mi hermanita, la persona que más cuidado en este mundo se perdió de mi camino. Mucho hacía aceptando a Adam. Alguien que en lo mínimo era de mi agrado. El idiota era de lo peor de la élite y paraba con mi hermana, era para matar a alguien del enojo que ocasionaba toda esta situación. Al menos Louis era alguien en quien yo confiaba y sabía que cuidaría a mi hermana.

Sentándome en la cama vi a Charlotte removerse un poco en las sábanas de mi cama. Estaba desnuda y tan tranquila. Su cabello cobre tapaba la almohada. Sus hombros parecían satín. Se veía increíble. Su respiración lenta me calmaba de toda esta mierda que tenía por dentro, todo este enojo que me consumía. Ella lograba darme paz en un mundo de confusión.

Me gustaría decir que podía amarla, que ella era un todo para mí, pero mi corazón no permitía que nadie lo ocupara, me negaba a amar. Era algo que me asustaba hasta el Infierno. El amor te hace vulnerable en todos los sentidos posibles.

Aunque esta hermosa mujer ocupaba la mitad de mis pensamientos. Me gustaban su actitud y la manera que todo se daba, casual y sin prisa. Eso me atraía muchísimo más. Volví a respirar hondamente.

La forma en la que Lou veía a Holly se manifestaba por impulsos eléctricos... ¿Cómo pudieron hacerme esto? No, borren esa pregunta... ¿Cómo diablos no me di cuenta?

Mi hermana era mi otra mitad, la conocía mejor que a nadie en la existencia del mundo y Louis, mi mejor amigo, mi confidente, me ocultó algo tan grande como esto. También lo conocía como la

palma de mi mano. Simplemente no puedo creerlo. Esto es demasiado. Estaba enojado, muy enojado conmigo, con ellos.

¡Con el maldito mundo!

—¿Estás bien? —Charlotte se restregaba los ojos saliendo de su sueño profundo. Me incliné para besar su frente al tiempo que dejaba que mi enojo se perdiera. Me gustaba dedicarle tiempo. Me gustaba darle toda mi atención cuando estaba con ella.

—No lo sé —admití. Hablar las cosas con ella siempre fue fácil. Nunca parecía ser incorrecto. Una parte de mí sabía que ella se estaba convirtiendo en mi todo, pero, al mismo, tiempo eso era lo que más me asustaba.

—Bebé —dijo, acercándose a mí—, necesitas calmarte. No sabes si ellos realmente quieren estar juntos.

Sus manos rodearon mi cadera atrayéndome a su lado. Su barbilla reposaba en mi hombro mientras mi vista aún estaba perdida en la puerta de la habitación, como si esperara a que alguien entrase y me sorprendiera desnudo en la cama con Charlotte. No es que me importara, nada me importaba realmente. Pero no podía siquiera verla a los ojos, si lo hacía podía ver lo asustado que estaba, no por ellos si no por mí y sentirme excluido. Siempre fuimos los tres. ¿Qué pasaría ahora?

—Sé que Louis la quiere, lo veo en sus ojos. Siempre pensé que era un amor de hermana. Siempre pensé que no era más que una unión de familia. Al parecer me equivoqué y eso es lo que más me enoja. Se supone que los conozco como la palma de mi mano. Se supone que sabía todo de ellos. Ahora resulta que no sé nada.

—Oh, puede que simplemente esto empezara hace poco, quizá ni ellos lo sabían. Sabes cómo son estas cosas. Tu amor por mí no fue a primera vista. No quería contradecirla, esto aún no era amor, pero ya alcanzaba el nivel de cariño para que me importara. En un principio, esto era todo sexo casual. Nada que fuera exagerado o que involucrara sentimientos. Poco a poco accedí en todo esto. Charlotte logró llegar a ese corazón que creía imposible

tener, ella descubrió una parte de mí que desconocía. Maldita sea si no me tenía. Pero jamás lo admitiría. Admitirlo sería caer en algo que aún no quería caer. No quería amar a nadie, salir lastimado era una tortura, incluso, de pensar.

—Qué tal si olvidamos todo esto y abres tus piernas.

—Oh, por Dios, apenas si acabo de levantarme —dijo, colocándose en mejor posición. —Sí, pero esto es lo mejor. Empezar el día de esta forma. Después de que te tenga completamente mojada, gritando mi nombre, te tomaré de espaldas, donde pueda tener acceso a ese increíble trasero que tienes.

Sabía que a Charlotte le encantaba que le hablara sucio. Era algo que a mí también me gustaba hacer. Era uno de los vínculos que hizo que nos uniéramos más de una vez en el sexo. Soltó una risita antes de abrir las piernas y ceder en todo. Esto era lo que necesitaba, no pensar en nada más que en ella.

Al momento de entrar a casa después de una larga sesión en el gimnasio, vi a Holly abrazada del pecho de Louis. Aún no acepto esta mierda, ya han pasado dos semanas y sigo sin aceptarlo. Sabía que mi hermana cortaría todo con Adam en cuanto ese idiota regresara en dos días. Nunca me gustó Adam, era la leche más agria que hubiera probado.

Cuando teníamos 13 años, el maldito prepotente le gritó a una de las chicas de la clase de Holly, como todo buen súper héroe que quería ser en ese entonces, la defendí; demostrándole a mi hermana gemela que yo era su héroe, que no había nadie más en este mundo. Quería que fuéramos ella y yo contra las barreras del espacio. Aún quería ser ese súper héroe que habitaba en mis pensamientos, quería salvarle la vida a mi hermana mayor. Por esa razón, no aceptaba que Louis me quitara mi lugar.

Sueno como un niño, lo sé. Pero mi desesperación por encajar en este mundo era demasiada. Siempre sentí que la élite y yo no

encajábamos. Me gustaban las motos, los deportes extremos, los viajes y las fiestas universitarias.

Los vi separarse al tiempo que Hol se ponía roja como un tomate. Todos en la familia Montgomery/Hamilton estaban conscientes de lo que estaba pasando entre ellos. No intentaban siquiera ocultarlo, no más. Si tuviera una maldita lista de lo que quería para el futuro de mi hermana, estaba seguro de que Lou podía llenar cada aspecto a la perfección. ¿Qué más que tu mejor amigo, tu hermano del alma, se case con tu hermana? Esto era perfecto, hubiera sido perfecto si no me sintiera tan traicionado.

Cálmate, Rees, cálmate.

Era como si me faltara el aire solo de pensarlo. Mi hermanita acostándose con mi mejor amigo. Mierda. ¿Algún día superaría esto? No, no lo creo. Tenía dos semanas sin dirigirles la palabra. Desde el día que estrellé mi puño en su mandíbula. Ni un *hola*, ni un *adiós*. Esto estaba consumiéndome y por las miles de veces que había rogado que lo escuchara, sabía que él también se estaba consumiendo. Louis estaba quebrado por el hecho que había perdido a su mejor amigo.

—Hola, Rees —dijo Holly desde el pasillo—. ¿Cómo te fue en el gimnasio? —gritó como si estuviera a kilómetros de distancia. Era obvio que ella quería que arregláramos las cosas entre Lou y yo. Aún no estaba listo, no podía perdonarlo.

Aún sentía que ambos me ocultaban algo y eso no era bueno. Mientras ellos no me contaran todo lo que debía ser contado, mi actitud sería la misma. La de un niño peleando con otro por culpa de un juguete. Quería decirles que estaba feliz por ellos y les daba mi bendición.

Esa mierda aún no va a pasar.

Ignorándolos a los dos, caminé por el pasillo directo a las gradas de caracol, quería irme a mi habitación y no salir hasta que Lou estuviera en su casa. No quería verlo. Me recordaba lo idiota

que fui al no darme cuenta. Unos pasos se escucharon contra la madera del suelo. Era el sonido de tacones, era Holly, no tenía que girar para corroborarlo. A menos que Louis se esté volviendo travestí y su primer accesorio fueran zapatos altos. Me giré para corroborar que mi amigo siguiera siendo hombre. Así era, Holly era la que corría detrás de mí.

—Hola, pequeña —susurré, tomándola en mis brazos de una manera sobreprotectora. No era su culpa que estuviera enojado con Lou, bueno. en realidad sí era toda su maldita culpa. Decidí no decírselo, no quería que pensara en esto, la haría sentir mal y eso era lo que menos quería.

—No hagas esto. Sabes lo mucho que sufre no hablándote. No puedes portarte como un imbécil todo el tiempo.

—Sí, puedo —dije sin titubeos—. El imbécil se acostó con mi hermana.

—Sí, pero tu hermana — mencionó *hermana* como si se tratase de algo muy específico— se lo permitió.

—Eres una tonta, Hol —dije intentando alejarme de ella antes de decir algo de lo cual me arrepentiría Luego.

—Lo quiero. —Me quedé parado a unos pasos de ella. No podía siquiera dar media vuelta para enfrentarla. Respirando, giré para verla a los ojos. Algún día tenía que enfrentarlo.

—No lo apruebo aun, no cuando sé que hay algo que aún no me dicen. Siento que ambos están ocultando algo. Además, esto es un maldito secreto aún, tú estás con Adam.

—¿Te han dicho que eres posesivo, Rees?

—Bueno... —musité, dándole un beso en la mejilla—, cuido lo que es mío. No esperé respuesta. No quería ninguna respuesta. Caminé hasta mi habitación antes de soltar una carcajada. Lou cada vez estaba más ahuevado que nunca lo perdonaría. Ya lo había perdonado. Tiempo atrás lo perdoné. Pero aún no estaba saltando en un pie por este maldito.

Tomé mi celular una vez que cerré la puerta de mi habitación. Tenía a una pequeña desesperada en la otra línea, escribiendo como loca. Cada vez más me entusiasmaba más la relación con Charlotte. Estaba cayendo en redondo por esta chica. Aun así seguía teniendo miedo. Miedo de no ser el perfecto ejemplo para mi hermana, para mis padres. Temía no ser lo que todos esperaban que fuera... Perfecto.

Un proceso

Holly

Nunca, en toda mi vida me había sentido tan tranquila, era como volver a respirar. Era sentir mi pulso volver a latir. Quizá estar con Louis —tan bien como ahora— era la mejor forma de regresar de la muerte. En el tiempo que estuve con Adam perdí la voluntad, la autoestima, la fuerza de querer seguir viviendo, lo más importante que perdí en el primer golpe, fue a mí. En estas dos semanas, en las que Adam estaba en un viaje en España con su familia, me dediqué a descansar y a olvidarme de todo. Me enfoqué en las cosas que eran buenas, en lo bien que podía estar. Louis se dedicó a enseñarme una vida llena de sorpresas y amor. Por primera vez en meses me sentí sin miedo a que alguien fuera a pegarme.

«Todo es un proceso» decía la psicóloga a la que empecé a ver a escondidas de mamá y papá, Louis me ayudaba con los costos. Aún no estaba lista para decirle lo que pasó con Adam, me aterraba la idea de serle sincera. Lou fue cuidadoso con llevarme hasta ella, explicarme que si quería estar junto a él debía empezar a buscar ayuda. No voy a mentir, hablar de mis miedos con alguien especializado, era increíble. Sabía escucharme y saber que estaba mal conmigo. En otras ocasiones era difícil ver todo lo que hice mal y cómo me dejé caer tan bajo.

Con Louis estábamos intentando hacer esto de la mejor manera, buscando ayuda era la correcta. Quería que esto funcionara entre nosotros, no quería que mis miedos afectaran esto que teníamos.

—Repítelo conmigo —dijo Vein, la psicóloga.

—Valgo demasiado para dejar que alguien me falte el respeto —repetí las palabras como si fueran mi mantra.

En realidad, me parecían algo estúpidas, pero Lou decía que tenía que esforzarme para mejorar rápido antes de que «el idiota» regresara. Sí, claro que Adam se tragaría su propia mierda cuando me viera como una mujer fuerte y mandándolo a freír papas. En estas dos semanas tampoco hablé con él, qué gran relación la que teníamos para no hablarnos y que no nos importara.

—No puedes sentirte débil por un hombre, ni siquiera por el bombón de tu novio —fruncí el ceño. Adam no era un bombón. ¿Qué diablos está hablando? Se supone que queremos olvidarnos de él—. ¡Ups! Todo esto es muy confuso. Me refiero a tu futuro novio, Louis.

—¡Ah! —dije, comprendiendo todo—. Louis me hace sentirme fuerte, no me hace sentir débil. Él tiene valores y me respeta.

—Pero con Adam también te sentías fuerte, invencible en un principio, también tenía valores y viene de una buena familia y luego... ¿Qué pasó, Holly?

Maldita, odiaba que hiciera eso. Me cuestionaba todo, como si reclamarme fuera la mejor forma. ¡Ya lo reconocí, mujer! Es obvio que esto no estaba para nada bien. Asintiendo con la cabeza decidí ignorarla. Ya estaba bien, necesitaba mejorar mi autoestima.

—No puedes ignorarme cuando te toco un tema del que no quieres hablar.

Suspiré de frustración.

—No es eso. Es que ya lo entendí. Sé que mi fortaleza o mi debilidad no tienen que ser por un hombre, debo encontrarla en mí y solo en mí. ¿Así es verdad?

—Eso es correcto, Holly. Tú eres fuerte sin importar qué o quién. Es igual que la felicidad. La encuentras en ti misma.

Hablamos media hora más acerca de lo que requería ser una mujer fuerte y por más que me sintiera cansada de escucharla, me

dije que era lo mejor que podía hacer. Louis y yo necesitábamos esto. Necesitábamos mejorar, al menos yo sí.

Saliendo de la clínica, vi a Louis leyendo un libro de esos de medicina que pesaban una tonelada. Cada vez admiraba más a ese hombre, la manera en la que siempre intentaba ser diferente. Buscar su yo interior, nunca se dejó guiar por la élite, esa maldita élite que en un principio no lo quiso aceptar por tener dos tipos de sangre. La real y la mortal.

No dijimos nada, tampoco tuve que esperar a pagar la cita, Lou se había encargado de eso. Mi vida estaba cambiando, mi vida completa estaba tomando un rumbo más fijo, uno que nunca pensé en tomar. Dos días más para ver a Adam y explicarle que esto se había terminado. Ya había mandado la carta a la élite central para demostrar mi rechazo a la petición de Adam. En un mes exacto sería la fiesta de compromiso, al menos me di cuenta de que esta relación estaba mal antes de dar el sí.

De haber dicho que sí ese día, las cosas se complicarían muchísimo. La élite daba ciertas opciones, unas que no podías romper como mis padres lo hicieron en un pasado. Si tomabas una decisión, tenías que cargarla por el resto de tu vida. Dándole la mano a Louis agradecí tenerlo en mi camino, que me ayudara a salir de este desastre. Siempre era él, desde pequeños, cuidándonos como locos, como hermano mayor. Eran mis dos súper héroes, mi hermano y Lou. Solo que ahora sí tenía a un hermano y a un novio, o futuro novio, como sea... Era mío.

—¿Cómo está Tammy con todo esto? —pregunté a medio camino. No quería preguntar cuando estuviéramos cerca de mamá o papá, mucho menos de Rees.

—No se lo tomó de perlas como era de esperarse, perdió a su Agapi, es lógico. Y su Agapi era increíble, ¡grandioso! No está contenta —lo escuché suspirar antes de apretar mi mano—. Blake fue el que se lo tomó mal, creo que le gustaba la idea de que fuera yo quien se casara con su hija, me siento mal por él. Hace unas

semanas me contó acerca de su plática con Blake, estaba decepcionado, dolido. Claro está que deseaba que ella se casara con él. Pasaron casi dos años juntos, en los cuales había sido ella y nadie más en su vida. Me tomé el estómago sintiendo una puñalada de celos. Ahora era mío, todo mío, aun así, no podía evitar sentir los celos apoderándose de mí. ¡Diablos! Iba a tener que aprender a controlarlos o jamás lograría nada en esta relación, Tammy siempre sería parte de nuestras vidas, también creció como «prima», aunque a ellos nunca los emparentaron con el resto del mundo como a nosotros. Esa era la pequeña diferencia.

—En dos días te liberas de ese maldito —dijo Lou tomando el timón con ambas manos. Hablar de él le enojaba mucho. ¿A quién no? El idiota me había pegado.

Nunca me di cuenta de mi error de aceptación, lo que hacía estaba mal, no lo vi hasta que las citas con la mujer psicóloga avanzaron. Sí, tenía problemas y aún me asustaba cuando alguien levantaba las manos con fuerza, aún me aterraba cuando alguien gritaba también. Nos pasaba mucho, muchísimo a la hora del sexo. Me gustaba fuerte al igual que a Louis, nos gustaba experimentar posiciones nuevas todo el tiempo, eso no implicaba que me asustara de muerte cada vez que algo se salía de control. Lo mejor de todo, él estaba para consolarme.

—Tengo miedo —admití después de pensarlo unos minutos más. Realmente tenía miedo de su reacción. ¿Qué haría al enterarse?

—¿De qué tienes miedo, princesa?

—De que vaya a hacer cuando le diga que esto se acabó. Quizá no le importe, quizá sí. No sé cómo va a reaccionar.

Vi cómo todo el cuerpo de Louis se tensaba, su mandíbula estaba apretada y sus manos tomando con tanta fuerza el volante que los nudillos estaban blancos. Definitivamente no le agradaba. ¿Cómo iba a agradarle si era un idiota que me pego en un pasado? Realmente esta es una de las razones por las que nunca di el

siguiente paso para dejarlo. Era el miedo de lo que fuera a hacer. Esa debe ser la excusa más estúpida, si quería dejarlo solo tenía que hacerlo. Todo estaba en mi cabeza. Era una cobarde, pero no más, había encontrado la fuerza en mí y estaba dispuesta a usarla.

—No te voy a dejar sola, menos con ese imbécil. No, lo siento, tendrás que hacerlo enfrente de mí, ni un beso en la mejilla de despedida, ni un «estos tres años fueron increíbles, te amé, pero no funcionamos» nada de darle explicaciones a ese hijo de puta, no lo soportaría. Vas al grano le dices que a la mierda y ya, todo se acabó.

Fruncí los labios para no morir de la risa. Esto se pasaba de celos, no me sentiría mal por haber sufrido un poco con Tammy, Louis era excesivo con ellos. No podía aguantar más, tapando mi boca, solté la risa contenida en mi interior. Lo lamento, Lou, pero esos celos eran demasiado hermosos.

—Me encantan tus celos —dije y me incliné para besarlo. Lou no apartó la vista de la carretera, aún concentrado en mis palabras.

—No es una maldita broma, Hol, hablo en serio. Lo odio.

—Y yo te quiero —susurré. La tensión retenida fue sustituida por alivio completo. Lou se sentía una vez más seguro de lo que estaba haciendo. Besando su mejilla una vez más, regresé a mi asiento cambiando de tema. No había nada más que discutir. El camino a casa fue corto pero reconfortante.

A la mañana siguiente unos golpes en la puerta llamaron mi atención. Estirándome un poco le grité a quien quiera que estuviera despertándome de mala gana que tenía que esperar, no era una persona matutina y esos malditos golpes estaban sacándome de mi vida.

—¡Ya escuché! —dije, poniéndome de pie, aún restregando mi cara para salir de la pesadez de la mañana. Encontré a Rees con la cara tensa. Frunciendo el ceño, me crucé de brazos esperando una explicación.

—Adam está aquí —dijo sin apartar la vista de mis ojos.

—¿Qué? —Ya escuchaste, se enteró de Lou y tú. ¿No podían ser nada discretos? ¡Mierda! Ni siquiera habías terminado con el hombre. Lo engañaste y eso... ¡Mierda, Hol! Esas cosas no se hacen, está mal y tú lo sabes.

Me quedé viendo la cara de frustración de mi hermano. Nunca lo admitiría, pero estaba dolido hasta la médula por lo que le hizo Charlotte ayer. La única diferencia era que yo no era como ella, que mi hermano lo pensara dolía muchísimo más. Hace unos días los dos estaban bien y de la noche a la mañana, la perra de Charlotte engañó a mi hermano. Que me comparara con ella era demasiado.

—YO. NO. SOY. CHARLOTTE —gruñí enojada.

—No se te ocurra meterla a ella.

Señalándolo unos segundos para que se diera cuenta de lo molesta que estaba, le di tres golpes leves con el dedo en el hombro antes de empezar a hablar, el muy idiota tenía que escucharme.

—No la defiendas y no lo engañé. La situación es muy complicada para que la entiendas pero...

—¿Qué pasa hermanita? ¿Dejar que otro hombre el cual no es tu novio tenga sexo contigo no es engañar? Creí que ese hombre era un imbécil que no te merecía, Hol, te juro que creí que merecías más. Ahora me cuestiono si él te merece a ti.

Sus palabras fueron fuertes, penetrantes, como si mi mundo abandonara su color. Esto era demasiado. Los ojos se me llenaron de lágrimas, lágrimas que me comían el cerebro. Nunca sería capaz de quitarme esas palabras de la cabeza, mi hermano, mi otra mitad sugirió que no era suficiente para Adam. ¡Adam, por el amor de Dios! La persona que me pegaba, que me hacía sentir mal, que me manipulaba, que me torturaba el cerebro. Él, según Rees, él merecía más.

Negando con la cabeza señalé a su habitación. Tenía que ir a enfrentar a Adam, hablar con él. Explicarle la situación y en cierto

punto, pedirle perdón por el engaño. En eso sí tenía razón Rees, no había sido correcto.

—¡Vete!

—Con gusto, no quiero quedarme a ver cómo mi hermana se arrastra a rogar por perdón. Tu reputación llena grandes expectativas ahora, espero no la quiera mantener. Hazte de una puta reputación y esa mierda te persigue por el resto de tu vida. ¡Más en esta puta élite!

Sabía a lo que se refería, pero no tenía absolutamente nada de ánimo para enfrentar a mi hermano. Estaba demasiado molesta con él, me dolían sus palabras. Ahora no podía pensar en eso, no ahora. Debía bajar y mandar al diablo esta relación enfermiza en la que me había metido un año completo. Un año de golpes.

—¡Vete a la mierda, Rees! —le grité para captar su atención.

—No te preocupes, Holly, desde ayer estoy ahí.

Alejándose hasta su habitación lo vi cerrar su puerta de un golpe. Me sentía mal por él, sabía que haber encontrado a su casi novia besando a Mason no había sido un golpe bueno. No cuando por primera vez vi a Rees enamorado, o con las intenciones de ceder su corazón. Caminando de regreso a mi habitación, alcancé mi bata de seda. La vida es mucho más complicada de lo que imaginé. Era una mezcla de sensaciones y solo quería que esto acabara de la mejor manera.

¿Pero qué manera?

No había modo de terminar bien esto.

Enojo

Louis

La vibración de mi teléfono me sacó de mi sueño profundo el cual no recuerdo. Me enoja no poder recordarme las cosas que sueño, dicen que a veces los sueños te dan respuestas que necesitas saber. Ahora me vendría bien eso.

Busqué mi teléfono celular, tocando debajo de la almohada donde normalmente lo colocaba. Finalmente, encontré el móvil, aún vibrando. Me sorprendió ver inmensamente que era Rees. Sabía lo que le había pasado ayer, Holly me contó cómo llegó a casa, molesto. Normalmente, acudiría a mí, pero su maldito enojo y orgullo no lo dejó pensar con claridad y paró en la habitación de su hermana pegando gritos. Tomando el teléfono, contesté al insistente.

—¿Estás bien? —pregunté después del respectivo saludo.

—No lo sé, no sé cómo asimilar las cosas. No somos nada, no teníamos nada formal. Entonces, ¿por qué duele tanto? Se supone era una maldita relación abierta, nada que nos comprometiera. Tú sabes que no quiero formalidad. Me quitarían mi alma libre.

—Quítate esa estupidez de la cabeza, puedes tener un alma libre y estar con alguien al mismo tiempo —respondí, restregándome los ojos.

Lo único bueno de estar despierto a las ocho de la mañana era poder hablar con mi mejor amigo, tenía más de dos semanas sin poder hablarle, dos semanas en las que me ignoró por no haberle dicho lo de Holly. Algún día tendría que pedirle perdón y ambos deberíamos hablar las cosas. No pueden quedar solo así.

—No funciona de ese modo, no sé. Se supone solo éramos amigos con derecho pero... Mira esta mierda, se fue de regalada con otros y ¿yo qué? Se supone que tengo que aceptarlo. ¿Por qué no pudo ser como Tammy? Ella no andaba con otros.

Era fácil responder esa pregunta, una que, incluso, él ya sabía la respuesta. Tammy era la hija de Blake y Blake planeó ese matrimonio desde que nació. No sabía por qué eran tan diferentes Will y Blake, Will tomó el *roll* de papá, lo cual agradecí y Blake tomó la actitud de ser sobreprotector conmigo dentro de la élite, no dejaba que nadie me viera de menos solo porque mi madre no era parte de este mundo, algo que a mí jamás me importó. Vivir bajo las leyes de la élite me daba igual.

—Porque sabes que Blake crio a Tammy para que fuera mía, toda la vida le metieron en su cabecita que tenía que serme fiel a mí y solo a mí. Yo era su destino.

—¿Alguna vez la engañaste a ella con mi hermana? —preguntó pensativo.

—Sí, lo hice —dije, intentando no mentirle nunca más.

—¿Cómo tuviste el valor de hacerlo? —preguntó con una tonalidad más baja de lo que me gustaría escuchar—. Ese sentimiento es muy doloroso. ¿No pensaron en Adam ni en Tammy?

No quería ir allí, no quería hablarle de cómo su hermana me hacía olvidar el resto del mundo, de cómo mi vida dependía de ella y de nadie más, me gustaría que entendiera todo, pero era casi imposible. Hol aún se negaba a que su familia supiera nuestro gran secreto, eso era lo que más me enojaba, sentía como si aún cubriera a ese imbécil. Me enojaba de una manera bárbara todo esto.

—¿Un par de whiskys hoy? —dije como sugerencia—. Creo que te mereces una buena explicación y además necesitas hablar, sé que esto de Charlotte te está consumiendo. Tienes tres meses saliendo con ella, pero ya no sabes cómo manejarte.

—Pero vamos sin mi hermana —aclaró—, no sé cómo explicarle que su hermanito está sufriendo de amor y eso es una mierda.

Solté una carcajada. Sabía que Rees sufría por este amor. Charlotte lo quería, había estado detrás de él durante casi un año,

no fue hasta ahora que Rees realmente la vio. Curioso que ahora todo diera vuelta. Suspiré antes de aceptar la salida, necesitábamos hablar. Después de que mi amigo me hablara de su entrenamiento en el gimnasio y me diera detalles de las carreras que se acercaban y decirle que estaría para él, decidimos que era hora de colgar.

—Debería bajar a ver cómo va Holly, no sé cómo se va a tomar las cosas Adam con toda esta separación. El imbécil se veía demasiado molesto.

Un minuto, ¿qué? ¿Adam? ¿Dónde?

—¿Perdón? —pregunté algo confundido.

—Adam está abajo, se enteró de tu rollo con Holly y se vino directo. Su papá habló ayer con papá por teléfono, Holly no lo sabe aún, pero...

—Mierda, Rees, no la dejes sola baja las malditas escaleras.

—Pero...

No terminé de escuchar a Rees. Tiré el teléfono a la mierda y aún con pantalón de pijama y sin camisa, salí lo más rápido que pude. Necesitaba protegerla. Necesitaba estar ahí para ella. ¡Maldición! ¿Por qué diablos no me llamó? Esto era de suma importancia, le encargué que no lo viera sola. No podía... No... No quería ni pensar en que el hijo de puta fuera a tocarle un pelo. Como lo hiciera, juraba por mi vida que se arrepentiría de toda esta mierda. Lo tendría de rodillas en hielo.

Pasando la piscina, inhalé y exhalé todo lo que pude para no llegar directo a ponerlo en coma. Tenía que ver que todo estuviera bien. Frente a la casa de Holly, no toqué como una persona normal. Entré directo, caminando a la gran sala donde normalmente recibían invitados.

Al abrir la puerta me quedé pálido al ver lo que mis ojos veían. Esto no podía ser cierto. Mis ojos viajaron de Adam a Holly y mi corazón se rompió en fracción de segundos.

Holly

Bajando las escaleras, encontré la entrada de la sala. Mi corazón palpitaba demasiado y sentía que se saldría del pecho. Al pobre condenado solo le faltaba tener alas para salir volando. Varias imágenes de caricaturas de domingo llegaron a mi mente, cuando los dibujos animados caían muertos en una escena dramática, algo así me sentía. Era como un puñal en el corazón. Podía imaginarme tendida en el piso con sangre roja como de vampiro, la lengua de fuera, un par de X en los ojos. Sí, me sentía toda una caricatura.

Abriendo la puerta me quedé quieta al ver a mamá, papá y los señores Lexington, en la esquina de la ventana, estaba Adam, viendo la gran piscina. Su mirada era decaída, como si le hubiéramos dado la peor noticia del mundo. Ese día pude ver a Adam vulnerable, que necesitaba ayuda. Él que no sabía en qué momento su vida se vino abajo.

—Cariño —dijo mamá captando la atención de todos. La mirada de Adam cayó sobre la mía. Sus ojos estaban vacíos y llenos de dolor. Estaba sufriendo. Podía percibirlo. ¡Diablos! Realmente era una muy mala persona.

—Diablos, Hol —susurró papá—. ¿No podías ponerte al menos una sudadera?

—Lo siento —dije avergonzada—, pensé que solo era Adam. Rees no mencionó nada de esto.

—Esto es más serio de lo que te imaginas, Hol —mamá me hizo señas para que me sentara junto a ella—. La familia Lexington quiere una explicación de por qué has decidido romper el compromiso. Están desconcertados.

No podía decirles que su hijo era un total idiota que me faltaba el respeto, eso solo ocasionaría unos problemas mucho más grandes de los que ya tenía. Además, tenía miedo de que no fueran a creerme. ¡De seguro no me creen!

—Ya no me siento de la misma manera, eso es todo... — respondí en lugar de lo que realmente quería decir.

—Rumores dicen que tú y el joven Montgomery tienen una relación desde hace tres meses... ¿Es cierto? —El señor Lexington tiraba las palabras con desprecio, pronunciando cada acusación más marcada que otras.

Levanté la vista para ver a Adam, sus ojos perdidos en los míos, rogando solo con ese gesto que todo fuera falso. Podía verlo quebrarse por dentro. Tomándome el pecho asentí con la cabeza, no aparté la mirada de él, necesitaba que entendiera por qué hacía esto. Nunca fueron tres meses, solo uno y una semana, pero todos en este lugar no tenían que saberlo.

—No fueron tres meses, es algo que recién paso —dije con la necesidad de aclararle a mis padres más que a cualquiera de los demás.

—¡Qué descarado! —grito Lessa—. Esto es muy bajo para su hija, Will. Debiste criarla bien para que no fuera una cualquiera.

Papá levantó la mano para hacerla callar, en un nanosegundo ya estaba con la cara tensa, enojado por el comentario de esa mujer. Conocía que los Lexington tenían una reputación muy digna de elegancia y de valores firmes, algo que nunca entendí cuando su hijo comenzó a pegarme.

—¿Tengo que recordarte con quién te acostabas a los 16? Porque estoy más que seguro que ni a tu hijo, ni a tu marido les interesará saber que abrías las piernas con toda facilidad. Incluso mentías cuando uno no quería estar contigo —volteando a ver a mamá dijo con una risa—. ¿Te acuerdas cuando inventó que yo y...?

—Ya entendimos —dijo molesta—, y eso no es verdad, William. Madura.

—Lo siento, Less, pero eso es algo que no he podido hacer. Madurar no está en mis raíces. Además, estoy demasiado viejo para madurar.

—Demasiado bueno para volverte viejo, cariño —dijo mamá colgándose de su brazo.

Vi a Lessa poner los ojos en blanco sabiendo exactamente lo que pensaba. Tiene que tener en la cabeza toda la miel que mis padres manejan siempre. Soltando un suspiro, me acerqué a Adam. Desde que entré a este lugar él no había dicho ni una palabra, podía ver en sus ojos el sufrimiento que le causaba esta situación, el daño que le había hecho. Pero ¡por Dios! Él me había engañado con Andria un par de buenas veces, sin mencionar que me levantaba la mano, golpeaba fuerte, gritaba y faltaba el respeto de todas las maneras posibles. Era un grandísimo imbécil que necesitaba ayuda. Nunca fue capaz de pedirla, nunca, ni una vez, ni siquiera por mí.

—Tú sabes muy bien porque no va a funcionar esto —importándome poco que mamá y papá estuvieran en la parte trasera, escuchando todo—. Tienes problemas graves que tienes que resolver. Habla con tus padres, pídeles ayuda.

—¿De qué diablos está hablando? —preguntó el señor Lexington.

—No tengo ni la menor idea —respondió Adam acercándose a mí. En su mirada podía distinguir que estaba empezando a enojarse. Era obvio, no le gustaba que dijera todo esto frente a ellos.

—Si sabes de lo que estoy hablando —dando media vuelta me enfrenté a sus padres. Tenían que saber la verdad—. Su hijo ha estado un tanto violento.

Nunca en mi vida había estado hablando tan en serio como hoy, en lugar de ver la preocupación en los ojos de todos, vi burla, sonrisas y en menos de lo que pensé, todos estaban soltando una carcajada. No podía creerlo. ¿Qué? ¿Acaso conté un chiste?

—Adam es un chico con muchos valores, señorita. No puedo creer que insinúes que te ha faltado el respeto de alguna manera. Si quieres ocultar tu mal comportamiento y tu facilidad para ir de

hombre en hombre, solo tenías que mandar la carta y decir que te habías vuelto puta.

—¿Qué?! —el grito de papá me sorprendió, pero lo que me dejó estática con la boca abierta fue la reacción de mamá. La vi lanzar su palma a la cara de Lessa. Esto no era nada bueno. Un momento de silencio invadió todo el lugar. Nadie dijo nada, nadie se movió, incluso, la mosca que pasaba volando se detuvo a medio camino. ¡Dios! Esto se salió de control.

—Los tres —papá señaló a la puerta—. Fuera de mi casa... ¡Ahora! No solo las palabras vulgares, sino porque ahora temo que realmente le hubieran hecho algo a mi hija de lo cual tomaré medidas.

Los Lexington, sin decir absolutamente nada, se pusieron de pie caminando a la puerta. Adam se detuvo unos segundos cerca de mí. Sus ojos me recorrieron un segundo antes de arrojarse al suelo, envolver sus manos en mis caderas y tirarse a llorar.

Su cabeza descansaba en mi estómago, sus brazos subían y bajaban mientras su cuerpo convulsionaba de tanto sollozo. Instintivamente llevé mis manos a su cabello, haciéndolo reposar en ellas.

—No me hagas esto, bebé, no me dejes. Por favor, no me dejes, sabes que te necesito, sabes que no sé vivir sin ti. Bebé —sorbiendo las lágrimas me agarró con más fuerza—, te amo. Lo siento tanto.

—No hagas esto, por favor —una parte de mí lo odiaba, pero otra muy grande lo estimaba bastante. Lo había querido durante tres años, tres años en los que creí amarlo con desesperación, donde no creí que mi mundo pudiera girar sin él. Pero me di cuenta de que después de lo que sentía por Lou, él era solo una ilusión.

Con Adam no sentía las contracciones de emoción al verlo cómo lo hacía con Louis, tampoco sentía mi mundo girar y parar al mismo tiempo, tampoco cómo todo cobraba vida. Lou era capaz de hacer que mi vida dependiera y no dependiera de él. Adam me

volvía débil, Lou me volvía fuerte. No podía estar con él, no podía regresar a algo que no era bueno para mí. Aun así sentía debilidad por él.

—No, hermosa, escúchame, la he cagado, tú también, pero eso no quiere decir que no luchemos por este amor —poniéndose de pie tomó mi rostro con las dos manos. Plantando sus labios en los míos me dejó sin palabras. No respondí al beso que intentó mezclar, no abrí los labios para darle acceso. No podía hacer esto, mucho menos darle falsas esperanzas. Lo empujé lo más que pude.

Un gruñido captó nuestra atención. Louis estaba parado en la puerta cerca de mamá. Sus pantalones de pijama negros colgaban de sus caderas, su pecho agitado y la falta de camisa me tenían hipnotizada que no pensé en lo que acababa de pasar. Sonriendo de oreja a oreja estaba a segundos de empezar a caminar a sus brazos, como una posesa. Adam me frenó, acercándose a él.

—No te pertenece, es mía —dijo con un hilo de pánico en su voz. Lou no dejaba de verme con la boca descolocada de su lugar.

—Lou —susurré cuando el pánico se apoderó de mí. Su cara se veía traicionada, dolida, llena de pánico. Negó con la cabeza antes de salir de la habitación. No me di cuenta en qué momento empecé a correr, los brazos de Adam me rodearon para evitar que lo siguiera, pero dándole una patada en los testículos fue suficiente para alejarlo.

—¡Déjame tranquila! ¡NO TE PERTENEZCO, IDIOTA!

Antes de que alguien más me detuviera, vi a Lou caminar a la habitación de Rees. La cabeza baja y los hombros tensos. Lo alcancé en una fracción de segundos. Lo tomé de los hombros escalando arriba de él. Tomé su cara y lo besé demostrando que estos labios le pertenecían. Yo le pertenecía. ¡Dios mío, amaba todo de él! Desde la vena más profunda de mí ser.

—Yo te pertenezco —dije antes de empezar a rogar.

—Y yo a ti, princesa. Pero ahora solo necesito un poco de espacio. Solo deja que me calme antes de que regrese a romperle la cara a ese imbécil.

—No me dejes. No así.

—Por favor, Hol. Dame espacio. Lo vi todo para entender que no querías besarlo. Aun así duele como el Infierno que lo hiciera él. Déjame un momento de paz, de tranquilidad. Te lo ruego, Hol.

Bajándome de sus caderas. Me quedé parada, viéndolo alejarse por el pasillo camino a la habitación de Rees. Tenía que darle lo que me pedía. Maldito Adam... ¿Qué? ¿Acaso siempre va a joder mi vida?

¿Cuál calma?

Louis

Veinte segundos, solo veinte fueron suficientes para ver todo lo que estaba pasando. Sabía que Holly no quería besarlo, lo podía ver a la perfección. La manera en la que me besaba a mí y a nadie más, ese sentimiento tan puro. Veinte segundos para que mi corazón se partiera. En un pasado ver a Adam besar a Holly era de lo más normal, nunca pensé estar parado en la habitación de mi mejor amigo, rogando que este sentimiento tan mierda se me pasara. Sus labios sobre ella eran tan... Tan asquerosos. Las películas de terror no eran nada a la par de lo que había sentido en ese momento. Estrellé mi puño contra la pared una vez más, el dolor se extendió por todo mi brazo, pero ni siquiera eso era suficiente para aplacar lo que mi corazón sentía. ¡Pero qué imbécil!

—Esa mano se te va a hinchar como globo de agua, tienes que calmarte.

—¿Calmarme? —dije negando con la cabeza—. Ese imbécil se merece que lo arrastre por todo Londres.

—Bueno, si lo piensas de este modo —dijo Rees sentándose en la cama—. Se siente traicionado, su prometida lo engañó.

—¡Ni se te ocurra, Rees! Aún no entiendes todo, me encantaría que lo entendieras, pero no es tiempo. Tu hermana... Ella tiene secretos que no son mi historia que contar, ella te dirá todo a su tiempo.

Rees soltó el aire de sus pulmones, poniéndose de pie, sus manos a los lados apretando y soltando el agarre, ese gesto solo lo hace cuando está molesto, por su expresión podía decir que lo estaba. Era lógico, le ocultábamos aún cosas y él odiaba los secretos.

—¿Cómo diablos quieres que te perdone si aún me ocultan mierdas? —dijo, intentando calmarse.

—Lo sé —dije y me acerqué a él—, prometo decirlo pronto, hablaré con ella, ya es tiempo de hablarlo.

—Esto es ilógico, es mi hermanita, no pueden ocultarme cosas si le afectan.

—Lo sé —dije para darle la razón absoluta—, pero muchas veces la verdad nos vuelve locos, dale tiempo.

—Como sea, me pondré una camisa y saldremos a ese bar que tanto me gusta.

—¿El irlandés? —pregunté antes de que se cerrara la puerta del baño.

—Sí, ese. Quiero una buena cerveza.

Asentí con la cabeza, caminando al espejo de Rees me observé que aún estaba con ropa de dormir, caminando a su guardarropa, saqué unos vaqueros y una camisa blanca pegada en cuello. V, busqué entre sus cosas unos zapatos y un *hoodie*. Era bueno que la ropa de Rees me quedara, no perfecta, pero si se ajustaba bien. No me bañé, así de sucio. Normalmente, jamás saldría de casa sin darme un buen baño, pero por hoy no me importaba nada.

Dos horas después, como era de esperarse con Rees, salimos de casa. Fue una pelea casi de veinte minutos con el transporte. Él quería usar la moto, yo odio esa cosa, por lo que me negué rotundamente a ir en dos ruedas, además... ¿Cómo nos veríamos los dos abrazados? Si llevara alguna chica sería distinto... ¿Pero a mí? ¡Ni loco!

Llegamos a Buckler, un bar irlandés poco exclusivo, cualquier persona podía venir, por lo menos nadie de la élite lo que era bueno. El lugar estaba decorado con sus sillas altas de madera, las mesas llenas de botellas de cerveza. El área de los sillones bajos estaba llena de parejas y grupos de amigos. A Rees le gustaba venir

aquí por alguna extraña razón, a mí me desesperaría en menos de lo que pensé. El humo de cigarrillo era excesivo, algún día todas estas personas pararían muertas de cáncer de pulmón. Sentándonos en la barra frente al chico de cabello rubio que servía cada cerveza con una rapidez impresionante. Este destapó dos McFarland colocándolas enfrente, eran las favoritas de Rees, curioso que él ya lo supiera. Mi querido amigo debe venir más seguido de lo que pensé.

Levantando mi botella la choqué contra la de él. El sonido que emitieron los dos pedazos de vidrio fueron suficiente para que comprendiera que Rees me había perdonado, no del todo, pero una parte de él sí. No podíamos estar enojados toda una vida, éramos como hermanos. Compañeros del alma.

—Aún no cantes victoria —dijo Rees dando un sorbo largo—. No estás perdonado aún. Así que quita esa maldita sonrisa de tu cara. Ni me había dado cuenta de que estaba sonriendo. Encogiéndome de hombros, aún con la sonrisa en el rostro, tomé una de las manillas que don rubio había colocado para nosotros.

—No pretendo que me perdones aún. Quiero que lo platiquemos antes.

—Es lo justo —respondió.

Sin más, empecé a contarle cómo había empezado todo, claro que evité los detalles de lo que hacía Adam. Esa era la historia de ella, ella debía contarla, no yo. Profundizando en cómo su hermana se había metido dentro de mi piel, le conté cómo deseaba protegerla, cuidarla. Le conté cómo la besé la primera vez, sintiendo todo de ella. No pensaba en Rees como su hermano, le estaba hablando como el mejor amigo que era, él me escuchó, no dijo nada ni sacó a su hermano endemoniado a pasear. Se portó a la altura... ¡Punto extra para mí!

—Es adictiva, siento que no puedo parar...

—Okey... Ya —dijo Rees levantando la mano—. Entendí que es adictiva, solo no me des detalles del sexo, eso no puedo soportarlo. Sigue siendo mi hermanita.

—Ella es mayor que tú —dije, conteniendo la risa.

—No empieces, Lou, aún no estás perdonado.

Los dos soltamos una carcajada, metiéndonos más cerveza en el cuerpo. Este hombre era más que mi mejor amigo, era mi hermano, mi futuro cuñado. Realmente quería este futuro con Holly, más que un futuro, necesitaba tenerla para verla crecer en mis brazos, necesitaba hacerla feliz.

Empinándome la cerveza, vi cómo una chica en la barra nos observaba. Su cabello color cobre, tatuajes en el cuerpo y una mirada intensa era bastante... Extraño. Le sonreí a la chica que nos devolvió la sonrisa antes de seguir en sus quehaceres.

—Lou —dijo Rees después de la octava cerveza, nuestras cabezas ya estaban pesadas y de seguro ya en poco tiempo iríamos a casa. Quería ver a Holly desesperadamente—, tienes mi bendición. Mi hermana te merece. Siempre lo hizo.

Dándole un abrazo, me sumergí en la idea que Rees estaba aceptando mi relación con Holly. ¡Maldita sea! Qué bien se sentía. Era un maldito alivio después de un momento de caos.

—Gracias, hermano —dije antes de caminar a la salida.

Al llegar a la mansión Hamilton, no tuve que explicarle a Rees que no iría con él a su habitación como sería costumbre. Sin decir más que un feliz noche, toqué la puerta de Holly. Esperé, esperé y esperé a que abriera. Restregándose los ojos abrió la puerta, alegando algo entre dientes. La había despertado y eso se sentía tan bien, cuando sus ojos se chocaron con los míos, sentí lo bueno de estar juntos, lo bueno que éramos.

Ella dejó de alegar sus palabras incoherentes, podía ver que había llorado un poco. Quizá estaba asustada que me enojara con ella, no le hablé en todo este tiempo, tampoco me comuniqué y ella

me dio el espacio que le pedí. Soltando un suspiro largo, me sentí en casa.

Holly no perdió el tiempo, se colgó de mi cuello. Enrollando sus piernas en mi cadera, la necesitaba, la quería. Cerrando la puerta con llave, dejé que me llenara de besos. Tirándola a la cama, no esperé a dar explicaciones, la quería desnuda y mía.

Quería demostrarle que ella no era de nadie más, que me pertenecía, quería borrar los besos de Adam, las caricias que algún día le dio. ¡Maldición! Si pudiera marcarla como los perros lo hacían, orinaría encima de ella para dejar mi aroma si era necesario.

—Tengo la bendición de tu hermano, ahora quiero aprovechar esa maldita aprobación para que seas mía.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Mía, Hol, mía. Tu hermano aprueba lo nuestro.

—¡Oh, Dios! ¡No te lo creo! —Hol estaba dando saltitos en mi regazo que no ayudaban en nada mi excitación, al contrario, me ponían mucho más excitado. ¡Mierda!

Holly sonrió elevando las manos, de un tirón le quité el camisón de seda que tenía puesto, su piel se veía suave, tan hermosa. Bajando sus braguitas ya húmedas por mis insistentes besos y caricias. Me recosté en ella tocando lugares de su cuerpo que sabía exactamente lo que provocarían. Me gustaba la manera en la que reaccionaba ante mí.

—¡Dios mío, Louis! —escuchar sus súplicas eran lo que necesitaba. Me tenían en otro nivel—. ¡Por favor! —volvió a suplicar.

Una y otra y otra vez le di contra su cama. Envolviéndonos en un mar de sensaciones. Tenía que contenerme, pensar en muchas cosas más para no parar terminando antes de que Holly pudiera liberarse. Tocándola en pequeños circulitos, la hice gritar y gemir más de la cuenta.

¡Cientos de puntos para estos gritos!

Cuando su cuerpo convulsionó rogando su liberación, colapsando junto a ella, inhalé su aroma. Estaba inmóvil, estático. Placer, lujuria. ¡Dios! Amaba tener sexo con esta mujer, perdía todo el control de mi vida.

—Holly —dije mientras levantaba su barbilla—. Te amo.

—¿Qué? —dijo. Me miró a los ojos.

—Te amo, princesa.

—Infinito —dijo, dándome un beso. Pero eso no era suficiente.

—¿Me amas? —pregunté y sentí de nuevo la necesidad de ella.

—Sí —dijo sin más. No, no era suficiente.

—Necesito que lo digas, Hol, quiero escucharte decirlo.

—Te amo, Lou. Más de lo que te imaginas.

Su sonrisa se extendió. Sabía que estaba acabado por ella, loco en todos los sentidos. Nunca en mi vida me había sentido de este modo, nunca. Llevándola hasta mi pecho, la besé en la frente. No sé cuánto tiempo pasó para que nos quedáramos dormidos. Al día siguiente despertamos listos para empezar una vida juntos, una de la manera correcta. Ella ya no era mi secreto, era mi maldita realidad

Holly

No había dado tiempo para que las heridas sanaran, no las externas, las internas que dejó Adam. Esas que nunca dejé que cicatrizaran después de estar rotas. Mi confianza, mi valentía, mi autoestima, pero sobre todo mi esperanza. Adam se encargó de destruirme hasta cierto punto, era tan ingenua que las señales fueron ignoradas. Hace más de tres años era una mujer fuerte, independiente, con la valentía de mil hombres —según mi madre—

y ahora estoy aquí, tirada en los brazos de Beth para calmar mi llanto.

Hace cuatro días que terminé con Adam, cuatro días donde Lou no me ocultó, donde todos en la élite eran conscientes de esta nueva relación. Cuatro días de recibir mensajes de Adam, rogando que regresara con él. Mi vulnerabilidad, esa que no me dejaba tranquila, rogaba que le escribiera para ver si al menos estaba bien. Tenía que preguntarle cómo lo estaba tomando, no podía venir de la noche a la mañana y dejarlo. Adam tenía problemas, alguien tenía que ayudarlo, sacarlo de ese sentimiento que lo mataba poco a poco, eso que lo incitaba a pegarme.

Un día hace mucho tiempo, cuando estos ataques empezaron, le prometí encontrar la razón, le prometí que trabajaríamos juntos, que saldríamos adelante. Ahora estaba rogándoles a todos los santos que él estuviera bien. Beth decía que no lo había tomado de perlas, que estaba tomando de más. Él estaba quebrado mientras yo pasaba el mejor tiempo de mi vida.

Louis era atento, dulce, un auténtico hombre que me protegía, me cuidaba. ¡Dios! Si tan solo supiera él lo que provocaba en mí. Me sentía libre, feliz... ¿Acaso eso era malo? Tenía más de un año de sentirme abandonada, impotente con cada golpe que Adam me daba, con cada grito, con cada mala mirada, eso era suficiente para que mi alma se perdiera.

Me gustaría decir que soy de las chicas que supera todo rápido, esas que de un momento a otro están felices con alguien más. De esas que les importa poco la vida. Pero no era así, tenía que aprender a lidiar con ello.

—Bueno, ya está —dijo Beth y secó mis últimas lágrimas. De todas las personas en esta maldita élite, ella era la que me escuchaba, me quería, quizá mi única amiga verdadera—. Ya lloraste, ahora recupérate, necesitas pensar positivo. Ya sabemos que él necesita ayuda, te lo vengo diciendo desde que esto empezó, ahora ya no es tu problema.

—Beth —dije, sentándome recta—, es mi maldito problema... ¿De quién más va a ser? Louis insiste en que le digamos a mis padres y a Rees, que hable con los Lexington. —Negué con la cabeza.

Era estúpido. Louis creía que era lo correcto, por otra parte, yo creía que lo mejor era ignorar todo. ¡Quiero olvidar! No escarbar en lo que lo ocasionó. Ya que se entera una persona y los chismes viajarán a mil por hora, no quiero ni pensar lo que dirán de mí.

Mi teléfono vibró sacándome de mis pensamientos. Buscándolo, encontré dos mensajes de Louis. Sonreí ignorando todos los malos pensamientos que se formaban en mi cabeza.

Butter: Eh, Nutella. Espero que la estés pasando de lo mejor en tu tarde de chicas.

Butter: ¿No piensas contestarme? =(te extraño, solo quería saber de ti, princesa. Nos vemos a la noche.

Ahí está, la sonrisa que sacaba a relucir cuando escuchaba hablar de Louis, esa que nadie quitaba de mi cara en horas. Lo que un mensaje podía hacer con mi vida, más si estaba quejándose y haciendo pucheros. Podía imaginármelo, bajando su labio inferior como gatito. Tan vulnerable, tan perfecto.

Yo: a las 7, no tardes. No puedo soportar más sin darte un beso.

Butter: mmm..., esos labios que saben a caramelo.

Solté una carcajada, porque cada vez que él quería comparar mis besos con algo, los comparaba con comida, cosas dulces y empalagosas. Lo peor es que cada vez que lo hacía, yo paraba con antojos. Ahora mismo, quiero una crepa de caramelo.

Yo: Te odio =(lo hiciste de nuevo.

Butter: No, no lo hice. Cuando regreses a casa, tengo cuatro crepas con caramelo llamando tu nombre, lo único que tienes que hacer es regresar a mí, princesa.

Yo: Llego en veinte.

Butter: Estaré esperando.

Poniéndome de pie, le di una mirada a Beth. No tenía que explicarle nada, estaba acostumbrada. Cuando se trataba de Louis, mi mente se iba al carajo. Nada ni nadie podría detenerme, solo de pensar en Lou con crepas de caramelo quería comérmelo entero y no me refería a las crepas.

Quizá esté mal, quizá debería hablarle a Louis de todos los mensajes amenazantes que Adam me mandaba. Esto no era normal, no quería verlo como tampoco quería seguir con esto. Quizá lo mejor era ignorar todo. Sí, definitivamente esa era la mejor opción que tenía. Dejarlo pasar.

¿Pero cómo ignorar algo que te afecta en todos los sentidos?

No tengo ni idea, pero solo me quedaba intentar.

Leila

Holly

Los días pasaron como supongo debían pasar. Los rumores de nosotros se corrieron en toda la élite en menos de lo que pensaba, la gente ya estaba hablando de mí. Era de esperarse, Rees lo había dicho, mi reputación se iba a jugar sucio. Quizá si les hubiera explicado, o si la gente supiera que Adam me pegaba, todo sería más fácil. La gente juzga sin saber los verdaderos trasfondos, criticamos por la gordura de alguien, criticamos si alguien es flaco como un palo, criticamos el mal genio y las lágrimas de otros, criticamos todo sin saber el trasfondo de las situaciones. Estaba cansada de eso y esperaba no ser como todas las personas que critican sin saber. Quizá hace algún tiempo fui así, pero no más, no podía ser esa chica.

Acomodé mi cabello, observando cómo caían las ondas de mi cabello. Hace poco le agregué unas mechas rubias bastante bonitas. Dicen que cuando haces un cambio grande en tu vida, te cortas el cabello o te lo pintas.

Se acercaba el desfile de verano y este no podía perderselo, el mes pasado fue todo un fracaso gracias a Adam, pero este mes no había excusa. Podría lucir increíble gracias al duro entrenamiento que Louis hacía todas las mañanas, por querer estar junto a él, me levantaba a correr y a ejercitarme como loca. Rees parecía estar mejor con la decisión de Louis como mi pareja. Aún no entregábamos ninguna carta a la élite, no era para exagerar, necesitábamos tiempo para conocernos por más enamorados que estuviéramos. Tiempo, todo era a base de tiempo.

Me alisé el vestido blanco de encaje que me puse para la ocasión, amaba ir a las fiestas que daba el comité de élite, eran elegantes, perfectas para lucir formal sin exagerar. El vestido era pegado sin tirantes, caía por todo mi cuerpo hasta llegar a mis

tobillos, los zapatos de tacón de aguja eran brillantes, unas perlas sencillas adornaban mis orejas y en conjunto una pulsera en mi muñeca derecha.

Me retoqué el crayón de labios y di una última mirada a mi aspecto. Me encantaba. Esta sería nuestra primera aparición en público con Louis como mi pareja, estaba nerviosa, ya sabía lo que decían y, la verdad, no me importaba.

Tomé mi cartera a juego con los zapatos, era un conjunto lindo. Estaba orgullosa de cómo me veía, me sentía linda, hace mucho que no lograba verme en ese espejo y sonreírle, esta vez me sentía segura. Nadie podía bajarme de la bendita nube a la que me había subido, era como estar volando, una estupidez así.

—¡Santa mierda! —mi hermano negaba con la cabeza, viéndome de arriba para abajo, observé que Lou estaba concentrado en un juego en su dispositivo, interesante, ni siquiera se fijó en mí hasta que Rees habló.

—Esa boca... ¡Mierda! —dijo, viéndome finalmente. Esa sensación cuando te tomas tu tiempo de arreglarte, sentirte linda y que tu pareja te lo asegure es simple y sencillamente increíble.

—¿Qué decías de la boca? —pregunté de regreso.

—No es justo, no sabía que mi mujer iba a bajar viéndose como una maldita princesa de hielo o algo parecido —dijo, acercándose a su cuerpo para besar la coronilla de mi cabeza—. Te ves preciosa.

Aspiré el aroma que desprendía de él; menta con algún otro ingrediente cítrico, bastante rico. Louis levantó mi cara con su dedo pulgar, obligándome a que lo viera, sus ojos se engancharon con los míos y, en menos de lo que pensé, estaba besándolo. Un beso suave y delicioso.

—No quiero mandar a la mierda el lindo maquillaje, princesa, por lo que no te besaré más que esto.

No quise argumentar, tenía razón, si lo besaba iba a mancharme la cara entera. Dándole la mano, caminamos a la salida

donde estaba el automóvil de Lou y la moto de Rees. Los dos iban vestidos con trajes formales, saco y camisa negra, la única diferencia era que Lou tenía colocada la camisa a la perfección y Rees no.

—No —dijo Lou viendo a Rees a los ojos—, si piensas tomar, no.

—No voy a tomar tanto. Pero quiero ir en mi moto, sabes lo mucho que disfruto de ella.

A Lou siempre le aterraba la moto de mi hermano, por mi parte me daba igual, Rees sabía manejarla como un profesional. Nada de qué asustarse, era bueno, siempre tenía el control. Desde los 14 que practica motocrós y es su mayor vicio, más que las mujeres. Dándole un beso en la mejilla a Lou lo llevé de regreso al vehículo despidiendo a mi hermano.

—¡Nos vemos en la fiesta, Re!

Subiéndonos al deportivo de Lou, vi cómo mi novio veía a mi hermano alejarse, con el ceño fruncido arrancó el auto. Podía sentir que estaba tenso, algo le molestaba. Tomando su mano, empecé a trazar pequeños círculos en su palma de la mano al tiempo que tarareaba la canción que salía del altavoz. Poco a poco se relajó y condujo con más tranquilidad al gran salón de élite. Vi cómo todo su cuerpo encontraba la tranquilidad al ver la moto de mi hermano parqueada en las afueras, realmente se preocupaba por él, eso era lindo.

Siempre había sido Adam contra estas dos bestias, pero ahora podía sentir lo que era que tu novio fuera aceptado por tu familia, era la mejor sensación del mundo, felicidad pura.

—No puedo esperar a que me quites el vestido —susurré a su oído. Lou me dio esa mirada de sorpresa donde sus ojos grises se abren demasiado.

—¡Eres una pequeña caliente! —agregó, dándome un beso en los labios—. Quizá no te lo quite hasta la segunda ronda.

Oh. Por. Dios. Necesito que alguien me quite la imagen de Lou tomándome con fuerzas contra la pared, el vestido arremangado a la cintura, y nuestros eternos jadeos inundando todo el lugar. Esto era demasiado sexi.

—Delicioso, quiero que me des lo más duro y profundo que puedas.

—¡Mierda! —dijo Louis, acercando mi boca a la de él—. Me encanta cuando me hablas sucio, pequeña.

—Solo recuerda —dije, tentándolo un poco—, con la misma boca que te beso, con la misma te la chupo.

Aguantando la risa, caminé a la entrada de la puerta principal. Lou no se movió de lugar, estaba demasiado sorprendido. Cuando logró reaccionar, llegó corriendo a mi lado. Tomados de la mano, me llevó directo al gran salón.

Estaba adornado con colores cristal, dorado y negro, parecía un cuento oscuro. Caminamos a la mesa donde ya estaba mi hermano con varios amigos de Lou, no eran con los que estaba acostumbrada a estar, mis amigos estaban al otro lado del salón con Adam. No podía ir con ellos ni loca.

—¿Quieres que te traiga algo de beber? —preguntó Lou a mi oído. Me gustaban sus atenciones más de lo que deberían gustarme.

—Un Sour Apple Martini —contesté, sonriendo de oreja a oreja. Lou asintió antes de salir camino a la barra.

Las amigas de los chicos susurraban de cómo se comportaba Louis, era toda una novedad que estuviera tan atento. En cierto momento, Tammy llegó a la mesa, iba sola con un vestido impresionante, la chica se veía linda. Intenté que no me intimidara y al cabo del tiempo, me acoplé a ella. Al sexto Martini, mi necesidad de ir al baño me llamaba como loca. ¡Necesito usarlo con urgencia!

—Regreso pronto, tu novia está a punto de hacerse pipí frente a tus amigos —dije y besé sus labios.

—No tardes, pequeña —susurré antes de regresar a su plática con Rees.

No quise interrumpir más, estaban metidos en una conversación bastante «importante». Hablaban acerca de un nuevo modelo de dispositivo que saldría en dos semanas, una tecnología mucho más innovadora. Yo ya estaba aburrida de querer tener el mejor teléfono celular, siempre querían más. Para ser sincera, yo era feliz con mi teléfono, sacaba llamadas, recibía mensajes, tenía mis redes sociales y una excelente cámara. No necesitaba nada más.

Saludé a un par de personas en mi camino al baño, no quería detenerme a saludar a nadie, pero la educación iba antes que la necesidad. Para mi pésima suerte, al llegar, había tres personas adelante de mí. Odiaba que este lugar solo tuviera dos retretes, con la cantidad de personas que asistían a este tipo de fiestas, ya hubieran ampliado esta área, sin mencionar que las mujeres nos tardamos años dentro del baño haciendo solo Dios sabe qué. Considero que la mitad de nosotras, sentadas en la taza revisamos todas las redes sociales y contestamos mensajes demorando el proceso mil veces más.

Quince minutos más tarde, finalmente, logré entrar, tardándome lo menos posible, corregí mi maquillaje y apliqué un poco más de *lipstick*. Me gustaba mi aspecto, aún seguía con el pelo impecable a pesar de las tres horas que teníamos en esta fiesta. Quería regresar rápido para bailar un poco más con Louis, era nuestro momento íntimo; cómo nuestros cuerpos se comunicaban sin palabras, perfectos en todos los sentidos.

Regresé por el pasillo y me encontré a Adam recostado en la pared, la cabeza caída, los ojos rojos —supongo que el alcohol tenía que ver con eso—, los brazos cruzados y un pie recostado en la pared. Iba a ignorarlo, pero la mirada melancólica en su cara me hizo detenerme. Adam estaba a segundos de ponerse a llorar.

—No sería correcto pedirte cinco minutos, pero los necesito. ¿Podemos hablar? —la voz de Adam estaba rota. Mi mayor temor era este, él me necesitaba y yo lo dejé. ¡Dios, lo dejé! ¿Pero en qué estaba pensando?

—¿Salimos? —pregunté, señalando la puerta principal.

—No quiero que estés sola conmigo, bebé, prefiero estar aquí, cerca de la gente —mi corazón se encogió, sabía cuál era su problema, podía controlarlo de ser necesario.

—No, vamos —dije, tomando su mano. Sacándolo de la casa, me senté en una banquita que estaba a tres pasos de la puerta, era una banca vieja de madera. Adam se quedó de pie, viéndome con esos ojos rojos, definitivamente había bebido de más.

Nos quedamos así durante un momento, diciendo mil cosas con la mirada, cosas que nunca dijimos, cosas que debimos decir. Me sentí muy mal por haberlo dejado, en un pasado le había tenido cariño, ahora sabía que nuestra relación era más por costumbre que por amor, aun así, no podía abandonarlo.

—Creo que debes de hablar esto con tus padres, sabes que necesitas ayuda. Tienes que contarles, Ads —dije captando su atención—. Algún día va a ser peor, puedes perder el control con otra persona, parar en la cárcel y no quiero eso, tú no quieres eso. Tienes que luchar.

—Solo no encuentro las palabras cuando estoy con ellos, reconocer que tengo problemas de personalidad es desquiciado, bebé. Me aterra.

Hace poco investigamos con Adam acerca de lo que podría estar pasando. Yo le había prometido estar ahí para él y nunca buscamos una solución en conjunto hasta ese momento. Después de que Louis se enterara de que me pegaba y lo amenazara con partirle la cara, buscamos una razón para lo que sucedía. Yo siempre creí que podría ser un trastorno de personalidad, por el contrario, Adam siempre insistió en que era mi carácter lo que lo provocaba. Pero llegamos a la conclusión de que nosotros jamás

podríamos cambiarlo ni remediarlo. Incluso, lo intentamos al inicio, después Adam insistió en que era mejor dejarlo ir, que pronto pasaría. Yo le creí y una vez más todo se está saliendo de control.

—Tu madre entenderá.

—No seas estúpida, Hol, ella no entenderá. ¿No sabes que es ser imperfecto ante mis padres? Ellos trabajaron su culo para que fuera el mejor partido que la élite pudiera tener, desde pequeño me criaron como un Dios intocable. Mi madre, que es una mierda, se encargó de destruir mi vida. Si su hijo perfecto le resulta con esta puta enfermedad, de seguro le da un paro.

—No creo que sea de ese modo, tienes que armarte de valor y luchar... ¡Carajo! Tú sabes que puedes hacerlo. Tienes que hacer lo mejor...

—No tienes ni idea de lo que hablas —me interrumpió Adam—. No tienes ni una puta idea, Hol. Encima de..., me dejas... ¡Por tu primo!

—No es mi primo —dije, señalándolo con toda tranquilidad.

—No me importa, Hol, el imbécil parece tu hermano. Solo respóndeme una cosa —asintiendo con la cabeza, escuché lo que tenía que decirme—. ¿Me engañaste... Con él?

Su voz en esta última frase se cortó por completo, levantó la vista, dejando ver las lágrimas que se formaban. ¡Dios mío, lo quebré!

Una parte de mí rogaba que ya no mintiera, que fuera sincera. Otra parte muy desesperada de mí rogaba que lo dejara ir por completo. Porque no quería ser una gran imbécil, decidí irme por la verdad.

¡Diablos! Espero que el Infierno sea cómodo, porque ahí es a dónde voy a ir a parar.

—Sí, te engañé con él. Lo siento.

Los ojos de Adam se abrieron repentinamente, la furia se apoderaba de ellos, pero algo más fuerte se le plantó en el color

miel: tristeza. Adam estaba quebrándose por dentro, podía sentirlo, podía verlo.

—Lo siento... —susurré, sintiéndome muy mal.

—¿Solo lo besaste o también...?

Sabía a lo que se refería y él no podía darme ninguna explicación, ninguna coherente. Asintiendo con la cabeza me di cuenta de que mi boca se movía y sin poder detenerme dije:

—Lo siento, solo pasó.

—¡¿Te acostaste con él?! ¡Mierda, Hol! —la tristeza desapareció totalmente, el color miel era un café oscuro de pupilas dilatadas. Eso no era bueno, me estaba observando de la misma manera en la que me veía antes de un ataque.

Poniéndome de pie, decidí que era hora de correr, necesitaba alejarme de él antes de que... Me tomé la mandíbula después de sentir el ardor que se extendió por toda mi boca. No fue la palma de la mano como era norma, esta vez fue un puño. ¡Maldita sea! No dejándome vencer por la situación, levanté mi palma y la estrellé en su cara. La sorpresa de esta reacción lo tomó desprevenido.

¡Ups! Esto no traería nada bueno.

Justo al instante de empezar a correr, Adam me tomó del pelo y me arrastró por toda la entrada. Perdí el equilibrio por estos malditos tacones, sus manos siguieron jalando mi cabello. No sabía qué hacer, estaba empezando a sentir pánico.

Intenté gritar, pero Adam me tenía una mano en la boca, diciendo palabras poco cuerdas. Una vez más Adam era otra persona, no era él. Lancé patadas intentando defenderme, pero el diablo impactó su puño en mi mandíbula. Dolor, mucho dolor.

Levanté mis manos para evitar que pudiera volver a pegarme en el rostro, sentía varios golpes que no podía parar, esto era demasiado, iba a matarme. Le di un puntapié con el tacón de aguja que lo hizo soltarme. Corrí como pude a la mansión, pero no logré

llegar muy lejos, las manos de la bestia mayor atenazaron una hebra de mi cabello y estrelló su rodilla en mi cara.

Dolor, mucho dolor.

—Por favor, déjame —rogué—. ¡Ayuda!

—¡Eres una perra! —Estrelló mi cara contra la madera, escuché ciertos gritos que me alertaron que alguien nos había visto. Ahora solo tenía que rezar porque alguien lo apartara de mi lado—. ¡Me engañaste!

Un golpe más, ya apenas si sentía dolor. Me sentía húmeda la cara, como si estuviera sudando. Las gotas me resbalaban de la frente hasta el cuello, perdiéndose en mi vestido. Mi respiración era bastante irregular, seguramente estoy perdiendo la conciencia, porque difícilmente logro enfocar algo. Tirándome contra el suelo una vez más, escuché cómo algo en mí se quebraba, huesos. Voy a morir, no hay vuelta atrás.

—Por favor... —susurré al ras del suelo y sentí cómo mi vida se me iba. Todo me dolía, se me hacía imposible moverme. Sus manos me levantaron de un tirón. Sus manos rodearon mi cuello, estrangulándome. Mis pulmones quemaban, exigían el aire que no les llegaba. Aire... ¡Necesito aire!

—¡Dime dónde se encuentra Leila escondida? —Adam gritaba desesperado. No tenía una puta idea de quién era Leila, pero sabía que en sus peores episodios gritaba su nombre. Era como una especie de amiga imaginaria, supongo—. Voy a matarte, Barouck.

Sí, Adam tenía serios problemas, pero más problemas tenía yo. No podía respirar y la capa negra se apoderaba de mí. Dejándome llevar por la oscuridad, me sumergí en un momento oscuro y horrible.

—¡Holly! —escuché a lo lejos. Alguien me llamaba, alguien venía a mi rescate, pero nada importaba, estaba perdiendo la conciencia.

No respiraba, no sentía, todo era tranquilidad. Estaba volando en un cielo donde el dolor era imaginario. No sentía nada, nada en absoluto.

Otra vez... Leyeron bien

Rees

Tomando mi cerveza, le di un trago largo y delicioso. Estaba concentrado, contándole a Louis acerca de mi nuevo iPhone G4, la última moda, ya lo había ordenado, tenía que tener esa preciosidad en mis manos. Solo de pensar en cómo la imagen 6D era el hit, tenerlo en mi dispositivo sería increíble.

—Se desactiva con el calor corporal. Te reconoce —dando excusas tontas, decidí que quería que todos envidiaran a este bebé.

—También cuando vas al baño te limpia, es una tecnología impresionante —me quedé viendo a Louis burlarse de mi teléfono, era un idiota.

—¿Envidia? —dije con una sonrisa—. Te puedo regalar papel para que te limpies el culo, no hay ningún problema.

Recibí un pequeño golpe en la espalda y los dos reímos. Extrañaba a este pedazo de basura como mi vida entera, era una persona increíble, aún no podía creer que él y mi hermana estuvieran saliendo. Esperaba a que todo les saliera bien, si no corría el riesgo de perder a uno de los dos.

Lou volteó a ver su reloj por segunda vez desde que Holly se paró para ir al baño, ya eran casi veinticinco minutos, era normal. Las mujeres se tardaban una eternidad en hacer algo que a los hombres nos llevaba cinco minutos. De pronto, se escucharon gritos de muchas personas, las cabezas de todos empezaron a ver dentro de la casa, las mujeres salían corriendo y varios hombres entraban. Las personas que salían estaban pálidas, horrorizadas.

Reaccioné al mismo tiempo que Lou corría dentro de la casa. Algún imbécil borracho se debe estar peleando por alguna zorra de la élite, siempre pasaba, pero alguien tenía que separarlos.

—¿Listo para separar algún imbécil? —le pregunté a Lou, siempre decíamos lo mismo antes de meternos, pero la mirada en

los ojos de Lou no tenían ni una pizca de entusiasmo, estaba horrorizado.

Lou entró primero que yo, gritando el nombre de mi hermana, eso era, estaba preocupado que en el arrebato de los imbéciles ella saliera lastimada. Era tierno, me gustaba que se preocupara por ella.

Lo primero que vi fue a tres hombres de la élite agarrar a un muy histérico Louis, que gritaba, pataleaba y amenazaba.

—Te voy a matar, hijo de puta. ¡Suéltenme! Adam, este es tu maldito fin.

Me tapé la cara riendo por el arrebato de mi amigo, nunca lo había visto celoso, jamás en la vida había reaccionado así. La mirada de varios de los presentes se posó en mi rostro a causa de mi risa, reaccioné y caí en la cuenta de que los involucrados en la pelea aún no habían sido separados, pero no había pelea, todos me observaban.

—Sí, ya lo sé —dije y alisé mi traje—. Soy lo mejor que han visto en su puta vida.

Quería quitar la tensión, esto era como entrar a una bola de esas moradas de energía, era horrible. Lou seguía lanzando patadas al aire e intentando zafarse de los brazos tres chicos que lo inmovilizaban, que en pocos segundos pasaron a ser cinco. Negué con la cabeza acercándome a mi casi hermano, tenía que calmarse.

—¡Llame a la ambulancia y a la policía! —gritó una chica detrás de mí—. ¡Dios mío, Holly!

Confundido, finalmente, di media vuelta, mi mirada se cruzó con la de Adam. Él estaba empapado de sangre, su cara estaba muerta en vida. Tres personas lo sostenían y él temblaba, asustado... ¿Y a este qué le pasa? ¿Con quién...?

Mi mirada cayó al suelo, hecha una bolita, inconsciente, estaba Holly, con su vestido blanco —ahora rojo—, pálida, como si hubiera perdido mucha sangre. Su cara estaba tapada por una capa carmesí y podía ver que dos chicas le tomaban el pulso. Todas

las miradas seguían en mí, pero no entendía nada, no lograba asimilar nada.

Dando media vuelta, observé a Louis llorar con desesperación intentando llegar a Holly. Sus lágrimas me alertaron, ella estaba mal. Levanté la cabeza para ver a Adam con más atención. Sangre y ni una cortada más que en sus nudillos. Ese... Él... No. Imposible, no puede ser que...

—¡Holly! —la voz de mamá fue la que me hizo reaccionar.

—¿Le pegaste a mi hermana? —pregunté, acercándome a él. Nadie me lo evitaba, nadie hacía nada. Me acerqué más, manteniendo la calma, en cuanto explotara, no le iría bien a cualquiera que se pusiera delante de mí.

—Rees, no fue mi intención. No sé qué me pasó, apenas si recuerdo que fue...

¡A la mierda la cordura! Tomándolo del pelo, lo arrastré a la entrada de la casa, en lugar de que las personas intervinieran se alejaron dejándome que lo llevara fuera.

—Encárgate de ella, Lou, este imbécil es mío —murmuré. Vi cómo lo soltaban, se acercó a Holly velozmente y comenzó a llorar con más fuerza murmurando un perdón lleno de amor. Ella estaba en buenas manos, y este pedazo de mierda en las mejores que podía estar... Las mías.

Amenazando a que nadie se acercara a mí o no perdonaba nada, dejé caer a Adam al suelo empedrado. De allí podía ver la entrada al lugar, aquí lo dejaría tendido para que los paramédicos lo intentaran salvar. Lo observé una vez más asimilando lo que había pasado. Intenté respirar profundo, una, dos, tres... No, no podía más.

Abalanzándome sobre él como si fuera una fiera hambrienta, estrellé mis puños en su cara, Adam se intentó defender y lanzó un par de golpes al aire. El imbécil solo acertó en mi mandíbula. En realidad fue un golpe bastante suave para mí..., demasiado para Holly. Eso me enojó mucho más.

Lastimó a mi hermanita.

Pensar en ella de pequeña, corriendo en los cerros llenos de flores, sus vestiditos, su cabello negro, sus ojos azules. Mi gemela, mi otra mitad. Descargué una serie de puños y lo dejé como necesitaba dejarlo, llorando. Pensé en mi hermana, tendida en el suelo, con más sangre que vestido, pensé en lo asustada que debía estar.

¡Dios, Holly! Mi hermanita asustada, gritando, intentándose defenderse.

—Esto es por mi hermana —dije antes de levantarme y pegarle en el estómago—, esto es por asustarla, pegarle y hacerla sentir mal.

No me sentía mal al pegarle, sus gritos se apagaron después de la segunda tanda y seguramente estaba inconsciente porque el muy imbécil había dejado de pelear. Varias personas intentaron alejarme, pero seguía empujándolos y pegándoles. Iba a pagar horrores por lo que había hecho. Iba a hacerlo pedir perdón de rodillas en brasas calientes.

Unos brazos me envolvieron, atenuando mis patadas, mis puños. Inmovilizándome completamente, colocaron una especie de aros helados en mis muñecas, no podía moverme. Luces rojas y azules tintineaban alrededor. Voces roncas y serias intentaban calmarme, tenía la cara contra las piedritas, mi respiración acelerada.

Podía ver lo que quedaba de Adam, el bastardo se retorció del dolor. Ahora sí estaba bañado en sangre, no la de mi hermana, si no la de él. Cuando los policías me pusieron de pie, vi a mi madre corriendo a la camilla que sacaba a Holly directo a la ambulancia, Beth sostenía la mano de mi hermana susurrando un «todo está bien», Lou venía detrás, pálido, como si de verdad estuviera muerto.

Vi sus intenciones, él también quería matar a Adam. Papá se interpuso, frenándolo, le susurró algunas cosas en el oído. Poco a

poco asintió con la cabeza, caminando a mi lado. Observando mis manos atadas a mi espalda se rio un poco.

—Bien hecho, campeón, casi lo matas.

—El *casi* es lo que no me gusta. ¡Mierda! No puedo creerlo... ¿Cómo no nos dimos cuenta? Debí de haber sabido que ese imbécil le pegaba a mi hermana.

—Yo debí pararlo hace mucho, soy un imbécil —dijo Lou viendo sus pies. No entendí lo que me estaba diciendo.

—¿Qué? —pregunté, removiendo mis manos en mi espalda, estas mierdas eran incómodas. Nunca antes me habían puesto unas, solo yo las había puesto en la cama. Eran excelentes para distintos juegos.

—Ese imbécil lleva pegándole a tu hermana desde hace un año, por eso fue que me volví muy unido a ella, estaba intentando...

Quise pegarle, me abalancé pegándole una patada súper alta en los huevos. Los malditos policías me agarraban al tiempo que Lou caía al suelo completamente inmóvil, agarrándose sus malditos huevos ahora estrellados.

—¡Pero serás imbécil! —le grité—. Esas mierdas no se ocultan.

—Suficiente —dijo papá, tomándome la cara para que lo viera. Sus ojos azules se oscurecieron a un grado enorme. Conocía esa mirada, estaba en graves problemas.

Cuando finalmente me había tranquilizado, los policías me quitaron las esposas. Mamá se había ido con Holly al hospital a que le pusieran puntos en la ceja izquierda, también tenían que hacerle exámenes internos para descartar que ese imbécil no le hubiera hecho daño por dentro. Uno de los médicos juraba que tenía quebrado el brazo, por lo que necesitaban ponerle yeso.

Después de testificar y hablar un montón de mierdas con los policías, finalmente, decidieron no llevarme a la comisaría. Claro

que tendría que rendir cuentas más adelante, de esa no me había salvado.

Llegamos lo antes posible al hospital, Holly estaba estable, alegando como siempre; ese era signo de que estaba en perfecta condición. Era extraño verla tan vulnerable, siempre la vi como una mujer fuerte, una que no se dejaba vencer, una que luchaba. Verla con el ojo amoratado, con puntos, el labio reventado, yeso en la mano izquierda, tres costillas rotas, moretones en los brazos y piernas, era demasiado. Mi hermanita parecía sacada de una pelea de UFC.

Le costaba hablar por el golpe en la boca, sin mencionar que se lastimó las cuerdas vocales con tanto grito. Solo de pensar en ella gritando que alguien la ayudara me enfurecía, me daban ganas de matar a Adam por esto, por cómo la dejó, por el dolor que le causó. Una ola de ira me llegó otra vez. Impacté mi puño contra la pared. Demostré una vez más que no estaba feliz.

—Vamos campeón —dijo Lou—, tienes que tranquilizarte y respirar hondo.

—Ni siquiera se te ocurra tranquilizarme —respondí. No estaba de humor para que el imbécil me viniera a decir algo. ¡Maldito! Él lo sabía y no dijo nada. Necesitaba hablar con él.

—¡Basta! —gritó Hol desde la camilla—. Mi cabeza me explota.

—Definitivamente te explota... ¿Cómo mierdas ocultas que ese imbécil tiene problemas? ¡Mierda, Hol! El tipo tiene mierda en la cabeza. ¡Dios! Estoy tan enojado.

En ese momento, papá entró a la habitación. Sus ojos se posaron en los míos, él también estaba molesto, pero por alguna extraña razón se estaba conteniendo. Pidiendo que todos salieran de la habitación con excepción de mamá. No quería dejarla sola, no después de lo que había pasado, pero no tenía opción. Salí y vi cómo papá no apartaba la vista de mi hermana, este hombre iba a

estallar y la única capaz de calmarlo sería mamá. Alguien tocó a su princesa y el señor Hamilton no estaba feliz.

—¿Pero en qué rayos estabas pensando? ¿Qué hice mal? ¿Cómo dejaste que te faltara el respeto de ese modo? —la voz de papá sonaba quebrada, no me extrañaba que estuviera llorando.

Holly era una idiota por dejarse pegar por él. Lo correcto era alejarme y darles la privacidad necesaria, pero por un carajo que lo iba a hacer. Se notaba perfectamente que Lou tampoco tenía intenciones de alejarse. Escuchando cómo papá atacaba con mil preguntas, mamá y Holly lloraban, ella intentaba dar explicaciones, contando todo lo que pasó desde hace un año. ¡Un maldito año! De pensar en cómo mi hermana cambió y ni siquiera lo noté. Me sentía el peor hermano del mundo.

Debí estar ahí para ella, para cuidarla, pero no, estaba muy ocupado de idiota con mujeres de arriba para abajo. Desde hoy me prometo cuidarla y protegerla. Dando media vuelta, estampé mi puño en la cara de Louis. Este se sostuvo la nariz unos segundos antes de gritar.

—¿Y tú? ¿Qué putas, Rees?

—¡Tú lo sabías! —eso era lo que más me tenía molesto. Me tenía increíblemente molesto.

Cuando Lou se quitó la mano de la nariz vi que estaba sangrando. Jalándolo dentro de la habitación que mis padres acababan de abandonar, entré sin importarme los gritos de sorpresa de mi hermana. No estaba para sus dramas. Lo llevé al baño indicándole que se limpiara. Saliendo de la habitación me fijé en mi hermana, mi pequeña y morada hermana. ¡Carajo! No supero verla de ese modo.

—¿Pero a ti qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Ese imbécil lo sabía y no dijo nada. No te protegió, no quiero ni verlo cerca de ti. Tuvo que haberte cuidado, no tienen mi puta bendición, es más, no lo quiero cerca de

ti. Debió cuidarte como la princesa que eres, no como un *punching bag*.

—Sabes qué, Rees, no estoy para esto ahora. Lou estuvo para mí cuando tú ni sabías lo que pasaba, solo él entendió, solo él lo notó. No eres nadie.

No tenía palabras. Tomándome el pecho me sentí vacío, me sentí como idiota. Siempre quise ser su héroe, quise ser el hombre de su vida, de verdad que mi hermana era mi vida. Era mi soporte, era mi alma gemela. Sintiendo la opresión que me llenaba por dentro tuve la irremediable necesidad de llorar, no. Pero no. No podía llorar, no frente a ellos.

—Está bien, lo entiendo —dije y di media vuelta. Una mano me detuvo, dándome media vuelta, Louis estaba preocupado, sabía lo que el comentario de mi hermana había hecho en mí.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—A casa —respondí con la voz entrecortada.

—Pide que alguien te lleve, por favor, no te vayas en esa puta moto, Rees.

Mi enojo creció, estaba roto, muy roto. Me dolía como la mierda todo esto. Señalándolo con un dedo intenté ser directo. No estaba para que viniera a decirme qué hacer.

—Vete a la mierda, yo me voy como quiero y ahora necesito la libertad que me da esa mierda.

Dando vuelta me alejé al parqueo en busca de mi libertad. Cuando me subí, busqué mi casco, no estaba. Lo debí dejar en el salón social, cuando la policía me dejó venir, no lo pensé ni dos veces, me subí en la motocicleta y viajé a toda velocidad. Haciendo lo mismo, decidí ir a dar un paseo para calmar mi corazón, dolía como el infierno, esas palabras me penetraron más que mi vida entera.

«No eres nadie».

La adrenalina, el aire pegándose en la cara, la oscuridad, se pintaban delante de mí. Nada podía estar mejor que esto, solo ahí

me permití llorar. Mi vista estaba algo nublada, solo sentía el empujón de la velocidad, solo veía las luces pasar y pasar.

No sé en qué momento pasó, o cómo fue que perdí el trazo del tiempo. Bocinas, gritos y rechinidos de llantas, un golpe seco en el pecho y paz. No había nada más que paz y tranquilidad. Me sentía liviano, me sentía libre... Otra vez.

Tu ausencia

Holly

La partida de Rees tenía preocupado a Louis. Estaba desesperado por ver cómo estaba o que al menos informaran los de seguridad que había llegado sano y salvo a casa. Aún nadie había avisado, pero lo más seguro es que mi hermano se fuera a dar una vuelta a las afueras. Siempre que estaba molesto lo hacía.

Sabía cómo se sentía Rees, él siempre quiso ser mi protector y hoy, definitivamente no se sentía de ese modo. Lo defraudé al no contarle nada, lo dejé que pensara que no confiaba en él cuando en realidad no confiaba en mí. Mis padres estaban muy decepcionados y eso también me dolía, más que los golpes.

Retorcí mis manos intentando quitar el dolor de mis dedos, el inmovilizador era extremadamente incómodo, para mi suerte, solo fue el tendón y no tendría que usar yeso. Eso si hubiera sido incómodo. Mis golpes eran en su mayoría superficiales, lo cual era bueno.

—Te toca soplar —dijo Lou señalando el respirador.

—No quiero, duele mucho —dije, quejándome. Odiaba la metodología para componer mis costillas, estaban rotas y debía soplar en un aparatito para que estas volvieran a pegar.

—Holly Marie, no estoy para quejas, tu padre me dejó a cargo en lo que él y tu madre levantan la denuncia, de ese modo no habrán consecuencias para Rees.

Tomando la boquilla del aparato, comencé a soplar, el dolor se extendía por todo mi torso mandándome punzadas de dolor en lo más profundo. Dolor, mucho dolor. Cerrando los ojos, como si eso pudiera aplacar lo que sentía, respiré las diez veces que debía hacerlo. Louis estaba junto a mí, acariciando mi espalda. ¡Maldito Adam! Esta vez sí se había pasado. Sin mencionar la humillación de verme tirada, sangrando.

Sabía que él estaba en una de las salas aledañas, cerca de mí, con seguridad para evitar otro descontrol. Me gustaba la idea que Rees le dejara la nariz rota y tres dedos inmovilizados. Me agradaba de una manera extremadamente grande que me defendiera de ese modo. No podía decir lo mismo de Louis, si Rees seguía pegándole a mi novio lo dejaría desfigurado, ya le había partido el labio y sacado sangre de la nariz, sin mencionar que casi lo deja estéril. Mi pobre bebé, él lo había metido a clases de boxeo, seguramente ahora se arrepiente de eso. Observándolo caminar de lado a lado intenté tranquilizarlo.

—¿Por qué no lo llamas y te aseguras que esté bien?

—No contestó, ya lo probé, su teléfono esta fuera de cobertura —dijo revisando su señal.

—Y si llamas a Berta, seguramente ella puede revisar si ya llegó. —Berta era la señora de limpieza de los Montgomery, seguramente ella podría revisar. Justo cuando Lou estaba a segundos de tomar el teléfono, entró una enfermera corriendo, indicándole a Louis si podía salir unos segundos, que mi padre quería hablar con él.

Lou no se demoró ni cinco minutos en salir a encontrarse con papá, no entendía por qué no podía simplemente entrar y hablar con los dos dentro de la habitación, mis padres nunca me ocultaban nada. Quizá debe ser que tiene que testificar una vez más con los malditos policías.

¡Al diablo con ellos! Yo necesitaba a mi novio, no que se lo llevaran a cada cinco minutos. Esto está muy mal, si pudiera pararme iría directo con ellos y les gritaría, pero mi cabeza daba vueltas cada vez que intentaba ponerme de pie. Me sentía mal, tenía náuseas y las costillas me mataban más que otra cosa. Un día más y estaría en la comodidad de casa, lo necesitaba. También quería saber en qué paró Adam, de seguro está mal, Rees lo dejó casi inservible según mamá.

Tomé el control remoto prendiendo la pantalla plana, el holograma de la señora de las noticias apareció, imágenes de la casa central de élite estaban detrás de ella mientras contaba el incidente. Las palabras *violencia doméstica* y *sentencia*, llegaban a mi cabeza, por más que quería que Adam pagará, no quería que lo metieran preso, menos cuando lo que necesitaba era ayuda. Empecé a ver un aburrido programa de música, donde no hacen más que hablar estupideces, tanto era el aburrimiento que me quedé dormida al instante.

Soñé con Adam, en la manera en la que me pegaba, en la manera en la que pedía ayuda. Desperté temblando, literalmente asustada. Al momento de sentarme en la cama el dolor de las costillas se extendía por todo mi cuerpo.

¡Mierdaaaa!

Esto sí que duele. Tomándome el estómago gruñí por el dolor. Louis tomó mi mano con fuerza, calmándome. Mi respiración era irregular, sentía dolor, mucho dolor. Algo dentro se quebraba cada segundo.

—Tranquila, princesa —dijo, besando mi mejilla—, estoy aquí. Estoy aquí y no voy a dejarte.

Su voz sonaba entrecortada, como si hubiera llorado recientemente, levanté la mirada para toparme con sus ojos, rojos como el fuego. En efecto, mi bebé estaba llorando. A duras penas, me moví para tomar su rostro entre mis manos, lo acuné susurrando un ¿qué pasa?

—Solo... —no podía hablar—. No lo sé, solo... Lo siento, pequeña, te amo con todas mis fuerzas y siento que todo esto es mi culpa. Hasta has tenido una estúpida pesadilla. Eso es... —negó con la cabeza.

—Todo está bien —me acerqué, haciendo una mueca de dolor, no quería que él estuviera así por mí. Él me había salvado la vida, me mostró un mundo en el que no tenía miedo, uno donde yo valía más que nada.

De pronto, la puerta se abrió, mamá entró a la habitación viéndose igual que Louis, sus ojos grises, completamente rojos, parecían zombis o vampiros de mala calidad. Su sonrisa era pequeña pero reconfortante, no podía creer que estuvieran tan rotos por un par de golpes. Estaba bien, Adam no volvería a tocarme y todo este estúpido mal entendido pasaría, tenía que pasar. No podían detener sus vidas y verse tan miserables por esto, no cuando estaba perfecta, amoratada y herida, pero eso era lo de menos.

—Estoy bien —aclaré para los dos.

—Eso me alegra, Hol —mamá se acercó para besar la coronilla de mi cabeza. La escuché sollozar un poco más al tiempo que plasmaba un beso más. Estaba destrozada.

Mi corazón se comenzó a devorar, les había fallado a mis padres, les fallé con todas las palabras posibles. Papá siempre me enseñó a hacerme respetar, pero aquí estaba, morada, con un brazo inmovilizado y puntos en varios lados. Quién hubiera dicho que estaría en este estado y ver a mamá tan mal como estaba ahorita, era un golpe demasiado duro.

Cuando papá entró en la habitación, me di cuenta de que algo no estaba bien, una cosa era que mamá y Louis estuvieran mal, pero... ¿Papá? No, esto no era normal, él era fuerte y pocas veces demostraba lo que sentía. Sin decir nada, se sentó en el sillón junto a mamá jalándola a su lado, susurrando algo a su oído, vi a mamá intentar sonreír, pero algo seguía sin estar bien, nadie decía nada, pero tampoco ocultaban lo mal que estaban.

—¿Por qué todos tienen esa cara? —pregunté preocupada—. ¿Dónde está Rees?

Era la única explicación que podía tener, que algo le pasara a mi hermano o quizá aún seguía molesto sin hablarle a nadie. La expresión de las tres personas delante de mí cambió inmediatamente, adiós cordura. Mamá tenía los ojos llorosos otra vez, intentaba ocultarlo en el dorso de papá. Louis se alejó a la

pequeña ventana que daba para el parqueo y mi padre fue el que contestó.

—Tenemos esta cara porque te acaban de pegar... ¡Carajo, Hol! El imbécil pudo matarte.

—¡Pero no lo hizo! —grité molesta.

—Eso no justifica el hecho que tú nos mentiste todo este tiempo, fue un puto año.

—William —mi madre lo reprimía—, Holly no está para...

—No me vengas con el cuento que no está para esto, ella sola se buscó esto, espero que de esta aprendas. No te crie para esto, señorita Hamilton. Te crie para que fueras alguien grande y luchadora.

Negué con la cabeza sintiendo las lágrimas caer por toda mi cara. Los había decepcionado, los decepcioné. ¡Mierda! Sí que era una idiota. Concentrándome en Louis, vi cómo su mirada seguía perdida en la ventana, no se giró a defenderme o parar a papá. Estaba perdido en el tiempo y en el espacio.

—Voy a salir a hablar con Lucía —dijo finalmente, alejándose de la ventana.

—¿Quién es Lucía? —pregunté, sintiendo una punzada de celos.

—La doctora, necesito hacerle unas preguntas, no puedo solo quedarme aquí sin... Ammm, ahora regreso —dijo cortante. Papá se puso de pie colocando una mano en la espalda de Lou.

—Te acompaño —declaró finalmente.

Cuando los dos estaban fuera mamá se acercó a mí. Respirando hondo, como si quisiera decirme algo. Mi corazón iba a mil, tenía un mal presentimiento, uno que me hacía sentir una opresión de vacío en el cuerpo. Algo más estaba pasando, algo enorme.

—Tuvo un accidente —dijo mamá, cerrando los ojos. Un par de lágrimas caían por su rostro al tiempo que comenzó a sollozar. No tenía que decir a qué se refería, ya lo sabía. Rees.

—Mamá —susurré al borde de las lágrimas—. ¿Está... —
¿Cómo diablos pregunto si está vivo? ¡Mierda! No puedo siquiera
pensarlo—... ¿Está vivo?

Vamos directo al grano, esta sensación mataba cada partícula de mi ser. Mi pequeño hermano, por impulsivo, por llevárselas de macho, por toda su porquería que cargaba. Jamás debí decirle nada que lo pudiera herir, jamás debí decir que él no había estado para mí. Sosteniendo mi estómago esperé a la respuesta de mamá. Estaba quebrada, si perdía a mi hermano después de esto me arrepentiría toda mi vida, sería mejor morir junto a él. ¡Dios! Esto no puede ser tan malo.

—Sí —susurro—, están buscando donantes, la hemorragia es muy fuerte y ha perdido mucha sangre. Solo hay que esperar y tener mucha esperanza, pequeña. Van a operarlo. Por eso Louis salió, varios de la élite han venido a verificar si son compatibles con él, tu hermano y tú tienen sangre algo peculiar.

Mi tipo de sangre era AB-. No es exactamente la sangre más fácil de encontrar y tampoco es como si todo mundo te pueda donar sangre. Cerré los ojos. Esto era una mierda bien hecha con el tipo de sangre.

Dejé que el dolor invadiera mi cuerpo, él estaba vivo, pero eso no quería decir que estuviera estable, según acabo de entender, mi hermano está perdiendo sangre, quizá por algún golpe interno.

Crucé los dedos y recé con todas mis fuerzas para que él se recuperara. No podía perder a mi otra mitad, no ahora, no cuando lo necesitaba desesperadamente para pedirle perdón.

Recordé los momentos en los que él y yo éramos uno solo, en los que corríamos por todos los campos de la mansión, en cómo lo observaba montar motocrós y cómo aprendíamos a base de prueba y error a montar la bicicleta. Amaba a mi hermano, era un hombre fuerte, con ilusiones y sueños, era excelente con los niños, no negaba que algún día sería el mejor papá que la faz de la Tierra. Mi

hermano era mi vida, mi tesoro. Ress... ¡No te lo lleves! Grité a un cielo inexistente.

Deja que esté bien, deja que él esté bien... ¡Por favor!

Catástasis

Louis

Estaba parado en la entrada de la sala de emergencias. La doctora seguía sin salir a decir una puta palabra de cómo iba el estado de mi primo. Nada puede ser fácil en esta familia, si fuera fácil no serían tan sufridos como lo son. Rees perdió mucha sangre y le tendrán que hacer una transfusión, y su maldita sangre es más complicada que el misterio de la construcción de las pirámides de Egipto. Ahora solo quedaba esperar. Hace horas nos dijeron que no era nada grave, ahora resulta que necesitaban una unidad más. Me llevan las putas con todo esto.

Sé que la doctora preguntó si su hermana podía donar sangre, algo de no arriesgarse a complicaciones. Cuando la doctora salga y me dé el visto bueno que Holly debe donar, tengo que entrar y explicarle que tiene que darle sangre a su hermano menor. No será un problema, lo único es que tengo que hacerla tomar mucha agua y unas vitaminas por los medicamentos que le metieron antes de coserle las heridas. ¡Maldita sea! Todo tenía que ser en el mismo momento. Estas se están convirtiendo en las cuarenta y ocho horas más largas de mi vida.

Hoy estaba odiando los hospitales a pesar de estar acostumbrado a estar aquí, incluso, hice prácticas con el doctor Royce. Eso me daba puntos extras en esto ya que conocía a mucha gente, incluyendo a Lucy, la doctora que trata a Rees.

Cuando las puertas se abrieron, Will y Abbi ya estaban a mi lado. Los dos pálidos como si estuvieran muertos en vida. Para que no, sus dos hijos estaban en el hospital y hasta cierto punto, me sentía culpable por los dos. No es como si yo obligara a Rees a subirse a la moto y a Adam a ser un maldito loco, pero, aun así no sabía qué sentir.

—¿Señores Hamilton? —preguntó la morena alta de bata blanca y traje azul verdoso abajo. Sus ojos grandes oscuros eran toda una dulzura, inspiraba confianza y seguridad—. Rees ha experimentado un trauma craneoencefálico moderado, eso quiere decir que no existe riesgo en pérdida de la memoria, la tomografía de ingreso evidencia un hematoma que ha crecido en las últimas veinticuatro horas, pero nada de lo que tengamos que preocuparnos. Ahora, se ha quebrado el fémur y perdió mucha sangre por lo que sí será necesaria una unidad de sangre AB-.

—Holly —susurra Abbi, llevándose la mano al pecho.

—Sí, usaremos la sangre de su hermana en cuanto esté estable. Ya se han suturado las heridas superficiales y se le ha tratado el golpe en el párpado derecho. Se dejará en observación para ver cómo responde a la transfusión sanguínea y a la operación de fémur. También vamos a monitorear su estado neurológico y control tomográfico de cuarenta y ocho horas. De todo lo demás, el paciente está estable.

Me quedé observando a la doctora Lucía hablar. Había entendido que no había nada grave y solo era cuestión de monitoreo, pero había hablado en chino para todo el mundo. Así éramos los doctores, creíamos que todos entendían términos que nadie más en el maldito mundo entiende. Estaba a punto de preguntar por las horas cuando William habló.

—No entendí una mierda de lo que dijo.

—¡William! —Abbi lo reprendió.

—Quiere decir que su hijo está algo letárgico, pero estará bien. No se preocupen por la operación, está en buenas manos. A lo sumo le queda una pequeña cicatriz en la pierna —dijo amablemente con una sonrisa. Ella era dulce, sin mencionar lo exótica que se veía con esas pestañas y esos labios carnosos. No quería ni pensar en lo que diría Rees al verla. De seguro pediría quedarse unos días más bajo su cuidado.

—Gracias y gracias por salvar a mi hijo —dijo Abbi en un mar de lágrimas.

—Para eso estamos, ahora, deberían ir a descansar un poco, no quiero tener que ingresar a los papás también —le dio una mirada a Abbi antes de sobarle el brazo y retirarse al interior de emergencias.

Explicándole a Will y a Abbi que me quedaría para cuidar a Holly en este tiempo que le sacaban la dosis para Rees, como era de esperarse, me mandaron a la mierda. Abbi se acomodó en uno de los sillones en la habitación de Holly.

Las dos estaban profundamente dormidas mientras William y yo admirábamos a las mujeres que tanto amábamos. A eso de las cinco de la tarde, William me pidió que lo acompañara fuera de la habitación, subimos al último piso del hospital con toda la vista al parqueo, no era una mala vista, pero no había mucho que ver. El atardecer caía detrás de los árboles frente a nosotros, pintando todo el ambiente de naranja y rojo. Era una mezcla extraña pero tranquilizadora. Hasta cierto punto relajante.

William sacó su celular para tomar una fotografía, lo cual me pareció bastante estúpido. Me senté a su lado cuando él se dejó caer en la pared viendo el atardecer. Era raro verlo sin el saco, sin corbata, la camisa arrugada y tirado en el suelo de un hospital, con las piernas pegadas al pecho observando el atardecer. Intenté verlo con otros ojos, concentrarme en cómo podía verlo William, pero ni idea.

—Sabes, Lou, tu padre era más de amaneceres, vimos atardeceres juntos, pero los amaneceres eran especiales. Recuerdo el más especial de todos, cuando estábamos llegando a Santorini en su último viaje. No cabía de la felicidad, era un sueño hecho realidad. Había conocido a una linda griega en el barco, estábamos en camino de una gran aventura e ignoraba el tanque de oxígeno que tenía que cargar. Ahí me hizo su mayor confesión.

¡Mierda!

William estaba hablando de mi padre, amaba cuando lo hacía, hace mucho que le pedí que no me hablara de él. Estaba enojado con la vida por no darme un padre que decidí no saber nada, ahora quería muchos detalles.

—Era un grandísimo imbécil, no voy a decirte que era un santo y que no hacía nada, ese hombre era un gran vividor, pero vio algo en tu madre que hizo querer que ella fuera la que te trajera al mundo.

—¿Qué confesó? —pregunté muy curioso.

William soltó una carcajada al tiempo que me daba unas palmaditas en la espalda para darme esos ánimos que no necesitaba. Sus ojos estaban llorosos, creo que las emociones lo estaban invadiendo.

—Que quería acostarse con Abbi, pero ese no es el punto. El punto es...

—¿Mi padre y la tía Abbi?! —pregunté al borde de la risa, eso si no me lo hubiera imaginado.

—Bueno, sí, los dos tenían un extraño trato que ya superé. Lo odié, pero hizo darme cuenta cuánto la quería. El punto es —dijo aún riendo—, y esta vez no me interrumpas. Es que él te quería mucho. Hubiera dado todo para estar aquí y seguramente me estaría diciendo algo como... «Mi hijo quiere desvirgar a tu hija», aunque estoy muy seguro de que Holly ya no es virgen, pero de igual manera, estaría molestando con algo así. Lamento lo que pasó con Blake, pero estoy feliz, hasta cierto punto, que seas tú quien esté con Hol.

—La amo, Will —dije con toda sinceridad. No había otro modo de describir lo que sentía, estaba loco por ella. Nunca me imaginé parar de este modo. ¿Quién diría que ella sería la mujer de mi vida? Intenté alejarme, seguir con mi diario, andar, intenté todo, pero siempre acababa a sus pies. Me dominó como ninguna antes lo había hecho. Estaba loco por ella.

Escuché a William suspirar. Aún con la vista perdida en el atardecer que casi llegaba a su fin. Will tomó su teléfono para escribir un mensaje de texto. Sí, la curiosidad es mi mejor amiga, así que me acerqué a él para ver a quién le mandaba la foto. Sorprendido de que fuera a Abbi, me obligué a desviar la mirada. Era muy inapropiado que espiara.

—¿Por qué el atardecer? —pregunté cuando terminó de mandar la fotografía.

—Mi vida con Abbi fue complicada, no empezamos bien y peleamos mucho. Me costó que fuera mía por completo —soltó un suspiro seguido de una risa como si dijera «que estúpido»—. Cuando terminaba el día y empezaba el atardecer, agradecía que ella estaba a mi lado sin importar el día de mierda que habíamos tenido. Cuando dejé de tenerla, en cada atardecer, pedía que ella regresara. Se volvió nuestra costumbre y ahora cada atardecer, agradecemos estar juntos.

Me quedé con la boca ligeramente abierta. Nunca había visto a William tan miel como ahora, siempre que estaba con Abbi lo era, pero ahora era un signo de dulzura mezclado con amor y pasión. Quizá debería empezar a hacer algo parecido con Holly, algo que agradezca que la tengo al lado y quizá alguna otra mierda para agradecer que tengo a Rees. ¡Mierda! Estos gemelos me iban a sacar las canas azules algún día. Eran difíciles de manejar.

—Gracias por pasar este atardecer conmigo, hijo —soltó Will. Sorprendido, me di la vuelta uniendo una pieza del rompecabezas que debí de haber encajado años atrás. Papá nunca me dejó solo, él sabía en las manos de quién me dejaba.

—Papá —dije, tocando el hombro de William, era la primera vez que lo llamaba de ese modo—, quiero casarme con tu hija algún día. Espero me des tu bendición porque en cuanto salgamos de todo esto, pretendo mandar mi carta. No quiero ser el novio, quiero reclamarla mía.

La sonrisa de William se ensanchó tanto que pensé se le abriría la cara. Sí, bueno, nunca lo había llamado papá y estaba seguro de que eso lo sorprendía muchísimo. Poniéndose de pie sin decir nada, me dio las manos para que lo acompañara.

—Mi bendición la tienes y no necesitas que una carta dicte si Holly es tuya o no, desde ya te pertenece. Aprende esto, hijo, porque al parecer nunca te lo enseñé... La élite es una gran porquería. Tú eliges a quién amar sin necesidad de un título real o linaje. Vamos que Abbi y Holly ya despertaron, Abbi quiere que les llevemos algo de comer, ya sabes cómo se pone Holly cuando no la alimentas.

Imaginé a una Holly verde al estilo Hulk. De verdad que si ella era como Rees cuando tenía hambre, no quería estar cerca sin un plato de comida. Más cuando la tuvieron con medicamentos y suero, seguramente la pobre Abbi está sufriendo.

—Planta baja —dije, presionando el elevador—, ahí está la cafetería.

Estaba sentado en la sala de espera, cansado mental y físicamente. No me agradaba nada toda la situación con Holly y Rees. Eventualmente vi a los padres de Adam acercarse a hablar con William y a varios de la élite venir a dejar globos y rosas de «Recupérate pronto».

Cora y Blake estaban sentados con Abbi hablando y tomando café barato de hospital. Hace mucho que tengo la intención de hablar con Blake para disculparme por lo que hice, aún no encuentro el valor para hacerlo por lo que decido hacerme de los oídos sordos e ignorar todo. No podía hacerlo, papá era uno de sus mejores amigos y él estuvo presente toda mi vida. Simplemente no podía ignorar las cosas y suponer que nada pasaba.

Me retorcí las manos, nervioso. La última vez que hablé con Tammy fue dos días atrás en los que me dijo que quería alejarse de

todo, tomarse unas vacaciones bastantes largas en Italia. Iría a aprender italiano y sacar un curso de cocina. Conociendo a Tammy, ella disfrutaba no solo comer si no también cocinar. Le deseaba lo mejor siempre, ella fue una persona muy buena conmigo.

Tomando el valor que necesitaba, me puse de pie y me dirigí hasta Blake. Los ojos de Abbi fueron los primeros en verme, luego los de Cora y, de último, el propio Blake. Bajé la mirada antes de tomar valor de hablar.

—¿Puedo hablarte un segundo, Blake? —dije, respirando hondo.

—Claro, Lou. Lo que quieras. —Blake se puso de pie, con su misma mirada cansada que tenía siempre. Él y Cora se entendían bastante bien, pero últimamente estaban teniendo ciertos problemas, nada grave que no se pudiera arreglar—. Aprovecho para fumarme un cigarro... ¿Salimos?

Era lo mejor que había dicho. No quería que Abbi y Cora estuvieran echando el ojo mientras hablábamos. No me sentiría nada cómodo. Blake sacó su cajetilla de cigarros, tomó uno entre su boca y preguntó.

—¿Dime, Lou? —Buscaba el encendedor entre los bolsillos internos de su saco.

—Blake, me quería disculpar por todo lo que pasó con Tammy. Nunca me imaginé que las cosas fueran a ser de este modo, lo siento tanto.

—¿Por qué no fuiste sincero con ella desde el principio? La verdad es que te entiendo y sé que no puedes ser obligado a amar a alguien a quien no amas, pero no debiste mentirle, no debiste engañarla, Lou. Mi hija sufrió mucho por ti.

—Lo sé. No se merecía eso de mí, más cuando ella fue mi todo en un momento. No entiendo en qué instante todo cambió y las cosas se fueron a la mierda. La culpa me mata y sé que Tammy está en el plan de entenderme, pero... Es tan difícil aceptar todo.

Blake le dio una calada a su cigarro, sacando el humo despacio, como si saboreara tener humo dentro de sus pulmones. Como futuro médico, quería decirle que estaba mal fumar.

—Perdón —dije en forma de susurro.

—Lo sé. Sé que lo sientes. Tammy lo va a superar, y saldrá adelante. Tu carta no fue la única que recibimos, pero, por ahora, solo necesita tiempo para recuperarse.

Todos necesitábamos tiempo para recuperarnos. Las cosas estaban pasando tan deprisa que no nos daba tiempo de asimilar nada. Pronto necesitaríamos un par de días para asimilar la situación y mucha terapia familiar para salir adelante.

—Espero ella pueda encontrar algo mejor de lo que yo algún día le pude dar, sinceramente me siento mal por todo.

—Cora estaba muy molesta en un principio, Tammy pasó encerrada en su habitación casi una semana sin querer hablar, pero ya está empezando a salir y a vivir lo que tiene que vivir. Es cuestión de tiempo. Aún recuerdo cuando yo terminé con Cora en una ocasión, fue de lo peor, el vacío emocional de dejar a la persona que quieres.

Blake apagó el cigarro tirando la colilla en la basura. Me dio tres golpes en el hombro indicándome que entrara de regreso.

—Todo va a estar bien.

Y realmente lo esperaba. De corazón esperaba que las cosas mejoraran pronto.

Con i de idiota

Holly

Me quedé viendo unos segundos la comida que la enfermera había puesto delante de mí. La textura blanda, los colores mixtos y el aroma a fresa sintética me llegaron primero que nada. Me removí incómoda en la silla. Ya no tenía ningún efecto, ni estaba mareada por la sacada de sangre, entonces, ¿por qué no me daban comida de verdad?

¡Esto no es comida!

Estaba a segundos de odiar más a Adam por lograr meterme en un puto hospital donde no me daban comida. ¡Diablos! Estaba de muy mal humor, necesitaba comer.

—¡Quiero comida solida! ¿No sabe qué es eso? No quiero gelatina, la odio.

—¡Holly! —me reprendió mi madre.

—Ahora no, mamá, no ves que estoy teniendo una plática seria con esta señorita. Me darán de alta en unas horas. Ya no tengo nada más que tres costillas rotas y me van a quitar los puntos en un par de días. ¡Quiero comida real! Una hamburguesa o unas papas fritas, o quizá un sándwich de cerdo.

Me crucé de brazos viendo a la señora enojada en extremo. Me pusieron un suero todo raro en las venas y lo único que lograron es que se me hinchara la mano y me pusiera de peor humor. Hace una hora que mandé a papá y a Louis por una hamburguesa, aparecieron aquí antes de que me sacaran sangre con unos panes con jamón de cafetería baratos que no se me antojaron para nada. La enfermera no me dejó darles ni una mordida hasta que me sacaran sangre y, bien, mi padre y Louis se comieron todo. Ahora mi humor está peor.

La puerta sonó en ese preciso momento. Louis y papá aparecieron al tiempo que la enfermera se iba, dejándome con

mamá y mi gelatina. Empujé la bandeja molesta. ¿Qué tan difícil puede ser entender que necesito comer?

—Veo que alguien está de muy buen humor —dijo papá sentándose cerca de mamá.

Más le vale que ni se acerque, porque soy capaz de morderlo.

—Sí, claro. Estoy de excelente humor. Así que no me lo jodas papá que me pondrás de malas.

—¿¿Más?! —preguntó Lou sorprendido.

Me tomé un segundo en ver a mi novio, tenía ojeras bajo los ojos, la camisa blanca de botones estaba arrugada y salida del pantalón formal, aún tenía mi sangre en ella lo cual no me gustaba. Tenía el pelo alborotado y se notaba que no durmió absolutamente nada. Aun así estaba guapísimo.

—Tú ni me hables que ahora no te quiero. ¡Te comiste toda la comida!

—Uy —Lou se acercó a mí—, ¿pero qué es esto que tengo aquí? —dijo, sacando una bolsa de papel café de Rosty Burger—. Pensé que mi princesa necesitaba una hamburguesa doble de...

No lo dejé terminar, me tiré a la bolsa de comida como una muerta de hambre. La destapé sintiendo el aroma a comida, la grasa mezclada con salsa de tomate, picante y papas fritas eran lo que necesitaba. Mi estómago gruñó con más fuerza y escuché a Louis reír. Ignorándolo, solté un chillido de emoción al tiempo que aplaudía de felicidad. Cualquiera diría que no comía hace más de tres días.

—Compórtate, dirán que nunca te he dado de comer —se queja mi madre.

—Es mi favorita —dije con la boca llena—. Esta taaaan buena, mamá. Gracias, amor, me encanta —dije y besé a Louis que estaba sentado a mi lado en la cama de hospital.

Me disfruté cada mordida de la deliciosa hamburguesa llena de grasa, no le pregunté a nadie si querían probarla y, por supuesto, no me despegué de ella. Era mía.

Cuando finalmente acabé con la última papa frita en la bolsa, mamá y papá salieron a comer algo antes de ir a ver a mi hermano. Yo aún no podía creer que Louis, estudiando Medicina, no entendiera absolutamente nada de lo que la doctora había dicho. Le pedí detalles y lo único que dijo fue «Está bien y no va a perder la memoria»; que no me joda, necesitaba detalles de lo ocurrido. Por ejemplo: si está deforme, o ya no se parece a mí. Algo por el estilo.

—Entonces, no entendiste nada —repetí por segunda vez—. ¿Cómo diablos no entiendes? Se supone que estudias...

—No es que no entendiera, Hol. Solo no hay más que decir, tu hermano está dormido por el momento. Poco a poco lo irán despertando, la transfusión de sangre fue un éxito y eso es bueno por ahora. Además, estoy contigo, no viéndolo a él.

Me quedé sorprendida por su forma de contestar. Claro que estaba molesto, más que molesto estaba estresado, sin mencionar que tenía casi dos días sin dormir. Intenté persuadirlo de que se acostara conmigo en la cama, mentí diciendo que lo necesitaba a mi lado. Cuando finalmente logré que se acomodara en mi pecho, empecé a hablar acerca de una película romántica muy miel para Lou. En poco más de lo que imaginaba, su respiración era lenta. Acaricié su cabello, al tiempo que ayudaba a que durmiera un poco. Él necesitaba descansar, por eso aún no procesaba como debía, tenía sueño y lo entendía. Mi pobre bebé, me necesitaba como yo lo necesitaba a él. Incluso, mandé al diablo a la enfermera que venía a darme de alta, ya saldría en un momento de la habitación. Solo necesitaba que mi niño durmiera un poco más.

Louis

Me quedé viendo un momento cómo Rees observaba a la doctora que monitoreaba la máquina al lado de su cama. El muy descarado le estaba viendo todo el culo, sin ninguna vergüenza.

Esperaba a que se diera cuenta de que la doctora era al menos diez años mayor que él. La mirada de mi amigo fue directa a la mía y abrió la boca sorprendida, más de lo necesario diría yo.

Lucy dio media vuelta cerrándole la mandíbula a Rees. Este soltó una carcajada. Al menos podía agradecer que estaba vivo, con el párpado todo suturado, pero eso era lo de menos.

—Voy a casarme con ella —dijo finalmente, acostándose de regreso en su cama.

—Sí, claro. ¿Aún estás drogado, verdad? —pregunté, acercándome a él.

—Sí, estas medicinas me tienen en el quinto cielo. Es como volar.

—¿Cómo te sientes? —pregunté, ayudándolo a que tomara un sorbo de agua. Era bueno ver que ya no vomitaba en cada sorbo.

—Muy bien, no siento nada. Supongo que eso es... Bueno o malo, yo que sé. Pregúntale a esa morenaza que me tiene loco.

Haciendo una mueca de dolor, se volvió a acomodar, quedándose dormido una vez más. Aún no aguantaba mucho tiempo despierto lo cual era gracioso, más cuando se dormía con la boca abierta. Tenía que estar sentado por los puntos y el golpe en la cabeza, por lo que verlo, era todo un poema. Sin mencionar el yeso que tendría que usar por tres o cuatro meses, eso lo desesperaría demasiado.

Era extraño, como mi vida cambió en un nanosegundo, mi vida estaba planeada para casarme con Tammy, tener hijos, estudiar Medicina y vivir bajo las leyes de la élite. No cambió mucho, solo que ahora tendría una familia mucho más completa, a Holly, Rees, mis tíos y mamá, metiéndose en mi relación y volviéndola más interesante.

Esta era la vida que quería, no un cuento de hadas. Me encantaba todo, quisiera cambiar algunas decisiones, pero ya no podía hacer nada. Adam estaba enfrentando un caso serio de esquizofrenia, de haberlo tratado antes, quizá no estaría en este

extremo, pero Holly y él lo ocultaron por un año y esa fue su decisión. No la mejor, pero ahora todos tenían la ayuda que necesitaban. Holly seguiría con su ayuda psicológica y Adam en un centro psiquiátrico, sus padres están muy molestos, pero ¿quién no lo estaría?

Mis pensamientos fueron interrumpidos cuando una pelirroja de ojos verdes interrumpió en la habitación con un portazo fuerte. Rees pegó un brinco de la cama, renegando como era costumbre. Odiaba que lo despertaran, más con ese buen humor de chico drogado que cargaba por los medicamentos.

—¿Pero qué diablos?

La chica soltó un soplando de mal gusto escaneando la habitación. Sus ojos verdes recorrían toda la habitación, fijándose en cada pequeño detalle, nos ignoró a Rees y a mí por completo.

—¿Lucy? —preguntó la chica.

—¿Se te perdió algo, niña? —preguntó Rees en un muy mal tono. Sí, bueno, no le gustó que lo despertaran.

La chica se mordió el labio, aguantando sacarle la madre a mi primo, eso era lo más seguro. Se cruzó de brazos viendo a Rees, con su bata de hospital, su ojo derecho completamente cerrado por la hinchazón. En cambio, ella era una auténtica matona con pantalón de cuero y chaqueta a juego. Se observaron por unos segundos y hasta yo sentí la energía desde donde estaba parado.

Iba a decir algo, cualquier cosa, pero preferí observarlos, sería interesante ver esto.

—No se me perdió ningún idiota, así que no eres tú, gracias —dijo antes de dar media vuelta y desaparecer. ¡Vaya! Eso fue decepcionante.

—¿Me dijo *idiota*? —preguntó Rees, frunciendo el ceño.

—Al parecer —dije y contuve la risa.

—¿Pero qué mujer! —se quejó antes de dejarse caer de nuevo en la cama. Minutos después, la doctora Lucía entró a la habitación con la medicina de Rees, cuando él estaba terminando de tragarse

las pastillas, la chica de cabello rojo volvió a interrumpir el lugar. Rees casi escupe las pastillas al verla y yo, una vez más, tuve que aguantarme la risa.

—Se supone que te tragas las pastillas, no las escupes —dijo la chica.

—Habitación P-R-I-V-A-D-A. ¿Sabes qué significa eso? —dijo Rees con la intención de sonar molesto. Falló por completo.

—Renny, por favor, aquí no, estoy en el trabajo. Lo siento mucho, señor Hamilton —se intentó disculpar la doctora. Esto era aún más gracioso de ver. Me recosté en el sillón observando la escena que se pintaba delante de mí.

—Ningún problema, ella solo está siendo insolente.

—¿Señor? Vamos, Lucy, no me jodas. Ya te dije que me iré de inmediato, solo dame las llaves.

—De ninguna manera, te vas a caer. Mira cómo se cayó él —dijo y señaló a Rees. La chica observó a Rees unos segundos al tiempo que él fruncía el ceño, incluso, yo me perdí en esos segundos. ¿Qué llaves?

—Ese idiota no sabe montar una moto, yo sí. Ahora, dame mis llaves.

—¡¿Montas moto?! —la pelirroja ahora tenía toda la atención de Rees. Vaya par de dos. La doctora Lucía puso los ojos en blanco inyectando alguna mierda en el suero de Rees. Esta asintió con la cabeza un poco más calmada.

—Una deportiva Yamaha, me ha costado el culo comprármela y ahora mi hermana no quiere darme mis llaves. ¿Esa era su hermana? Pero si no se parecían en absolutamente nada. Una morena con cabello negro largo, con labios exóticos sin mencionar que era alta con un culo de modelo. La otra era bajita con cabello rojo fuego, bastante natural, piel blanca y ojos verdes. Si tenía pechos, no se le notaban bajo esa chaqueta, pero su trasero se marcaba en ese pantalón de cuero. Aun así, no podían ser hermanas.

—Yo acabo de hacer mierda mi Ducati. —Rees se mordió el labio—. Que descanse en paz, aún tengo la BMW.

—Sí, bueno, muchos de nosotros solo tenemos dinero para una —dijo otra vez en ese tonito molesto—. Dame las llaves, por favor.

—Lo discutimos afuera, estoy en el trabajo —repitió Lucía indicándole que saliera. Esta se encogió de hombros dando vuelta para salir.

—¡Espera! —gritó Rees antes de que pudiera imaginármelo—. ¿Cuál es tu nombre?

—Reeny —respondió al tiempo que abría la puerta.

—¿No quieres saber el mío? —preguntó, sentándose mejor en la camilla. ¡Mierda! Nunca había visto a Rees de esta manera, está a punto de tirarse de la camilla y perseguirla.

—Estoy segura de que empieza con I de idiota, por lo que no, no quiero saberlo.

—Te equivocas, es con la misma R de retardada que lleva tu nombre. Que tengas buen día.

Justo cuando la chica estaba a segundos de contestar, Lucía la sacó de la habitación. Rees se quedó viendo unos segundos la puerta antes de girar a verme. Sus ojos estaban cargados de confusión y podía ver que su cerebro estaba trabajando al mil. Nunca en mi vida lo vi interactuar con una mortal que lo mandara literalmente a la mierda, una que para más joder su existencia era todo lo que a Rees podría querer o gustarle.

—¡Mierda! —dijo Rees aún perdido.

—Lo mismo digo.

—¿Crees que mamá no me dará las llaves de la BMW? —dijo y negó moviendo levemente la cabeza. ¡No puede ser! Intuía que estaba pensando en la chica, pero al parecer en lo único que pensaba era en su moto. ¡Genial!

Caída libre

Holly

Me restregué los ojos unos segundos antes de removerme en el sillón en el que me quedé dormida. Fruncí el ceño viendo cómo Rees intentaba quitarse el suero de la mano y papá le llamaba la atención. En cierto punto lo entendía, esa cosa no hacía nada más que lastimar la mano. Sentándome correctamente, me crucé con la mirada azul de Rees, era un alivio que estuviera vivo.

—¡Qué pelón, Sisi! —dijo bastante entusiasta.

—Cállate, idiota, si supieras manejar moto no estaría durmiendo en un sillón preocupada por ti, estaría en casa disfrutando de una película con mi novio —sabía que no tenía que quejarme, pero Rees sacaba lo peor de mí en su mayoría de veces.

—Si tú no tuvieras un exnovio esquizofrénico, loco, medio matón, una hermana que me ocultara la verdad y sedujera a mi mejor amigo para que me mintiera y para ponerle la guinda al pastel, le añadimos que no soy nadie que valga la pena para que te salve... —Rees se rascó la barbilla—. Sí, tienes razón, soy un idiota.

—¡Imbécil!

—¡Ya basta! —mi madre nos calló sobándose las entradas de la cabeza. Tenía un dolor insoportable desde hace unas horas.

Me acomodé el cabello en un moño alto, me alisé las arrugas de la playera que tenía puesta y observé a mi hermano aún perdido en sus pensamientos. Hace más de dos horas que lo veo pensando y pensando. Es algo estúpido, porque no tengo ni idea que pasa en su cabeza. Estaba emocionada porque ya hoy podríamos ir a casa, todos juntos como familia. Papá no había querido dormir ni un poco, incluso, canceló todas sus reuniones del día. Esto fue una pesadilla, en cierto punto me siento responsable por todo. Quizá si hubiera dicho lo que pasaba con Adam, ninguno estaría aquí, quizá

tampoco me hubiera cruzado en el destino de Louis de ser de ese modo. La vida es incierta, en todos los puntos posibles. Me gustaría creer en los cuentos de hadas, historias de amor, como la de mamá y papá, pero no todo era color de rosas o pastel.

—Iremos a pagar todo, ahora regresamos. La enfermera no tardará en venir a hacer el último chequeo —anunció mamá. Los dos asentimos con la cabeza regresando a nuestro silencio total. Papá y mamá desaparecieron por la puerta dejándome con mi idiota. Él era mi otra mitad, mi complemento y hoy simplemente estábamos molestos el uno con el otro.

Imaginarme una vida sin él, es como no respirar, ese es el gran equivalente. Louis finalmente había accedido ir a casa, estaba descansando un poco, si no fuera por Mary, que se lo llevó, seguiría aquí. Lo persuadí diciéndole que cuando llegara a casa, quería que él estuviera ahí, que comiéramos algo rico y viéramos una película. Mis intenciones eran besarlos durante toda la película, pero no iba a contárselo aún, de ser así, me hubiera llevado con él.

Sacando una revista de modas, empecé a hojearla. Estaba interesada en el desfile de fin de verano, no sabía si podría asistir o si estaría preparada, de seguro, con este ojo, la costilla y la poca fuerza de voluntad para hacer la dieta, no iba a llegar, pero ni a tercera en la lista de espera. La puerta se abrió con lentitud, tanto Rees como yo levantamos la mirada para ver entrar a una chica de muy baja estatura.

Tenía una camisa verde de manga corta que mostraba sus tatuajes, pantalones de cuero negro, zapatos grandes y pesados. Llevaba las manos metidas en los bolsillos, la cabeza roja baja. Vi cómo la mirada de mi hermano se abrió al verla, ella no encajaba en ninguna amistad que tuviera, lo cual era bastante extraño. Me quedé viendo a la chica acercarse a la camilla donde estaba Rees sentado con la pierna estirada. Inmediatamente este se tapó la pierna peluda que le quedaba. No pude evitar reírme internamente por esa reacción, le daba vergüenza que lo vieran, otra novedad.

—¿Se te perdió algo? —preguntó Rees, intentando sonar como si fuera un hombre bastante fuerte.

—No, idiota, vine a preguntarte algo. —Vi lo incómodo que estaba mi hermano. Quizá era amigo del motocrós, aunque no lo creo.

—Pregunta. Es la primera vez que te veo no siendo una retardada.

—Sabes que... Olvídalo, no vengo a pelear o a decir alguna estupidez, solo quería saber algo, pero olvídalo. Soy una imbécil por regresar aquí.

—La chica dio media vuelta para alejarse. Los ojos de Rees viajaron de mí a la pequeña en un nanosegundo.

—¡Espera! Lo lamento, fue muy maleducado de mi parte. Ven, acércate, no debí ser tan idiota. ¿Qué querías preguntar?

Soltando un suspiro ella se volvió a acercar a él. Era como si Holly no existiera en este lugar, si empiezan a besarse aquí, voy a gritar, lo prometo, pero estaba demasiado metida en escuchar qué diría la chica que no lo pensé ni dos segundos, me hice invisible a sus ojos, igual ya me estaban ignorando.

—Bueno, ammm, no sé cómo preguntarte esto, puede que sea algo personal y no quiero...

—Espera —dijo mi hermano poniendo su atención en mí—. ¿Podrías salirte? —. Tiene que estar jodiéndome la vida. ¡Tan bien que íbamos!

—Ni siquiera te estoy poniendo atención, y ella me agrada, idiota —dije, imitando la voz de la pequeña pelirroja.

—¡Ay, mierda! ¿Dos de ustedes? Qué pesadilla. —Rees soltó una carcajada para mientras que a mí se me desprendía la mandíbula hasta el suelo. ¿Pero qué le pasa? Ni siquiera dije nada. Levantándome molesta, dejé la revista en el sillón y salí con mi dignidad intacta, ni de sueños me quedaba ahí a escuchar algo de esa.

En el pasillo me encontré a la doctora Lucía. Ella estaba hablando con mis padres, los dos asentían a todas sus indicaciones. Mi hermano tendría mucha atención en estos días lo que me dejaba a mí con Louis fuera del foco de atención, espero que se puedan hacer cosas con la costilla rota.

No había querido preguntar por Adam, ni saber a dónde lo trasladarían después de que saliera del hospital. Mi hermano realmente era una bestia, le rompió dos dientes y le abrió la cabeza, lo único que sé por mi madre era que parecía monedero, dieciséis puntos, una barbaridad.

Recostándome en la pared, maldije a la pelirroja por haberme sacado de la habitación. Me dolía el cuerpo para estar parada mientras ella habla con mi hermano, aún no dejo de pensar en la reacción de Rees, de haber sido antes, me hubiera dejado adentro. ¿Qué diablos tenía que hablar con ella? Para empezar, ¿quién era ella?

Mi paciencia estaba llegando a su límite, cuando la puerta se abrió de un golpe, la pelirroja salió molesta de la habitación. No era extraño, ella no encajaba en el mundo de mi hermano. Al menos eso pensaba hasta que vi a Rees salir detrás de ella intentando caminar con el yeso, más que caminar iba saltando, quitándose la aguja de la mano. La bata exponía toda su parte trasera mientras la llamaba bastante molesto, mis padres y la doctora comenzaron a llamar a Rees y a una tal Renny.

La chica se detuvo de golpe y volteó a ver a mi hermano. Me quedé atorándome de la risa al ver todo el culo de Rees expuesto. ¡Vaya forma de llamar la atención! Saqué mi teléfono lo más rápido que pude y disparé un par de fotografías de él medio en bolas y por supuesto un video para mostrarle a Louis.

—¡Ya te entendí! —le gritó la chica—. Ahora aléjate. Solo era una simple pregunta... ¿Por qué tenías tú que venir con esta mierda?

—Yo te respondí, lo justo es que tú también contestes —dijo agitado, recostado en la pared para mantener el balance de la pierna.

—No. ¿Está bien? Esa es tu maldita respuesta, ahora déjame recordarte que tu hermana te está tomando fotografías y video de tu culo. Con tu permiso —dando media vuelta salió a toda prisa de la sala de emergencias. Rees se llevó las manos al trasero para poder taparlo, pero era muy tarde, lo tenía en fotografía y video. Soltando una carcajada, vi cómo la doctora lo regresaba a la sala, la mano le estaba sangrando por el arrebato de arrancarse el suero.

No tenía ni idea de qué diablos había sido eso, pero la chica ya estaba en mi lista de gente favorita por haber ocasionado que Rees reaccionara de ese modo. Ahora mi hermano se estaba quejando del dolor. La doctora había advertido que no podía asentar la pierna bajo ninguna circunstancia y eso era lo primero que había hecho el idiota de mi hermano.

Cuando llegamos a casa, como era lo prometido, Louis estaba en la sala dormido. Me llevé la mano al corazón al verlo de ese modo. Mamá hizo una cara de ternura antes de seguir su camino a la parte de arriba, ayudando a mi hermano a subir las escaleras. Papá estaba agotado, podía verlo arrastrar sus pies en cada escalón que subía. Con un movimiento de manos los despedí, acomodándome a la par de mi Louis. El movimiento hizo que se despertara, ya que tenía serios problemas para moverme con este dolor de costilla.

—Te quiero —susurró cuando encontramos la manera de estar mejor los dos.

—Yo también te quiero, pequeño.

Acercando mis labios a los suyos, me sumergí en un beso que había deseado desde el primer momento que lo vi en el hospital, por toda la mierda de mis padres, los doctores, Rees y su moto y tanto medicamento, sin mencionar mi humor por la comida. Ahora

sí podía besarlo. Lo atraje con más fuerza haciendo que se diera media vuelta para quedar casi encima de mí, sus manos no tocaban nada de mi cuerpo, se mantenían a los lados, sosteniéndose. Sus brazos se marcaban en cada pequeño movimiento que hacía, era como ir al cielo de ida y vuelta, un sueño erótico en todo su esplendor.

Tomando su cara con fuerza, profundicé en el beso, tragando toda su esencia, mi lengua escarbaba hasta el último rincón de su boca, deliciosa en todos los sentidos. Una de las manos de Lou viajó hasta mi cuello, acercándose más, como si no quisiéramos que hubiera ni un solo espacio entre nosotros.

—Tus papás pueden bajar —dijo entre jadeos.

—Están demasiado cansados... Sigue, por favor —le rogué, pero este se apartó dejándome con ganas de más.

Tomándome la mano, me guio al piso de arriba. Recorrimos el pasillo donde muchas veces estuvimos rogando, donde durmió borracho pensando en que estaba enojada. Recordé muchos momentos en los que lo vi caminar al cuarto de mi hermano y los muchos otros momentos en los que se alejó del mío, dejándome sola con la esperanza que no se apartara de mí.

—¿Qué piensas? —preguntó, cerrando la puerta de mi habitación.

—En lo mucho que hemos pasado. Sabes, Louis, en toda mi vida siempre envidié la historia de amor de mamá y papá, siempre dije que quería que me quisieran de la manera en que papá ama a mamá. Supongo que ya no tengo nada que envidiar.

—No, pequeña, no tienes nada que envidiar. Te amo con desesperación, jamás pensé que fuera posible amar a alguien tanto hasta que me di cuenta de que sin ti mi vida no tenía sentido. Te amo, Hol, te amo como si mi vida estuviera unida a ti. No tienes nada que envidiar, juntos formamos nuestra burbuja de amor, una donde nadie puede interrumpir.

Sonriendo, lo tomé del cuello atrayéndolo a mí. Solté un grito cuando mi costilla hizo más del esfuerzo necesario. A este paso, definitivamente no podríamos hacer lo que tenía pensado que hiciéramos. Como era de esperarse, paramos sin camisa, Louis besaba mis pechos dedicándoles bastantes mimos, me retorció en la cama, con mucho dolor, pero la sensación de sus labios alrededor de mis pezones era toda una poesía inglesa.

Atrayéndolo arriba, me enfoqué en sus labios y en el bulto que se formaba debajo de sus pantalones. Con poca habilidad, le quité el cinturón y el botón, bajé la bragueta y escarbé dentro. Su erección ya estaba totalmente dura para mí. Jugando un poco con ella, me di cuenta de que no seríamos capaces de parar. No pude bajar sus pantalones por lo que intenté que él entendiera lo que yo quería.

—Si lo haces suave —dije más como una forma interna de rogarle que me tomara.

—Está bien, pero si te duele, me dices inmediatamente.

Me ayudó a quitar lo poco que tenía de ropa, Louis se enfocó en excitarme un poco antes de pasar al siguiente paso como quería que hiciera. Sus dedos trazaban pequeños círculos. Podría sentir mi humedad, podía sentirme excitada y necesitada de más. Cuando estaba al borde del primer orgasmo, revolcándome en la cama ignorando el dolor que se extendía en mi costilla, Louis dio el siguiente paso con suavidad. Dejando a que asimilara lo que estaba pasando, podía ver cómo se contenía de moverse con desesperación. Cuando asentí para reafirmarle que estaba bien, empezó a moverse lentamente. Una embestida tras otra, breves y poco marcadas.

Lo estábamos haciendo bastante lento, como si fuera la cosa más preciada del mundo, hasta cierto punto Lou me hacía sentir de este modo, especial. Adentro y afuera, sin parar, conservando el movimiento, lo vi contraerse. Acercándome a su oído aún recibiendo los lentos movimientos.

—Te amo —susurré sabiendo que no llegaría al clímax, no hoy, no en este estado.

Su cara se contrajo al tiempo que se dejaba ir por completo. Esto era excitante. Acercando sus labios, decidí adentrarme a su boca, a su amor. Mi Louis era único, era lindo, era todo lo que necesitaba hasta el momento.

Es impresionante cómo la vida cambia en un abrir y cerrar de ojos, cómo la vida se vuelve una y cómo luchamos por salir de las cosas que nos empujan al vacío. Hace un año nunca me hubiera imaginado estar enamorada de Louis, hace un año lo veía como un hermano mayor adoptivo, hace un año pensaba estar locamente enamorada de Adam. Ahora sé que lo que sentía por él no es ni la cuarta parte de lo que siento por este hombre al que beso en estos momentos.

¿Sueño americano?

Louis

Mamá me llamó a gritos dándome un sobre bastante grande, estaba dirigido a mi nombre y como sello postal tenía el nombre de Harvard. Mi madre estaba justo en mi línea de visión, esperando que lo destapara. Ella, William y Abbi, eran los únicos que sabían de este sueño estúpido de viajar a América para estudiar mi especialización. Quería conocer las raíces de donde venía mi madre. Ella en realidad nunca se graduó de la universidad allí, quedo embarazada antes de poder hacerlo.

Mi madre era una mujer bastante fuerte, soportó el cambio de la vida tranquila de Estados Unidos para empezar a vivir en la tediosa élite. Definitivamente esa mujer debía amar a mi padre, o al menos ser bastante arriesgada para hacer lo que hizo. Sabía que entre ellos nunca hubo una historia súper romántica, pero tener un reloj que te cuente las horas de vida, alguien que te pida que sigas con su linaje, quedar embarazada y mudarte a un mundo distinto es más de lo que cualquier persona podría soportar. De algo me alegraba, era que mamá logró dar el paso de la aceptación de la muerte de papá y ahora está saliendo con alguien, dándose la maldita oportunidad de vivir su vida.

Respiré antes de abrir el sobre, estaban temblándome las manos, emocionado por todo esto. Hace unos meses, cuando aún no sabía que Holly era maltratada por el imbécil de Adam, viajé a Boston para realizar los exámenes. En ese momento mi problema era cómo se lo explicaría a Rees, el jamás entendería porque quería irme lejos de esta sociedad, porque quería alejarme. Él no lo entendería porque era muy élite. Su vida giraba alrededor de este mundo, no conocía qué había afuera o siquiera preocupado por salir y conocer el mundo. Él soñaba con ser un político exitoso como su padre, encontrar una Agapi que fuera ardiente y dejara a

todos con la boca abierta, deseaba ser admirado y popular, tener un buen linaje. Rees era todo lo que yo no lograba encontrar dentro de esta sociedad.

Saqué la carta y la leí:

«Nos complace informarle que usted ha sido aceptado...»

Instintivamente sonreí, abalanzándome a los brazos de mi madre, leyendo la carta en voz alta. ¡Lo logré! Vaya que no podía creerlo. Esto era demasiado genial, entrar a ese lugar no era fácil, tampoco entrar a Cambridge. Cuando cerré Medicina quise aplicar para la residencia en Harvard. Debía llevar unas clases para la especialización, pero en su mayoría pasaría dentro del hospital. Me llamaba mucho la atención estudiar oncología, pero aún estaba analizando eso.

—No lo sé mamá —dije con toda honestidad—, las cosas cambiaron demasiado.

—Pero salir de la élite era lo que tanto querías. Estoy segura de que Holly se iría contigo a Boston, solo tiene que terminar sus clases en el Royal University.

—Sí, sé que lo haría, pero ella muere por su carrera de actuación y modelaje dentro de Londres, toda su vida se ha preparado para eso.

Era verdad, no podía hacerle eso. No cuando muchas veces al entrar a un hospital me debatía si esto era lo que quería o no, muchas veces me recordaba lo mucho que odiaba los hospitales y la sangre. Muchas veces sentía náuseas y odiaba cómo se comportaba la gente, lo odiaba hasta que me tocaba ser parte de una clase, ahí volvía a amarlo, cuando pensaba en las vidas que podía salvar, cuando pensaba en lo mucho que podía hacer si fuera médico. Pensaba en mi padre, en que quizá, de haber sido ahora, podía haberlo salvado. Por esto es que soñaba con ser médico, porque según me cuentan, gracias a los médicos, mi padre tuvo un poco más de vida. Solo un poco más necesitaba para conocer a mi madre, por esa razón estaba aquí.

Dejando la carta encima de mi cama, comencé a caminar por toda la habitación, tenía una decisión que tomar, una que definiría lo que quería para el resto de mi vida. Ya sabía que esto era lo que quería, quería ayudar a las personas, me tenía que acostumbrar a verme como médico y no bloquearme cuando me hablaran acerca de Medicina.

—Tengo que hablarlo con Holly —logré decirle a mamá.

—Ella se ha preparado para ser parte de esta élite toda su vida, tú has querido irte desde que tienes 15 años. Tú quieres apoyarla en su carrera, creo que lo justo es que ella también te apoye a ti.

—¡No lo entiendes, mamá! —estaba elevando la voz, pero no me gustaba que pensara que Holly no me apoyaría—. Si yo se lo pidiera, ella lo haría, incluso, dejaría todo por mí. Pero no entiendes, no es fácil la decisión que tengo que tomar, de esto depende mi futuro. La amo y no quiero dejarla.

—Pero también te amas a ti —me recordó mi madre un poco más calmada—. Tienes que serte fiel a ti, amarte a ti, si quieres amar a Holly. Solo recuerda eso.

Un poco sentida, se retiró de mi habitación dejándome con mil preguntas en la cabeza. Definitivamente tenía que hablar con ella. Sé que me dirá que me apoya en la decisión que tomé. Ella no es envidiosa, piensa más en las demás personas antes. ¡Mierda! Ahora no sabía qué hacer.

Tomando mis cosas, salí a la casa de los Hamilton, Holly salió con Abbi, por lo que no estaba. Caminé hasta el pasillo de los gemelos entrando en la habitación que más se acoplaba a mí. Rees estaba acostado con la pierna en alto viendo televisión.

—¿Vienes a cuidarme, Doc.? —bromeó cuando me vio entrar con el uniforme de médico. En un par de horas tenía que irme al laboratorio, ya empezaba otra vez con las prácticas.

—Sí, señor Hamilton, y lamento informarle que vamos a tener que cortarle su miembro —dije, acercándome a chequearlo—

, resulta que no funciona muy bien, últimamente está pensando más con esa cabeza que con la otra.

—¡Vete a la mierda! Holly, me las va a pagar. ¿Cómo se le ocurre subir esas fotografías?

—Tienes un buen culo, se nota que lo has trabajado bastante bien. Lo bueno es que no lo tienes todo peludo, eso sí sería un poco... ¿Asqueroso?

—No me jodas, e inyéctame esa mierda para el dolor. Me duele todo —se quejó Rees.

Acercándome a la mesa de noche, que ahora parece una farmacia completa. Tomé la cajita con la medicina y la inyección que trae incluida. Destapando la ampolla, la puse completa en la jeringa. Estaba acostumbrado a inyectar a Rees, siempre después de una competencia de motocrós, una mala caída o un trabajo duro en el gimnasio, esta era la mejor medicina.

Tomándole el brazo, metí la jeringa de un solo golpe, este dejó escapar el aire que se acumuló en sus pulmones. Presionando poco a poco, introduje todo el líquido en su cuerpo. No tardaría en hacer efecto y que este imbécil se sintiera mejor. Cuando terminé, limpié el pequeño punto de sangre que se formó al sacar la jeringa.

—¿Vas a contarme? —pregunté tirando todo a la basura.

—Sí —dijo con tranquilidad—, la carretera no está en buen estado, iba algo rápido y el auto de adelante...

—Se te cruzó, ya lo sé. No me refería a eso, la historia ya me la has contado —con esta— siete veces.

Rees se tomó el pecho para evitar que le doliera más de la cuenta al tiempo que se reía de su propia estupidez. Ya me contaron todo acerca de cómo logró Holly tomar esas fotografías y es evidente que la chica que mira con cara seria a la cámara a unos pasos de Rees es Renny. Le conté todo acerca del primer encuentro y ella me contó lo que pasó en el segundo. Me pareció extraño que ella regresara, al parecer, Rees en cama de hospital sigue siendo igual de adictivo que en persona.

—¿Qué pasó con Renny?

—¿Renny quién? —dijo medio en broma.

—Sabes de quién diablos estoy hablando. No me vengas con mierdas de que no sabes de qué hablo. Quiero detalles de qué pasó adentro.

Rees se sentó soltando un largo suspiro, últimamente andaba suspirando más de lo normal. Ya empezó con sus mariconadas. Si no lo conociera bien, diría que esta mujer ya estaba en su vida desde antes del accidente. Como si se conocieran de un pasado. Sentándome del otro lado de la cama frente a mi amigo, esperé a que hablara.

—La conocí en una carrera de motocrós, solo quería estar segura de que era yo, que no lo estaba imaginando.

—¿Una fan?

Rees soltó una risa pequeña negando con la cabeza, claro que lo era. Él era de los más grandes campeones en estas carreras, siempre ganaba y competía a escala mundial. No me extrañaría que con la pinta de Renny supiera quién diablos era Rees Hamilton o mejor conocido como Rees «Race» Hamilton. Me quedé viendo unos segundos cómo se mordía el labio.

—No sé si pueda llamarla fan, esa mujer pareciera que me odiara —lo vi apretar los labios—. Casi seguro que ella tenía rollo con Brol, no sé por qué, pero recuerdo que ella estaba con él, ahora que asimilo más las cosas.

—Se ve demasiado inocente para estar con ese matón —dije y recordé a Brol de las demás carreras. Este mundo del motocrós no era muy bien visto en la élite, nadie más lo practicaba, pero Rees lo hacía con tanta clase, que la mitad de la élite estaba para sus carreras.

Mi deporte nunca fue tan intenso como el de Rees, la natación era un deporte tranquilo, iba a competencias, pero no me enfocaba en ser el mejor en esto. Mis prioridades eran otras totalmente distintas.

—Necesito tu consejo —dije, acomodándome en la cama—. Apliqué para Harvard.

—¿Harvard? ¿Eso no está en Estados Unidos? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Hace un par de meses decidí que quería ir a estudiar fuera, por eso me fui durante dos semanas a ver a mis abuelos por parte de mamá. Quiero salir de la élite, probar nuevas cosas. Eso era lo que quería.

—¿Piensas dejar a Holly? Para todo esto, ¿no se supone que ya terminaste?

—Médico general, toca la especialización.

Negué con la cabeza y reí un poco en la preocupación que reflejaba. Estaba tenso por cómo le iba a explicar todo, una vez las palabras salieron, todo estaba mucho mejor.

—Cambridge y los hospitales aquí son excelentes, solo quería probar algo fuera de Londres, es todo. No pienso dejar a tu hermana, la amo demasiado para eso, pero es una buena oportunidad. Solo... No sé qué hacer.

Cerré los ojos un poco desesperado, quizá Rees nunca me entendería. A él le encantaba la élite, de verdad que era totalmente su rollo, pero no el mío. Nunca pensé que fuera a enamorarme de alguna chica a la que pudiera llamar mi Agapi, siempre pensé que tenía que hacerlo para no perder el linaje que mi padre siempre quiso mantener. Si escogía una vida lejos de la élite, perdería todo. No quería decepcionar a mi padre, no quería, aunque no lo conocía. Mi madre siempre luchó porque me adaptara a esta vida, no lo vi posible hasta ahora que tenía a Holly.

—Hagas lo que hagas, estoy seguro de que mi hermana te va a apoyar al igual que yo —dijo finalmente. Levanté la cabeza para enfrentarlo, nunca pensé que diría eso. Pensé que me sacaría la madre o diría alguna de sus idioteces, al contrario, estaba frente a él, con la boca totalmente abierta. Impresionante, al parecer el imbécil estaba empezando a madurar.

—Gracias, realmente tenía que escucharte decirlo.

—Lo sé, soy lo máximo.

—Rees, una pregunta más. ¿Qué te dijo la chica para que salieras detrás de ella de ese modo? —esa pregunta nos rondaba la cabeza a Holly y a mí. Él se negó a contárselo a Holly, tenía la esperanza de que fuera diferente conmigo.

—Será un secreto que me llevaré a la tumba —dijo en tono sarcástico—. Solo te diré que está soltera fue lo único que pudo contestarme.

Ahogando una carcajada, me quedé viendo cómo mi amigo se quedaba medio perdido ante el recuerdo de la pelirroja de ojos verdes y cejas gruesas. Era bonita y se notaba que era un peligro andante. Me preguntó si Rees se termina enamorando de ella... ¿Está dispuesto a dejar una vida de élite y luchar por ella? ¿O buscará comodidad en el mundo que tanto conoce?

—Creo que Beth puede ser un buen partido para ti —dije, desviando la conversación.

—¿La loca Beth? —dijo, levantando la ceja.

—Es dulce y linda —dije, aminorando su comentario—, quién sabe, algún día tienes que tener una Agapi.

—Sí, lo sé. Ya que Charlotte se cagó en mi vida. Sabes, creo que el amor no es más que una pérdida de tiempo, a veces es tan imposible, tan complicado.

Le di una sonrisa afirmativa. ¿Quién hubiera dicho que me enamoraría? Yo tampoco creía que fuera posible, ahora estoy aquí, queriendo pasar una vida junto a la mujer que tanto amo. Ahora solo me queda una decisión que tomar, una que tomaré en conjunto con Holly, porque ahora éramos una familia, pronto mi Agapi y esperaba que algún día mi esposa.

Harvard

Holly

Mamá y tía Mary no dejaban de hablar del desfile de modas, yo también estaba emocionada por ir, aunque sea de espectadora. Fui a la academia a ver si podía hacer algo, pero como era de esperarse, fue un rotundo no. Muchas veces odiaba de la idea que tenían las academias de modelaje, o incluso las de actuación. Estaba segura de que esto era lo que quería seguir, pero el mantenerme en forma, no dejar de ejercitarme por mucho tiempo, tener que practicar durante horas para que me digan «No puede estar» porque tengo un par de hematomas que se podrían quitar con una buena capa de maquillaje.

—Era una falda a cuadros muy bonita —escuché a Mary decir.

—Sí, en tonos azules y verdes, una preciosidad.

Intentaba imaginarme como era la ropa que describían haber visto el año pasado, no lo recordaba a la perfección porque yo era parte del desfile. Ese día fue uno de los mejores días de mi vida. Finalmente, pude desfilas con tacones súper altos y usar una de las capas brillantes que tanto me gustaba. ¡Maldita vida! Fue en el único que pude estar, después de eso Adam se encargó de hacerme mierda siempre que podía.

Me levanté al baño para despabilarme un poco, un vacío algo feo se estaba formando en mi pecho. Me sentía mal y ni sabía por qué. Humedecí mis manos con un poco de agua, las sacudí para quitar el exceso y ponerlo de regreso en mi rostro. Ahora me sentía mucho mejor, necesitaba despabilar la mente.

Antes de llegar a la mesa vi a mi madre abrir los ojos como platos viendo a Mary, soltó un grito de emoción abalanzándose a sus brazos. Las dos se notaban sorprendidas, bastante para ser verdad. Me acerqué notando que ninguna me prestaba atención.

—Estoy tan feliz por él, es su sueño —dijo mamá y negó con la cabeza—. Harvard, ¡vaya! ¿Quién iba a...? ¡Holly!

Me quedé viendo, sorprendida, que parar de hablar en cuanto estaba lo suficientemente cerca. No entendí de quién hablaban, pero por la reacción de ambas y la sonrisa que conservaban en su rostro era obvio que estaban muy felices.

—¿De quién hablan? —pregunté tomando mi té *chai*.

—Nadie en especial —dijo mamá, intentando evitar la sonrisa que tenía en el rostro.

—¡Vamos! No van a tomarme de idiota... ¿O sí?

—Todo a su tiempo, no es nuestra historia para contarte, bebé. Ya te enteras del propio protagonista de la historia.

¡Bah! Pero eso sí que no me gusta. Odiaba quedarme con la duda de muchas cosas, no era justo, lo odiaba. Después de insistir un poco más, darme cuenta de que no me dirían nada, decidí dejarlo pasar... ¡Que les den! No estoy de humor para que no me digan las cosas. Hace cinco minutos todo estaba perfecto.

Cuando terminamos nuestra «ya no tan buena» reunión de mujeres, nos encaminamos a casa. Recosté mi cabeza en el vidrio viendo pasar los árboles de toda la avenida. Londres era una ciudad espléndida, llena de naturaleza y casas antiguas. Realmente no me gustaría vivir en ningún otro lugar, amaba estar aquí.

En ese momento, antes de entrar a la mansión, me llegó un mensaje. Me puse como loca al ver que era de Louis. Lo había extrañado todo el día. Ahora que empezaba las prácticas en el laboratorio sabía que no estaría para mí todo el tiempo. Medicina es una carrera ardua, requiere de mucho estudio y dedicación.

Butter: Bebé, ¿te puedes arreglar para ir a cenar esta noche? Tengo que hablarte.

El corazón se me paró. ¿Algo estaba mal? ¿Iba a cortarme?

Yo: ¿Está algo mal?

Butter: No, princesa. Solo tenemos que hablar. Te quiero, bebé.

Respiré un poco al ver el mensaje de texto. Realmente, si fuera tan malo, no hubiera utilizado *princesa* y *bebé* en un mismo mensaje. Me tomé el abdomen pensando lo peor... ¿Por qué tenía que esperar lo peor siempre? ¡Dios!

—¿Has hablado con Lou? —preguntó Mary mientras aparcaba el auto.

—Quiere que vayamos a cenar esta noche, dijo que tiene que... Hablar conmigo. Espero que no sea algo malo —dije con toda honestidad. Estaba muy nerviosa para no contarlo.

—Oh, no, cariño —dijo Mary, abriendo su puerta para bajar del automóvil—. No es nada malo, es algo bueno, algo que requiere de una decisión y mucho apoyo.

Me quedé viendo a la Mary, con su piel morena clara, sus ojos oscuros y sus labios carnosos. Esta mujer sería algún día mi suegra y quería... Oh. Por. Dios. ¡Louis va a comprometerse conmigo! ¿Por qué no lo pensé antes? ¡Dios! Estaba tan segura de que iba a cortarme y lo único que quería era arreglar las cosas, quería que fuéramos uno solo. ¿Cómo no lo pensé antes? ¡Voy a comprometerme!

—Tengo que arreglarme... ¿Qué voy a ponerme? ¡Ah! — dando media vuelta salí corriendo a la casa sin decir nada más. Tenía que encontrar algo muy lindo para la cena. ¡Voy a comprometerme!

Después de verme diez veces en el espejo, decidí que así estaba bien. Me puse un vestido largo, uno que reflejaba formalidad informal, una mezcla rara. Era de tela, color hueso, con el escote bien pronunciado. Me coloqué collares largos, aretes cortos, pulseras, zapatos dorados a juego con la joyería y me recogí el cabello en rizos altos. Me sentía guapa, volvía a ser yo a pesar

de todo. Adam me bajó la autoestima que tenía, pero Lou se ha encargado de subírmelo en cada segundo de mi vida.

Le mandé un mensaje a Lou para avisarle de que estaba lista. Cuando salí de mi habitación, caminé al cuarto de Rees, modelándole un poco mi ropa. Mi hermano decía groserías acerca de mi escote, pero lo ignoré. Estaba demasiado emocionada para explicar que por el escote compré este vestido. No le mencioné nada a Rees del compromiso, de seguro ya lo sabe, quiero que Louis crea que no me lo imaginaba. No quiero arruinar la sorpresa.

—Estás hermosa, Sisi.

—Gracias —dije, dando media vuelta.

—Te puedo decir algo —dijo, tendiéndome su mano inmovilizada—. Te diga lo que te diga Lou, intenta apoyarlo. No será fácil para él. ¡Oh, Dios! Sí, iba a comprometerme. Esto no sería fácil para él porque nunca se hubiera imaginado en comprometerse. ¡No puedo creerlo! Mi niña interior está gritando por todos lados, subiéndose a mesas y camas, brincando como loca. Nunca, ni siquiera con Adam sentí esta emoción.

—No te preocupes, es algo que nos tiene tensos a los dos. Feliz noche nalguitas paradas y sexis. Te veo mañana y te cuento cómo me fue —dándole un beso en la cabeza, salí a la entrada. El aire se adhirió en mi piel, pero tenía un chal dorado con negro que contrastaba con todo. Lou me esperaba en su deportivo.

—¡Wow, Hol! Ahora me siento mal. ¿A dónde te voy a llevar?, no esperaba que aparecieras luciendo como una princesa.

¡Santa mierda! Lo logré, logré la impresión que quería darle. Guiñándole un ojo, me subí al deportivo. Acomodándome en el sillón, me coloqué el cinturón de seguridad y esperé a que él hiciera lo mismo. Sin decir nada más, nos encaminamos al restaurante. De los altavoces salía una música hermosa instrumental, para nada el tipo que a Louis le gustaba escuchar. Su rock pesado estaba en el

pasado. Podía sentir cómo todo encajaba en su lugar. Me sentía feliz.

—Me gusta esa camisa —dije, revisando lo que tenía puesto, a pesar de que pensé que el día que se comprometiera, Louis iba a estar mucho más elegante. Pero viéndolo con esa camisa negra en forma de V, los vaqueros ajustados y el cabello alborotado, me indicaba que esto era más informal de lo que me imaginé.

Pensé en qué haríamos al salir de aquí... ¿Qué habrá planeado? Irnos a un hotel y estar solos los dos, o quizá la familia estaría esperando pornosotros para celebrar con *champagne* y fresas con chocolate. Estaba que no encontraba estabilidad. Nervios. ¡Malditos nervios! Estaban matándome.

Cuando finalmente llegamos a un restaurante de sushi, me sentí algo confundida. No era tan elegante como esperaba para el día del compromiso. De igual manera, me encantaba el sushi, por lo que no puse resistencia. Nos sentamos en la mesa de un reservado, no estaba la mesa lista, por lo que esperamos cinco minutos. Otra cosa que me dejaba confundida, de haber estado listo para pedir mi mano, mínimo hubiera llamado a alguien para arreglar un par de cosas. Cuanto más tiempo pasaba, más me decepcionaba.

Louis no estaba siendo nada romántico para pedir mi mano, me imaginaba algo más como una típica historia dramática de Disney. Bueno, quizá no tan Disney, eso sí que es miel al mil, se conocen y ese mismo día se casan, no, definitivamente me quedo con la historia dramática de un libro o una película.

—Princesa, te ves nerviosa... ¿Está todo bien?

Me removí una vez más en mi asiento. Claro que estaba muriendo de nervios, más que nervios, estaba confundida, malditamente confundida. Retorciendo mis manos en el regazo, levanté la mirada para ver esos ojos grises que tanto me enloquecían. ¡Mi Dios Inglés! Este hombre era toda una poesía. Se veía increíble con ese pelo todo revuelto.

—No, amor... ¿Querías hablarme? —Cuanto más rápido... Mejor.

—¡Ah, sí! Pero no ahora, comamos primero.

¡No! Quiero saberlo ya... ¿Qué tan difícil puede ser? Esto es una tortura china en todo su esplendor. Qué pesadilla. Revisamos el menú por varios minutos para acabar pidiendo un barco de sushi, me pegaría la comida de mi vida. Normalmente, una mujer nerviosa pierde el apetito, pues a mí no, estaba a punto de comerme treinta y cinco rollos de ser posible. ¡Malditos nervios!

—¿Cómo te fue en el laboratorio? —pregunté para distraerme.

—Bastante bien, cada vez pienso más en oncología como mi especialidad.

—¿No es muy cruel todo ese asunto? Mucha gente muere en esa especialidad —de verdad que a veces no lo entendía.

—Quiero salvar vidas —dijo, bajando la vista a su mantel chino.

—Yo te voy a ayudar —le di una sonrisa recordando a Rees y sus palabras.

—¿Por qué oncología?

—Es por mi padre, Hol. —Louis abrió los ojos sorprendido de haberlo dicho... ¡Jesús! Estaba hablando de Lui. Casi nunca lo hacía.

—Perdón... —No me quedaba más que pedir disculpas, tenía que dejar de presionarlo.

Me encantaba que Louis quisiera ser médico por su padre, no lo sabía hasta ahora que esa era la razón. De pequeño, se escapaba a hospitales a visitar gente con cáncer. Nunca entendí bien por qué, hasta que mamá nos explicó a Rees y a mí la causa de la muerte del Lui Montgomery. Escuché maravillas de ese hombre, que me hizo añorar haberlo conocido.

—Solo no dejo de pensar en él últimamente, me gustaría que estuviera aquí, sabes... Creo que a él le gustaría que fueras mi Agapi.

Mi cuerpo completo se tensó. ¡Un indicio! En ese momento me dejó de importar el lugar, lo informal de la comida, me importaba una mierda todo. Lo único que importaba en este momento era él y yo, nada más. Le sonreí al tiempo que él mesero nos interrumpió colocando el barco en su posición. ¡Madre santa! Esta cosa es enorme. Instantáneamente la boca se me hizo agua.

Sin mencionar nada más, nos metimos a una plática de los rollos más ricos. Hablamos del salmón, de las huevas de pescado y el atún crudo. Por unos segundos olvidé que estaba a punto de comprometerme, ignoré el hecho que Lou estaba pensando en su padre y en que le gustaría que estuviera aquí, ignoré todo, menos a él... Y el sushi, por supuesto.

Al menos dos horas pasaron entre risas, degustaciones y adivinanzas. Nos dio por jugar «prueba este rollo» uno cerraba los ojos y el otro le introducía un rollito de sushi, teníamos que adivinar cuál de las tres opciones que colocábamos antes. Algo absurdo, porque perdí más de la mitad de las veces, estaba segura de que este hombre estaba haciendo trampa.

Cuando ya no podíamos comer más. Me acerqué un poco para tomar su mano por encima de la mesa. Soltando un suspiro pronuncié un «Gracias por la cena, amor», estaba cansada y ya quería el siguiente paso, necesitaba saber que estaba a punto de pasar. Mi emoción, corazón y cabeza no podían más.

—Nena, tenemos que hablar y esto no es fácil para mí. —
¡Alguien que me agarre confesada! Estoy que muero.

—Lo sé, bebé, pero tienes que confiar en mí —interrumpí.
Diablos, Holly, quédate callada Me recordó mi subconsciente.

—Antes que tú y yo empezáramos esta locura, yo tenía sueños... Con salir de este lugar, de viajar, vivir fuera, alejarme de esta maldita élite. No me encontraba y no quería encontrarme en

este lugar —soltó un suspiro—. Apliqué a Harvard hace casi un año, no tuve respuesta por lo que pensé que era caso fallido. Ayer mandaron la carta de aceptación para mi especialización.

¿Harvard? Un momento... ¿Aplicación? Creo que estamos teniendo un colapso mental en estos momentos. Louis está hablando una cantidad de muladas. No puede estar con esas cosas aquí, no el día que nos vamos a comprometer. ¡Diablos estoy confundida!

—Me aceptaron, Holly, me aceptaron en Harvard.

Algo sigue sin cuadrar en mi cabeza... ¿Estamos hablando de Harvard? ¿Eso queda en Estados Unidos? Negué con la cabeza.

—¿Qué?

—Harvard es una universidad en Estados Unidos, es una de las mejores universidades, no es que no esté conforme con Cambridge, me encanta estar allí, pero quería viajar, vivir mejor por un tiempo. No sé qué hacer, es una decisión difícil. Quiero que tomemos esta oportunidad para pensar en nuestro futuro...

¡Aquí va! Dios todo ese discurso para pedirme que sea su Agapi, para que nos casemos en algún futuro, para que formalicemos. Mi emoción es demasiada, no sé qué hacer con tanta información. La noche parecía ser la más perfecta del mundo.

—¿Qué necesitas de mí? —dije y sonreí como una loca.

—Que me ayudes a decidir, Hol. Solo no sé qué hacer, irme a América y dejar todo o quedarme aquí e ir a Cambridge.

—¿¡Irte!?! ¿Qué? —grité, ¿dónde está el... «quiero pasar el resto de la eternidad contigo, sé mi Agapi»?

—Nena, necesito que esta sea una decisión de los dos para que funcione, no pienso dejarte.

—¿Quieres irte a vivir a América? ¿A Estados Unidos de América?

—No lo sé solo... Yo, no. No lo sé, ya lo había dado por un rotundo no, pero hace unos días, cuando la carta llegó, pensé en ir

y probar, es un mundo distinto. Quiero explorar, salir, vivir un poco más. Podríamos hacerlo juntos.

Me aclaré la garganta unos segundos antes de verlo. Esto tenía que ser una broma. ¿Irse a Harvard? ¡Diablos, no! No quiero perderlo, pensé que esta noche se trataba de una propuesta para ser mi Agapi, no podía ver mi vida fuera de Londres, amaba este lugar. ¡Ni loca! ¿A él qué le pasa con todas estas cosas?

Me di la vuelta para llamar al mesero. Este llegó al segundo.

—La cuenta, por favor —le dije con amabilidad.

—¿No vas a querer postre? —preguntó Lou frunciendo el ceño.

—Quiero ir a casa, por favor —dije al borde de las lágrimas.

¿Cómo quiere que reaccione? Esto está mal. Entiendo que quiera irse, pero no puede dejarme aquí, no cuando yo estoy completamente enamorada de él, no cuando mi vida se ha vuelto suya. Podría superar estar sin él, pero lo amaba demasiado.

—Bebé, ¿qué pasa? —acercó su silla para quedar justo a mi lado.

—Te quieres ir, eso está bien, lo entiendo. Pero no puedes dejarme aquí. Lou... Te... Yo, ammm.

—Tenía que decirlo de una vez por todas—. ¡Te amo! ¿Está bien? Te amo como una estúpida, no quiero que me dejes. Me aterra una vida sin ti. Pero me vienes con tus sueños y que es lo que quieres. No voy a impedírtelo, esa es tu vida. Solo... Llévame a casa.

—Pero, Hol, yo quiero que tú te...

—Por favor, este no es el lugar.

Louis asintió con la cabeza no muy seguro si acceder o no. El mesero trajo la cuenta, Louis colocó su dedo en el aparatito que escaneaba la huella digital para debitar el dinero de su cuenta. Estaba perdida en mis pensamientos, perdida en cómo diablos me arreglé y me emocioné tanto en algo que yo solita imaginé. Eso me pasa por creer en cuentos de hadas... ¡Maldición!

Salimos del restaurante, caminamos hasta el deportivo y, cuando estaba a segundos de subirnos, solté el suspiro y la frase que no debí decir.

—Esta noche no es lo que esperaba —dije, limpiando la lágrima que resbalaba por mi mejilla.

—¿Qué esperabas, princesa? —dijo, acercándose a mí. Tenía intenciones de abrazarme, pero veía su resistencia por darme mi espacio.

—Pensé que al terminar la noche tendría un Agapi, no un... Un novio que quiere alejarse de mí e irse a Harvard.

Los ojos de Louis se abrieron al igual que su boca. Estaba segura de que la mandíbula estaba tocando el suelo. Me encogí de hombros antes de dar media vuelta y caminar a un costado del vehículo. Louis se subió junto a mí, prendió el automóvil y sin decir una sola palabra, regresamos a casa.

De a poco me limpiaba las malditas lágrimas traicioneras del demonio, salían involuntariamente y las odiaba. Sabía que él las notaba, pero ya no importaban. Quería ir a casa. ¿Cómo diablos se me ocurrió pensar que esta noche se trata de una pedida de mano? ¡Pero qué estúpida!

Finalmente, entramos a la mansión. Lou tomó el camino a la entrada de mi casa, no se quedaría, por lo que no fuimos a parquearlo del lado de su casa. Esta noche él tenía que ir a su habitación y yo a la mía a pensar mucho. Si él quería irse, por mí estaba bien. Yo no me iría a ningún lugar.

Sin decir adiós, comencé a subir las escaleras, hasta que Louis me tomó del brazo para darme la vuelta.

—¿Creías que iba a proponerte esta noche?

—Bueno, yo...

—¿De dónde diablos sacaste eso, Hol?

Me quedé viendo su reacción, aquí la enojada se supone soy yo, no él.

—Que no te importe, campeón, ya me voy. Hablamos mañana —respondí liberando mi mano.

—¡No! —dijo con un tono de voz que jamás había escuchado en él—. Vamos a hablar ahora, como la maldita gente. Vas a escucharme y vas a madurar, ya tienes edad suficiente, Holly Marie. Quería que tomáramos la decisión juntos, si querías o no ir conmigo. No voy a dejarte. ¡Maldita sea! ¿Cómo puedes, incluso, pensarlo? Te amo demasiado para dejarte, es solo que... Era algo que quería antes de conocerte. No sé si quiera irme o no, pero necesitaba hablarlo contigo. Como pareja decidiéramos que era lo mejor.

¡Vaya! Verlo de ese modo me excitaba un tanto. Era increíblemente sexy, aun así, no podía dejar de pensar en que quería irse. Si se quedaba aquí, no cumpliría su sueño No quería arruinar sus ilusiones tampoco.

—Yo amo Londres, Lou. Quiero estudiar arte dramático, mi vida está aquí, mi hermano, mi familia... Solo... Lo lamento.

—Eso es un «me quedo» en Londres —dijo mientras alzaba una ceja.

—Eso es exactamente lo que es. Pero no voy a tirar tus sueños. Son TUS sueños, Lou, no los dejes solo por estar a mi lado. Si lo que quieres es irte, vete. No voy a detenerte.

—No lo entiendes, Hol. No son solo mis sueños, son cosas que quiero pasar junto a ti. Despertar cada amanecer y tenerte ahí, sin ti Harvard suena como algo que ya no quiero hacer.

—¿Tenerme cada amanecer? —pregunté sonriendo. Eso me hacía pensar en mamá y papá con sus atardeceres.

Louis se acercó, tomándome de la cintura para acercarme a él. Mis brazos lo rodearon por el cuello, más que una costumbre, era un instinto tenerlo cerca.

—Cada amanecer del resto de mi vida. Quiero que mi día comience contigo, quiero asegurarme que cada vez que abras esos ojitos divinos, sea yo lo primero que veas. Te amo, Hol.

—Bésame —rogué. Necesitaba sentirlo.

Acercándome más a él, dejé que sus labios me llevaran al cielo de los besos. Su lengua invadía mis labios como una tormenta de emociones, me tomaba con la misma desesperación que yo lo hacía. Nos necesitábamos como el pez necesita el agua, como un niño necesita a su madre.

Esa noche no discutimos más de Harvard y en la mañana que Louis se fue al laboratorio, no mencionó nada. Tenía que pensarlo bien ahora que ya entendía un poco más las cosas. Irme no era una opción, no mientras estuviera terminando mi carrera. Me faltaba este año para terminar, luego tenía mis planes ya hechos.

Encendí mi portátil y decidí investigar antes de llegar a una decisión. No iba a permitir que él dejara sus sueños, pero yo también tenía algunos que cumplir. Respiré hondo antes de iniciar mi búsqueda.

Sueños

Louis

Me senté en el sofá, atrayendo el cuerpo diminuto de Holly. Mi pequeña estaba con unos pantalones de tela grises, una blusa blanca de manga tres cuartos y su cabello recogido en una trenza sencilla. Me encantaba ver cómo se veía tan natural en ropa tan de élite. Intenté imaginarla en Boston, con ropa mucho más informal, más relajada, más ella. La imaginé riendo, tomando Starbucks, caminando con tranquilidad sin tener la mirada de todos criticando.

—Así que ya te decidiste por cuál de las dos —pregunté, viendo los formularios que tenía que llenar.

—Sí, creo. Aplico a los dos y vemos cómo me va. No es como que llene todos los requisitos para entrar a la BBC, aunque es mi favorita —dijo y le echó un vistazo a la larga lista de requisitos.

—Para mí llenas todos —dije, apretándola un poco más a mi pecho.

—Eso es porque estás enamorado, tontito —me dio un beso en la mejilla y esperamos a que sus padres bajaran y la mía apareciera en algún lugar recóndito de esta casa.

Tomamos la decisión de irnos a América por una sencilla razón, mi sueño. Sabía que Holly estaba bien, no necesitaba alejarse de la élite, amaba esto de ser el centro de atención, las veladas, las fiestas, los desfiles de modas. Intenté explicarle que vendríamos de visita con frecuencia y que prometía no alejarla de todo este mundo más de lo necesario, en cuanto me graduara, regresaríamos. Tampoco imaginaba haciendo mi vida fuera de Londres, solo quería vivir un poco la experiencia de salir y conocer.

Cuando finalmente William, Abbi y mamá entraron a la sala familiar, nos sentamos un poco más rectos para una plática que

significaba el futuro de nuestra relación. Tomando la mano de Holly, para darle seguridad, expliqué, como ya sabían, había sido aceptado en Harvard, que era un sueño que tenía de años atrás y que estaba dispuesto a irme a sacar mi especialización. Para toda esta conversación, Abbi no dejaba de ver a su hija, que estaba nerviosa, como era de esperarse. Cuando finalmente cerré la boca de mi explicación de lo que quería y a dónde quería llegar, todas las miradas cayeron en Holly. No iba a ser yo quien digiera su decisión, era suya, de nadie más.

—Yo me voy con él —dijo segura de sí misma, la manera cómo lo dijo hizo que se me hinchara el pecho de orgullo. Tenía tanto de no verla tan bien que era increíble estar así.

—Imagino que sí, pero no has terminado tus estudios y, como ya sabes, no es como las escuelas en Estados Unidos, son muy distintas, Hol, no es como si puedas hacer equivalencias como Louis —dijo Will.

—Lo sé, pensaba terminar este año y aplicar a algunas agencias de modelaje y a canales de televisión, hay un par que me llamaron mucho la atención.

Abbi se sentó mucho más cerca de la orilla del sofá observando a su hija con atención, su cabello negro resaltaba sus ojos claros, una mezcla rara, totalmente fascinante, algo que sus hijos heredaron de ella, solo que con los ojos de William. Abbi tomó la otra mano de su hija, esta se soltó de inmediato para acercarse a su madre. No quería dejarla ir, pero era algo íntimo para ellas este momento.

—¿Qué pasa con la agencia Guild? Ha sido tu sueño desde que tenías diez años, has hecho todo para estar lista y lograr entrar. ¿Estás segura de que dejarías todo eso?

Vi los ojos de Holly llenarse de lágrimas, asintiendo con la cabeza, mi corazón se rompió centímetro a centímetro al ver su inseguridad. Intentaba no recordarle Guild, sabía que era su punto débil y odiaba a Abbi por hacerlo. Pero al mismo tiempo entendía

perfectamente que no podía no decirle, era su madre y tenía que ponerle todo en la mesa para que ella tomara la mejor decisión.

—Lo amo. —Fue lo único que salió de su boca.

—Lo sé, pero yo también te amo y quiero que lo que hagas, lo hagas sin sacrificar nada. Hay relaciones a larga distancia, lo irías a visitar y él podría venir también. Tú sacarías tus estudios y él también. Los dos cumplen sus sueños y cuando sea tiempo, estarán juntos. No quiero que des más de lo que tu corazón esté dispuesto.

—Lo pensé mucho mamá, pero... ¿Tú te hubieras separado de papá de esa manera? —Abbi no respondió, solo se quedó observándola. Claro que no lo hubiera hecho, todos conocíamos lo profundo del amor de ellos dos.

—¿Cuál es tu punto? —preguntó William, acariciando la espalda de Abbi. Esto era duro para ellos al igual que lo era para nosotros. Estaban dejando ir a su hija, a un mundo lejano que no conocía. Holly nunca había salido de Europa, no conocía nada más.

—Estoy dispuesta a dejar el sueño de toda mi vida, estoy dispuesta a dejar de verme en el espejo e imaginarme en Guild, estoy dispuesta a todo por él. —Me señaló con su pequeño dedo gordo. Mi corazón se hizo una mierda más grande al ver sus ojos completamente destrozados, estaba dejando mucho por mí y lo sabía—. Terminaré mis clases en The Royal University, luego veré dónde me han aceptado y me iré. No hay discusión, hemos visto apartamentos para vivir ahí.

—Holly... —empezó a decir Abbi, pero ella levantó su mano para que no siguiera.

—Ustedes me enseñaron a luchar por amor, ustedes, solo ustedes. Así que no vengan a pedirme que tire a la basura lo único bueno que me ha pasado en la vida. Lo amo, lo amo tanto que estoy dispuesta cambiar mis sueños por él. Tendremos nuevos sueños, pero estos serán juntos, siempre juntos.

—Siempre tú —susurré a su oído. Sabía que se lo decía para recalcar que no había nadie más en el mundo al que yo quisiera tanto como a ella. Después de explicarle los planes completos, en los que ya fui yo el que habló. Les enseñé la ubicación del apartamento, les expliqué los costos y cómo viviríamos en nuestro nuevo hogar. Era pequeño, nada a lo que estábamos acostumbrados, pero no necesitábamos más.

—¿Un mes de prueba? —preguntó William cuando les comenté el mes de prueba.

—Si me dan un mes en Cambridge si quiero regresar, un mes si no me adapto a Harvard. Tomaré ese mes y a partir de eso veremos qué hacer. Solo tenemos que tener todo puesto sobre la mesa.

—Eso me parece más sensato —dijo William mientras se hundía en la comodidad del sillón—. Bueno, tienen mi apoyo y el de Abbi.

Abbi se giró con los ojos abiertos como platos, claro que William había hablado por ella. Quizá ahora no entendiera nada de esto, era su madre y las madres eran más meticulosas, pero iba a cuidar a su princesa, la adoraría y la trataría mejor que nada en el mundo.

—Abbi —dije para calmarla un poco—, daría mi vida por ella, voy a cuidarla como la cosa más preciada del mundo. Es mi princesa, mi pequeña, mi vida... Estoy enamorado y pienso hacerla feliz hasta el último día de mi vida.

La sonrisa de todos en la habitación se estrechó mucho más de lo que ya estaba. Abbi se relajó notablemente asintiendo con la cabeza. Holly apretó mi mano, como si dijera que ella también me amaba. Nada podía salir mal, no cuando nuestros corazones estaban de nuestro lado. Soñaríamos en grande, lograríamos lo imposible.

—Me voy la otra semana. ¿Me cuidarán a mi pequeña en estos días? —pregunté, atrayéndola a mi cuerpo.

—Le pondremos a Rees como guardaespaldas, bueno, cuando se recupere del todo.

Como si lo hubiéramos invocado, Rees llegó con la silla de ruedas, sin camisa puesta y solo con una pantaloneta corta. Él sabía ya nuestro plan, decidimos que debía ser el primero en saber todo, no volveríamos a mentirle ni un poco. Ya era un mes del accidente y el tiempo pasaba como agua de río. Nos tomamos el tiempo en investigar, en tomar decisiones que no me puse a pensar en el tiempo y lo rápido que había transcurrido.

—¿Ya terminaron? —preguntó Rees.

—Sí. ¿Por qué? —pregunté preocupado.

—Lou, necesito que me lleves a Brainfield —dijo y señaló la puerta.

Brainfield era de los campos de motocrós más transitados en las afueras de Londres a unos veinte minutos del centro, a treinta de casa. Me quedé observándolo unos segundos, no podía estar hablando en serio. Estaba en una maldita silla de ruedas por dios. Negué con la cabeza a punto de decirle que subiera a guardar reposo cuando William habló.

—Ni por una mierda, jovencito, te subes a esa habitación. Te queda un mes de reposo. ¿En qué diablos estás pensando? Te acabas de caer de una moto, no vamos a llevarte a Brainfield solo porque tu parte extrema quiere ir...

—No voy a ir a montar, eso es más que obvio, me quedó claro que son seis meses sin montar una o correr, no soy idiota, papá. Necesito recuperarme si quiero patearle el culo a Brat para esta temporada que viene. Sé que esta temporada estoy perdido, pero tengo que ir a ver la carrera.

—No, de ninguna manera —dijo Abbi levantándose—. De regreso a la cama.

—Por favor... —Rees sonaba desesperado. Nunca lo había visto de esa manera.

Después de que Abbi lo subiera, la vi bajar para irse con William a una reunión en la élite central. Despidiéndome de Holly, me fui con mi madre de regreso a casa. Tenía que ir al laboratorio en el turno nocturno y no terminaría hasta tarde. Colocándome mi pantalón verde y la camisa en cuello V con el logo del laboratorio de prácticas, caminé a mi deportivo. Debí decir algo, decirles que regresaran a casa. Pero sabía que Rees estaba desesperado por alguna razón de ir a Brainfield y Holly, con su debilidad, iba a llevarlo.

Observé cómo lo ayudaba a subirse al automóvil rosa. Me encantaría verlos llegar a ese lugar con un auto como ese, llamaría totalmente la atención. Reí para mis adentros. Definitivamente estos dos eran inseparables.

¡Qué show!

Holly

—Ah, no, no hasta adentro, Hol —dijo mi hermano tomándome la mano.

—¿Cómo que no? ¿Qué tiene de malo?

No entendía porque no quería que nos adentráramos más en el parqueo, cuanto menos caminara sería mejor. Pero al contrario de eso, Rees quería que aparcara súper lejos. Negando con la cabeza, me adentré al parqueo más cercano que encontré. Las personas nos observaban con ojos saltones. Definitivamente mi coche estaba llamando la atención.

—¡Mierda! Oficialmente dejaré de ser Rees «Race» Hamilton. Este coche es una desgracia. ¿No pudiste elegir blanco o negro?

Le di un puñetazo en el brazo, ignorando que aún todo su cuerpo le dolía. No entendía bien por qué veníamos a la clasificación de primera categoría si él no podría asistir. Se preparó durante meses para esto y ahora estaba todo en el olvido. Sentía lástima por mi hermano, pero él solo se buscó conducir como degenerado.

Se negó a usar la silla, por lo que le di las muletas para que pudiera sostenerse. Lo vi hacer un par de muecas de dolor, pero no dije nada, sé que mi hermano necesita estar aquí por alguna razón y yo quiero descubrir cuál es esa razón. Caminamos durante unos diez minutos en los que mi hermano solo observaba todo a su alrededor. Como si buscara algo o a alguien. Después de lo que pareció ser una eternidad, muchas personas se empezaban a acercar a él a pedir fotografías y reclamar autógrafos, los cuales no podía dar por las muletas.

De pronto observé a mi hermano sonreír al ver a una pequeña con cabello rojo, la reconocí de inmediato. Era la chica que hizo

que Rees enseñara todo el culo en el hospital. Me quedé observando cómo la veía, de pies a cabeza. Ella se acercaba con un top verde, el estómago descubierto y unos vaqueros de cintura baja. ¡Vaya mierda! Esa mujer tenía el estómago más plano que tabla de picar. No como esas fisiculturistas exageradas. Sus pechos eran mínimo una copa C y los tatuajes en uno de sus brazos era todo un arte. En un principio me pareció grotesco, pero luego, comencé a entender el arte en el blanco y negro y los pequeños rasgos de color que sobresalían en ese brazo. Cuando la tuve un poco más cerca, me di cuenta de que eran tatuajes pequeños, no completamente tatuado, aunque, de lejos, eso aparentaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ignorando a la gente que reclamaba fotografías.

—Vine a ver a Kim —dijo con indiferencia—. ¿Quieres también una fotografía?

—No, ni loca.

La chica se cruzó de brazos como si retara a mi hermano a un duelo de antipatía. Nunca en mi vida había visto a Rees actuar de la manera en la que se estaba comportando con ella, como si fuera su peor enemiga. Encogiéndose de hombros soltó una carcajada.

—Sí, ya tienes una. Se me olvidó que hace unos meses hasta hiciste cola para conocerme.

—¡Cállate, imbécil! Fue por una apuesta. No es como si de verdad quería conocerte.

Las personas a nuestro alrededor se pararon a observarlos. Vi cómo el perverso bajaba a cada oportunidad a verle las tetas a esa mujer. ¡Dios mío! Lo traje a ver a una mujer. Era un gran mentiroso, me dijo que era para ver a sus amigos correr, le creí y ahora estoy aquí, de pie, viendo cómo la reta a ella a un duelo de inmadureces. ¡Genial!

—Sí, claro... ¿Me disculpas? Tengo a ciertas chicas que atender —dijo y tomó a una de ellas por la cintura. Esta se recostó en su hombro como toda una buena fanática.

Aún no me podía creer ¿dónde está mi hermano? Él no es como todos estos motociclistas, él tenía valores de élite. Respetuoso, sobre todo con las mujeres. Alguien me tomó de la cintura, pegué un grito que llamó la atención de Rees soltando las muletas. Me di media vuelta para ver Kim.

—Holly Molly —dijo con entusiasmo—. ¡Cómo me alegra que trajeras a Race!, lo voy a extrañar en el campo de batalla. No será tan intensa la carrera sin él.

—Como sea, este idiota tiene que guardar reposo. ¿No es así, Race? —dije imitando la voz de Kim—. No sé si vino por ti, o por la pelirroja que está ahí —señalé a la chica.

—Sí, bueno. —Lo vi ponerse rojo, no pude evitarlo, pero vi a la chica sonreír un poco ante mi comentario. Negando con la cabeza, vi a mi hermano compartir unos *tips* de motos con Kim, eventualmente llegó su otro amigo, Brad, supongo que así era su nombre. Los amigos de Rees de motocrós son un mundo que no conozco por completo.

Saqué mi celular un poco aburrida y le mandé un mensaje de texto a Lou.

Yo: Te quiero.

Butter: Espero no le pase nada a tu hermano por llevarlo a la carrera.

Yo: Tú, ¿cómo sabes eso?

Butter: Te puse un chip de rastreo...

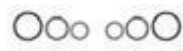
Me quedé observando el teléfono, estática. ¿Pero qué mierdas? Estaba a segundos de llamarlo muy molesta cuando recibí otro texto.

Butter: Es broma, no tienes ningún chip. Te vi salir con Rees en tu auto de la mansión, no soy estúpido. Me hubiera encantado verlo llegar a esas carreras con un auto rosa.

Yo: solo te diré que lo disfruto bastante.

Después de una eternidad, vi a mi hermano con signos evidentes de cansancio. Logré convencerlo de regresar. Cuando íbamos de camino al auto. Vimos a la pequeña pelirroja colgada del brazo de Brat. Sabía que él era el competidor más fuerte de Rees, se odiaban. Sus ojos se fijaron en la pequeña, antes de seguir su camino un tanto desafiante.

No entendía bien que estaba pasando, pero esto, cada vez se ponía mucho más interesante.



Estaba desesperada en mi primera clase después de unas largas vacaciones. Era finales de septiembre, dos semanas atrás, Louis se había ido a Boston. En un principio, acepté no tenerlo por una temporada, pero ahora, estaba empezando a considerar que no era una opción para mí una relación a larga distancia. La desesperación de no poderlo ver todos los días como unas semanas atrás, era de lo peor.

Cuando nos despedimos en el aeropuerto, lo besé como si mi vida dependiera de ese beso. No me imaginé que ese beso tenía que alcanzarme para todo el mes. Me llevé los dedos a los labios aún imaginando sus labios sobre los míos. Vaya que sí lo extrañaba.

El cumpleaños de Louis fue hace una semana y por primera vez no lo pasamos juntos en familia. Era el primer cumpleaños que pasábamos como pareja y tuvimos que hacerlo de lejos. Esto era extremo y triste a la vez.

En estas dos semanas, lo único que hemos hecho es hablar por Skype. Tanta es nuestra necesidad que, incluso, hicimos ciertas cosas frente a la cámara que nunca pensé en hacer. Después de una larga plática, reté a Louis a enseñarme que tanto me extrañaba.

Veía cómo se tocaba de arriba abajo. Yo hice lo mío, enseñándole cómo mis manos lograban llevarme a un clímax intenso por la simple razón que él no estaba cerca. Eso debía aplazar un poco la intensa necesidad de tenerlo dentro, pero en lugar de eso, la despertó aún más. Cada noche que podíamos, hacíamos lo mismo.

—Dios, nena. ¡Más rápido! —decía Louis, acelerando su agarre.

Con un gruñido de parte de él y un grito agudo de mi parte, nos dejábamos ir. Era la única conexión que teníamos. Después de ese intenso encuentro, nos dormíamos con el portátil encendido, si me despertaba en la madrugada y veía la pantalla, podía verlo tan tranquilo durmiendo en su habitación del otro lado del mundo. Era extraño, ya que por el cambio de horario, uno de los dos debía aguantar despierto al otro, en nuestro caso, yo era la que sacrificaba mi sueño, sus jornadas eran demasiado largas y cansadas. En poco tiempo comenzaba mi último año y dudaba aguantar el ritmo de no dormir lo suficiente. Intentaba no pensar en qué dejaría atrás, en este lugar.

Intentaba no pensar en Guild, intentaba no pensar en nada, absolutamente nada. Si lo hacía, quizá me aterroraría tener que viajar. No quería decepcionar a Louis, pero cuanto más tiempo pasaba, mi cabeza me la jugaba mucho. No quería estar lejos de mi familia, de mi hermano, de mis amigos, de mi vida. Sabía que no era para siempre, pero todo se sentía tan fuera de línea. Estaba acostumbrada a una vida de élite, no sabía cómo irme o cómo separarme de todo.

—Así de fácil funciona el sistema democrático en países como España, Alemania, Italia y Francia —decía el profesor McDeamon. Estaba completamente aburrida con las clases. La política y yo no combinábamos muy bien, no era como Rees. Pasándole el cuaderno a mi hermano, este leyó la nota que le puse en letra poco legible, no tenía ni ganas de escribir.

«Me explicas en casa».

«Eres una haragana. La clase está fantástica»

Puse los ojos en blanco ignorándolo por completo. Definitivamente ya me explicaría. Siempre era la misma historia, Holly no entendía, Rees me explicaba. Así de fácil y sencillo. Él era el buen estudiante con excelentes notas, yo era la rebelde.

Cuando las clases terminaron, arrastrando los pies llegué a mi auto. Rees se cruzó de brazos negando con la cabeza. Insistió tanto que manejara su auto negro convertible, pero me negué porque era demasiado gracioso verlo subido en mi auto rosa. Cada día Rees se veía mejor, su pierna mejoraba y en pocos días le quitarían el yeso. Lo notaba bastante desesperado sin poder moverse con la libertad que amerita esto.

Me gustaba vengarme de su situación, casi nunca usaba mi auto porque venía con mi hermano, hoy podía poner música de niñas, bajar el descapotado y cantar como si fuera muñeca Barbie con mi clon Ken al lado. Me sentía bastante contenta con toda esta situación.

Cuando finalmente logré llegar a mi habitación después de pasar comiendo unas galletas con leche, me acosté en mi cama revisando por quinta vez el celular sin respuestas de Louis. ¿Qué pasa si encontró a otra chica? ¿Qué pasa si se fue a una fiesta de fraternidad como el fin de semana pasado? Al parecer en Harvard hacían fiestas al igual que en la élite, a cada oportunidad. No iba a mentir, una parte de mí estaba tensa por todo este mes. ¿Qué pasa si encuentra a alguien mejor que yo? Al fin y al cabo, yo soy élite y eso es lo que él no quiere.

Yo: Te extraño.

Esperé a que contestara, pero no lo hizo. Lo dejé a un lado e intenté leer las revistas nuevas que mi madre me había traído. La verdad es que nada de lo que hiciera me distraía. Estaba perdida en

mis pensamientos. ¿Por qué de pronto sentía que todo estaba mal? ¿Por qué las inseguridades regresaban?

Ya había pasado más de un mes desde que Adam perdió el control, más de un mes desde el accidente de Rees y un mes de sentirme segura. Aun así algo me faltaba. Me levanté de la cama sin pensarlo, Louis no contestaba y yo estaba desesperada. Me subí a mi automóvil y manejé hasta Feelspring. En la entrada me identificué con mi nombre, en un principio se debatieron si dejarme entrar, finalmente, lo conseguí.

El centro de rehabilitación era blanco con celeste. Tenía muchas habitaciones y un jardín enorme con varios pacientes caminando en él. El aire frío empezaba a sentirse por lo que me apreté más el abrigo. Caminando a la habitación 202. Llamé a la puerta consciente de que Adam sabía que estaba afuera, le preguntaron antes de dejarme entrar. Estaba nerviosa, pero, aun así, él dijo que no tenía problema con verme.

—Pensé que nunca vendrías —dijo con una sonrisa. Estaba sentado en una silla frente a la ventana. En la mesita tenía una pila de libros.

—Siento no haber venido antes, te debo pedir disculpas —dije, sentándome frente a él. Adam levantó una ceja, como si no creyera lo que escuchaba—. No por dejar que te encerraran en este lugar, te pido perdón por no haber hablado antes. Necesitabas ayuda y yo... Solo...

—Tú hiciste lo que te pedí que hicieras, nena, el único que tiene que pedir perdón soy yo. Lo lamento, no sé cómo fui capaz de... Vi fotos.

Ahora la confundida era yo. ¿Fotos?

—¿Qué fotos?

—De cómo quedaste, incluso, vi un video que alguien grabó de la mitad de la pelea, de cómo tu hermano me rompía el culo frente a todos. Lamento lo de su accidente también, fui muy crudo contigo, no sé cómo perdí el control.

—Te merecías lo que te hizo —dije sin sentirme mal.

—Sí, lo merecía. Lo lamento, Hol, sinceramente lo lamento.

Nos quedamos unos segundos viéndonos. Era extraño estar frente a él y ya no sentir absolutamente nada. No dolor, no pérdida... Solo no había nada. Me puse a observar la habitación, era color café claro, con detalles en verde oscuro. Era acogedora, con una pantalla plana, un juego de realidad virtual y su portátil. Me alegraba saber que no lo alejaban del mundo por completo. Había lugares en los que no tenías absolutamente nada, eso era como volverse más loco de lo que ya estaban.

—¿Qué dijeron de tu enfermedad?

—Esquizofrenia, un nivel dos, no es tan... Grave, solo me vuelve violento y no me doy cuenta de cuando reacciono de esa manera. Es una mierda, Hol, te perdí por esto. Tanto que trabajamos en nuestra relación, éramos perfectos y ahora... No tengo nada.

—Eso no es verdad, tienes muchas cosas. Vas a salir de aquí, vas a hacer tu vida de una mejor manera, piénsalo de ese modo, no puedes dejarte vencer.

—Holly, mis padres me odian por haberlos hecho quedar mal. Mis amigos me tienen miedo y tú... Tú me dejaste, me prometiste que no te irías y te fuiste. Estoy solo.

—No hice el plan de enamorarme de otra persona simplemente pasó y no es como si tú no hubieras estado con otras mujeres engañándome. Todas esas cosas nos destruyeron, Adam. Tienes que mantenerte positivo. No me vengas con que estás solo porque los dos sabemos que no es verdad.

—Vete a la mierda —me dijo y giró su cabeza para ver a la ventana. Un par de jóvenes corrían por el campo. Brincando como si fuera un parque de diversiones. Era gracioso verlos de ese modo.

—Tienes razón —dije poniéndome de pie—. No sé ni por qué vine.

Comencé a caminar a la puerta cuando la voz de Adam me detuvo una vez más. Me di la vuelta para verlo rogándome que me quedara un poco más. Me senté a la par de él. Esta vez, en lugar de hablar de lo que teníamos, hablamos de su tratamiento y de las cosas que hacían para componer su cabeza. Si seguía con ese buen comportamiento, lo dejarían ir pronto con la condición que se tomaría su medicamento y llegaría a su terapia todas las semanas.

Hablamos al menos durante una hora, sentía cómo mi corazón y mis inseguridades se cerraban. Muchas veces la única solución que tiene uno para dejar ir las cosas, es enfrentándolas. Este era de mis mayores temores y aquí estaba. Enfrentándolo. Una parte de mí se sentía completamente orgullosa, lo estaba logrando.

Cuando regresé a casa, volví a revisar mi teléfono celular, tenía dos llamadas perdidas de Louis. Pensé en si era conveniente devolverle la llamada, estaba enojada por no contestarme el teléfono. No hay peor cosa que no le contesten el teléfono a uno y que la mente te juegue como mil historias en tres segundos, pero qué más da. Lo extrañaba. Marqué su número y esperé a que contestara, al tercer tono escuché su voz.

—¿Dónde estabas?

—Tenía cosas que arreglar —dije lo más calmada que pude. No sé qué reacción tendría si se enterara que había ido a ver a Adam.

—¿Cómo está Adam? —Ay, mierda.

—¿Perdón?

Quizá si le seguía la corriente me perdería en sus pensamientos, o en los míos. Ay, dios, ¿cómo diablos lo sabe? No le dije a nadie, ni nadie me había visto. Pensé en el chip de rastreo y me enojé mucho. Imposible que hiciera eso, ¿verdad?

—Adam me llamó. —Ah, maldición con Adam, ¿qué no podía quedarse con las cosas él?

—Tenía que hacerlo, tenía que cerrar capítulos —dije en mi defensa—. Lo siento.

Lo escuché soltar un suspiro bastante largo. Definitivamente no le había gustado para nada esto y en cierto punto lo entendía. Fui a ver a mi ex, el mismo ex que me hizo daño durante un año. No era un ex como todos y ya, era un gran idiota enfermo de la cabeza.

—¿Lograste arreglar todo en tu cabeza? —Lou sonaba desconcertado.

—Sí, solo me queda entender por qué mi novio desaparece a cada rato. ¿Otra fiesta?

—Crees que me fui de fiesta. ¿En serio, Hol? ¡Mierda! Tú eres la que se acaba de ir a ver a Adam, no me digas que ahora estás celosa solo porque no te hablé.

—No me habías hablado desde ayer. Eso es... No tú. Tú siempre me prestas atención, siempre estás pendiente de mí y ahora...

—Y por un día que no puedo hablarte te vas corriendo con Adam. ¡Increíble! Holly, te hablo más tarde, no puedo creerlo.

Sin decir absolutamente nada más me colgó el teléfono. ¿En serio? ¡¿Me colgó el maldito teléfono?! Con todo el enojo cargado que tenía, tiré al diablo el aparatito lo más lejos que pude. Esto no puede estar pasando. Ahora, incluso, peleamos. Acostándome una vez más en mi cama, dejé que el enojo me consumiera. Sí, había ido a ver a Adam, pero no por enojo de Louis, los celos que sentía por Louis eran aparte, esto iba por otro camino. El camino de sanarme a mí misma.

Aún me pasaba que si alguien movía los brazos de modo muy fuerte o impulsivo, me aterraba como la muerte. Me cubría y temblaba. Ahora Rees, mis padres y la mitad de la gente entendían mis reacciones. Debería estar molesta, muy molesta. Pero en lugar de eso, estaba pensativa. ¿Realmente podría hacer esto? Quizá no,

no estaba lista para este gran cambio. Al menos, tenía diez meses para pensarlo. ¡Dios! ¿Qué iba a hacer?

Distancia

Louis

Me recosté en la silla viendo cómo pasaban las imágenes de tipos de células, era una clase básica en la que tendríamos que aprender a diferenciarlas en los microscopios los tipos de células cancerígenas. No era complicado, era muy bueno en esto, me gustaba todo lo que tuviera que ver con micropartículas. Pasaba horas leyendo acerca de ellas, me fascinaba ver lo que no se podía ver a simple vista. Cada día que pasaba me convencía que esto era lo que quería. No hay secreto detrás de la ciencia y muchos profesores decían que tenía el don médico, muchas veces lo dudé, pero viéndome ahora frente a un espejo, las dudas habían desaparecido.

La mayoría de mis clases en Harvard eran básicas, o muy avanzadas, nada que no hubiera visto en mis clases en Inglaterra. Todo estaba fríamente calculado para no sentir el duro cambio. Los profesores eran amables y bastante comprensivos. Sabían explicar y poner las cosas en contexto.

Cerré mi cuaderno cuando el profesor anunció que la clase había terminado. Entonces caminé junto a Clarisa y Bennett, que eran pareja desde inicios de ciclo. Eran buenas personas y me sentía a gusto junto a ellos. Incluso Bennett pertenecía a una fraternidad a la cual íbamos de vez en cuando a las fiestas. Era una locura cómo festejaban en este lugar, estaba acostumbrado a los vasos de cristal, copas exóticas, tragos y boquitas súper elegantes. En cambio, en la fraternidad era todo en plástico, hombres y mujeres vomitando en cualquier lugar, si tenía suerte encontraba un plato de papalinas, las cuales no me animaba a probar. No era para nada de mi gusto, sin mencionar que las mujeres se te tiraban encima, te intentaban seducir y al día siguiente ni te reconocían. Era toda una nueva aventura, al fin y al cabo fascinante. También era una odisea tener

que rechazar a tantas mujeres en tan poco tiempo, si no eran los músculos, era mi cara y o el acento británico. No sé qué tiene este acento, pero vuelve locas a todas las mujeres.

Todo sería mucho mejor si tuviera a Holly junto a mí, podría llevarla a pasear, a caminar por las distintas áreas verdes, los cines de realidad virtual y alta definición eran todo un poema, sin mencionar la comida chatarra en cualquier parte. Los *hot dogs* eran de mis favoritos, sin decir las hamburguesas de Barkly Kelly. Inmediatamente se me hizo agua la boca, quería una de esas.

—¿Lograste arreglar las cosas? —preguntó Clarisa, recogiendo su cabello rubio. Ayer cuando hablé con Holly, ella había estado en mi habitación con Bennett estudiando.

—No, no lo sé. No hablé con ella después de eso, aún no me lo creo. Impresionantemente, confiaba en ellos, sentía la pureza de su amistad, como la de Rees. Algo que en la élite era difícil de encontrar, o al menos así lo veía yo. Si lo pienso detenidamente Tammy era bastante dulce, sabía cómo hacerme feliz. Creo que estoy juzgando a la élite muy severamente, hay gente genial dentro de ella. Mi novia y mi mejor amigo eran dos que marcaban la diferencia.

—Deberías llamarla —dijo finalmente cuando llegamos a la cola del Starbucks, me estaba volviendo un adicto a este café.

—Sí, es un poco mi orgullo el que no me deja hacerlo, ella tampoco lo ha hecho por lo que supongo los dos estamos malditamente molestos.

—Yo soy el que siempre sede con Clarisa —dijo y la tomó de la cintura para besarla—. No puedo pasar más de tres horas molesta con ella. Es como el puto Infierno.

Verlos juntos me recordaba a una pareja completamente dispareja, Bennett era roquero, con su pelo largo, agarrado en una coleta, pantalones negros pegados y camisa sin manga, dejando a la vista un par de tatuajes en su brazo derecho. En cuanto a Clarisa, era una princesa de cuento de hadas. Su cabello rubio normalmente

bien cepillado, sus ojos azul cielo perfectamente delineados, maquillaje de porcelana y ropa rosa como si fuera una muñequita. Ella tan delicada y él tan fuerte, eran perfectos.

—Creo que voy a vomitar —dije cuando no se separaban.

—Apuesto que tú eres más miel que nosotros cuando estás con Holly, puedo apostar. —Bennett hablaba siempre con la sonrisa en el rostro.

—No, no somos tan románticos —dije, mintiendo una barbaridad, no tenía ni idea de su reacción cuando finalmente estuviéramos juntos y ellos nos vieran, se darían cuenta de que era un tremendo mentiroso.

Amaba a Holly más que mi vida entera, la abrazaba, besaba y susurraba cosas lindas a su oído todo el tiempo. Ella era mi pequeña. La amaba, sobre todo la extrañaba. Pasamos la línea, ordené un café con vainilla y leche, últimamente esta cosa me encantaba. Cuando finalmente nos sentamos en una mesa en el *deck* del café, me relajé una barbaridad. Las clases dentro de Harvard eran más complicadas de lo que esperaba, ya estaba acostumbrado, en mi universidad eran igual de fuertes, pero aquí era un sistema completamente distinto.

—¿Cuándo se muda Holly a Boston? —tenía dos semanas conociéndolos y no era hasta ahora que lo preguntaban. Curioso.

—Diez o nueve meses, tiene que acabar sus clases en The Royal para tener un certificado y poder entrar a la universidad. Quiere estudiar Arte Dramático o algo que tenga que ver con modelaje, lo cual me pone nervioso.

Vi a mis dos amigos reírse hasta la muerte con mi cara de «No quiero que la miren tanto», pues ser modelo significaba usar ropa corta, a veces ropa interior, cruzar una pasarela enseñando todo y permitir que el mundo entero admirase lo linda que eras. Sí, bueno, al final del día, todos se tragarían sus palabras, ella era mía, así que podían admirarla todo lo que quisieran. Seguía sin gustarme la idea, no me gustaba que vieran lo que era mío.

—No entiendo a la élite, realmente suena algo complicado. ¿No es así? Los comprometen a tan temprana edad, los casan, los obligan a quererse y para más joder la existencia, los vuelven dependientes de alguien más. Eso es patético.

—Te faltó que los obligan a estudiar algo en específico aceptado por la élite, a menos que seas este patán que hace sus propias reglas —dijo Bennett señalándome.

—Un gran aplauso para esa valentía, señor Montgomery. —Clarisa levantaba las manos de forma entusiasta.

Me gustaba pasar tiempo con ellos, siempre tan sinceros y curiosos acerca de cómo se manejaban las cosas en la élite. Casi nadie lo sabía, la mitad de las personas fuera de esta sociedad no la entendían, pero era mi hogar y por más que quería salir a probar nuevas cosas, mi mente regresaba a la élite y a la vida en ese lugar. Quizá, si hubiera crecido fuera de la élite tampoco los entendería. Pero mi vida había sido dentro, yo era uno de ellos.

—Creo que regreso en un minuto —dije, tomé mi teléfono y salí del lugar, para este momento, pensé, ya deberían ser las nueve en Inglaterra, buena hora para llamarla antes de que se durmiera.

Maqué el número uno, que era el que tiraba directamente a ella, escuché el tono unas tres veces antes de que la melodiosa voz de Holly inundara el auricular. ¡Mierda! Sí que la había extrañado.

—Lo siento —susurré después de saludarla—. Lo siento tanto.

—Regresa a casa... —dijo en un tono más bajo del que yo había usado—. Estoy volviéndome loca, las inseguridades, los miedos, las pesadillas... Todo está peor. No puedo hacer esto.

Sabía lo difícil que era para ella todo esto, no podía ser fácil, no cuando las heridas aún estaban marcadas, no cuando Adam le había dejado una cicatriz de por vida. Tenía miedo y eso era justificado, le aterraba perderse en ella misma. Esto me hacía sentir muy mal ya que no estaba para ella, para apoyarla. No estaba cerca para darle soporte cuando más lo necesitaba.

—¿De verdad quieres que vuelva? —dije y sentí una presión en el pecho bastante fuerte.

—No, no voy a dejar que no cumplas tus sueños solo porque estoy muriendo por verte, por abrazarte. Lo siento, amor, solo me siento sola.

—¿Por esto fuiste a ver a Adam ayer? —Sabía que esa no era la razón, aun así, tenía que preguntarla, no podía quedarme con la duda.

—No, solo tenía que cerrar ese capítulo, es por eso por lo que fui.

Suspiré, sabiendo que eso era lo correcto, ella debía cerrar esa mierda porque cuanto más rápido lo cerrara, sería completamente mía. Necesitaba que trabajáramos en sus miedos, en sus temores, necesitaba que trabajáramos en su confianza. Me odié por no haber estado allí para ella, tampoco estaba para sus sesiones con el psicólogo, ni para su terapia. No estaba ahí para ella.

—¿Lograste cerrarlo?

—Sí, ahora solo duele darme cuenta lo tonta que fui. —La escuché suspirar y supe que estaba a punto de ponerse a llorar, ¡Dios! Si pudiera, tomaba un vuelo ahora mismo e iría a abrazarla—. Lou, dejé que me pegara durante tanto tiempo, dejé que me manipulara y me hiciera sentir la peor persona del mundo. Eso está muy mal.

—Lo bueno es que ahora tienes a alguien que te dice lo increíble que eres todos los días, amor, te amo —dije, intentando sanar ese vacío que sabía que mi partida estaba provocando.

—Sí, lo sé. Lo malo es que esa persona se fue de mi lado... —soltó un pequeño sollozo—, al otro lado del mundo, lejos de mí.

Y con eso, supe que todo esto estaba mal. Ella no intentaba hacerme daño con sus palabras, solo quería demostrarme lo que sentía, era parte de su terapia decir lo que pensaba. Me tomé el corazón sintiendo la opresión que se formaba dentro de mí. Ella me necesitaba y yo no estaba ahí.

—Pero mira lo positivo —dijo muy entusiasmada—, ya mañana es una semana menos.

Una semana menos y mi tiempo de prueba se terminaba, pronto tendría que escoger si quedarme o regresarme. Presioné los labios mientras pensaba mis siguientes palabras.

—Un día menos para el resto de nuestras vidas, no puedo esperar para tenerte en mis brazos.

Sí, definitivamente no podía esperar para tenerla en mis brazos. Después de colgar con ella, llamé a Rees, tenía planes que no podía quitarme de mi cabeza. Holly me necesitaba, yo la necesitaba, nadie podía negarlo, estábamos mejor juntos que separados. Una parte de mí tenía que regresar o traerla hasta aquí, de cualquier modo, Rees tenía que ayudarme, decirme cómo estaba ella.

Decisiones... ¡Malditas decisiones!

Holly

Mi mundo se derrumbaba, no me había dado cuenta de que estaba deprimida hasta que mi hermano me sacó del pelo, literalmente, a comer algo fuera de casa. Estaba ocupada viendo películas románticas de la época del 2000 al 2015, todas aquellas de las cuales mamá disfrutaba cuando tenía mi edad. Vi el repertorio de antigüedades que mis viejos solían ver, no era nada raro que todas fueran tan románticas, con sus problemas y conflictos de pareja y unas que otras con escenas bien explícitas de sexo. Iba al Royal, recibía un par de clases, me montaba al auto de Rees y regresábamos a casa para que pudiera hundirme en mi soledad, dejé de ir a fiestas, de salir con Beth y los demás del grupo, dejé que nada de lo que pasaba a mi alrededor me distrajera.

—Así que... ¿Helado, hamburguesas o pizza? —preguntó Rees saliendo de la mansión.

—Me jalaste el pelo. Idiota —dije, sobándome el cabello.

—Te lo mereces. Has estado en ese modo desde hace dos semanas.

Dos largas semanas. Después de haber ido a ver a Adam, la cosa se vino en picada, mi hermano me entendía, mi familia también, todos entendían que algo estaba mal y las terapias no estaban ayudando del todo. Me sentía más sola que nunca, pero jamás iba a volver a admitírselo a Lou, él merecía cumplir su sueño. En dos días el mes de prueba terminaría, lo malo, no cambiaba absolutamente nada. Sí decidía quedarse, que ya era más que obvio, solo tendría que enviar su carta de retiro de Cambridge, así de sencillo para él. Tendría que esperar dos meses más para que él tuviera unas cortas vacaciones y pudiera venir a Londres por cuatro días. Realmente era todo muy demorado. Estaba cansada de no tenerlo cerca.

Sé que me estoy comportando como una chiquilla, pero tampoco puedo evitarlo. ¡Quiero a mi novio junto a mí! ¿Qué tanto estoy pidiendo? Maldita distancia, iba a volverme loca.

—¡Hollywood! —dijo Rees, llamando mi atención moviendo las manos de arriba abajo—. Si me dejas a escoger, quiero las hamburguesas, con mucha grasa y...

—Quiero pescado y frituras —dije, sonriéndole a mi hermano. Este platillo era muy tradicional desde años atrás en Londres, me encantaba pedir pescado frito con frituras, era toda una delicia, más si se comía en los puestos de la calle.

—¡Diablos! Tienes mejores ideas que las mías.

No tenía que preguntar de qué tipo era el que quería. Manejando camino a La Torre de Londres, paramos en uno de los parqueos públicos cercanos. Caminamos hasta llegar a las taquillas de ingreso, observé cómo los turistas se revoloteaban por toda el área, niños corrían y brincaban por todas partes. El sol se derramaba deliciosamente sobre nosotros a pesar de que había un frío de mil demonios.

Nos acercamos a uno de los muchos puestos que había en la calle, compramos tres porciones, una para Rees, una para mí y una porque nunca es suficiente comida para estas dos vacas. Nos sentamos en una de las mesitas con vista a las grandes paredes de rocas, La Torre de Londres, era de mis lugares favoritos. La antigüedad que albergaba era tan única, tan exquisita.

—¿Recuerdas cómo comer? —dijo Rees, atorándose de la risa. Amablemente le saqué el dedo medio con todo mi cariño—. Lo siento, Sisi, es que has bajado mucho de peso. La próxima vez que te vea Lou se va a asustar.

—Lo sé, tengo un par de meses para recuperarme un poco y no me vea tan... ¿Mal?

—No te ves mal, solo descuidada —dijo y extendió su gran sonrisa.

Sabía que últimamente no me estaba cuidando del modo que debería, me faltaba un buen tratamiento y corte de pelo, unas mechas tal vez, quizá un *manicure*, y un facial. Sin mencionar que debería de estar comiendo mejor. Al menos no estaba participando en ninguna pasarela o sesión fotográfica, daría pena de ser así.

—Te propongo algo —dijo, metiéndose una fritura a la boca—. Después de aquí te llevo al salón de belleza. Te dejas que te hagan de todo y yo te espero como buen hermano que soy.

—¿Tan mal me veo? —dije, frunciendo el ceño.

—Un poco, pero quiero llevarte como mi cita a una fiesta de gala, muy elegante que se va a celebrar este fin de semana. Tienes aún... ¿Qué? Cinco días para buscar un vestido. De preferencia que sea blanco.

—¿Para qué quiero un vestido blanco de gala? La mayor parte de veces no se vuelven a usar —dije pensando en lo mal que iban los vestidos blancos largos. Parecería novia.

—Te verás como un ángel —dijo, tomándome de la mano.

Me quedé pensando unos minutos si de verdad ir a una fiesta de gala sin Louis era correcto, además no había escuchado acerca

de esto. Normalmente, Beth me hubiera mandado un mensaje al ser anunciada la gala, pero esta vez me enteré por Rees, ¡Rees! El que nunca se entera de nada. ¡Madre mía! El mundo estaba al borde de la locura.

Cuando finalmente terminamos de hablar, comer y reírnos durante horas, decidimos que era mejor ir al salón de belleza el jueves. Le expliqué que la pintura de uñas se vería mucho mejor si me la trabajaban dos días antes, no cinco días antes del baile. Tomé el teléfono para hacer cita con Klaus Klin, uno de los mejores diseñadores de Londres, normalmente, él me trabajaba todos mis bebés de gala.

Como era de esperarse, tenía la agenda llena por tantos vestidos a último momento, pero hizo un espacio para mí mañana a las once. Le pregunté a mi hermano si le hacía cita a mamá y a Mary, de seguro ellas también necesitarían uno. Aún más extraño, contestó que ellas habían ido hoy. ¿Por qué mamá fue sin mí? Ella sabía que necesitaría uno. Eso era muy, muy molesto.

Al siguiente día, Rees estaba listo —como era de esperarse— con panqueques de caramelo y Nutella, una bomba para cualquier persona con problemas de sobrepeso, para mí, ningún maldito problema. Comiéndome cada pedazo de pan esponjado en mi plato, hablé del traje que llevaría Rees.

—También me ayudarán a escoger el mío, aunque casi seguro uno con pajarita. Esas cosas son sexis.

Imaginé a mi hermano de ese modo y no pude evitar echarme a reír. Estaría increíble de ese modo, de eso seguro. Por otra parte, mi mente viajó a Louis con pajarita, sin nada más, con su pecho al descubierto, sus abdominales increíblemente sexis y todo mi mundo de cabeza. Cuanto daría porque estuviera aquí, junto a mí.

—Bienvenidos, señores Hamilton, por este lado —dijo Roxanne, una de las ayudantes de Klaus. Después de que mi hermano desapareciera en el área de hombres con otro joven que no conocía, Roxanne hizo su trabajo escogiendo muchos vestidos.

Unos eran azul pavo, otro de lentejuela negra, otros rojos sin espalda... Dios nunca podría decidirme en todo esto.

Vestido tras vestido, me probé cada uno de los que la chica había traído. Cuando Rees apareció con un traje negro de tres piezas y esa pajarita tan linda, supe que él era todo un caballero de cuentos de hadas. Se veía perfecto.

—Dije *blanco*, Sisi, nada de lo que hay ahí es blanco — se quejó.

—El blanco no es mi color —dije, cruzándome de brazos.

—Al parecer esta noche sí —Klaus aparecía unos segundos después con varios vestidos blancos. Negué con la cabeza, no quería ir de blanco. No parecía lo correcto.

Me probé uno y otro y otro. Pero nada se comparaba con lo que yo imaginaba, hasta que Rees llegó medio caminando por el gran yeso con un vestido en las manos, la mezcla de blanco y rojo era toda una odisea. Se lo dio a Klaus con la sonrisa puesta, señaló el vestidor y me despidió al tiempo que se sentaba en el sillón blanco.

—¿Te vas a probar ese vestido? —dije levantando una ceja.

—No seas tonta, Sisi, entra y pruébatelo. Te quedará como un ángel encabronado, lo prometo.

Negando con la cabeza, me adentré al vestidor con el querido amigo gay. Este observó cómo me ayudaban a ponerme la elección de Rees. Cuando finalmente me subieron la cremallera, observé el buen gusto de mi hermano. Cómo quería, era blanco con el escote en forma de corazón, pegado en todo mi dorso hasta unos dedos arriba de la rodilla. De la parte baja, salía una abertura que revelaba la tela roja brillante, nada en exceso, con pequeñas capas de tul abajo para darle volumen. Las piedras que decoraban la parte derecha, uniendo la abertura y la tela blanca eran preciosas. Me di vuelta para ver la parte trasera, la cola estaba repleta de pequeños brillantes púrpuras, la espalda expuesta hasta la mitad, era toda una preciosidad.

—Tenemos que hacerle unos ajustes, está algo grande, pero lo tenemos listo para el sábado en la mañana —dijo Klaus.

Asentí con la cabeza caminando de puntillas con ayuda de Roxanne. Rees abrió mucho los ojos cuando me vio salir, se paró y sin pensarlo me abrazó con fuerza. Me veía de arriba abajo, como si no se lo creyera. La emoción en sus ojos fue todo lo que pude agarrar... ¡Dios! No podía creerlo, estábamos fundidos en gritos de excitación como si esto fuera lo mejor del mundo.

—Este es perfecto —dijo Rees, dándome media vuelta para ver la cola—. Madre mía, mira el detalle que tiene, los brillantes le dan un toque único. Además, Klaus, ¿ya viste cómo resaltan los ojos? Imagínala con el cabello alto, unas perlas y... ¿Por qué me estás viendo de ese modo? —dijo y frunció el ceño.

—Nada, solo es raro verte primero como Rees «Race» Hamilton y en dos segundos en Rees «Fashion Diva» Hamilton. Toda una experta en modas —dije y contuve la risa.

—Vete a la mierda, Hol —dijo y se cruzó de brazos—. Que sepa lo que se le ve bien a mi hermana no quiere decir que sea experto en este tema.

Klaus me recogió el cabello, me puso una pequeña diadema para disimular un peinado. Me coloqué unos zapatos altos que combinaban a la perfección, Rees pidió que los pusieran de una vez, estaban hermosos. Esta era la primera vez en años que Rees y yo hacíamos algo como esto juntos. Salimos de la tienda, cantando, bailando, riendo. Definitivamente esto era lo que necesitaba para volver a la realidad, un poco de vida, de esperanza. Un baile de gala era ideal.

Cruzamos la calle hacia una cafetería, bueno, yo caminé empujando la silla de Rees. Era más cómodo llevarlo en silla de ruedas por más que él se negara. Aún cantábamos y Rees hacía un baile bastante gracioso. Mi hermano sabía exactamente cómo mejorar mi humor. Antes de llegar a la cafetería escuchamos a unos

chicos riéndose a todo pulmón. Rees se permaneció inmutable, observando lo que sea que estaba detrás de mí.

—¿Qué pasa, Hamilton? —una voz grave me llegó de inmediato—. ¿No quieres seguir bailando?

Me di media vuelta para ver a Brat, su enemigo número uno en la pista de carreras. Definitivamente era un odioso, asqueroso y simplemente nuestro dolor de cabeza o, como diría Rees, «Mi dolor de huevos». Vi a mi hermano suspirar antes de sacar esa sonrisa sarcástica, esa que daba cuando iba a mandar a alguien a la mierda. Adiós, Brat, estás a punto de tener un poco de los Hamilton.

—Sí, quiero seguir bailando. Si no te importa, no me gusta que maricas como tú me miren mientras muevo el culo, sé que es una delicia, pero esta hermosura no es para tus ojos.

Todos a su alrededor estallaron en risas, incluso, la pelirroja al lado de Brat, una vez más la reconocí de inmediato, Renny. Ahora ya conocía su nombre y sabía que mi hermano guardaba cierto gusto por ella. No debí, juro que sería mucho más fácil solo ignorarlos, pero la mirada que le lancé a la pequeña tatuada fue letal. Su risa se redujo en segundos. Sí, nena, tenme miedo y respeto, soy celosa con mi hermano.

No voy a mentir, algo en ella se me hace tan conocido, como de una infancia perdida en recuerdos. No sé que sea exactamente, pero sé que hay algo en ella.

—Mira, imbécil... —empezó a decir Brat, pero Rees levantó una mano para silenciarlo.

—Juro que me gustaría quedarme a escucharte, imagino que ha de ser una cabronada bien hecha, pero estamos muy ocupados para hacerlo, pero seguramente tus amigos lo escuchan por mí —asintiendo con toda firmeza, empujé la silla hasta la cafetería. Juro por mi vida que Rees es tan diferente cuando está cerca de ellos, si de costumbre ya era sarcástico y contestón, frente a ellos era multiplicado al mil. Sonreí pidiendo mi *chai tea* de vainilla. Delicia en el paladar. Decidí no decirle nada acerca del encuentro, pero

podía verlo voltear a ver dónde estaba la pequeña aún recostada en la ventana.

—Se ve que ella es un problema —le dije a mi hermano en su quinta volteada.

—Lo sé, solo no puedo evitar sentirme atraído a ella.

—¿Aunque sea hablas con ella? —era sano preguntarlo.

—No aún, pero pronto.

La gala

Holly

El lugar era hermoso. Desde que nos bajamos del auto y caminamos por la alfombra roja, hasta la gran sala de baile en la que todo estaba decorado en tonos plateados y negros. Era una decoración muy juvenil para ser una gala de élite. Observé los arreglos de flores en medio de las mesas, grandes barras de hierro, disimulando árboles secos, foquitos alrededor que se prendían y apagaban, como si fueran luciérnagas. Era un bosque seco, o al menos eso parecía para mí.

Caminé por el suelo de madera, acercándome a mi madre y mi padre sentados. Los vestidos de todas las damas decoraban el lugar, en rosa, rojo, amarillos, celestes, multicolor y plateados. Me sentí mal por ser la única mujer en blanco. Normalmente, siempre había más blancos y dorados en las galas, era raro no ver a nadie más y eso me hizo sentir aún peor.

Las miradas de todos, con sonrisas estúpidas se decoraban en sus caras, no me gustaba la manera en que me veían, pero tampoco me parecía raro que nos vieran a Rees y a mí, éramos malditamente idénticos. Tomando el brazo de mi hermano, tomamos asiento en la misma mesa que mamá, Rees tenía una pequeña banquita para su pierna. Mary y su pareja estaban sentados, viéndose totalmente enamorados, Mamá y papá se susurraban cosas al oído. Para mi sorpresa Cora y Blake estaban sentados en nuestra mesa, pero no había señal de Tammy por ningún lado. Agradecí que no estuviera presente, no quería verla y recordarme lo que ella tuvo con Louis.

Louis... ¡Dios! Estoy tan enojada con él, tiene dos malditos días sin hablarme, sin responderme los mensajes, su celular suena apagado y mi jodida existencia no lo soporta. Quizá este de perro con alguna puta estadounidense, eso me encabronaba mucho más.

Rees decía que su teléfono había muerto, pero existía la computadora, el portátil, su *reader*, el reloj sincronizado con el teléfono y todas las demás cosas que sabía que él tenía y podía usar para comunicarse, esto es imposible. Cuando pensaba que estábamos bien, él me recordaba que algo estaba malditamente mal, odiaba la distancia. Nos había alejado no solo en cuerpo si no también en alma.

Muchos decían que no estábamos listos para estar juntos, que si nuestro amor fuera demasiado fuerte como yo creía, la distancia nos alejaría solo de cuerpo, pero no en alma. En estos momentos, estaba segura de que la distancia me alejó en cuerpo y alma, lo cual anunciaba como poco a poco lo perdía, perdía a mi novio y no podía evitarlo.

—Estás preciosa, Holly —dijo papá, poniéndose de pie para darme un beso en la mejilla. No sabía a qué se debía, pero mamá estaba con los ojos llorosos al igual que Mary.

—Gracias, supongo..., ammm... ¿Y estas qué tienen? —dije y señalé a las dos amigas.

—Sentimentales, el vestido está hermoso —aclaró mi padre, tomándome una vez más de la mano para jalarme a la pista de baile. Me tomó de la cintura obligándome a bailar con él, su ritmo suave al compás de los violines de las personas sentadas en la tarima. La mujer que emitía una hermosa melodía, era toda una cantante pro, impresionante.

Ladeé mi cabeza en el pecho de papá, dejando que él fuera el que me guiara por la pista. Estaba enojada y no era un secreto, pero por esta noche olvidaría todo y me concentraría en mí, en lo que tanto quiero para mi vida, al final del caso, es mía y yo decido por ella.

Louis

Me acomodé el corbatín esperando a que William terminara de bailar la primera pieza con ella, no se imaginaba nada, aún no sabía que yo estaba atrás de ella. Vi cómo se recostaba en el pecho de su padre, sabía que estaba molesta, vi sus mensajes, vi las fotos que me envió lista para la gala, la vi impecable con ese vestido blanco y supe que Rees había hecho bien su trabajo.

Cuando llamé a mamá para decirle que no podía seguir separado de Holly y que debía volver, casi pega el grito al cielo, ella quería que estuviera allí, que fuera parte de América. Simplemente no lo era, las clases eran fantásticas, la gente, todo a mi alrededor, apuntaba a un futuro feliz, pero no entendía mucho de esa cultura, me sentía desterrado y extraño.

Sabía que Holly era muy pequeña para lo que le propondría, si siguiera con Tammy, de seguro tendría que hacerlo por ley. Era una ley estúpida, pero esta vez quería acatarla, no solo por necesidad de despertarme junto a ella cada mañana si no porque fuera parte de mi vida eternamente.

Ella me necesitaba más que nada en esta etapa de su vida, necesitaba seguridad y estabilidad. Eso era exactamente lo que iba a darle. Tomando valor, observé cómo William besaba su frente, esa era mi señal. Me adentré en la pista cuando todas las miradas caían en mí, la música dejó de sonar. Este era el momento, no sabía cómo reaccionaría Holly, cómo haría esto de la mejor manera. Dándole una mirada a la mesa donde se ubicaba mi madre y mis tíos, asentí con la cabeza. William alzó los dedos en señal de aprobación y eso me dio más valor para hacer lo que estaba a punto de hacer.

Hoy en la mañana Will me dio una carta, una carta que mi padre escribió para mí antes de mi nacimiento, una, incluso, antes de que se enterara que estaba en camino. Cuando William me

explicó toda la historia de cómo había recibido esta carta y de cómo había planeado dármela, supe que debía leerla antes de tomar mi última decisión. En efecto, fue el momento correcto. Sin la carta de mi padre, dándome aliento e incentivándome a dar este paso algo absurdo por nuestra edad, esta sería una gala normal y no una en la que le pediría a Holly que se casara conmigo.

La vista de William cayó en la mía, le da una sonrisa viendo cómo él asentía con la cabeza para darme lugar. La mujer que me daba la espalda tenía un vestido blanco con rojo increíble, su cabello negro recogido por encima de su cabeza, las peinetas que resaltaban en el oscuro eran una fantasía y sabía que al momento de verla dar media vuelta y enseñarme esos ojos azules que tanto me gustaban, sería mi fin. Le di un golpecito en el hombro aclarándome la garganta.

—¿Me permite el siguiente baile? —pregunté antes de que diera media vuelta.

Vi cómo todo el cuerpo de Holly se quedaba tenso, no se movía, no decía nada. Estaba estática viendo a su padre que le daba una sonrisa obligándola a dar media vuelta. Cuando sus ojos encontraron los míos, la vi contenerse. Sus ojos estaban repletos de lágrimas, de sentimientos encontrados, de dolor, tristeza, alegría y todo lo que se podían imaginar al mismo tiempo.

—Louis —dijo quedamente, con la voz rota. Quería llorar, de eso no había duda.

—Tengo algo que decirte Holly y quiero hacerlo frente a esta gente que nos rodea. Aquí hay familia, amigos, miembros del consejo... —vi cómo Blake me entregaba un micrófono. ¡Maldita sea! Esperaba que no tuviera que hacerlo tan a los oídos de todos... Y toda la gente que importa de la élite inglesa. Esta noche vengo a pedirte frente a toda esta gente que aceptes ser mi Agapi, mi carta esta entregada y firmada por tus padres, solo me falta tu aprobación, Holly, quiero ser esa persona, esa que tiene que estar a tu lado siempre.

La observé perdida, anonadada. No se lo esperaba, no se lo imaginaba siquiera. Tenía que darle tiempo de asimilarlo antes de pasar a la siguiente pregunta. Holly sonrió y asintió moviendo levemente su rostro, no podía siquiera emitir sonido, lo cual me hizo que me dieran ganas de abrazarla y besarla en lo más profundo.

—Te quiero —susurró finalmente—. Sí, quiero comprometerme contigo.

Las lágrimas encontraron su salida recorriendo todo su rostro. Me acerqué, dándole un profundo beso, escuchando los aplausos y vítores de todo el mundo. Sabía que Will había hecho algo parecido, el día que se comprometió. Fue un secreto para Abbi, yo estaba haciendo lo mismo, solo que con un pequeño agregado, uno mínimo y pequeño.

—Si me amas tanto, Holly, tanto como yo lo hago, quiero que pongas atención. Él día que me di cuenta de que estaba empezando a sentir cosas por ti, el día que me di cuenta de que estaba metido en un maldito problema, fue después del primer beso. No debía amarte, no debía desearte, pero no podía detenerlo, desde tiempo atrás te amaba... Eras como mi hermana y ese amor se intensificó demasiado a tal punto que necesitaba tenerte. Es tanto mi amor, tanto lo que siento, que estoy dispuesto a cambiar de sueños con tal de tenerte a mi lado, sonriendo y superando toda la mierda del pasado.

—¿Qué pasa con Harvard? —preguntó, ignorando que estaba aquí, declarándole amor eterno.

—Regreso a Cambridge, me quedo a tu lado. A eso viene mi siguiente proposición. La ley dicta —empecé a recitar el mandato— que a los 21 años, el caballero élite llega a su mayoría de edad, dándole la libertad de casarse, de juntarse a vivir juntos o hacer algún acuerdo con su Agapi. Tengo más de la edad que dicta el mandato por lo que la libertad de poder casarme con la persona que quiera se me es concedida.

Quería despertar con ella todos los días, ir a dormirme con ella en los brazos y hacer las cosas que una pareja recién casada hace. La quería conmigo porque no había nadie más en mi vida que ella.

—¿A qué te refieres? —dijo Holly, acercándose un poco.

—Quiero casarme contigo, ya aceptaste ser mi Agapi, por lo que solo tienes que aceptar a casarte conmigo. Me amas, Holly, lo sé, lo siento en cada una de tus venas, sé que soy para ti y tú eres para mí. Mi vida no tiene sentido si no estás. Quiero despertar cada mañana y ver el inicio de una vida juntos. Quédate a mi lado, acepta ser mi esposa.

Mi cuerpo estaba tenso como una piedra. Esperando a que el la digiera el *sí*, maldita sea, esperaba a que fuera un *sí*. De no ser a *sí* esto sería muy vergonzoso, nunca pensé en eso hasta ahora, debí hacerlo en privado. Sabía que ella lo quería, pero todo esto era una sorpresa y corría el riesgo de que se negara. Estaba molesta porque desaparecí por dos días, pero el maldito vuelo había sido eterno.

Negué con la cabeza, viendo cómo todo mi mundo se iba a la mierda, su mirada estaba fija en la mía, sin lágrimas, sin expresión. Su boca ligeramente abierta, sorprendida. No sabía si eso era bueno o no lo era, hasta ahora todo parecía eterno.

—Olvídalo, no contestes —dije, acercándome un paso, mi respiración era rápida y nerviosa—. Quizá deberíamos salir, no debí hacerlo frente a todos, lo lamento, bebé. Lamento todo esto, no lo pensé con claridad. Sé que te amo, sé que no puedo estar sin ti. Nada tiene sentido, no si no estás a mi lado. Salgamos y lo hablamos bien... Tranquilos y quizá...

—Sí que hablas mucho cuando estás nervioso —me interrumpió Holly—. Louis André Montgomery, sabes que quiero esto tanto como tú lo quieres, nada acerca de mí dice lo contrario. Me importa poco que digan que no tengo la edad. Seguramente en cinco años voy a querer exactamente lo mismo. Así que sí, quiero esto, te quiero a ti.

La vi unos segundos antes de pensar en qué estaba pasando, no fue hasta ese momento que me di cuenta las bendiciones que tenía mi vida, ella era la principal, estaba enamorado y no era un secreto, quería casarme con ella, quería pasar el resto de mi vida. Cuando le dije a Rees esta locura, casi le da un ataque del corazón, pero en realidad, no había manera sensata de hacerlo, no cuando quería las cosas para ayer. No cuando estaba tan desesperado por tenerla en mi vida.

Sé que la edad no es la correcta, que el protocolo estaba roto desde el momento que engañamos a nuestros Agapis. Toda esta relación empezó mal, pero nada de eso importaba, nada importaba cuando la veía a los ojos y sabía que la sensatez no era parte de esto.

—Cásate conmigo hoy —dije, tomando su rostro en mis manos para ver esos ojos azules—. No esperemos más, tengo todo listo, estás vestida, están todos aquí.

—¿Hoy?! ¿Tenías todo preparado para hoy? —preguntó confundida. La tomé de la mano sacándola al jardín real. Donde estaba todo iluminado en pequeños focos y faroles. El *deck* de madera con tela blanca parecía un cuento de hadas.

La luna estaba llena, redonda como una pelota. Me di la vuelta para verla, viendo el lugar con una sonrisa enorme, eso basto para saber que estaba de acuerdo conmigo. Nos casaríamos hoy. ¿Quién iba a decir que fuera a acceder?

Los invitados empezaron a tomar sus lugares, Abbi llegó por Holly llevándosela a la parte trasera. Beth, estaba con su vestido rojo en similitud con Holly, sabía que era la única que iba a querer a su lado. Por mi parte solo tenía un caballero, uno que me había acompañado no solo en mi vida, si no en mis locuras. Rees estaba hablando con... ¿Renny? Me quedé observando cómo intentaba meterla en la boda y ella se negaba. Me acerqué a ellos sin entender qué hacía ella aquí. No encajaba para nada con ese vestido negro largo ceñido a su cuerpo a la perfección. Su cabello en rizos

suelos y poco maquillaje. Se veía hermosa, extraña con tanto tatuaje, algo que en la élite no era bien visto. Ni porque el tiempo pasara, ni porque todo mundo estuviera marcado por el arte, la élite era cerrada en eso.

—Hola —susurré, viéndola con incomodidad.

—Hola —respondió entre suspiros.

—¿Rees? —esperé respuesta de qué diablos hacía ella aquí, no es como si me molestara, al contrario, pero la curiosidad puede más que yo.

—Es una maldita apuesta —dijo Renny, ignorando que no le estaba preguntando a ella—. Ya vine, Rees, ahora deja que me largue de este lugar.

—No. La apuesta decía hasta que la boda termine. Perdiste y ahora estás aquí, así de sencillo.

Solté una carcajada al ver que la chica le enseñaba el dedo de en medio. No tenía ni idea que tenían estos dos, pero ver a Rees de este modo, tan relajado y contento era algo único. Dándole la bienvenida a la chica de ojos verdes, caminé a mi lugar, frente al sacerdote. Mi madre se levantó a darme un beso y arreglarme el corbatín.

—Tu padre estaría orgulloso de ti —dijo mamá al borde de las lágrimas.

—¿Crees? Yo pienso que estaría diciendo que soy un gran idiota por hacer las cosas tan rápido.

Mi madre ahogó una carcajada. Me sobó la cara con ternura antes de añadir.

—Tu padre era igual de impulsivo, si no fuera de esa manera quizá no estarías hoy aquí. Créeme.

—¿Eres feliz, mamá? —pregunté después de un buen tiempo teniendo eso en la mente. Quería asegurarme que mamá fuera feliz.

—Lo soy, siempre lo fui. Hasta en los momentos más difíciles —dándome un beso en la mejilla, se alejó a su asiento junto a su pareja actual. Realmente era lo único que necesitaba saber.

Cuando la música empezó, todos a mí alrededor se pusieron de pie. Beth fue la primera en desfilar por la entrada, con un buqué pequeño de flores blancas, sabía que detrás de ella estaría Will y Holly. Abbi estaba parada junto a mi madre con los ojos completamente empapados de lágrimas, estaba completamente perdida en sus pensamientos.

Para el momento que vi a Holly acercarse por la esquina, mi corazón ya parecía al punto del colapso, palpitando tan rápido que pensé que me desmayaría. Iba con su vestido blanco con rojo, pegado a la perfección en su cuerpo, le habían retocado los labios, tenía un buqué de rosas rojas y me veía fijamente. Le habían agregado un velo que mandamos a hacer en secreto. Mientras todos la veían a ella, ella me veía a mí, solo a mí, en ese instante todo encajó en su lugar.

¡Voy a casarme! Esta sensación de pertenencia es tan grande que no sé cómo expresarla.

En cada paso que daba ella, cada vez me contenía de salir corriendo y abrazarla. ¿Por qué tienen que caminar tan lento? Debería tenerla ya en mis brazos.

Cuando finalmente estaban frente a mí y el sacerdote preguntó el típico «¿Quién entrega a la novia?», Will anunció con una sonrisa.

—La familia Hamilton entrega a Holly Marie Hamilton, futura señora Montgomery.

Me acerqué a ella para recibirla. Abracé a William, el hombre que me crio, mi segundo padre. Él asintió con la cabeza susurrando «Tu padre estaría orgulloso». Era la segunda persona que lo decía y estaba seguro de que mi abuela me lo diría más tarde.

Al momento que tomé la mano de Holly para llevarla al altar, todo en esta vida adquirió sentido. Mi pequeña, mi otra mitad era mía.

La vida normalmente es una montaña rusa, que baja y sube... Quién diría que meses atrás, Holly y yo encontraríamos un camino que nos llevaría a estar juntos. ¿Quién diría que esto era mi destino? Sabía lo mucho que ella significaba para mí, sabía que era mi vida entera. Cuando estaba con Tammy, mi vida era seguir la corriente y vivirla porque no había opción, mi enojo era constante y la maldición a la vida que tenía era todo lo que encontraba. Ahora que tenía a Holly, todo tenía más sentido, la amaba y la quería eternamente.

La ceremonia fue linda, quisiera decir que puse atención en la mitad de las cosas que el hombre frente a nosotros decía, pero tenía tanta cosa en la cabeza que no lo hice. Estaba sumido en mis mierdas como todo buen hombre haría. Teníamos que armar el departamento que había visto, era céntrico, cerca de todo, pero al mismo tiempo alejados de la élite. Era lo mejor.

—Ahora los declaro, marido y mujer. —El hombre de túnica blanca se me quedó viendo con una sonrisa pícaro. Definitivamente no era ningún santo—. Bésala como nunca lo has hecho.

Dicho esto. Tomé a Holly de la cara atrayéndola completamente a mi boca. La besé cómo el sacerdote había dicho, como nunca antes lo había hecho. No solo era la pasión, el deseo, el amor... No solo eran todos estos sentimientos que se mezclaban en mi interior, era todo lo que me formaba como persona. Ahora era su esposo, nada podía separarnos, nada, ni siquiera todos los problemas del futuro.

Según Disney, los cuentos de hadas se acaban en el matrimonio. Para mí era solo el comienzo de una gran aventura. Una con ella y nadie más.

Acepto

Holly

«Respira, respira» me dije una y otra vez, estaba nerviosa a pesar de que la boda ya había pasado. ¿Quién diablos se casa tan rápido? De seguro más de alguno pensará que estoy embarazada o algo por el estilo, pero no, no soy tan tonta para quedar embarazada a esta edad. Es como jugar con cosas peligrosas, no estoy para cambiar pañales, dar papillas y andar con bebés llorando por todos lados. Esto lo hacía porque mi decisión no cambiaría, aunque fuera de aquí en cinco años. Louis y yo nos dimos cuenta de que no podíamos estar separados.

Viéndome al espejo, vi a la chica que veía en cada pasarela, en cada desfile, completamente maquillada, transformada, hermosa. Muchas veces esta no era yo, solo maquillaje y ya. En un pasado, Adam me hubiera exigido todo el tiempo estar de este modo, ya que me vería más bonita. Louis no era así, él me prefería limpia, con mis ojeras cuando las tenía y mis malditos granitos cuando salían.

Dejé de ser conformista, dejé de ser todo lo que pensaba ser en un futuro con tal de ser la persona ideal. Dejé que me pegaran por pensar que estar con él era lo mejor del mundo. Realmente no sabía lo que estaba pensando en el pasado, dejé que muchas cosas me destrozaran, cosas que pensé que me hacían bien. Ahora me doy cuenta de que no es así.

Dejé que Beth me aplicara labial, me compusiera un poco el cabello y me recordara lo linda que me veía. Era una buena amiga, una que siempre estaría allí para mí.

—¿Quién es esa? —preguntó Beth cuando Renny se metió en uno de los baños. Me acerqué a ella para que no pudiera escucharnos.

—Una mortal por la que mi hermano está loco. —Hice una mueca—. No duraran mucho, ella lo odia y no es de la élite y Rees, es todo élite.

—¡Una mortal! —dijo más recio de lo que debía, le tapé la boca conteniendo una carcajada. ¡Dios! Esta mujer no podía callarse.

Esperamos unos minutos más viendo cómo Renny salía con su vestido negro enseñando sus tatuajes como si fuera hermoso tenerlos, no lo eran. Uno se veía sucio y desalineado. Beth no pudo evitar hacer una cara de asco antes de observar cómo se lavaba las manos y salía sin decir absolutamente nada. Es más, ahora que lo pienso, no me dijo absolutamente nada... ¡Ni siquiera me felicitó! Qué descarado.

—Rees no puede estar con alguien como ella, solo... Mírala —señaló la puerta de la que acababa de salir—. Tiene tatuajes, mala actitud y es... ¡Mortal!

—Tienes que admitir que es algo linda —respondí, tomándome mi vestido para salir del baño, este aspecto, princesa, era toda una poesía.

—Él debería estar con alguien como yo, una chica hermosa, de la élite Delta al igual que tú. Una preciosidad y con buenos gustos en ropa y moda —caminó a la par mía, tomando la cola de mi vestido para que no lo pisara.

—Ya se le pasara, lo conozco muy bien.

Salimos a la fría noche llena de calentadores, caminamos parando con cada persona que se nos acercaba a felicitarme, veinte minutos después, encontré a mi... Esposo. ¡Dios, esto suena tan extraño! Nunca pensé estar casada a los 21, jamás en la vida lo pensé.

Louis me rodeó con los brazos atrayéndome hacia él, enterrando su cara en mi cuello, aspirando mi aroma. Tenerlo tan cerca era tan renovador, tan lleno de sentimientos, tan profundo que era lo mejor en mi vida. En estos momentos nada podía salir

mal, nada. Bailamos un par de piezas con Louis, reímos y a la hora de la cena, nos sentamos en la mesa con mis padres al otro lado. A mi lado estaba Louis y Beth, junto a mi ahora esposo estaba Rees y Renny.

—Así que... Se casaron —dijo Rees mientras negaba con la cabeza—. ¿Qué pasó con toda la mierda de almas libres y muchas mujeres?

Louis soltó una carcajada besando mi mejilla. El calor de sus labios era reconfortante después de un comentario tan estúpido como el de Rees.

—No cuando te enamoras. Me puedes poner mil mujeres en frente y ninguna podría comparar el sentimiento de sentirte lleno, de sentirte realmente libre.

—¡Marica! No puedo creerlo.

—Eres un idiota —respondió Louis—. Ya te va a llegar y me dirás que piensas de todo esto.

Mi hermano tomó su trago de whisky, los cubitos de hielo tintinearón contra el vaso. Su mirada perdida en la mesa duró solamente unos segundos antes de que agregara.

—¡Esta mierda es como Las Vegas!

—¿Las Vegas? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Sí, una boda de un momento a otro, sin tanta preparación de mierda y todas las cosas.

Mi madre hizo una mueca en dirección de Rees advirtiéndome que últimamente estaba diciendo demasiadas palabras inadecuadas. Mi mirada recorrió la de Renny que parecía muy incómoda sentada junto a mi hermano, como si de verdad no quisiera estar allí. En cada momento que pasaba, algo me recordaba a que quizá conocía a esta chica de algún lado.

—Esto no es nada como Las Vegas —dije molesta.

—Sí lo es, un buen trago, una decisión de por vida y ¡bam!
Nos casamos.

—No, aquí no fue una decisión de la noche a la mañana ni por un trago ni por nada de eso, en lo único que aciertas es en la decisión de por vida. Ella es todo y la quiero junto a mí.

Escuché por primera vez en mi existencia, la risa de Renny. La pelirroja se tapó la boca para evitar que nos diéramos cuenta de que se estaba riendo, pero era obvio que ya la habíamos escuchado. Cruzándome de brazos la vi más tranquila. Como si reírse la liberara de algo, la mirada de mi hermano se dirigió a la boca de ella, lo vi suspirar profundo. Su sonrisa se extendía de manera exagerada como si fuera la primera vez que la veía reírse.

—Lo siento —se disculpó—, en mi mundo no hay tantas personas que se enamoren de ese modo.

—¿A no? —pregunté con curiosidad.

—No, allí son más del estilo Las Vegas —dijo frunciendo el ceño.

—Pues yo sí me caso —dijo Rees aún viéndola a ella—, será en Las Vegas.

—Sí, claro —dijo papá del otro lado—. De eso nada, Hamilton.

—Sería divertido e interesante. ¿No creen? —Rees estaba entusiasmado con la idea más de lo que imaginaba.

—¡Dios mío! —dijo mamá frustrada—. Creo que lo criamos con los pies.

Papá en ese momento decidió participar de la plática, cambiando completamente de tema, nos volvimos a centrar una vez más en la historia de amor de él y mamá. Ahora no tenía nada que envidiarles, nada. Tenía mi propia historia y una muy linda. Tomé la mano de mí esposo, no sé hasta cuándo me acostumbraré a llamarla de ese modo. Me acurruqué en su brazo y escuché a Renny formular mil preguntas acerca de su historia, ella parecía muy interesada, como si le contaran un cuento de hadas.

—¿Renny y tú? —pregunté por curiosidad—. ¿Nos cuentas algo de ti?

Renny suspiró antes de contestar. En ese momento mamá la veía con ojos de amor, algo que no me gustó en lo más mínimo sobre todo porque era mi madre, carajo, no tiene por qué estar viendo así a la pelirroja.

—No hay nada que contar. —Se notaba a la perfección que simplemente no quería contarnos una historia completa que se podía ver en sus ojos. Decidí cambiar de tema porque no estaba para rogarle a nadie que contara algo que ni siquiera me interesaba.

Apreté la mano de Louis el cual se giró para darme un beso en la mejilla. Nada pintaba más perfecto que esto.

Louis

Quitaba botón por botón, este vestido era un dolor de cabeza. Tenía un zíper invisible, pero eso no impedía los botones que eran solo adorno. Cuando quité el último y pude bajarle el vestido sentí la gloria hasta que vi el corsé. ¿Qué diablos? ¿El corsé? Negando con la cabeza empecé con los brochecitos... ¡Mierda! Esto debería tener un método más fácil que con estas cosas.

Cuando finalmente le quité el corsé que era un sujetador al mismo tiempo y sus pechos salieron al aire, me sentí la persona más feliz del mundo. Le di media vuelta besando sus labios llevándola a la cama. Un paso, luego el otro. La acosté sintiendo el colchón tan suave y delicioso. Los hoteles tenían su gracia por este estilo de camas.

Besé sus labios, sintiendo mil sabores en ellos. Sentí cómo mordía mi labio inferior y sus manos subían y bajaban por todo mi torso. Era la primera vez que le haría el amor como mi esposa, eso sonaba demasiado extraño, pero ella lo era, era mi eternidad. Con su máxima habilidad para desnudarme, arrancó mi camisa, liberando cada botón de un tirón, no me enojé que no se detuviera

con el mismo amor y cariño que yo con su traje, al fin y al cabo, era una puta camisa que se podía remplazar con facilidad.

Me puse de pie para quitarme los pantalones, admirando el cuerpo de mi mujer. Solo sus braguitas estaban puestas, blancas de encaje. Me bajé todo exponiéndome, estaba dura como era de esperarse. La escuché suspirar con profundidad. Quería que esta noche fuera inolvidable, por lo que jugaríamos un poco antes de hacerla mía, completamente mía.

Besé sus pechos, dedicándoles un trato bastante especial, bajando mi mano hasta en medio de sus muslos, la acaricié de arriba abajo. Sin dejar de besarla, bajé el encaje blanco. Ella se removió un poco para darme acceso. Ella me deseaba tanto como yo a ella. Cuando sus piernas temblaron y un grito ahogado inundó todo el lugar, supe que era hora de besarla, dejarla que sintiera en mis labios.

Ella no me dio tiempo, bajando en medio de mis piernas ella tomó todo el control con sus labios... ¡Dios mío! Ahora sí pueden matarme o mandarme tres mil veces a la mierda. Mi mente viajaba al mil y perdía el control de una manera increíble. Tomé su cara conteniendo la respiración un poco, bajé la mirada para atestiguar cómo me contemplaba fijamente.

—¿Pasa algo? —dijo y se limpió los labios como si se los saboreara... ¡Mierda! Eso era increíble.

—Necesito tenerte, bebé, no puedo más, si sigues de ese modo acabaré en tu boca y no creo que...

—Quizá eso era exactamente lo que quería, te quiero, bebé.

—No. Quiero estar dentro de ti, por favor —rogué, tomándola de los brazos para levantarla.

—Te amo —susurró antes de que me acomodara en sus piernas.

Sin apartar mis ojos de ella, la tomé con todo el amor. Veía su cariño a través de esos ojos azules, veía lo mucho que me deseaba, lo mucho que me quería. Dejé escapar el aire cuando

llegué al fondo, cuando no había más. La acaricié con dulzura, mi niña era hermosa.

Nuestros movimientos eran suaves y dulces, no apartamos la mirada en ningún momento. Ni ella, ni yo. Esta era nuestra conexión, nuestra forma de decirnos lo mucho que sentíamos. Esta vez decidí no ser creativo y ponerla, incluso, de cabeza con tal de ver su mirada todo ese tiempo. Finalmente, era mía, toda mía.

Acostándome junto a ella, empecé a acariciarle la espalda, la besé y sentí como su respiración se tranquilizaba. Poco a poco cerré los ojos y decidí dormirme. Esa noche soñé con mi padre, algo extraño, pero él estaba ahí. Solo lo conocía por fotos y videos, pero después de leer la carta me quedé mucho más tranquilo.

Ahora sabía que no me había abandonado, que él quería quedarse, quería más tiempo conmigo. El día que leí la carta lo perdone. Perdone el no tenerlo. Me sentí liberado de ese resentimiento que algún día abrigué por no tener un papá, ahora comprendía la importancia de Will y Blake, por qué siempre estuvieron para mí.

Mi *smartphone* sonó de una manera exagerada, me removí para tomarlo y apagarlo. Estaba con los ojos medio pegados por la falta de sueño, por unos segundos decidí ignorarlo, pero no pude, no cuando tenía planes para la madrugada. Me removí tomando unos *pants* de la maleta y una sudadera. Tomé lo mismo para Holly, la desperté dándole muchos besos, ella se quejó muchísimo, pero logré vestirla entre quejidos. Medio dormida la tomé en brazos, subí al último nivel donde estaba la terraza del hotel. El frío penetró nuestra piel. Estábamos completamente expuestos, pero venía preparado. La chica del restaurante estaba colocando las bebidas en su lugar, le sonreí aún cargando a una muy dormida Holly. Solo habíamos dormido al menos dos horas, entendía su sueño. Incluso yo me estaba arrepintiendo de haberme despertado tan temprano.

La llevé a la silla cerca de la piscina, con la vista a las afueras de Londres, era espectacular a pesar de que aún estaba oscuro, apenas si empezaba a amanecer.

—Dormilona, despierta —dije, acomodándome justo detrás de ella. Holly abrió un poco los ojos y parpadeó varias veces.

—Es demasiado temprano y hace mucho frío —se quejó. Me estiré para jalar la frazada que arrastré desde la habitación y nos cubrí con ella—. ¿Qué es todo esto? —preguntó viendo las bebidas, la piscina y el amanecer empezando a volver todo en tonos claros.

—El comienzo de una vida juntos, princesa —me acerqué para besar sus labios.

Su boca se apoderó de la mía, dejando que los sentimientos fueran uno solo.

—Eres un romántico, señor Montgomery.

—Claro que lo soy, señora Montgomery, quiero que esta sea nuestra tradición. Tus papas tienen sus atardeceres, tú y yo nuestros amaneceres que marcan que cada día que abra los ojos sea comienzo de un día más junto a ti.

—¿Me amas? —preguntó sonriendo.

Ella sabía que la amaba con mi vida entera.

—No, no te amo. Creo que esa es una palabra muy pequeña para lo que siento por ti.

—Yo también, Lou —respondió, tomando su chocolate caliente.

Observamos el amanecer, donde no había límites ni limitantes, éramos ella y yo en un destino que jamás imaginamos. Luchando por una vida juntos. Pasamos muchas cosas, algunas que no le desearía a nadie. Vi cómo sangraba por culpa de un idiota que la tenía poseída por la dominación, la vi dejarse de alguien que no la valoraba. Sabía que tenía que ayudarla a sobrepasar todo esto, que ella y yo tendíamos que luchar por estar juntos. Ella sería otra vez esa mujer fuerte a la que vi crecer toda mi vida, volvería a

ser ella. La recuperaría. Esto no era un cuento de hadas, no uno donde te casas y todo queda perfecto, sin problemas. Este es el inicio de una nueva aventura.

Casarse no es el final, es solo el comienzo.

Epílogo

Holly

Me crucé de brazos negando con la cabeza. ¿Cómo se le ocurre? Nunca pensé verlo de esta manera y estaba desesperada por esa maldita actitud. ¡Maldición, era una mortal! Y no solo eso, con tatuajes y monta motocicleta. ¡¿Dios, pero qué le pasa?!

Volví a ver a mi hermano tirado en medio de la cocina del departamento, con una botella en la mano, lágrimas en sus ojos y la maldita desesperación porque una chica... ¡Qué no es de élite! Le presté atención. ¡Por favor! Es Rees Race, no necesita esta mierda, seamos sinceros.

Caminé al comedor un poco decepcionado por cómo había terminado nuestra noche del sexto mes de casados. Le preparé una cena espectacular, compré el vino de preferencia de ambos, incluso, fui por su postre favorito. Pero que imbécil. Cuando regreso de la universidad, traía a mi hermano en calidad de bulto, completamente borracho, llorando y con esa actitud que tiene tirado en la cocina.

Por el bien de mi hermano, llamé a mis padres para que vinieran a traerlo mañana en la mañana. Louis tenía un día muy largo en el laboratorio y yo tenía que ir a hacer mi examen en Guild. Finalmente, las cosas estaban saliendo a la perfección, estaban como anillo al dedo para los dos.

Soplé las velas que puse para dar un ambiente romántico a mi cena. Estaba desilusionada. Era la maldita primera vez que me esmeraba tanto para esto y viene el imbécil de mi hermano llorando... ¡Por una mortal! Es que no me lo creo.

—Lo he intentado todo —decía con su voz rota en un mar de lágrimas—. No me quiere, no logró penetrar esa maldita burbuja.

—¿Desde cuándo Rees Race se da por vencido? Tú no dejas de luchar, te pones tus mejores pantalones, o en este caso los menos

formales que tengas, y sales por ella. Dedícale algo que nadie le diera antes.

—Le he dado cariño, eso nadie se lo ha dado después de que sus padres murieran en ese accidente aéreo. Nadie —la voz se volvió a romper y algo en mí también lo hizo. ¿No tenía padres? Eso explica cómo es tan amargada, cómo es que es tan cerrada.

Yo no sé qué haría sin mis padres. Un poco más curiosa, me acerqué a donde estaba mi amor, mi bebé, mi hermano. Lo vi detenidamente, estaba destrozado por alguna razón y quería estar para él como él siempre estuvo para mí. Aunque no esté de acuerdo en que él esté de ese modo, menos por la tal Renny.

—¿Qué pasó? —pregunté, quitándole la botella de las manos y dándole un trago yo. El líquido descendió por mi garganta quemando todo a su paso. Jagger, con razón está tan borracho.

—Sus padres murieron en un puto avión que se cayó en el Atlántico hace diez años, ella solo tenía 8 años, era... Una niña y se quedó sin nada —otro sollozo salió de su garganta—. Sus abuelos no podían mantenerla por lo que paró en un lugar de acogida. Fue adoptada pero... ¡Dios!

Mi hermano se rompió a llorar y por más que no quisiera entenderlo, por más que quisiera odiar a la chica, eso era muy trágico. De tenerlo todo a perderlo de un momento a otro. La entendía porque, aunque no perdí a mi familia me había perdido a mí misma, no me encontraba en una lluvia de estrellas. Quería gritar y salir corriendo cuando sentía que no podía más. Adam en un pasado se llevó mi ser, se llevó quién era.

—Es cerrada. ¿No es así? —dije, tomando su mano.

—Es impenetrable, Hol, cada vez que creo estar más cerca de ella, algo la aleja. Se cierra por completo y no me deja ayudarla.

Lou se colocó a mi lado atrayéndome hacia él, le quitó la botella a Rees dándole un trago igual al mío solo que más largo. Los dos necesitábamos un poco de alcohol al escuchar esta plática, realmente nunca vimos a mi hermano tan mal como ahora.

—Sigo pensando lo mismo, tú no dejas de luchar cuando encuentras a la mujer ideal. Al contrario, luchas más fuerte por ella, lo das todo.

—¡Maldito pan de vida! —dijo somatando la nevera que estaba detrás de él—. La quiero y por ella estoy exponiendo todo, estoy dejando todo. Sé que a ustedes no les gusta por ser mortal o lo que quieran, pero ella me complementa a pesar de ese temperamento de mierda que tiene.

—Mi madre es mortal, Rees, claro que a mí no me molesta. Además, ya te mostré la carta de papá, deberías haber entendido sus palabras en ese entonces.

¡La carta! Esa de la que tanto me habló y nunca me enseñó. Dijo que a su debido tiempo y que no estaba listo para compartir las palabras de su padre. No conmigo, pero sí con Rees. Pero ¡qué le pasa! Me crucé de brazos dándole una mala mirada. Ese momento en el que te das cuenta de que tu gemelo conoce más a tu suegro que tú. ¡Genial!

—Quizá ya va siendo hora de mostrártela, nunca pensé que fueras tan clasista, bebé —dijo Louis besando mi mejilla.

—¡No soy clasista! —grité para defenderme.

—Cómete una sarta de mierda, Sisi, los dos lo éramos. Influencia de la abuela, no te preocupes —dijo Rees cerrando un poco los ojos.

Quería gritar otra vez por todo mi enojo acumulado, no lo hice. Una parte de mí entendía la situación, otra más fuerte pensaba en todo lo que mi hermano había arruinado hoy. De seguro mañana nos despertamos a las cinco y media para ver el amanecer. Seamos sinceros, no lo hacemos todos los días porque no somos personas tan madrugadoras, solo lo dejamos para aniversarios y fechas especiales. Él era mi arma especial y, aunque todos los días junto a él eran especiales, quería que hoy fuera inolvidable.

—Rees, te ruego que no le hables de esa manera a mi mujer, sabes que te queremos, pero más respeto no caería mal.

—Lo siento —dijo mi hermano sobándose la cara—. Voy a mi habitación, necesito dormir, siento mucho lo de la cena, Sisi. Pero la pasta estaba rica.

—Me regaló una sonrisa antes de desaparecer en la habitación que teníamos para él. Ya me estaba empezando a arrepentir de habérsela dado. ¡Maldición!

Mis padres le dieron un apartamento exclusivo a él, uno en la misma zona que mi apartamento, pero de igual manera quisimos incluirlo en nuestras vidas. Dios, qué horror. Tomé mi cara en las manos dejando que un par de lágrimas salieran finalmente.

—No llores, amor, aún tenemos toda la noche —dijo Louis, abrazándome, tirados en el piso—. Es la mejor sorpresa que me han dado en mi vida, todo estaba hermoso. ¿Vamos a comer?

—Rees se comió uno de los platos —dije con un puchero.

—Ya preparo uno nuevo, aún hay pasta y ensalada. Todo está bien. Ve y prende las velas una vez más. No pelees con él, te necesita ahora.

Louis se levantó preparando un plato más de pasta y calentando el mío. Los llevó a la mesa justo cuando terminaba de montar todo. Al menos algo estaba rescatado de esta noche. Me senté en el lugar frente a él, como siempre lo hacíamos. Cenamos, hablamos y reímos. Seguramente Rees no sentiría nada, absolutamente nada.

Esa mañana cuando llegó papá, Louis ya estaba cambiado y listo para irse al laboratorio. Tomaron café y hablaron de lo sucedido anoche. Yo seguía tirada en el sillón medio dormida. ¡No me quiero despertar! Hacer el amor en la madrugada me deja muerta, aunque al parecer a Louis lo deja muy bien levantado, eso no es justo.

Después de que el sol había salido, Louis besó mis labios hasta que perdimos el control. Me tomó en la sala, colocándome de espaldas al sillón, me dio un par de besos cada vez que mis gritos

salían al aire. Sabía que mi hermano no sentiría, aun así intentábamos respetar su sueño.

Cuando mi esposo desapareció por la puerta de entrada, después de darme un hermoso beso en los labios, me quedé sola con mi padre. Este me extendía una taza de café. Últimamente el café era mi mejor amigo, signo de que estoy volviéndome vieja. Me quedé viendo a mi padre, sus ojos azules, su cabello rubio, ese traje que le quedaba excelente y esa corbata negra que se perdía en el resto. Mi padre nunca perdió al niño que tenía dentro. Siempre que escuchaba las historias de su juventud pensaba que nada había cambiado.

—Tengo que hablar contigo, bebé. Estás siendo muy dura con tu hermano.

—¿Dura? Papá, me vino a joder la noche por una mortal. ¿Cómo quieres que no sea dura con él?

—Desde esa frase ya está el problema, Holly, le has llamado mortal a la chica que tu hermano quiere. Déjame recordarte que tu suegra es una *mortal* como despectivamente le llaman en la élite y tu esposo es mitad sangre real y mitad mortal.

Me quedé pensando un minuto en eso y era verdad, Mary era mortal, tan mortal como Renny, pero eso era totalmente diferente. Ella tiene a un hijo de élite, uno de la élite Alpha, una de los puestos más altos en la jerarquía. ¿En qué diablos puede comparar mi padre a Mary con Renny? Imposible.

—No es lo mismo.

—¿Sabías lo que tuve que luchar para que Lou pudiera adquirir su título?

Fruncí el ceño sin entender lo que mi padre decía. ¿Luchar por su título?

—Déjame ampliarte esto, hija. Cuando Louis nació, le negaron su título, a pesar de que era descendiente de una de las dinastías más fuertes. Pasamos peleando al menos dos meses por ese título, tanto tus abuelos como sus abuelos, Blake y yo... Todo

los que nos apoyaban estaban presentes. Fue muchísima gente y eso fue positivo, bebé, logramos que le dieran su título y que fuera reconocido como sangre pura, sin embargo, cuando era pequeño, muchos niños lo evitaban por no ser completamente de sangre real. Sus papás les prohibían juntarse con Louis y esa fue una etapa difícil, de allí viene su rebeldía y su resentimiento a su padre por «abandonarlo». Me complace saber que logró perdonarlo. El punto, Hol, es que no quiero que seas clasista como todo el resto de la élite, quiero que aceptes y respaldes a tu hermano, lo que él está haciendo no es que me emocione, pero... ¿Quién soy yo para decirle que no haga locuras por amor? Piénsalo, tú lo hiciste. ¿No es así?

Me quedé pensando unos minutos en las palabras de mi padre. Tenía razón en muchas cosas, una de ellas era la inevitable verdad que Louis no era purasangre y, aun así, lo amaba como mi vida entera. La otra, mi hermano se estaba enamorando de Renny. En un principio pensé que era como un reto personal ya que ella lo rechazaba constantemente. Después de ayer dudaba que fuera de ese modo.

Me senté en el sillón hablando con mi padre de las cosas que pasaron ayer. Le conté de mi prueba de esta tarde en Guild y pasé un buen rato haciendo el mejor vínculo padre e hija. Cuando mi hermano se despertó y papá le dio la plática de medirse en el alcohol y todas las cosas malas que pueden provocar ese estado, Rees accedió a que él lo llevara de regreso a su nuevo apartamento.

Cuando me quedé completamente sola, cambiándome para mi audición, advertí que mi padre tenía toda la razón. Esto no me llevaba a nada, absolutamente nada. No conocía absolutamente nada de la chica y según entendía, ella era huérfana. ¿Qué tan pesado tiene que ser eso? ¡Una pasada!

Realmente sentía lástima por ella, si pudiera darle algún tipo de apoyo y decirle... ¿Qué diablos estoy pensando? Realmente algún día pararía hablándole, lo podía presentir. ¡Dios, en qué me

estoy metiendo! La chica era de lo más conocida para mí a pesar de que nunca la había visto antes o al menos eso creía.

Preparé mis cosas y salí camino a mi futuro. Sería pan comido entrar a Guild, me preparé toda mi vida para el examen de admisión de este lugar. Siempre soñé en ser aclamada como mi gemelo, que me vieran actuar y me dijeran mil millones de veces lo linda que me veía en una pasarela. Quizá esto éramos los dos, un par de románticos empedernidos que reclaman atención.

Antes de entrar respiré hondo, tenía todo bajo control. Revisé mi celular una vez más antes del último paso, antes de tirarme al agua con ellos. Tenía un mensaje de parte de Louis.

Buttercup: ¿Te han dicho que no hay nadie mejor que tú? Lo vas a hacer mejor que nadie, suerte, mi pequeña. Te amo.

Louis

Me sequé las lágrimas de los ojos, esta maldita cosa de llorar no era parte de lo que quería para mi vida. Lo odiaba, pero me pasaba constantemente cuando visitaba la tumba de mi padre. Sabía que bajo tierra no había nada más que cenizas, él no quería ser enterrado en cuerpo, decía que su belleza era demasiada para ser puesta bajo tierra, por eso lo cremaron.

Después de años resentido con este hombre estaba liberado, estaba libre para amarlo y perdonarlo. ¿Quién hubiera dicho? Mi viejo cambió mi vida a pesar de que no está aquí conmigo, ahora. Lo único positivo de esto, era que por primera vez en toda mi vida me animé a revisar las fotografías de William y Blake, incluso, las de mamá. Me reí por horas viéndolos hacer cualquier tipo de estupidez, incluso, los videos en Santorini.

Era raro verlo con respirador, con silla de ruedas bajando y riendo, incluso, conectando mujeres. Pensé en mamá y en lo que

pensaba de él haciendo esas cosas, pero al final, ella sabía que así sería. Era una extraña relación. Le conté a papá cómo estaban mis seis meses de casado, le conté lo mucho que amaba a Holly, lo mucho que mis planes cambiaron a lo largo de la vida, lo mucho que mi existencia dependía de ella. Estoy algo cansado de lo que diga la gente y de cómo lo digan, cansado de la élite y su existencia. Sé que es lo único que conozco, que es lo más estúpido pensar que puedo vivir sin ella.

Papá entendía mi existencia y cómo vine a cambiar la vida de muchas personas clasistas dentro de la élite, pero mi vida aún no estaba terminada, mi vida aún tenía un propósito mucho más grande. Si Rees decidía formar una vida con Renny, sería despojado de su título, uno que a sus padres y antepasados les costó formar, sería una lucha demasiado difícil lograr que ellos la acepten a ella.

Estaba dispuesto a quemar el mundo si era necesario para que él fuera feliz y que el nombre de los Hamilton permaneciera intacto. En las cuestiones del amor nada está del todo decidido. Es cuestión de precisión y esfuerzo. Uno no elige a quién amar y a quién no. Uno solo elige cómo se quiere vivir la vida.

—¿Estás listo? —pregunté viendo a mi mejor amigo recostado en el pasto del cementerio.

—No. En realidad, no. ¿Quién diablos se alista para una vida tan mierda? Te das cuenta todo lo que arriesgo. ¿Verdad?

—Vale la pena. ¿No crees? Holly es lo mejor que me pasó en la vida, igual no es como que te vayas a casar, simplemente vas a invitarla a salir sin que sea una apuesta o una carrera de motocrós.

—¿Cómo si fuera fácil! —gritó, tapándose la cara con el dorso del brazo.

Nada era fácil, pero tampoco imposible. Le di las manos a mi mejor amigo ayudándolo a pararse. Este negó con la cabeza despidiéndose de mi padre como si de verdad pudiera escucharnos.

Era bueno saber que no me juzgaba ni me criticaba cuando veníamos.

Él se subió a su motocicleta Honda azul y negro completamente nueva. Sus padres lo consentían demasiado para ser verdad, lo único positivo de esa mierda era en lo mucho que ayudaría a llamar la atención de cierta chica con fascinaciones muy distintas a las que imaginaba de una mujer.

Cuando llegué a casa, Holly estaba en la cocina haciendo algo que olía de maravilla. En un principio el cocinar no era su fuerte, la comida se le quemaba y la mitad de las cosas paraban incomibles de tanta sal. Ahora no era una cocinera espectacular, pero se le daba bastante bien. Acercándome vi que estaba preparando filete de pescado, de las mejores que le salían. Le di un beso en los labios alabando el aroma de la comida.

—¿Cómo estuvo la audición? —pregunté, sirviendo las copas de vino al tiempo que ella colocaba el filete en la mesa junto a la ensalada.

—En todas me fue bien. Había varias personas intentando entrar. Es un medio de comunicación muy bueno y no sé... Sé que me va a ir bien. —Me regaló una gran sonrisa que me hizo sentir orgulloso hasta la mierda. Mi princesa era toda una artista.

—¿Qué tal te fue a ti en el hospital? —preguntó, viéndome a los ojos. ¡Maldición! ¡Cómo la amaba!

—Excelente, hicimos unos estudios de fisiología renal, fue un asco, pero estuvo increíble. Oh, por cierto —dije sacando mi teléfono celular para mostrarle una fotografía del pequeño Matt—. Le fue muy bien en la quimioterapia, iré a verlo mañana temprano antes de que le den la segunda dosis. Es todo un luchador.

La mitad de mi tiempo libre cuando estaba en el hospital me la pasaba en el área de oncología, ayudando o motivando a los pacientes que sufrían de esta enfermedad. Para mí todos ellos eran luchadores, todos tan puros y con deseos de sobrevivir o pedir un minuto más de vida, tal y como mi padre lo había pedido. Una de

las razones por las que quería ser médico, era para estar junto a esta gente que tenía el reloj en cuenta regresiva. Quería estar presente en sus últimos días o poder presenciar el milagro de aquellos que tenían la oportunidad.

Si algo he aprendido de todo esto, es que el tiempo de todos está contado, nadie se salva de una muerte eminente, nadie es eterno. Está en nuestras manos saber luchar y llegar tan lejos como nos sea posible. Esta es mi historia y la historia de Holly, una que no será eterna, pero sabremos aprovechar cada segundo de vida, porque nuestro amor lo vale, porque nosotros lo valemos.

La observé a los ojos al tiempo que se reía de ver las fotografías de nosotros haciendo caras. Ella era mi vida y agradecía tanto por todo el sufrimiento que tuvimos en un pasado, agradecía todo lo malo porque ahora sabíamos cómo luchar. Estábamos juntos y nada ni nadie podía separarnos una vez decidiéramos que estaríamos juntos hasta la muerte.

Me acerqué a ella, la besé y la llevé a la cama después de la cena. Le quité la ropa, metiéndola en las sábanas. Esa noche no le hice el amor o tuvimos sexo salvaje, esa noche solamente la abracé hasta que sus ojos se cerraron. Así era nuestra vida, apoyándonos y deseando cosas fantásticas. Soñando siempre juntos y viviendo la vida que planeamos.

CARTA DE

Lui Montgomery

Hijo:

Aún no te tengo un nombre por lo que decidí llamarte Junior, le di a tu madre este sobre por medio de Will, uno que tiene dos cartas, le pedí que al momento de saber si tendría una niña o niño se decidiera de la otra carta. Supongo que sí es esta, quiere decir que tuvimos un varón, emocionado al nivel... ¡Mi apellido se conservará! Ya sé que esperabas una carta formal de un padre a un hijo, pero, por favor, tengo solo 22 años, no esperes que te de una mierda cargada de buenas lecciones cuando lo único que he hecho en mi vida es follar y gozarla.

Pero si aprendí algo a lo largo del tiempo, cuando conoces a alguien que crees ser perfecta para ti, todo vale madre y luchas por lo que quieres. Yo quería dejar un legado, conocí a Mary y juré que ella era la única capaz de hacerlo. No fue amor a primera vista, al contrario, la juzgué por ser mortal, pero William y Abbi me dieron la lección más grande de vida que he tenido y eso bastó para hacer las cosas como espero estén ahora.

Te daré un poco de trasfondo para que me entiendas. ¡Soy un maldito clasista! Eso es lo que fui durante mucho tiempo, no me relacionaba con alguien que no tuviera nada que ver con élite y cuando conocí a Mary la juzgué, ni siquiera te imaginas lo cruel que fui dándole la espalda de ese modo en medio de una fiesta, William que era igual que yo salió al rescate con tal de conquistar a Abbi. Le funcionó muy bien, pero en mí dejó un rastro de luz impresionante. No volví a ser el mismo después de eso. Es por eso por lo que elegí a una mortal para que fuera tu madre, quería darle una lección a la élite, maldita élite que se cree superior al mundo y en realidad sus miembros son todos iguales a la gente de fuera. Somos peores, somos malas personas, egocentristas y subidos.

Quiero que eso en algún momento cambie, he aquí porque estás en la pancita de mami. Creo que voy a morir y nunca ver el día en el que alguien de la élite se case con alguna mortal, ese será el día de la muerte de la élite.

También está el tema de Abbi, esa mujer se vuelve mi mejor amiga, increíble, porque pensé que nunca tendría amigas en mi vida, casi a todas me las pasaba, sí, lo sé, patético. Pero así es tu padre y espero tú nunca llegues a ser de este modo. Quiero que seas un chico de bien, que disfrutes tu vida antes de decidir casarte o formalizar. Quiero que pruebes muchas cosas en la vida, que no te quedes con las ganas de haber hecho algo que nunca hiciste.

Si quieres tirarte de un edificio con una cuerda amarrada al cuerpo, hazlo, no te voy a juzgar de tus muladas desde el cielo... O el Infierno. La verdad creo que el gran creador no confía en mí lo suficiente para tenerme entre las nubes disfrutando del Paraíso, vino y mujeres de blanco. Lo más seguro es que esté abajo con traje de cuero, mujeres con cachos y un calor infernal. No importando en el lugar que esté, hijo, estaré allí, cuidándote, de eso no te preocupes.

Ya, después de toda la porquería anterior, esta vez sí me pondré serio.

Si algo aprendí en esta vida, gracias a mis dos mejores amigos, es que no importando que tan jodido estés tienes que luchar por lo que quieres y anhelas. Quizá no sea el más indicado para hablarte de amor ni de relaciones ya que nunca estuve en una, pero sí puedo hablarte como la persona que lo vio casi todo en tan poco tiempo. Mi vida estaba contada, cada minuto y cada segundo de mi vida era preciado y maravilloso. Cada abrazo y cada beso que quisiera darte o decirte lo orgulloso que estaría de ti por alguna buena nota, por tu primera palabra, por tu primera vez o por tu primera borrachera... No importa qué estupidez hicieras, siempre estaría orgulloso de ti.

Prométeme algo, cuando te toque buscar Agapi, hazlo pensando en William. Sé que ahora verás una relación perfecta, pero así de perfecta fue una mierda en esta época, incluso, ahora están separados y juro por mi corta vida que sé que van a parar juntos. Es como una maldita novela, espero no tengas que pasar por tanto drama cuando encuentres a tu chica.

No sé cuál será tu futuro Junior, no sé dónde estarás en un par de años, lo único que sé, es que cubro tu espalda, te dejé a dos excelentes amigos. Te dejé a William y a Blake, dejé dos ángeles que me cubrieron la espalda cuidando de tu vida. Y si tienen hijas... ¿Puedes quedarte lejos de ellas? No quiero que piensen que a pesar de que no te críe tengas algo de mí en tu sangre, espero tu mamá te dé a tiempo esta carta y no te acuestes con ninguna de ellas. Pero si tienen hijas y te enamoras de una de ellas... Lucha con todas tus fuerzas, estoy seguro de que con esos papás, las niñas serán una dulzura que valdrá la pena enganchar a tu vida.

El amor es lo fuerte, el amor es lo decisivo. Pero nunca sabrás lo bien que hace hasta que te enamores.

Quisiera estar allí para ti. Quisiera estar allí para decirte lo increíble que es verte crecer. No puedo creer que vas a tener una vida sin mí, me encantaría ser el padre que se vuelve tu mejor amigo. Ese con el que puedes confiar en ir cuando más lo necesitas. Dicen que el amor de padre es de los más grandes que existen y yo, hijo, te estoy amando y ni siquiera sé si estás en la panza de tu madre porque se niega a hacerse el puto examen. Ya te lo dije, las mujeres son difíciles.

Ya estoy a punto de terminar, sé que quizá te aburra leer a tu padre pero... Bueno, no tienes que escucharme ya que estaré muerto, lo más seguro, pero te amo. Te amo y ni siquiera te conozco. Te amo y ni siquiera tengo idea de cómo te llamarán, aunque para mí eres mi Junior. Quiero abrazarte, aunque sea una fracción de segundo, sentir tu corazón palpitar. Sé que es imposible ya que de plano eres una célula, pero solo me enoja la

vida, la vida que me ha tocado. Quisiera detener el tiempo unos minutos solo para decir que tuve esos segundos de más contigo. Que logré dedicarte cinco segundos más de mi vida. Pero la vida no es color de rosas y es injusta, injusta con muchas cosas, también es fantástica. Porque sin esta vida no te tendría en ella y tú eres mi bendición más grande.

Si mi reloj no fuera en cuenta regresiva, quizá el ver la vida diferente no hubiera sido una opción, de ese modo no estarás aquí. De no haber tenido cáncer quizá no apreciara tanto la vida como en estos momentos y entonces no tendría a mi Junior en camino. ¿Lo ves? Todo tiene un propósito.

Como último punto... Vuelvo a repetirlo. No cometas el error de este viejo que nunca va a llegar a ser viejo...

Enamórate, Junior, enamórate y lucha por que todas las mañanas que despiertes y la veas a ella a la par, sonrías y digas «mi vida está completa». ¿Puedes cumplirlo por los dos? Yo nunca tendré la oportunidad de una vida eterna junto a alguien, pero tú sí, ya ahora solo me queda vivir a través de ti.

Te amo, y creo que es la primera vez que digo *te amo* a alguien aparte de a Will y Blake, me siento marica, pero qué más da. Solo hombres escucharon mis te amos. Te das cuenta... Patético.

Ten una vida feliz y llena. Cuenta con que siempre te cuidaré la espalda... Hoy y siempre.

Te quiere eternamente,

Tu padre

Lui Montgomery.

Solo tú

Rees Hamilton:

Me quité el casco sintiendo como las gotas de sudor bajaban por toda mi cara, estaba con la respiración malditamente acelerada. Mi corazón estaba a punto de salir saltando como un conejo en estado de ebriedad. Vi el tablero en el que me anunciaba una vez más ganador del torneo internacional de motocrós «Bai Whole London Race». Un título más para alardearle a todos estos novatos.

Las chicas locas gritonas de faldas cortas se aglomeraron a mi alrededor. En un pasado hubiera disfrutado tanto de esto, en un pasado, incluso, Louis hubiera estado presente, listo para tomar a una de mis chicas. Como cambiaban las cosas.

Quién diría que estaría aquí, en media carrera de motocrós viendo a la chica de tatuajes, pantalones bajos, blusa pequeña que enseña el ombligo y zapatos enormes nada femeninos. ¿Quién diría que esa mujer me tendría loco?

—¡Race! —me gritó Billy Blen desde el otro lado de la pista—. ¡Fiesta en la fraternidad en tu honor, cabrón!

Asentí con la cabeza sabiendo que Renny Scott estaría allí. Ella era de esas pequeñas problemáticas que no se perdían una fiesta, menos una en mi honor. Cuando me acerqué al podio después de haberme quebrado los huesos en la pista, estaba listo para ser premiado. Definitivamente me encantaba regresar a la pista.

Me colocaron la medalla de oro que decía «Campeón Internacional de Racing, Numero Uno». Estaba acostumbrado a ser el número uno, nunca el dos. Esa es una de las razones porque Charlotte se fue muchísimo a la mierda. Ella me dejó de segundo en su engaño y yo no aceptaba un dos por respuesta. El único dos en mi vida aceptable, era el hecho que mi hermana gemela nació de primero.

Levantando el puño al aire, celebré con mis seguidores el grito y canto de la victoria.

«Por el uno que corre en mis venas, por el uno que nadie me quita, por ser malditamente invencible. A la victoria siempre».

Bajé del podio pasando junto a Renny que no mencionó absolutamente nada, me di media vuelta tomando su brazo, me acerqué un poco y susurré con cariño.

—Definitivamente el verde claro te luce —dije, bajando la vista a su pequeña camisa que se tallaba a la perfección en su busto. ¡Vaya! Era hermosa.

—¿Te han dicho que hueles a sudor? —respondió con una cara de asco. ¡Ah, señorita! Te enseñaré a jugar.

—Sé que mi sudor es el único aroma mezclado con sexo que quieres oler, pequeña rebelde. Te veo en la fiesta.

Ignorando el hecho que quería correr, besarla, abrazarla y consentirla, respiré y seguí caminando como si no existiera. Odiaba hacerlo, pero de ese modo entendería cómo superar todo. Necesitaba lograr conocerla mejor y ella aún no me dejaba ver un poco de quién era ella.

Este era mi reto personal. Uno que me costaría un riñón y la mitad del otro.

To be continued...



Siempre Tú.

